FELIPE PIGNA

Conspiración en Londres

Un rey borbón para el Río de la Plata

NOVELA



Planeta

Conspiración en Londres

Felipe Pigna

Conspiración en Londres
Un rey borbón para el Río de la Plata

NOVELA

Índice de contenido

1 CABEZA DE MUERTO

2 LA REVOLUCIÓN EN EL BANQUILLO

3 ENEMIGOS ÍNTIMOS

4 SU GRACIOSA MAJESTAD

5 CARNAVAL EN RÍO

6 MARIANNE

7 LA CASA DEL WEST END

8 EL ASUNTO DE ITALIA

9 SECUESTRO SENSACIONAL

10 EL REENCUENTRO

¿CÓMO SIGUE ESTA HISTORIA?

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Pigna, Felipe
Conspiración en Londres / Felipe Pigna. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9183-0

1. Novelas. I. Título.
CDD A860

© 2025, Felipe Pigna
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Edición a cargo de Alejandra Procupet
Asesoramiento literario: Diego Rojas
Asesoramiento histórico: Graciela Browarnik

Todos los derechos reservados

© 2025, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: mayo de 2025
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-9183-0

A Claudina Kutnowski,
mi compañera.

Creo que el rey no es sino un hombre,
como yo lo soy.

Enrique V (acto IV, escena 1)
WILLIAM SHAKESPEARE

1
CABEZA DE MUERTO

En un alto en el camino entre Ayohuma y Potosí, se preguntaba el hombre rubión, afiebrado, muerto de frío y rabia, "¿Cómo llegué de la Universidad de Salamanca, de mi medalla de oro, de la dispensa papal para leer los libros prohibidos, de ser el doctor Belgrano, de los cómodos y sensuales salones europeos, de ser el honorable secretario del Consulado de la benemérita Buenos Aires a este general derrotado y desarrapado en medio de estos desiertos?".

Nadie, empezando por él, responde, solo el viento helado le devuelve algún sonido. Monta sobre sus dolores y el lomo del animal y sigue casi sin pensar su camino, su destino. Lo único que lo alienta es la decisión de esconder, de salvar ese pedazo de patria que lleva entre sus ropas, en el pecho, esa bandera que nació mal parida en Rosario y que le valió el reto del secretario del Triunvirato, Rivadavia. Ahora es mucho más que un trapo, es la que flameó en el éxodo jujeño y en los triunfos de Tucumán y Salta. La buscan tanto o más que a él los enemigos, los godos que le vienen pisando los talones. Sabe que tiene por delante cien leguas por caminos durísimos, llenos de una belleza que ahora no puede ni quiere apreciar. Necesita llegar a Titirí. En esas soledades imponentes piensa si no sería mejor estar muerto, tan muerto como Gaona y Alderete y otros tantos que cayeron en los campos de Ayohuma, por su culpa. Ahora, se anima y se dice, "por mi culpa". Solo le da coraje la misión que se autoimpuso y las ganas de encontrarse con su admirado San Martín.

Mira su reloj y se da cuenta de lo poco que importa el tiempo en esos parajes, excepto para saber que si no se apura lo va a

sorprender la noche helada o el enemigo. Nada ni nadie tiene apuro, todo es eterno o efímero, da igual. Este objeto de oro es casi lo único que le queda de su pasado, de esa civilización que se imaginó para todos, los ricos y los pobres, los indios y los "españoles americanos". Se le dibuja una sonrisa cuando se acuerda de aquel reglamento que escribió para los pueblos de las misiones de diciembre de 1810, que le daba la igualdad a los naturales guaraníes, sus cabildos, sus escuelas, el reconocimiento de su trabajo y el respeto de su idioma. ¡Como se le enojaron los "revolucionarios" de Buenos Aires! Sigue pensando que fue de las mejores cosas que hizo. Y ahora, en ese camino americano, indio, los ve. Ve a las mujeres cargadas con sus guaguas en las espaldas, con su dolor eterno, casi resignado.

Se pregunta si tiene sentido seguir revisando esas cuestiones o debería dedicarse a evaluar aquello que viene evitando. "¿Quién fue el responsable de tanto desastre?", piensa mientras mira cómo algunos soldados delante de él se esmeran para no despeñarse en esas quebradas filosas. Ya no sabe si valió la pena tanto rigor, y sobre todo le mortifica pensar en lo inútil y costoso que resultó sancionar al juerguista de Dorrego, uno de sus mejores oficiales, el héroe de la victoria en Tucumán. Y sí, lo admite, con Dorrego en el campo de batalla esto no pasaba. Pero no le sirve de mucho decirse eso ahora cuando el camino se hace cuesta arriba y su caballo ya le ha dado claras señales de no soportarlo más.

¡Cómo es la mente! Y cómo es la nada de estos paisajes que solo te invitan a recordar. Recordar la gloria de los triunfos, de esa impresionante batalla de Salta en la que se sintió morir y llegó a escribir casi un testamento, para luego cometer el tremendo error de liberar a los prisioneros. Lo traicionó su piedad cristiana con los que se decían portadores del catolicismo y la buena fe. No habían pasado ni dos meses y ya se estaban preparando para la revancha los muy canallas. Tristán el primero, su "compañero" en las aulas de Salamanca, tan americano, liberal y rebelde como él. Pero lo que no se perdonará jamás es que fue él, el doctor Belgrano, quien demoró la ofensiva cuando tenía todo para destrozarlos.

Ya no estaba Tristán, el nuevo enemigo se llamaba Joaquín de la Pezuela, un madrileño de una familia "hidalga" de Santander, que avanzaba sobre los campos de Vilcapugio. Él había armado sobre un papel la batalla ideal basada en la sorpresa, pero el jefe español había interceptado su correspondencia y conocía todos sus movimientos. Solo tenía que esperar el ataque "sorpresa". El combate, gracias al increíble coraje de los escuadrones de criollos e indios, comenzó siendo claramente favorable a sus tropas hasta que, nunca sabrá por qué, el mal parido
de Echeverría llamó a retirada redoblando sus tambores. Nadie sabía muy bien qué hacer, salvo Pezuela y sus comandantes, que aprovecharon la ocasión para dar vuelta la batalla y alzarse con el triunfo. En el campo, entre los inútiles alaridos de los malheridos y los muertos, muchos más muertos del rey que del ejército patriota, quedó gran parte de su parque de artillería. No pensaba en los retos que sin duda sobrevendrían, tampoco en la degradación que ya le importaba poco, pensaba en esos muertos, en los heridos que no pudo salvar y en los prisioneros que iban a recibir el clásico tratamiento de los ejércitos del rey: un viaje interminable de miles de leguas hasta la prisión en las casamatas del puerto de El Callao, en Lima, para sufrir más condenas y tormentos.

Después de Vilcapugio llegó como pudo a Macha con los sobrevivientes y logró rearmarse gracias a los refuerzos que le fueron aportando Eustoquio Díaz Vélez, Cornelio Zelaya, Doña Juana Azurduy y su compañero Manuel Padilla. No había tiempo que perder, sabía que Pezuela había levantado su campamento en Condo Condo y avanzaba hacia Ayohuma. Antes de emprender la marcha ordenó dinamitar la Casa de la Moneda de Potosí. Un comando patriota la llenó de barriles de pólvora y cuando faltaba encender la mecha, un tal Aguada, un traidor de los que nunca faltan, apagó la mecha y frustró la operación. La noticia lo puso de muy mal humor. Le quedaba poca de esa paciencia que tanto le elogiaban y que le hubiese venido bien para escuchar a sus oficiales que le aconsejaban esperar. Díaz Vélez fue el primero en animársele y traerlo a la realidad: solo tenían ocho piezas de artillería, malas y pequeñas. Propuso volver a Potosí a esperar los refuerzos. También habló

Perdriel, que planteó marchar hacia Oruro. Era una pésima idea atravesar esos caminos, de por sí intransitables, a comienzos de la estación de lluvias. Los escuchó, pero sabía que la espera le jugaba en contra. ¿Hasta cuándo iba a poder contener la dispersión y la deserción de aquella tropa malpaga y desmoralizada? Tomó la palabra y les dijo que tenían una caballería de 3400 hombres que doblaba a la del enemigo y que conocía mejor el terreno. La decisión estaba tomada: esa misma noche saldrían de Macha para la pampa de Ayohuma a madrugar a los españoles. Aunque no era momento para discursos, probó con uno: "Yo respondo a la Nación con mi cabeza por el éxito en la batalla". No pensó en lo difuso y lejano que resultaba para aquellos hombres la palaba "Nación" ni en lo que podía importarles de verdad su cabeza. Algunos, los indios armados con lanzas que lo seguían, sabían que Ayohuma, en su idioma, significaba ni más ni menos "cabeza de muerto".

Llegaron a aquella inmensa pampa el 9 de noviembre de 1813. Miró para todos lados, hasta donde le daba la vista, y decidió ubicar la artillería en una línea entre el campo y la ladera de las montañas. La formación parecía sólida. Allí estaban los Dragones de Diego Balcarce; dos batallones de Cazadores al mando del mayor Cano; los Pardos y Morenos bajo las órdenes del coronel Superí, y otros dos batallones que obedecían al mayor Benito Martínez y al coronel Perdriel. En el flanco izquierdo se posicionó la caballería al mando de Zelaya y en la reserva, tres compañías de infantería y dos de caballería con lanzas.

Cinco días con sus noches se quedaron esperándolos, hasta que el domingo, cuando estaba amaneciendo, los vieron en lo alto de la montaña. Bajaban con dificultad por una cuesta muy escarpada, que solo les permitía avanzar en filas de tres. "Es momento de atacar, mi General, no hay que darles tiempo para que se organicen", le dijo Lamadrid. Pero él quiso esperarlos en donde estaban y le dio la orden de que los dejara bajar. Los atacarían en el llano para que ninguno pudiera escapar.

Nunca se percató de que, durante su larga travesía por las cumbres, Pezuela y los suyos ya hacía varios días que los habían avistado y se estaban ubicando para atacar.

Esos realistas que ellos veían en la cima, como sombras recortadas en el paisaje, eran unos pocos, un pequeño pelotón. El grueso de las tropas se venía atrincherando en el fin de las lomadas, que les permitían mantenerse ocultas, mientras que otro grupo se había ido escabullendo para ocupar un cerro, a espaldas de donde él estaba con su ejército.

El enemigo apareció de pronto en la llanura, por donde no calculaban, y abrió fuego. Los sometió a un cañoneo feroz y sin descanso sobre la posición en la que estaba con sus hombres, sin darles tiempo a nada. Sus soldados empezaron a caer, barridos por los bombazos de la artillería española, compuesta en gran parte por los cañones y municiones que les habían quitado en Vilcapugio. Se apuró, tarde, a ordenarles a sus tropas que cambiaran la formación, quiso hacerlas virar, pero lo único que logró fue que se desbandaran.

A la dispersión patriota el enemigo respondió avanzando decididamente por el frente, abriendo fuego y atacando también por el flanco con las fuerzas que ocupaban el cerro y habían permanecido escondidas. Les dio a sus infantes la orden de seguir adelante. No podía creer lo que veía: el coraje con el que se lanzaron a atravesar el campo de batalla bajo una terrible oleada de balas de la fusilería y los cañonazos que partían al medio a más de uno. Iban a bayoneta y a grito pelado. Muchos resistieron hasta la muerte. Otros cientos fueron heridos o tomados prisioneros. No quería acordarse de aquellos que habían abandonado sus armas y se habían lanzado a correr con el miedo estampado en la cara.

Dio por perdidas las formaciones del centro y la derecha, pero todavía le quedaban los regimientos de caballería guiados por Zelaya y Díaz Vélez. Una y otra vez sus jinetes volvieron a la carga para embestir a los españoles, que necesitaron dos batallones de infantería y un cañoneo sostenido para rechazarlos.

Vuelve sobre su reloj, y recuerda que fueron siete horas de combate. De lucha heroica y feroz de hombres y también mujeres, como su querida capitana, María Remedios del Valle. Hubo algunas mujeres y niñas que, sin portar más armas que paños y cántaros, se aventuraron en el combate y esquivaron las balas para auxiliar a los

heridos o darles agua cuando el calor del mediodía se volvió insoportable.

Lograron salvar a parte de la infantería, pero no a José Cano y José Superí, que fueron abatidos. A punto estuvo de perder también a Julián Paz, héroe de Tucumán y Salta, que después de que le mataran el caballo anduvo a pie en ese infierno de balas y peligros, hasta que su hermano José María volvió atrás y logró rescatarlo con los realistas pisándoles los talones.

Pero cuando los españoles los rodearon y quedaron entre dos fuegos, ya no hubo nada más que hacer. Era el fin. La derrota.

Cabalgó hasta una lomada pedregosa y desde allí enarboló la bandera celeste y blanca mientras ordenó hacer sonar los clarines para reunir a los dispersos, que no llegaban a quinientos. Una emoción extraña, agridulce, lo inundó. Una mezcla de rabia, miedo y culpa, que le cerraba la garganta. En esa pampa del infierno habían quedado más de trescientos soldados muertos, doscientos heridos y seiscientos que habían sido tomados prisioneros.

La retirada para salvar lo que restaba de su ejército y su propia vida fue caótica. Los enfurecidos realistas los persiguieron sin dar tregua, y Balcarce, Zelaya y Díaz Vélez tuvieron que protegerlos y soportar más horas de fuego para que no los abatieran por la espalda. Se estaba poniendo el sol cuando lograron quitárselos de encima y emprender la triste marcha hacia Potosí.

Allí, pudieron quedarse apenas un par de días. En cuanto supo que los realistas estaban demasiado cerca, resolvió volver a Jujuy con los hombres que le quedaban para esperar allí los refuerzos de Buenos Aires. A poco de salir, se desvió del camino con un puñado de soldados para hacer su diligencia.

* * *

Dieciocho leguas llevan trastumbando cerros, cabalgando con el peso de esa derrota sangrienta sobre la espalda y la bandera sobre el pecho. En cada rebote de los caballos vuelve el miedo de ser interceptados por el enemigo, hasta que la segunda noche llegan por fin a Titirí, una pequeña aldea en medio de un paisaje desértico.

Más cerros, pajonales y llamas. Les da a sus soldados la orden de detenerse para descansar, y él se apea de su caballo para ir a golpear a la puerta de la casa parroquial, que está junto a una capilla de piedra.

Un hombre cubierto por sombras abre la puerta y lo hace pasar sin decir una palabra.

–Amigo, qué gusto verlo y saber que está a salvo.

Belgrano le estrecha la mano. Fray Juan de Dios Aranívar es un aliado del ejército patriota y su amigo desde que tuvo su cuartel en Macha.

Después de tomar el vaso de vino caliente que le convida el párroco y hablar brevemente de las desgracias de Ayohuma, el General le explica que tiene que pedirle un gran favor y que no tiene demasiado tiempo.

–Los realistas andan por todos lados y tenemos que llegar a Jujuy.

–Diga qué necesita…

Belgrano se desabotona la chaqueta y saca la bandera que guarda doblada sobre su pecho.

–Es nuestra bandera. La de las Provincias Unidas del Río de la Plata, a la que le juramos lealtad. No puedo permitir que caiga en manos del enemigo. Necesito que la guarde en un lugar seguro hasta que expulsemos a los españoles de nuestra tierra y podamos hacerla flamear en lo más alto.

El fraile se queda contemplándola. No entiende bien qué es ese pedazo de tela, pero sabe que para Belgrano es algo valioso y la toma con cuidado. El paño de seda celeste y blanco tiene unas manchas que le parece son de sangre. Imagina el peligro que puede representar tener ese símbolo de insurrección y rebeldía, y empieza a mirar a su alrededor pensando dónde puede esconderlo. Luego va hasta una puerta que está a un costado, la abre y le hace una seña a Belgrano para que se acerque. Ambos caminan por un pasillo oscuro hasta que tras la pálida luz de la vela ven crecer las sombras de la capilla. Apenas entran en el recinto de piedra, Belgrano se persigna. El párroco se acerca al altar mayor y levanta el candelabro para iluminar un cuadro de Santa Teresa.

–Ayúdeme a descolgarlo. Vamos a guardar su bandera aquí atrás, donde va a estar a salvo. Ella la va a cuidar –dice Aranívar con voz secreta, casi apagada, señalando a la santa.

El cuadro pesa y les cuesta bajarlo. Tiene un marco de madera rugosa y algo carcomida.

Belgrano se apresura a enrollar la bandera y juntos la acomodan en la parte de atrás del cuadro, sobre uno de los bordes del marco.

–La dejo a su cuidado –le dice al clérigo cuando vuelven a ubicar la imagen de la santa sobre el altar.

El cura le ofrece una habitación para descansar y Belgrano le agradece, pero desestima la invitación. Prefiere no sembrar sospechas y reunirse con sus soldados. Le pide en cambio quedarse un rato en la capilla. Necesita rezar. Estar con su Dios que todo lo comprende.

La despedida con el fraile es efusiva.

Cuando sale, la primavera siempre demorada en las noches del Altiplano hace sentir sus rigores. Las estrellas son tantas que el cielo parece blanco. Tiene frío. Siente los pies entumecidos dentro de las botas.

Sus hombres armaron una fogata junto a un árbol espinoso y están sentados en ronda, tomando mate. De lejos escucha que hablan de ánimas y aparecidos.

Cuando se acerca a los leños crepitantes en procura de abrigo, hacen silencio. Uno de ellos le extiende el mate. "Está espumoso todavía".

El calor que le pasa por la garganta pronto se expande a todo el cuerpo. No va a rendirse. No esa noche. Nada dejará por hacer para extinguir la tiranía y por la felicidad de la patria. En las revoluciones y en las que no lo son, el miedo solo sirve para perderlo todo.

Vuelve a subirse a su caballo para reiniciar la marcha sobre ese territorio áspero y desolado como solo Dios pudo concebirlo. El animal va cansado y él también. Cada tanto alguno de los hombres que lo acompañan lanza alguna maldición. La espina de un cardo, una piedra que los hace tropezar y amenaza con desensillarlos. Lo demás es solo galope y silencio. El alivio viene cuando escuchan

ladrar a los perros. Eso anuncia que hay una posta cerca. Ahí se van a detener algunas horas.

En el patio del rancho, sentados sobre cráneos de vacas o en cuclillas, sus soldados se atragantan con lo que les sirven: maíz cocido y los menudos de una oveja. Hablan bajo, pero se hacen tiempo para las bromas y alguna carcajada ahogada que busca contrarrestar el cansancio y el miedo.

Él se acuesta pronto en su jergón, bajo techo. Apenas cierra los ojos llega el recuerdo. El olor a carne quemada, los gritos, el gusto a tierra en la boca. Ayohuma suena ahora a maldición, pero a él no le gustan esas cuestiones. Es un hombre de fe, y no va a dejar que nada doblegue sus creencias.

A la mañana siguiente retoman la travesía por ese campo de desgracias. Hay una luz tan pura que incluso el polvo parece nuevo. Otra vez a andar bajo ese cielo, ancho como el horizonte. Otra vez el repaso metódico de la derrota para encontrar el error.

Taconea la panza del caballo para alejarse de sus pensamientos, que se empeñan en volver. No le alcanza la culpa de no haber sabido resolver la situación, haber actuado ante circunstancias apuradas y haberse expuesto siempre a las balas. La segunda catástrofe, Ayohuma, es la sangre de sus hermanos, el clamor de los heridos.

"Retirarse era perderlo todo", masculla, tratando de convencerse. La suerte de la guerra le había sido desfavorable, pero sigue siendo imperioso salvar la revolución y esa bandera. Y no quiere, no es hora de apuntar al gobierno de Buenos Aires y su abandono a la causa. Ahora solo está él y ese sol que lo enceguece. Un sol que no perdona.

Cuando al día siguiente llegan a Jujuy, siente que ya no puede más, que su cuerpo pide a gritos un descanso y su mente también. Antes de entrar en la tienda de campaña, mientras se sacude las botas llenas de distintos barros, lo sorprende la presencia de Paz, que se apura a darle un oficio del gobierno de Buenos Aires.

–Mi General, ya se enteraron lo de lo ocurrido en Ayohuma. No haga caso de lo que dicen, ya sabe cómo son –le murmura por lo bajo, antes de dejarlo solo.

La luz es escasa, así que busca el candil, se desabrocha la chaqueta y se encorva sobre los tablones que le sirven de mesa. Extiende el oficio y, mientras lee, mueve la cabeza despacio, de un lado a otro, y se dice: "¡Qué hijos de puta!".

Hunde los dedos en su pelo rubio ceniciento, todavía duro por el polvo del camino, y se sienta en el catre. Cierra los ojos.

El parte del Triunvirato anticipa lo que va a venir. Le dan un trato frío y despectivo, lo critican solapadamente.

–Estos que se llaman patriotas mientras están bien descansados y disfrutando de comodidades, culpan de todos los males al Jefe que pierde. No soportarían ni un tercio de lo que soportó nuestro ejército –murmura entre dientes. Anduvo leguas revisando sus errores, cuando su mayor error fue haber creído que todos pensaban como él y que tenían la misma decisión de morir antes que ser esclavos.

En los días siguientes, se dedica a enviar y responder oficios. Como viene haciendo desde hace años, vuelve a pedirle, una vez más, al gobierno de Buenos Aires, gente, armas y recursos para mantener a las tropas y seguir con su campaña. Escribe afiebrado, sin releer siquiera lo que anota. Su escaso ejército está en el estado más deplorable y con el mayor desaliento, desnudo, sin municiones ni armamento. Los soldados desertan noche tras noche y muchos oficiales, hombres ignorantes, egoístas y sin honor, que no sienten la causa que defienden, se pasaron al ejército enemigo. Los vecinos los miran con recelo. Las puertas y ventanas se cierran cuando pasa con sus tropas, y hay algunos que no contentos con darles la espalda, les rinden homenaje a los tiranos.

Intenta frenar la rabia que lo desborda. Recurre a su Dios para que lo ayude a lidiar con el enojo, mientras pasa horas inclinado sobre esa mesa tan endeble como su ánimo. Le escribe a aquel flamante amigo al que admira, José de San Martín, para anoticiarle que fue completamente abatido en las pampas de Ayohuma, cuando más creía conseguir la victoria.

Hace algún tiempo que con San Martín intercambian correspondencia. Aunque no se conocen en persona, ambos se estiman. Comparten la adhesión a la causa de la patria y tienen los mismos enemigos.

Desde que llegó a Buenos Aires después de una brillante carrera militar en España, San Martín fue ganando prestigio y es uno de los pocos en quien puede confiar. Su participación en la revolución de 1812, que terminó con el nefasto Triunvirato rivadaviano y permitió el surgimiento del Segundo Triunvirato, fue decisiva para que finalmente se convocara la Asamblea General Constituyente del Año XIII. Fueron muchos los que como él y San Martín creyeron que era la gran oportunidad para declarar la independencia y reafirmar la decisión de librar una guerra a muerte contra España y redactar la Constitución soñada por Mariano Moreno. San Martín había creado el regimiento de los aguerridos Granaderos a Caballo, con los que había batido arrolladoramente a los realistas en el combate de San Lorenzo. Fue por entonces que empezaron a cartearse. Todavía compartían las mieles del triunfo porque él también había vencido a los godos en Tucumán. Las poblaciones lo recibían como a un general triunfador y como las perspectivas parecían favorables, tenía la esperanza de conquistar nuevas glorias. En aquellas cartas le había confesado a su nuevo amigo que ser militar no había sido vocación y que cada día le pesaba más cumplir con su obligación. También le contaba que, antes de emprender su marcha a Salta, le había pedido al gobierno que incorporase a San Martín a su ejército, y que se lo habían negado. Con generosidad, San Martín le había mandado unos cuadernos con consejos militares y le recordaba que, en cualquier caso, él en Salta había conseguido una victoria muy valiosa.

Trata de mantenerse ajeno al desorden del campamento y al runrún de los soldados. Sabe que algunos traen mujeres, toman caña y andan viciados con los juegos de cartas, pero tiene demasiadas preocupaciones para atender esos asuntos. La dura realidad rebajó sus pretensiones morales que en otros tiempos lo habían llevado a sancionar a hombres clave como Güemes y Dorrego. Recién logra sentir cierto alivio cuando, quizás por primera vez, los del Triunvirato le dan una buena noticia y le anuncian que San Martín está yendo

desde Buenos Aires hacia Tucumán con sus Granaderos a asistirlo como segundo jefe del ejército.

La novedad le regala el consuelo del llanto. Está enfermo de todo: del cuerpo y el alma. Lo que más quiere es conversar con su paisano de silla a silla, para poder reorganizar la estrategia y diseñar juntos un plan al que le cuesta por más de un motivo llamar "realista". Pero está convencido, más allá de los calificativos, de que lo van a cumplir sin importar los obstáculos que se les presenten y que todavía están a tiempo de salvar a la patria.

No piensa en otra cosa y trata de calcular por dónde puede andar San Martín, que estima podría ser Tucumán. Se apura a escribirle para pedirle que, si es posible, vuele, que venga a ser no solo su amigo sino también su maestro y, conociendo la humildad de su correspondiente, ojalá se anime a ser su jefe. Termina la carta diciéndole que lo espera en Yatasto, a unas nueve leguas de la ciudad de Salta. Sabe que va a volver al mismo lugar donde dos años atrás recibió el mando de las ruinas del Ejército del Norte de manos de Pueyrredón y se le agolpan los recuerdos, la reorganización de aquella andrajosa tropa, el éxodo jujeño, las victorias de Tucumán y Salta, y también las fogosas noches de amor con su amada María Josefa Ezcurra.

Vuelve a la realidad y sabe que ahora es un general vencido, enfermo y traicionado por el poder central. Pero también se dice que eso ya no importa. Con esperanzas renovadas, al día siguiente les anuncia a sus tropas que está viniendo a auxiliarlos un ejército de Buenos Aires al mando del coronel don José de San Martín. No está todo perdido. El sol brilla en lo alto y ya no lo hiere.

Belgrano acierta, San Martín está en Tucumán. La casa que le dieron allí tiene solo dos habitaciones con un patio, pero San Martín agradece la sombra. El calor en enero es asfixiante. Desde que llegó, anduvo agobiado. No sabe si su flojera es por el bochorno o la desazón que le dejó el viaje por esos caminos polvorientos y poblados de miseria que le recordaron los del norte de África. Esa

tarde el asma le da una tregua y es la primera vez que se siente con energía.

En el cuarto que utiliza como despacho, se instala en su mesa de trabajo y abre el oficio del gobierno de Buenos Aires. Nomás empieza a leerlo, se frota con furia las abundantes patillas que le llegan al mentón.

–¡Son unos malparidos! –exclama arrojando la carta sobre el escritorio.

El oficio está firmado por Posadas, que se atreve a llamar a Belgrano "desgraciado" y le pide que le quite el mando del Ejército para ponerse al frente como general en jefe. Belgrano debe permanecer a sus órdenes en calidad de subordinado. Pero hay más: pretenden someter a su amigo a un tribunal militar por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma. Lo acusan de haber perdido esas batallas por su falta de pericia como General y su modo despótico de tratar oficiales y tropas. Dicen que no permitió que sus jefes diesen órdenes, que le tenían miedo, y que tomó todas las decisiones sin tomar consejo de nadie.

–¡Qué sabrán estos cobardes impresentables lo que significa estar en el campo de batalla!

La furia no se le pasa. Si está allí es porque el Triunvirato le pidió que fuese segundo jefe del Ejército del Norte para auxiliar a Belgrano. Se cuidaron bien, los muy canallas, en ocultarle sus intenciones de pedirle la renuncia. Ya los iba conociendo. En un oficio anterior, Rodríguez Peña se había atrevido a decirle que mantener a Belgrano en su puesto los comprometía demasiado, porque había perdido la cabeza y atacaba a todos sus subalternos.

Desconfiaba tanto de estos personajes sinuosos que había dudado mucho en aceptar la misión encomendada, pero terminó aceptando la designación por el cariño que sentía por su amigo y para intentar salvar el Norte. De ningún modo se le había escapado que el ofrecimiento escondía las verdaderas intenciones del Triunvirato, que quería alejarlo de Buenos Aires y sacárselo de encima para dejarle el campo libre a las maniobras de su ex amigo Alvear.

San Martín no tiene dudas de que detrás de todas esas intrigas está el mismísimo Alvear, que ya no tiene tapujos en mostrar sus ambiciones y sus ansias de poder. Y para eso, ¡qué mejor ayuda pudo recibir que la de su tío Posadas!

El oficio de Posadas es "reservado", con lo que está claro que nada le dijeron a Belgrano sobre su destitución y mucho menos sobre su juzgamiento. Belgrano posiblemente cometió errores y no tiene los conocimientos militares de Bonaparte, pero San Martín lo admira y considera que es el hombre más metódico de los que conoce en América, lleno de integridad y talento natural.

El hipócrita de Posadas le pide que "cargue con esa cruz", pero él no piensa reemplazar a Belgrano y menos que menos va a ser cómplice del Triunvirato. Los últimos fracasos se habrían podido evitar si ellos hubiesen atendido las advertencias de Belgrano, que pedía consolidar la defensa de la frontera norte y dejaba en claro que para lanzar una ofensiva sobre las fuerzas realistas del Alto Perú necesitaba que le mandasen refuerzos.

Pero ahora no hay vuelta atrás ni tiempo para cartas. Trescientas veinticuatro leguas recorrió desde Buenos Aires cumpliendo las órdenes de Belgrano, que estima que Pezuela va a perseguir lo que queda de su ejército hasta Salta, por lo que le pide que avance con la caballería para proteger la retirada. Tres semanas cruzando ríos y montañas por caminos ruinosos, reclutando hombres para fortalecer su escaso ejército.

Lo único que le preocupa es que Belgrano piense que él es un traidor. Se queda encerrado en la casa, como en un calabozo, hasta que le llega una nueva misiva de Belgrano: quiere que avance con algún escuadrón hasta Cobos a unas nueve leguas al oeste de la ciudad de Salta.

Nadie ve a San Martín hasta el amanecer, cuando sale para dar aviso a sus oficiales que deben continuar la marcha hacia el Norte.

El siguiente tramo del viaje es un galope furioso. Manda al grueso de sus tropas a Salta y él hace noche en la posta de Los Algarrobos con unos pocos soldados esperando recibir una orden de su jefe y amigo.

El río Juramento, que suele ser caudaloso, rápido y profundo, no tiene más que dos pies de agua en su mayor hondura. Belgrano calcula que San Martín está próximo a llegar a Yatasto y manda un chasqui para pedirle a su camarada que, en caso de estar cerca, lo espere en la estancia de la familia Toledo y Pimentel, que está a la vera del Camino Real.

* * *

Las paredes blanqueadas de la hacienda refulgen bajo el primer sol de la tarde. Un changuito escucha los golpes en la tierra seca y ve acercarse una tropilla envuelta en una nube de polvo. Son los adelantados. Detrás de estos jinetes siempre viene el jefe con las tropas. Lo sabe porque su casa es lugar de hospedaje y descanso de muchos generales y viajeros. Corre hacia el interior de la casa. Los perros lo siguen y las gallinas se alborotan cuando comienza a dar voces:

–Coronel San Martín, ¡están llegando!

San Martín duerme la siesta. Antes de recostarse, le pidió al niño que le avise en cuanto los viese venir, y el niño cumplió con su palabra. Después de asearse rápidamente, se apura a salir al patio.

Belgrano ya está allí, sentado a la sombra de un árbol de copa generosa. Tiene la chaqueta apoyada sobre su regazo y está en mangas de camisa. Cuando ve aparecer a ese hombre alto, de tez cetrina y cabellos oscuros, se pone inmediatamente de pie.

Lo sorprende la juventud de San Martín a sus treinta y cinco años, sus espaldas anchas y su caminar tan erguido. Siempre supo que José es ocho años menor, pero al comparar su apostura con el ruinoso estado en que se encuentra, se siente un anciano. Son algunas de las consecuencias de más de dos años de guerra y varios más de disgustos.

Se estrechan la mano y cruzan miradas. La de San Martin es penetrante, los ojos grandes, de tan negros, renegridos. Los de Belgrano, de un castaño claro, acuosos y cálidos. Algo se agita en el aire, una emoción contenida, y ambos hombres se abrazan.

–Amigo querido.

–Don Manuel.

Después de compartir unos mates y los relatos de las derrotas, los desplazamientos y las últimas noticias del enemigo, San Martín se desahoga.

–Estos mierdas de los maturrangos y los chanchullos de los gobernantes no nos dan tiempo para pensar qué país queremos, qué vamos a hacer con esta hermosa tierra cuando seamos libres. Pero usted lo expresa muy bien en los artículos que me dio a leer nuestro amigo Monteagudo apenas desembarqué en Buenos Aires. Sus propuestas sobre la educación pública, obligatoria y gratuita, el fomento de la industria y el impulso de nuestra economía, me han parecido brillantes y necesarias. Desde esas lecturas lo vengo admirando como si lo conociera de toda la vida.

–Me honra… ¿puedo llamarlo compañero?

–¡Y cómo si no! Si eso somos.

–Compañero querido, no he hecho otra cosa que pensar la patria, soñar con un país nuevo, justo y libre.

Belgrano saca unos folios de su cartera y se los extiende.

–Creo que le van a ser de gran utilidad.

–¿Qué esto?

–El estado de la fuerza y el armamento que quedó. Más o menos, esto es todo con lo que cuenta, además de sus granaderos.

San Martín les da una mirada rápida. Es un recuento minucioso de hombres, fusiles, lanzas y municiones. Tan minucioso como solo puede hacerlo Manuel Belgrano. Niega con la cabeza.

–Es su ejército y yo su subordinado. Estoy a sus órdenes –dice levantando la vista para mirar a Belgrano con agudeza.

Los dos saben que hay algo no dicho. San Martín busca ser cortés y no cortante, pero se siente incómodo.

Belgrano se rasca la frente. Le cuesta seguir. Lo que menos quiere es importunar a su paisano.

–No hace falta dar vueltas al asunto. Le hablo con franqueza y espero que me confirme los rumores: usted vino a reemplazarme y para mí es un honor darle el mando del Ejército. Me puedo quedar con mi regimiento o de soldado, no me importa.

A San Martín lo conmueve la abnegación de Belgrano, pero lo irrita verse en esa situación. Intenta mantener un tono amable, aunque su voz se vuelve grave.

–Me alegra que sepa lo que traman los del Triunvirato porque me ahorra explicaciones. Eso pretenden, ¡pero yo no estoy de acuerdo y no pienso obedecer! –dice sin disimular su indignación–. Aunque sabían que usted quería quedarse en la retaguardia porque no tenía fuerzas suficientes, lo mandaron a avanzar, y ahora quieren responsabilizarlo de la derrota. Y me mandan a mí a sustituirlo, con lo cual consiguen lo que más les interesa: mantenernos a los dos bien lejos de Buenos Aires para manejar la política y los negocios en beneficio propio y de sus socios locales y extranjeros.

Belgrano recupera su espíritu de lucha y sus ojos se encienden. Está encantado de poder conversar sobre esos temas con San Martín y descubrir hasta qué punto son aliados. En su correspondencia se había mantenido cauto porque no tenía muy clara la posición del Coronel al respecto, pero todo lo que manifiesta le da pie para seguir hablando.

–Cuénteme qué está pasando en Buenos Aires. Hace demasiado tiempo que estoy lejos. Me ilusioné con la Asamblea, pero ya ni siquiera la independencia se menciona. Lo único que recibo del Triunvirato es desprecio. No me mandan hombres, ni armas, ni alimentos para las tropas, y no nos pagan ni siquiera los salarios. Creo que se olvidaron de por qué estamos acá.

–¿De quién quiere que le cuente? Porque nos podemos pasar la tarde, sobre todo si empezamos por Alvear, que movió todos los hilos para ser designado general en jefe de las fuerzas de la capital y comandante de armas. Tuvo la "buena fortuna" –remarca San Martín con ironía– de que su tío Posadas haya decidido ignorar que su precioso sobrino tiene casi nula experiencia militar y que tanto título le queda grande por todos lados.

Belgrano se ríe.

–Veo que su viejo amigo es hoy su enemigo.

–Y sí, fuimos amigos, no lo niego. Siempre me conmovió su historia, haber perdido a sus seis hermanos y a su madre en un mismo día por el cañonazo inglés que hizo explotar el barco español

en el que viajaban, lo hace merecedor de compasión. Pero más allá de esa desgracia, él fue padrino de mi boda con Remedios, fundamos la Logia, derrocamos al Primer Triunvirato por centralista, ¡y resulta que ahora es el más centralista de todos! Aunque no es solo Alvear, puedo contarle también de otros falsos amigos de la revolución, que nos mandan a luchar mientras siguen enriqueciéndose mediante el comercio con los ingleses.

–De esa clase de gente por acá hay mucha. No comercian con los ingleses, aquí lo hacen con los españoles y esta guerra les complica sus negocios. Se quejan porque no pueden mover a sus animales y disponer de sus tierras. Pero dejemos toda esa codicia y mezquindad para ellos. Le pido que sea generoso conmigo y reconsidere su posición en este ejército. Usted tiene más conocimientos militares que yo, eso lo sabemos los dos, pero además puede utilizar todo lo que sabe para ordenar a las tropas, instruirlas y moralizarlas.

–Lo que me pide puedo hacerlo como segundo jefe y que el ejército siga bajo su mando. Aunque creo que eso no es lo más importante, sino decidir cómo seguimos.

–Odio decirlo, pero hay que apurar la retirada. No estamos en condiciones de atacar.

–Volvamos a Tucumán entonces. Ahí nos podemos preparar y puedo ocuparme de los soldados. Le digo esto porque estuve analizando el terreno y creo que por el Norte no vamos a poder avanzar. Ahí hay un joven oficial salteño que conocí en Buenos Aires, en casa de Remedios, y nos puede ser de mucha ayuda. Conoce como nadie el terreno y fue el verdadero artífice de la victoria de Suipacha. Es tan corajudo que durante las invasiones les tomó a los ingleses un barco a caballo. ¡Y no cualquier barco, la nave insignia de los invasores, el Justine, con 122 tripulantes y 22 cañones! Se llama Martín Miguel de Güemes.

San Martín le confía luego su más guardado secreto, un plan que parece una locura, una hermosa locura: avanzar por Chile.

Mientras comparten más mate y algo de pan, se lo cuenta con detalle y manifiesto entusiasmo. Hace días que viene pergeñándolo con su flamante amigo Guido. En el Norte, mientras tanto, pueden

implementar con Güemes una guerra de guerrillas, como la que se utilizó contra Napoleón en España y que él pudo ver de cerca. Acosar a los invasores, aparecer por sorpresa y desaparecer. La estrategia parece hecha a medida para el coraje de sus paisanos.

Belgrano lo escucha fascinado. Los dos son buenos conversadores y abundan en detalles, referencias, lecturas que compartieron sin saberlo, quejas sobre el gobierno central y esa soledad que no deja de acompañarlos.

Chillan los loros, los gallos y las gallinas se acomodan sobre los árboles para pasar la noche, y cuando oscurece ya tienen decidido que van a frenar la ofensiva y que se pondrán en marcha hacia la ciudad de Tucumán, donde San Martín va a instruir y disciplinar a las tropas.

A la mañana siguiente, San Martín se levanta al alba, como de costumbre. Los soldados que pasaron la noche en un costado de la casa, uno al lado de otro, durmiendo sobre sus monturas, se levantan para ir al corral y preparar a los caballos. Les ponen los frenos, los cueros, pieles y cinchas que les sirvieron de cama. El Coronel y su reducida tropa parten a Tucumán. Belgrano los seguirá algunos días después. Están empezando a escribir otra historia.

2
LA REVOLUCIÓN EN EL BANQUILLO

Iba adormecido por el traqueteo cuando el coche detuvo la marcha.

–General, llegamos –le dijo uno de sus escoltas después de golpearle la puerta.

Al asomarse por la ventanilla vio unas cuantas casas de barro de aspecto miserable.

–¿Dónde estamos?

–En la Villa de Luján. Nos dieron la orden de llevarlo al Cabildo para que cumpla su detención.

Volvió a recostarse en el asiento. "¿Detención? ¡Qué traidores miserables…! Y encima me mandan al mismo lugar donde estuvo prisionero el invasor Beresford. Ahora resulta que soy tan peligroso como un general inglés".

Antes de bajarse del coche, acomodó su pelo, se pasó la mano por los labios cuarteados por la fiebre y respiró hondo. El lugar donde se habían detenido era un gran descampado con algunos árboles dispersos. Aunque Belgrano conocía Luján, no pudo identificar dónde estaban.

–¿Y dónde está el Cabildo? –le preguntó al escolta.

El soldado le esquivó la mirada, posiblemente avergonzado por la misión que le habían encomendado.

–Ahí –dijo señalando a un costado, donde el potrero se transformaba en la plaza Mayor–. Pero súbase al coche, mi General, así damos la vuelta y bajamos los bultos.

–Está bien m' hijo, no lo voy a comprometer, no vaya a ser cosa que me escape –agregó Belgrano con sorna y entre dientes mientras

volvía a subirse al coche.

En las pocas cuadras que recorrieron, vio a varios hombres y mujeres sentados a las puertas de sus ranchos. Parte del caserío tenía cercos armados con tunas para poner a resguardo a las gallinas y otros animales, pero la mayoría ni siquiera eso. Nuevamente le resultó intolerable ver a toda esa gente pobre de toda pobreza, condenada al hambre y a la desnudez en un país en el que había tanto por hacer. Desde sus tiempos del Consulado que venía haciendo propuestas sin ser escuchado. Recordaba uno de los artículos, escritos a contramano en pleno Virreinato, donde planteaba: "Es de necesidad poner los medios para que puedan entrar al orden de sociedad los que ahora casi se avergüenzan de presentarse ante sus conciudadanos por su desnudez y miseria, y esto lo hemos de conseguir si se les dan propiedades".

Al llegar al Cabildo, lo recibió el aguacil, un hombre de tez oscura y abdomen prominente. Después de cuadrarse y mascullar algo que Belgrano no pudo comprender, lo condujo a través de un corredor y un patio de baldosas con un aljibe en el centro. El recorrido terminó frente a las puertas de dos habitaciones: una sería su prisión en los días siguientes y la otra la de su carcelero, a quien el aguacil tuvo la deferencia de llamar "centinela".

Al ver que en el recinto había una cama y no un catre, suspiró aliviado. De todos modos, el olor a encierro y la luz era tan escasa que enseguida recordó que esa sería su celda. Miró hacia arriba para buscar de dónde salía el único hilito de luz que iluminaba la pared blanqueada, y en lo alto vio una ventana mínima con rejas.

Antes de irse, el aguacil no se atrevió a poner cerrojo a la puerta. A Belgrano no le quedó muy claro si fue por decoro a su investidura o porque tenía un aspecto tan desmejorado que era evidente que no estaba en condiciones de escapar a ningún lado.

La maldita fiebre que mermaba durante el día había empezado nuevamente a atenazarlo en esas horas del atardecer, aunque lo peor eran los dolores de cabeza, que esa noche, en su nueva estancia, tampoco lo perdonarían.

Después de unos días en los que intentó descansar sin demasiado éxito, decidió escribirles a los miembros del Directorio

para pedirles que consideraran su quebrantada salud y le permitieran trasladarse a su quinta de Buenos Aires, a cumplir una prisión domiciliaria. Estaba dispuesto a ser sometido a juicio, pero no a morir en esa habitación húmeda que le hacía chirriar los huesos. Mientras tanto, sabiendo que el pedido tardaría en llegar y la respuesta mucho más en volver, decidió comenzar a escribir sus memorias.

Tomó la pluma y escribió por fin algo que venía pensando durante tantos meses: "Nada importa saber o no la vida de cierta clase de hombres que todos sus trabajos y afanes los han contraído a sí mismos, y ni un solo instante han concedido a los demás; pero la de los hombres públicos, sea cual fuere, debe siempre presentarse, o para que sirva de ejemplo que se imite, o de una lección que retraiga de incidir en sus defectos. Se ha dicho, y dicho muy bien, 'que el estudio de lo pasado enseña cómo debe manejarse el hombre en lo presente y porvenir'; porque desengañémonos, la base de nuestras operaciones siempre es la misma, aunque las circunstancias alguna vez la desfiguren. Yo emprendo escribir mi vida pública con el objeto que sea útil a mis paisanos, y también con el de ponerme a cubierto de la maledicencia".

* * *

Los del gobierno se tomaron su tiempo, pero aceptaron su propuesta, de modo que en junio inició un nuevo y más corto pero no menos tedioso periplo por caminos polvorientos, esta vez hacia San Isidro.

Al entrar en el terreno de la quinta familiar y ver los ombúes y los talas a los que tantas veces se había trepado en su infancia, algo se aflojó en su pecho. La luz de la tarde, azul y límpida, recortaba los contornos de un palomar y de un conjunto de higueras, y al fondo, en la parte más alta, la silueta de la casa. Volver al escenario favorito de los juegos con sus hermanas y hermanos, ese lugar tan querido al que su familia se trasladaba cada verano para escapar de los tremendos calores de la ciudad, hizo que las emociones

contenidas durante años de luchas, guerra y sobre todo tantas ingratitudes, se desanudaran, arrasadas por el recuerdo de una vida que alguna vez había sido agradable y ligera.

Pese a que seguía esperando ser convocado a declarar, en ese entorno familiar ya no se sentía un preso y pudo relajarse. Los primeros días estaba tan enfermo y cansado que los pasó durmiendo. A fuerza de insistir, su gran amigo, el doctor Redhead, consiguió hacerle llegar un medicamento hecho con corteza del árbol de quina con el que, al poco tiempo, los síntomas y malestares del paludismo se aliviaron. Pero cuando se sintió mejor comenzó a pesarle la impaciencia sobre su futuro. Estaba convencido de que su actuación como militar había terminado. El hombre acostumbrado al mando y a la acción ya no existía. ¿Qué sería de él de aquí en más?

Los días y las noches se le escapaban haciendo elucubraciones o entre lecturas, hasta que ya no le alcanzaron para cubrir las horas muertas. Necesitaba ocupar su cabeza, tener un trabajo por delante, como había tenido siempre, así que decidió retomar la escritura de su historia para poner a salvo su buen nombre, narrar tantas desazones, denunciar a los traidores y también plasmar las esperanzas que todavía guardaba respecto del destino de la revolución. Habían pasado muchos años y mucha agua y sangre bajo el puente, pero aun anhelaba que sus ideas algún día se hicieran realidad y reinara por fin en esta tierra "la noble igualdad" como proclamaba el flamante himno nacional.

De inmediato se arma una rutina: por las mañanas, se dedica a la escritura de sus memorias y, después de almorzar y tomar una breve siesta, lee hasta que oscurece. Cuando hay suerte, consigue que le traigan algunos periódicos de Buenos Aires. En el país y en Europa está todo muy convulsionado, y por eso no puede evitar que el mate se le atragante cuando se entera de que el 7 de marzo de 1814 Napoleón Bonaparte había autorizado a Fernando VII a volver a España.

Considerando los meses que habían pasado desde entonces, calcula que Fernando ya recuperó su trono, lo que pone en grave peligro la independencia de las colonias. No tiene dudas de que el indeseable del "Deseado" va a iniciar una furiosa persecución de los

rebeldes y a intentar poner nuevamente bajo el yugo español a las Provincias Unidas.

Ansioso por tener más noticias y conocer los planes del Directorio, le escribe a su hermano Francisco para pedirle que lo vaya a ver. No van a poder objetarle que se reúna con un familiar.

Al día siguiente, cuando la criada le anuncia que tiene visitas, se apresura a dejar su escritorio y baja en mangas de camisa y con un poncho sobre los hombros creyendo que está por encontrarse con Francisco, pero se queda completamente desconcertado al ver en el salón nada menos que a Gervasio Posadas.

–Discúlpeme por haber llegado sin avisar –le dice Posadas al ver su cara de estupefacción, tras los saludos de rigor–. De todos modos, sabía que lo iba a encontrar aquí –agrega con una media sonrisa de complicidad e hijaputez que a Belgrano le repugna.

Charlatán como es, el Director Supremo acomoda su larga y flaca osamenta en un sillón como si estuviera en su casa y empieza a soltar una larga parrafada acerca de Carlos María de Alvear, remarcando que el comportamiento de su sobrino dilecto en la toma de Montevideo fue "heroico".

Belgrano no puede tragarse ese sapo y procurando con gran esfuerzo ser mesurado en el tono, comenta:

–Digamos que el irlandés Brown con nuestros barcos también tuvo mucho mérito en la hazaña. Rondeau estuvo dos años dirigiendo las fuerzas sitiadoras de Montevideo, y no se puede negar el rol clave de Artigas…

Posadas lo interrumpe. De un segundo a otro sus pómulos se enrojecen y el contraste con su pelo blanco hace que su cara tome un aspecto diabólico. Con los labios tensos vocifera rabioso:

–¡Ni me hable de Artigas y los destrozos que hizo! Y tampoco de Rondeau… Ahora resulta que él, French, Díaz Vélez, todos renunciaron y están enojados. ¡Es una cosa de locos! ¿Cómo se puede llevar adelante así una empresa? –agrega sofocado, levantando los brazos–. Hay que dejarse de pamplinas y cada uno debe enmendar sus respectivos defectos.

Llegado este punto, Belgrano ya tiene en claro que, según Posadas, todo el mérito y los laureles por la victoria en la Banda

Oriental son de su querido sobrino, y también que está evitando referirse al juicio en su contra que él mismo promovió. Aunque todavía no puede entender el motivo de su visita, conociendo los modos sinuosos de su interlocutor prefiere dejar que siga hablando.

–Nuestro mayor problema ahora es Fernando –dice Posadas, cambiando su tono fervoroso por otro más mesurado–. No sé si sabe que ya declaró nula y sin efecto la Constitución liberal de Cádiz, como si no hubiese existido jamás, y reimplantó la Inquisición. Nos enteramos de que está listo para comenzar a recuperar las colonias y se dice que está preparando una gigantesca fuerza invasora para recuperar estas tierras. Teniendo en cuenta lo que demoran en llegar las noticias, es posible incluso que ya se hayan hecho a la mar.

Posadas resopla con resignación y levanta los ojos al cielo.

–De modo que, amigo mío –sigue diciendo–, todo es confusión y desorden.

Belgrano asiente con la cabeza. Aunque está cada vez más intrigado, se resiste a preguntarle a Posadas para qué fue a verlo. Imagina que no es algo fácil y no quiere ahorrarle la incomodidad que nunca le había ahorrado a él. Se suceden unos minutos de silencio. Ninguno de los dos habla y la tensión va creciendo, hasta que Posadas abre el juego:

–Me imagino que se estará preguntando por qué estoy visitándolo –dice por fin–, y le cuento que traigo para usted buenas noticias.

Hace una pausa casi teatral para darle más fuerza y dramatismo a lo que va a venir, y con una sonrisa agrega:

–Con el Consejo de Estado decidimos sobreseerlo de todos los cargos por la campaña del Alto Perú. No fue fácil, créame, porque usted sabe bien que se granjeó varios enemigos y hay muchos con ganas de condenarlo. Pero los errores cometidos son parte del pasado y ahora nos urgen otros asuntos. Los ingleses firmaron un pacto con España por lo que ya no pueden vendernos armas, y tenemos que negociar…

Después de tantos meses de angustia, Belgrano no puede soportar que Posadas le hable a la ligera de errores que hay que

olvidar con ese tono de perdonavidas, por lo que su orgullo puede más y le espeta con sequedad:

–No quiero ni necesito su perdón. Entendí que formaron un consejo de guerra, y estoy dispuesto a declarar cuando lo dispongan.

–Espere, espere, no se adelante que lo que vengo a ofrecerle es una tarea complicada. Olvídese del juicio. Como ya le dije, necesitamos que vaya a Europa para negociar.

–¿Con quién?

–Con España, con los ingleses o con quien sea. En el Directorio acordamos enviarlo en viaje diplomático para sondear el ánimo de las monarquías europeas frente a una posible declaración de la Independencia. Necesitamos conseguir apoyos, armas...

Belgrano frunce la boca y niega con la cabeza.

–Yo no soy el hombre adecuado para una misión semejante –dice mientras se pone de pie y va hacia una de las puertas del salón para llamar a una criada.

–Como por lo visto no nos entendemos, prefiero hablarle con toda franqueza. Quizás me expresé mal: lo que le estoy proponiendo no es en realidad una propuesta.

–Es usted el que parece que no me entiende: yo no quiero perdón, quiero justicia y que se limpie mi buen nombre –agrega Belgrano con sequedad, aún de pie–. Así que pueden revisar todo lo que se les dé la gana de mis actuaciones en Vilcapugio y Ayohuma. Estoy dispuesto a dar explicaciones y a pagar las consecuencias de mis actos, si es que deciden condenarme.

–Ay, mi amigo, sabía que esto iba a ser difícil –dice Posadas con tono campechano–. No nos pongamos nerviosos. Siéntese y haga el favor de escucharme.

–Lo escucho.

Posadas se reclina, procurando acercarse de algún modo a Belgrano, como para hacerle una confidencia.

–Hay varias declaraciones de sus subordinados que lo comprometen –dice casi susurrando–. Y también hay otros que lo defienden, no se lo voy a negar. Pero no demos más vueltas: su situación es complicada y las posibilidades de que termine preso son

muy altas, así que usted elige. La misión que queremos encomendarle es para salvar a la patria, ¿no es lo que quiso siempre? Alégrese de que hayamos vuelto a convocarlo y para una misión fundamental. El campo de batalla ha cambiado, General.

–¿Me pide que me alegre? Ahora resulta que me necesitan, después de haberme injuriado y de tenerme hace no sé ya cuánto tiempo detenido… Parece una burla.

Posadas lo mira con ojos vigilantes e inquietos, la nariz filosa, como de ave. Para cortar la conversación o porque realmente lo necesita, se pone de pie y pide pasar al baño.

Belgrano lo ve alejarse dando largos pasos por el salón. No tiene dudas de que la misión que le ha venido a proponer Posadas es también un buen modo de sacárselo de encima. Ya lo lograron con San Martín, a quien después del Norte lo mandaron a gobernar Cuyo, bien lejos de Buenos Aires. Pero también sabe que hay ciertas razones por las cuales lo eligieron. Después de todo, fue secretario del Consulado, ya fungió como diplomático en Paraguay y además habla inglés y francés.

Cuando regresa al salón, Posadas parece cansado y luce más desgarbado. Es un hombre de más de cincuenta años y se le nota en los pliegues del rostro.

–Mire, mi estimado –dice resoplando–, podemos pasarnos toda la tarde discutiendo, pero yo no tengo más tiempo ni ganas. Estoy procurando que haya una amnistía general para conciliar los ánimos y terminar con las divisiones entre nosotros. Imagínese que si me vine hasta acá para verlo personalmente es porque lo considero y valoro. Ya sé que está demasiado ofendido para darse cuenta de lo ventajoso de mi propuesta. Es un buen giro para su carrera convertirse en diplomático. A mi sobrino Carlos María le pareció una idea brillante cuando se la comenté, y lo mismo a los demás miembros del Directorio. Ninguno de nosotros quiere verlo caer en desgracia, Manuel, y estamos seguros de que para usted es mucho mejor que la cárcel o que andar batallando, que ya vimos que no se le da bien.

Belgrano aprieta los puños. En otras condiciones y sin tener un juicio pendiendo como una espada sobre su cabeza, hubiese echado

a patadas a Posadas. Sin poder contenerse, le espeta:

–A la hora de revisar mi actuación, deberían contabilizar los triunfos y no solo las derrotas.

Pero enseguida se da cuenta de que es inútil, que tiene que calmarse y aunque ya no soporta más tanta hipocresía, intenta saber algo más de la misión que quieren encomendarle.

–No sé si sabe que no estoy en condiciones de batallar porque estoy enfermo –agrega con aplomo–, así que tampoco podría cruzar el océano para hacer lo que me piden, que no entiendo bien qué es.

–Quédese tranquilo que va a poder, porque primero debe tocar Río de Janeiro para reunirse con Lord Strangford. Él es quien mejor puede orientarnos acerca de la posición de Inglaterra. De allí el siguiente destino de su comisión es Europa. ¡Tenemos que buscar aliados, mi amigo! Y estoy seguro que más enfermo se va a poner usted si quedamos nuevamente en manos de los españoles. Imagínese si todo lo que hicimos queda en nada.

A regañadientes y aunque desconfía con sobradas razones de Posadas, Belgrano piensa que tiene razón: la idea de volver a estar bajo el dominio realista lo espanta, así que le pide un tiempo para pensarlo.

A los pocos días recibe la esperada visita de su hermano Francisco, que le da más información acerca de lo que está pasando. Con la vuelta de Fernando VII al trono de España, la situación para las Provincias Unidas no podía ser peor. A la pérdida del Alto Perú, ahora se sumaban los rumores cada vez más ruidosos de una inminente expedición al Plata por parte de las fuerzas españolas con no menos de veinte mil combatientes. Los revolucionarios estaban cada vez más solos y cercados, porque además la corte portuguesa en el Brasil, encabezada por la princesa Carlota, hermana del regresado Fernando VII y esposa del rey Juan de Portugal, se estaba inclinando peligrosamente a favor de los intereses españoles y no parecía estar dispuesta a renunciar a sus pretensiones sobre el Río de la Plata.

El frente interno también era un polvorín. Artigas dominaba las provincias del Litoral y se defendía ya con las armas de las permanentes agresiones del gobierno de Buenos Aires. Mientras que

Alvear operaba para concentrar todo el poder y manejaba a su antojo a su tío Posadas, el Director Supremo que lo había condecorado por el triunfo en la Banda Oriental sabiendo que en verdad los laureles le pertenecían a Artigas, Brown y Rondeau. El clima generalizado era de desunión, hostilidad y desaliento.

Los dichos de su hermano lo dejan aún más inquieto acerca de la misión que pretende encomendarle Posadas. Trata de imaginar cómo van a explicar los del Directorio su regreso a la vida pública después de haberlo difamado. "Voy a ser como el burro de Sancho Panza, al que después de que se lo robaron vuelve a aparecer en la historia del Quijote sin que se explique cómo y por qué".

En esas cuestiones piensa cuando da largos paseos para ir cada día a misa en la iglesia San Isidro Labrador, rutina que incorporó desde que volvió a ser un hombre casi libre. La primavera está despuntando, y en los jardines de las casonas comenzaron a florecer los jacarandás. Algunas veces se pierde en cavilaciones mirando al río, oteando el horizonte y los barcos.

Una de esas tardes, cuando llega a la iglesia para la misa de seis, se sorprende al encontrarse con Mariquita Sánchez de Thompson. La mujer, siempre elegante y locuaz, lo saluda con alegría. Le cuenta que está pasando unos días en su quinta de San Isidro y se muestra genuinamente contenta de volver a verlo. Belgrano fue un asiduo invitado a las nutridas tertulias literarias y políticas que Mariquita celebraba en su casa de Buenos Aires desde los primeros años de la revolución. Solo ella es capaz de reunir en sus salones a Juan Martín de Pueyrredón, San Martín, Nicolás Rodríguez Peña, Bernardo de Monteagudo, Carlos María de Alvear, Bernardino Rivadavia y muchos otros que incluso son enemigos acérrimos, para debatir, tejer alianzas e incluso intrigar contra el gobierno de turno. Aunque todo Buenos Aires la conoce desde mucho antes de que fuese una destacada y ferviente partidaria de la independencia y una notable anfitriona.

Mariquita se trasformó en protagonista de una de las historias más legendarias y románticas de la sociedad porteña cuando tenía apenas catorce años y se enamoró de Martín Thompson, un muchacho rubio y de ojos azules, que además era su primo

segundo. Por entonces el romance se topó con la tenaz oposición de los padres de la muchacha, quienes tenían elegido otro candidato para su hija: un rico comerciante español que la triplicaba en edad. En 1801 intentaron casarla por la fuerza con Diego del Arco, su añoso pretendiente, pero la ceremonia terminó en escándalo cuando Mariquita anunció que estaba comprometida con otro hombre. Como castigo por su insolencia, la confinaron a la quinta familiar de San Isidro, lejos de Buenos Aires, pero allí siguió manteniendo encuentros furtivos con su amado Martín, que se disfrazaba de aguatero, mendigo o paisano para poder verla. Hasta que alguien los delató, por lo cual Mariquita fue enviada a un convento y su novio a una guarnición militar, primero en Montevideo y luego en España.

Durante tres años los porteños se lamentaron por las penurias amorosas de los jóvenes, pero Mariquita no iba a darse por vencida y, al cumplir los diecisiete, le envió una osada carta al entonces virrey Sobremonte contándole su caso y reclamando su derecho a ejercer su voluntad y casarse con Thompson. Un año más tarde, en 1805, los enamorados obtuvieron por fin la autorización del virrey y pudieron celebrar la ansiada boda. Desde entonces, la pareja que hoy tiene cinco hijos, se transformó en centro y referente de la elite ilustrada.

"Venga mañana a los Ombúes que tenemos mucho que conversar y acá no es lugar porque hasta las paredes oyen", le dice Mariquita a Belgrano en las puertas de la iglesia después de una breve charla. Él acepta de inmediato. Sabe que Mariquita puede darle información de primera mano. Pero además le tiene un gran aprecio a esa mujer valiente que, años atrás, se ocupó junto con otras patriotas de financiar el armamento de sus tropas en el Norte.

La quinta de los Ombúes está tal como Manuel la recuerda, a excepción del algarrobo blanco que ahora domina el jardín y la glicina de la galería, que ha crecido tanto que ya cubre varias de las columnas de madera y casi todo el alero de tejas. La criada lo hace pasar a la sala donde la señora lo espera. Es primera hora de la tarde y las ventanas están abiertas al verde que se extiende sobre el

barranco que baja al río. Los muebles de madera de nogal, los sillones forrados con ricos brocados y los tapetes que cubren parte del piso contrastan con la construcción sencilla y austera.

Mariquita lleva un vestido de color celeste pálido y una mantilla de seda. Tiene sus rizos algo desordenados y lo recibe con su sonrisa afable. Sabe dominar como nadie el arte de la conversación y, mientras toman chocolate con galletas, le pide a Belgrano que le cuente acerca de sus últimos días al mando del Ejército Norte y su actual situación. Cada tanto desliza un comentario mordaz o gracioso, con el que pretende aligerar la charla. Es benevolente con unos y crítica con otros.

–Yo creí que este pueblo ya se había dado cuenta de lo que puede hacer por sí mismo. No entiendo en qué momento volvimos a perder el rumbo –comenta Mariquita respecto de la demorada independencia–. Lo que escucho todo el tiempo es que ahora nuestra única opción es una alianza con Europa, ¿usted qué piensa?

Belgrano prefiere ser cauto. Sabe que Martín Thompson, el esposo de Mariquita, es parte de la Logia junto con Carlos María de Alvear, y le responde que haber estado tanto tiempo lejos de la capital, enfermo y luego detenido, le hizo perder el hilo de los acontecimientos. Pero que sobre todo le preocupan las constantes desavenencias entre Buenos Aires y el resto de las provincias, y la concentración de poder en el Directorio.

–No se crea, hay muchos que no tienen tanto poder como pretenden –desliza Mariquita, para luego hacer un comentario que a Belgrano le resulta superficial, pero que entiende que es para no tener que dar nombres.

–Lo único que le digo es con tantos entuertos y peleas, conseguir alimentos variados es cada vez más difícil, y que, si nos peleamos con los ingleses, que ahora hicieron las paces con España, el problema solo se va a agudizar. Imagino que sabe que Lord Strangford, el embajador británico en el Janeiro, ya le avisó al gobierno que es loco y peligroso que declaremos la independencia. Parece que no contamos con ningún apoyo y mucho me temo que, si seguimos por este camino, sea regado de sangre.

–Tampoco podemos quedarnos quietos sin hacer nada –comenta Belgrano–. De alguna forma hay que acelerar el paso para que los esfuerzos de la revolución no terminen diluyéndose.

–Usted ya hizo demasiado, Manuel. Tiene un corazón bueno y grande, y no ha sido de los que se enriquecieron con las lágrimas y la sangre de sus semejantes. Tenga cuidado, eso es lo único que puedo decirle. Cuídese especialmente de Alvear, que ya me han dicho varios que tiene dos caras. Se quejan de que a puertas cerradas acuerdan con él sobre algún asunto y que después, en lo público, sale opinando todo a la inversa. Es sabido además que lleva a su tío Posadas de las narices, una tarea que, considerando al sujeto en cuestión, ¡le debe resultar fácil! –dice riendo con maledicencia.

Cuando ya el chocolate y la tarde parecen haberse terminado, se les une Martín Thompson. Lleva puesto su uniforme de marino y, al igual que su esposa, es un hombre afable, aunque algo nervioso. Tiene una voz fuerte, que retumba en el salón. Belgrano estrecha la mano que le tiende y Thompson se sienta a su lado en uno de los sillones. Su cargo como capitán del Puerto del Río de la Plata hace que siempre tenga noticias frescas. A sus manos llegan los diarios de Europa y también es el receptor de la información y confidencias que les hacen los tripulantes de las embarcaciones extranjeras que recalan en el puerto.

Thompson le cuenta que pese al triunfo de Dorrego en la batalla de Marmaraiá, Artigas y sus aliados continúan con su rebelión, y que por ahí andan diciendo también que Posadas quiere mandar una misión diplomática para que las cortes de Inglaterra y Portugal ayuden a las provincias del Plata ante España. "Los nombres que se barajan son varios. Suena el nombre de Medrano y también el suyo", le dice a Belgrano, que simula no saber de qué le está hablando.

–De cualquier modo, esa es una decisión que seguramente tomará "El niño", como lo llama San Martín a Alvear –sigue diciendo Thompson–. El apodo le queda muy bien, porque hay pocos tan caprichosos como él.

Belgrano le pregunta si piensa que podrían lograr algún apoyo. Thompson dice que lo ve difícil. Que aunque en el Directorio

sostienen que es para garantizar la paz, le parece que es una misión riesgosa para todos: para la independencia y también para los enviados, porque la posibilidad de que Fernando los considere súbditos rebeldes y los mande a apresar o fusilar es muy alta. "Ya sabemos que el tirano retomó el trono al grito de 'Vivan las cadenas' tiene más sed de sangre que nunca", asegura.

La conversación deja a Belgrano más intranquilo que antes. No puede ignorar lo peligroso que podría ser para su deteriorada salud encarar un viaje semejante a través del océano. A las incomodidades de las naves y las tormentas en altamar, se sumarían las sofocantes temperaturas de Río de Janeiro en verano, para saltar luego a las gélidas del invierno europeo, donde además podría terminar en un calabozo o en un paredón de fusilamiento. Aunque también le entusiasma la idea de volver a servir a la patria y hacer algo para defender la independencia, más allá de los canallas que están en el gobierno.

Ese mismo día le escribe a Posadas pidiéndole que le adelante las instrucciones de la misión y quién será la otra persona que integrará la comitiva, pero este le responde que esos asuntos son secretos y que, por seguridad, lo podrá saber recién cuando esté en altamar.

Belgrano está lleno de dudas y contradicciones. Así se lo comenta a su amigo Tomás Manuel de Anchorena en la carta que le envía para contarle sobre la oferta de Posadas y pedirle consejo.

La respuesta de Anchorena es contundente: "Si la comisión es honorable, admítala para taparles la boca a sus enemigos, que no son pocos". Le advierte también que en Buenos Aires no lo van a dejar en paz.

En cuanto termina de leer la respuesta de su amigo, decide aceptar la misión. Queda claro que no tiene otra alternativa. Le anunciará su decisión a Posadas y le ofrecerá ir a Buenos Aires para hablar personalmente. Pero ese mismo día, antes de poder escribir nada, un emisario le trae una nota de Posadas. "¿Y qué quiere ahora?", se pregunta Belgrano mientras la abre. Es apenas una esquela, en la que le anuncia que el Consejo de Estado ya autorizó la misión a España y su nombramiento.

Belgrano cierra los ojos y resopla. Detesta que lo presionen de ese modo. Lee en diagonal, salta los pocos renglones buscando encontrar una disculpa de Posadas por no haber esperado su respuesta. Pero el Director Supremo nunca justifica su atropello y en cambio le dice que el propósito de la comitiva es felicitar al rey por su vuelta al trono y entablar negociaciones, lo que no implica disminuir los derechos y libertades de las colonias, sino utilizar los recursos diplomáticos para demostrar los deseos pacíficos y de conciliación de las Provincias Unidas. Luego le da los argumentos que deberán esgrimir ante Fernando para frenar una ofensiva o, en el peor de los casos, ganar tiempo para poder prepararse.

El libreto de Posadas es endeble y totalmente obsecuente.

Belgrano deja la nota sobre el escritorio para empezar a decir en voz alta, con tono burlón y sonrisa boba, mientras hace reverencias: "Mi querido rey, toda América se alegra de que haya recuperado su corona. Le pedimos que nos disculpe por tantos años de guerrear y considerarlo nuestro enemigo. No enoje ni nos reprenda. Todos los conflictos que tuvimos en el Plata durante estos años fueron con el Consejo de Regencia, que pretendió gobernar en su nombre cuando en su querida España mandaba Napoleón, mientras usted, amado Fernando, hacía fiestas en el castillo de Valençay y su pueblo moría intentando defender su patria. No sabe lo mal que se comportaron también aquí los gobiernos virreinales durante su ausencia: abusos, desmanes, corrupción. Pero no quisiera lastimar sus nobles oídos con las correrías de sus representantes. Le venimos a pedir que no nos invada y que nos haga el favor de aprobar nuestra independencia, ¿no le parece una idea brillante, su majestad?".

Cuando termina su representación, Belgrano abolla la nota y la arroja lejos. Está enojado. Las instrucciones del Directorio son cuanto menos pueriles. Sabe que va a necesitar prepararse muy bien para lo que tiene por delante.

En las últimas líneas de su esquela, Posadas le anuncia que Lord Strangford ya está anoticiado de la misión y que se comprometió a hacer gestiones para que en Río de Janeiro los diplomáticos sean recibidos por la corte portuguesa. A Belgrano no se le escapa que el

Director Supremo usa el plural mientras sigue sin decirle quién será su misterioso compañero de viaje.

3
ENEMIGOS ÍNTIMOS

La mañana del martes 28 de diciembre, el Día de los Inocentes, Martín Thompson pasó por la casa de Belgrano para avisarle que el viento era bueno y que el buque estaba listo para zarpar hacia Río de Janeiro. Era un buen momento para irse de Buenos Aires, le dijo, porque los ánimos de la población estaban muy caldeados. Ya nadie confiaba en el gobierno, que estaba en bancarrota y tenía una mala imagen entre los porteños y pésima entre los habitantes de las provincias. En el Norte, los oficiales del ejército se habían sublevado contra el Director Supremo Posadas porque no aceptaban el nombramiento del inexperto y soberbio Alvear como comandante en reemplazo de Rondeau.

–El oportunismo y las ambiciones del sobrino le están costando demasiado caro al tío –le comenta Thompson a Belgrano–. El Ejército del Norte se está preparando para empezar una nueva campaña al Alto Perú y les cayó muy grueso lo de Alvear. Los oficiales se niegan a que un jovencito que no tiene mérito ni experiencia dé órdenes, y le están exigiendo a Posadas que mantenga al sordo Rondeau como jefe, seguramente más por aquello de malo conocido que por los reales méritos del hombre que le ha hecho la vida imposible a Güemes.

Belgrano tiene todo listo para partir, pero lo que le cuenta Thompson refuerza las dudas que ya tiene respecto de la misión que debe encarar. Desde que se enteró de que Pedro Medrano renunció y que quien va a acompañarlo es nada menos que Bernardino Rivadavia anda taciturno y molesto.

Medrano renunció por estar completamente en desacuerdo con las instrucciones del Directorio y Belgrano lo comprende: para él también es una tarea ingrata tener que felicitar a Fernando VII. Pero, a diferencia de Medrano, él sabe que esas son las reglas del juego diplomático y confía en que va a poder arribar a alguna solución concertada sin tener que arrodillarse ante el tirano ni deponer las banderas de la independencia. Lo que realmente no soporta es tener que viajar con Rivadavia. Cuando recibió la noticia, estuvo a un tris de bajarse él también de la misión, incluso si eso significaba tener que ir preso. Una vez más su amigo Anchorena tuvo que hacerle entrar en razón. "Para que el plan no termine en un desastre para las Provincias Unidas es importante que usted sea parte de la comitiva", le dijo. Y fue todavía más contundente: "No le dé más vueltas al asunto, Manuel. Por mucho que le pese, no está en condiciones de echarse atrás".

Que hayan elegido a Rivadavia para el viaje es otra de las traiciones a las que ya lo tienen acostumbrado Posadas, El Niño y sus secuaces. Todos en el gobierno saben que están enemistados desde hace años.

* * *

Los conflictos entre ambos se habían iniciado en 1812, cuando Rivadavia era secretario del Triunvirato y Belgrano estaba en Rosario, donde había sido enviado para custodiar las riberas del río Paraná.

Por entonces, Rivadavia integraba la facción más conservadora del gobierno que no tenía intenciones de romper relaciones con España o Gran Bretaña, países que en ese momento eran aliados contra Napoleón. En el caso particular de Rivadavia, el interés por mantener la obediencia colonial era puramente económico: no quería poner en peligro los negocios que él y su hermano Santiago tenían con los ingleses y que hacía rato les llenaban los bolsillos. Por eso, cuando se enteró de que Belgrano había fundado dos baterías a las que llamó "Libertad" e "Independencia"; que había encargado a la vecina de Rosario Catalina Echeverría la confección de una

bandera celeste y blanca; que había hecho que sus tropas la enarbolaran a orillas del Paraná y juraran defenderla "contra los enemigos de adentro y de afuera", puso el grito en el cielo argumentando que esa era una provocación para España y una insolencia de su parte.

De inmediato le mandó al díscolo general una carta plagada de reproches, en la que lo acusaba de desobediencia y de haber padecido "un injustificado ataque de patriotismo", y le ordenaba esconder la insignia patriota. Por las dudas que Belgrano no lo hubiese entendido, Rivadavia le envió además una bandera española, que era la que el Triunvirato aún seguía izando en el fuerte de Buenos Aires.

La misiva del Secretario tardó tanto en llegar que durante varios meses Belgrano continuó usando la bandera celeste y blanca, y cuando recibió la colérica carta de Rivadavia ya no estaba en Rosario sino en viaje para hacerse cargo del Ejército del Norte. De todos modos, le escribió para explicarle con paciencia que su objetivo con la bandera había sido motivar a sus tropas y demostrarles a los realistas que estaban resueltos a todo por la emancipación, aunque de paso le hizo saber que era imposible seguir sosteniendo la "máscara de Fernando VII", a quien todos despreciaban.

A Rivadavia le quedó claro que Belgrano era un obstáculo para las intenciones de conciliación con España y, en nombre del Triunvirato, sabiendo que los realistas estaban prestos a atacar, le ordenó retroceder hasta Córdoba. Pero el Jefe del Ejército del Norte no estaba dispuesto a dejar ese territorio en manos del enemigo, encabezó el glorioso éxodo jujeño y bajó a Tucumán, donde consiguió un triunfo resonante aquel inolvidable 24 de septiembre de 1812.

La noticia de la victoria encendió la mecha en Buenos Aires, y lo que siguió fue una sublevación militar, encabezada por San Martín, que hizo volar por los aires al desprestigiado Primer Triunvirato y a su secretario. Cuando se conformó un Segundo Triunvirato, el Cabildo ordenó el arresto de Rivadavia y más tarde lo obligó a alejarse de Buenos Aires, adonde regresó tiempo después para reincorporarse a la vida pública.

Durante todos esos años Belgrano seguía en el Norte y desde entonces no había vuelto a cruzarse con Rivadavia.

Mientras el coche va hacia el puerto, imagina ese encuentro y trata de mantener la calma. Teme que su temperamento le juegue una mala pasada. No puede permitirse que el primer tramo del largo periplo por delante comience con un enfrentamiento.

Es un día soleado, y el bullicio de la ciudad-puerto que se cuela a través de la ventanilla lo distrae. Aunque la actividad es incesante, Buenos Aires se ve mísera y deteriorada. No se condice con la ciudad floreciente que él dejó antes de irse en campaña. Se nota que la economía está hundida, consecuencia de los estragos generados por las luchas internas y la guerra. Sabe que no hay modo de progresar cuando las arcas están vacías, pero también que el hambre es solo para algunos. Los aguateros que andan trepados a sus bueyes y los chiquillos harapientos que ofrecen panes, conviven con las prósperas familias de la élite porteña que deambulan por el Paseo del Bajo. Aunque los árboles del Paseo son ralos y la sombra es escasa, pobres y ricos buscan allí alivio para el calor del verano en la brisa que viene del río. Las mujeres de la clase acomodada pasean con su prole y sus criadas agitando con gracia los abanicos, mientras sus maridos hacen negocios.

Enseguida divisa el largo muelle de piedra que se adentra en el Río de la Plata. Ese mediodía de verano las aguas están muy bajas y el coche se detiene en la extensa playa de arena que rodea el puerto. Mientras descargan el equipaje, uno de sus acompañantes le señala la corbeta Zephir que lo llevará a Río de Janeiro. La embarcación es un poco más pequeña que una fragata y está armada con catorce cañones. Acaba de ser reparada después de haber sido averiada en los combates contra los realistas durante el sitio de Montevideo, cuando integraba la flota del almirante Brown. Está anclada a varias leguas porque los bancos de arena del río no permiten que una nave de ese tamaño se acerque a la costa.

El Zephir tiene sus velas desplegadas y está listo para zarpar, por lo que el trajín sobre la playa es febril. Los peones y hombres a

caballo que cargan canastas, sacos con provisiones y animales, se cruzan con carretas de pescadores y otras tiradas por bueyes que tienen las ruedas muy altas. Cada vez que pasan levantan arena y barro, y las mulatas les gritan a los jinetes y carreros que vayan más despacio para que no les ensucien las ropas que están lavando.

Belgrano se une a los pasajeros que están en el muelle esperando su turno para subirse a las carretas de ruedas altas que los llevarán río adentro. Allí tendrán que hacer un segundo transbordo y embarcarse en los pequeños veleros que finalmente los conducirán hasta la corbeta.

El pasaje es variopinto; una suerte de torre de Babel conformada por ingleses, franceses, portugueses, alemanes, más criollos y españoles, y otros que hablan una lengua que no alcanza a distinguir. Hay familias con niños en escalera, criados, tías y abuelas, militares, párrocos, comerciantes y funcionarios, algunos de los cuales conoce y saluda. Su espíritu galante lo hace distraerse con algunas bellezas femeninas que integran el pasaje, hasta que se da cuenta de que se acerca el tiempo de la partida y no tiene noticias de su "compañero" Rivadavia. Especula con que puede estar ya a bordo.

El ascenso a la carreta llena de baúles y enormes bultos es complicado, y el recorrido por la playa, mitad arena, mitad agua, peor. Los saltos sobre el lecho fangoso hacen que dos hermanas jóvenes se quejen en voz alta y renieguen por las salpicaduras que amenazan con arruinar sus ropas, pero sus voces quedan rápidamente tapadas por los llantos de un niño al que se le cae su juguete al río y recibe un reto de la madre, con lo cual empieza a llorar aún más fuerte. Nada, sin embargo, altera a un francés de gran mostacho rubio que intercambia intensas miradas con una mujer que viste ropa de luto y parece ser brasilera, como tampoco corta la animada conversación de un par de comisionados ingleses sobre un negocio vinculado con minas de cobre.

Bajar de la carreta y subir a los barcos requiere de cierta pericia, por lo cual Belgrano muy pronto se encuentra ayudando a un hombre anciano y a parte del pasaje, a la par de los mozos de cuadra. Cuando ya está a bordo del Zephir busca nuevamente a

Rivadavia entre los pasajeros que ocupan la cubierta, pero no lo encuentra. Anda todavía recorriendo al gentío con la vista, cuando el capitán de la corbeta se acerca para saludarlo.

–Bienvenido, General –le dice Thomas Taylor estrechándole la mano.

El hombre de rostro amplio y rubicundo, alto y corpulento, es estadounidense, nacido en Delaware, pero habla muy bien el español, con excepción de las erres que se le resbalan. Hace años que está en Sudamérica y desde los primeros días de la revolución presta servicios a la causa, aunque lo anteceden acusaciones de contrabando y de corsario.

Belgrano no conocía a Taylor, pero sabe de él por lo que le contó Martín Thompson cuando se enteró de que iba a ser el capitán del barco en el que viajaría. Thompson le hizo además una escueta crónica de la actuación de Taylor durante las invasiones inglesas, aunque el relato más suculento fue el que le hizo Mariquita sobre su esposa, a quien llamó "la famosa Mary Clarke".

"Thomas Taylor es el tercer marido de Mary Clarke", le había comentado Mariquita con ojos chispeantes. "¿No la conoce? A pesar de que nació en Londres, muchos la llaman Doña Clara. Seguramente la vio alguna vez: es una mujer muy hermosa, dueña de la fonda que está en la calle del Fuerte y a la que todos le dicen 'La fonda de la inglesa'. Cuando era muy joven, Mary fue acusada de haber robado unas telas y la mandaron a las temibles cárceles londinenses. Su destino era la horca, pero su belleza ayudó a que alguien se apiadara de ella y, finalmente, fue embarcada en la fragata Lady Shore con destino a Australia junto con otras reclusas, en su mayoría prostitutas y delincuentes menores".

"Dicen las malas lenguas que durante el viaje Mary utilizó su belleza para seducir al capitán, pero que, cuando estaban cerca del Janeiro, la tripulación se amotinó y ella mató al capitán con sus propias manos. El Lady Shore puso proa a Montevideo y cuando llegaron, Mary declaró estar casada con un tal Lochar, un suizo alemán al que había conocido en el barco y que, parece, fue quien en verdad acuchilló al capitán y lo lanzó por la borda. La cosa es que las autoridades españolas en Montevideo desconfiaron y no se sabe

qué pasó con Lochar, pero sí que todas las reclusas, incluida nuestra Mary Clarke, fueron enviadas a Buenos Aires y confinadas en la Residencia. Usted sabe de ese lugar", siguió contando Mariquita sin esperar respuesta, "allí van a parar las mujeres acusadas de delitos o de vida libertina, y también las insanas y algunas pobres indias. De ese supuesto primer marido nunca más se supo. Mary en cambio fue liberada y durante las invasiones inglesas ofició de enfermera de los británicos. Al tiempo apareció casada con un asturiano de apellido Del Campo, un zapatero de cierta fortuna que murió por 1808 y le dejó una tienda y varios esclavos. María Clara Johnson, como se hacía llamar entonces, se transformó de la noche a la mañana en una dama socialmente respetada por los porteños. ¡Ya ve lo que puede hacer el dinero! Aunque ella tiene su mérito. Es una mujer hábil, que invirtió parte de su herencia en la fonda que regentea, y le va muy bien. Los extranjeros que hospeda, en su mayoría británicos, siempre alaban su bondad y hospitalidad. Dicen también que liberó a sus esclavos y que se hizo cargo de la hija de una de las condenadas que había viajado con ella en el Lady Shore. Un poco antes o después de la Revolución se casó con Thomas Taylor. Hay quienes aseguran que él es un aventurero que se casó con ella por su dinero, otros que ambos se dedican al contrabando e incluso aventuran que Miss Clarke es espía, pero se hablan tantas cosas de las mujeres inteligentes y que aprendieron a defenderse solas, que lo mejor es tomarlo todo con pinzas".

Taylor, el marido de la florida Mary Clarke, parece ser un hombre mundano, al que le encanta conversar. Mientras le comenta a Belgrano cómo será la travesía y las mejoras que hicieron en el Zephir, desliza como al pasar que Rivadavia ya está a bordo, posiblemente en su camarote.

–Lo voy a mandar a buscar –dice Taylor–. Tengo que entregarles los pliegos que me dio para ustedes el señor Herrera, que fue muy preciso en sus indicaciones

El montevideano Nicolás Herrera es alguien muy próximo a Alvear y Rivadavia. Belgrano lo conoce bien y no le merece ninguna confianza. Después de haber estado varios años en Madrid y ser diputado en las Cortes de Bayona como fiel súbdito de Napoleón

Bonaparte, Herrera regresó a Montevideo donde fue funcionario de la corona, hasta que lo acusaron de actuar a favor de los insurgentes y tuvo que refugiarse en Buenos Aires. Desde entonces hizo la "carrera de la revolución", muy conveniente para sus negocios y para escalar posiciones. Supo acomodarse en cada gobierno patrio, saltando de puesto en puesto: ministro, diplomático y ahora secretario de Posadas. Es un hábil e inescrupuloso negociador, capaz de todo tipo de intrigas. Como Belgrano ha escuchado de su propia boca, el sueño de Herrera, que se siente un aristócrata y en consecuencia es un tenaz enemigo de Artigas, es crear una monarquía rioplatense ilustrada y mantener en su lugar al populacho.

Belgrano todavía está conversando con Taylor, cuando a sus espaldas escucha la voz Rivadavia que exclama altisonante:

–¡Pues aquí está por fin el doctor Belgrano!

Por su aspecto, Rivadavia parece llevar días a bordo y estar a punto de derretirse bajo el sol de la siesta que pega de lleno sobre la cubierta. Sus mejillas morenas y prominentes están enrojecidas por el calor y el sudor se le escurre por el pelo renegrido, desde donde cae copiosamente sobre sus cejas oscuras. La camisa se le pega sobre el vientre abultado y en la mano estruja un pañuelo con el que trata de secarse la humedad que le perla el bigote. Sin embargo, por su postura altiva no parece ser consciente de que su apariencia lo desacredita bastante.

–O usted llega demasiado tarde, o yo como siempre llegué antes que nadie. Estoy aquí desde que despuntó el primer rayo de luz. ¡Soy un madrugador empedernido! –le dice a Belgrano mientras se estrechan las manos.

Belgrano no le deja pasar el comentario pedante:

–Estimo que esa costumbre es una de las pocas que compartimos.

–¡Excelente noticia! Aprecio que le guste madrugar igual que a mí. De ahora en más lo necesito muy temprano y bien despierto. Espero que su salud se lo permita.

Pasaron apenas un par de minutos desde que se encontraron y Belgrano ya está fastidiado con las bravatas de Rivadavia, que

además busca darse aires frente a Taylor. "Aquí lo tenemos: genio y figura", piensa mientras lo semblantea. "Siempre intentando demostrar su poca valía a como dé lugar".

–Le agradezco su interés por mi salud y, ya que está, despreocúpese por mis horarios –le comenta con una media sonrisa–. Sé que usted nunca estuvo en el campo de batalla y desconoce los rigores de la vida militar, o quizás se olvidó que estuve años en campaña, pero todos los que cumplimos con ese deber aprendimos a estar activos desde el alba.

Rivadavia levanta las cejas y falsea un gesto de asombro:

–¡Cómo olvidar sus días como general! Pero no hagamos perder más tiempo a nuestro querido capitán, que no me mandó a buscar para escuchar el relato de batallas perdidas –agrega mirando a Taylor.

Donde buscaba complicidad, Rivadavia se encuentra con la mirada reprobatoria del marino, que tiene poco aprecio por los burócratas. Con gesto austero, Taylor pide que lo sigan.

"Mala jugada Bernardino, te olvidaste que tu querido capitán es militar", se dice Belgrano mientras recorren la cubierta en dirección a la popa. Luego de bajar por unas escaleras, Taylor los hace pasar a la pequeña sala que está junto a su cámara. Sin demasiados preámbulos les entrega a ambos un pliego rotulado y enseguida les da otros dos separadamente, uno a Rivadavia y otro a Belgrano.

La lectura conjunta que hacen Rivadavia y Belgrano de las instrucciones públicas firmadas por Posadas y Herrera establecen que irán juntos a Río de Janeiro y también a Londres, pero a España irá solamente Rivadavia acompañado por Manuel de Sarratea. Belgrano debe quedarse en Londres procurando negociar con otros gobiernos europeos, pero en todos los casos respondiendo a las indicaciones de Rivadavia, a quien le dieron "poderes ilimitados" para hacer todo tipo de negociaciones con ministros y agentes de todas las cortes extranjeras, y firmar "cualquier género de contrato o pacto en nombre del Directorio". "¡Debería haberlo imaginado!", piensa Belgrano tratando de disimular su enojo que se mezcla con su orgullo de que esa gente despreciable desconfíe de él. Ahora entiende ese tono de mando de Rivadavia desde que se

encontraron. Él ya sabía que era el líder de la misión "Los del Directorio proclaman que quieren asegurar la independencia de América, pero envían a la corte española a los que saben que no les va a temblar el pulso si tienen que negociar de espaldas a la Asamblea y el pueblo".

Belgrano imagina a Herrera, Alvear y al propio Rivadavia conspirando en las sombras para dejarlo fuera de la misión más importante y riesgosa para las Provincias Unidas, que tal como indican en el documento, es felicitar a Fernando VII por su recuperación del trono, asegurándole sentimientos de amor y fidelidad. También deben informarle acerca de los abusos cometidos por las autoridades españolas, remarcando sus actos de crueldad y el quebrantamiento de pactos, para llegar finalmente a los más importante y complicado: lograr que "El Deseado" les conceda a los criollos la administración del ex virreinato como un primer paso hacia la independencia.

Cuando abre su oficio, Belgrano encuentra otros pliegos que, según las indicaciones de Herrera, debe abrir cuando llegue a Londres. Rivadavia, en cambio, dejó su oficio sobre la mesa y no parece estar dispuesto a leerlo delante de los demás.

–Usted seguramente está mejor informado que yo y me puede decir por qué lo mandan a España acompañado solo por Sarratea –le pregunta Belgrano a Rivadavia.

–Sarratea está en Londres desde hace meses haciendo gestiones para que la corona inglesa nos apoye ante España, así que de algún modo ya inició lo que vamos a seguir nosotros. ¿Alguna objeción?

–No está respondiendo a mi pregunta…

–Parece que, sin esperar instrucciones de Posadas, Sarratea felicitó a Fernando VII… ¡Es un adelantado! –dice Rivadavia con sonrisa celebratoria–. Al Director Supremo no le gustó demasiado la desobediencia, pero es un hombre inteligente y decidió aprovechar lo que pudo ser un error para nuestro beneficio.

–¿Nuestro beneficio? ¿En qué nos puede beneficiar que Sarratea haya hablado antes de tiempo y nada menos que para felicitar a Fernando…?

–Me extraña Manuel, usted sabe muy bien que no todas las desobediencias salen mal. ¡Tiene que confiar en Herrera, en mí, en nuestro gobierno! En ese primer acercamiento Sarratea seguramente consiguió información valiosa. Lo sabremos a su debido tiempo.

Taylor hace rato que los ha dejado solos y Belgrano también decide dar por terminada la charla. Sabe que no va a sacar nada en limpio siguiendo las sinuosidades de su camarada, pero además ya no puede ocultar lo molesto que se siente por el lugar en que lo puso el Directorio. Esto parece confirmar sus ideas de que lo único que buscaban era sacárselo de encima y alejarlo de Buenos Aires.

–Ya están haciendo las primeras maniobras y quiero ver la partida desde la cubierta –le dice a Rivadavia–. No le digo que me acompañe porque su piel no tiene buen aspecto. Está muy oscura y tiene las mejillas muy rojas. Le conviene refrescarse y buscar algo que le cubra la cabeza.

Siguiendo el consejo, Rivadavia va apresuradamente hacia su camarote, mientras que Belgrano se instala en la cubierta y se queda mirando el perfil de Buenos Aires. La salida y la navegación por el Río de la Plata es dificultosa para una corbeta del tamaño del Zephir porque la poca profundidad del estuario hace que muchas naves queden encalladas sobre bancos de arena o choquen con restingas de piedra. Pero ya está cayendo la tarde y el viento es favorable, por lo que a las seis y diez levan anclas y comienzan a desplazarse a buena velocidad. Cuando la costa ya no se distingue, Belgrano se recluye en su recámara. Necesita pensar, poner orden a sus ideas, escribir y descansar.

Apenas entra en su camarote, Rivadavia busca un espejo para corroborar si lo que Belgrano le dijo es real o un pretexto para mortificarlo. Odia cuando a sus espaldas lo llaman "mulato", "Sancho Panza negro" o sugieren que tiene antepasados africanos. "Pura venganza y resentimiento. El doctorcito no tolera tener que obedecerme", murmura. Pero ahí está en el reflejo su piel lustrosa por la transpiración. Se remoja la cara con energía mientras se dice que no debe dejarse abatir. Él es el que manda y a quien le dieron instrucciones reservadas.

En él confía el Directorio y es eso lo que debe importarle. "No seas idiota, Bernardino", se repite. No es la primera vez que los doctores tratan de humillarlo. "Belgrano es otro Mariano Moreno", piensa recordando el juicio que Moreno, como abogado del Cabildo, le inició en 1805 por usurpación de título y que determinó que aunque decía ser doctor no había terminado ni siquiera el secundario. "¡Creen que por no tener un diploma soy menos que ellos y se equivocan! No todo se aprende en los claustros". Es importante ser hábil, astuto, saber relacionarse con la gente correcta, y él es todo eso y más.

Todavía está mascullando cuando abre las instrucciones reservadas que le entregó Taylor. Por suerte, en este documento el Directorio fue más claro en sus objetivos y también más amplio en las alternativas de negociación que le están dando.

En primer lugar, quieren que durante su estadía en Londres se informe bien sobre lo que piensan los británicos. Debe indagar si hay posibilidades de que manden a un príncipe de la Casa Real o de otra de sus aliadas para que se corone en las Provincias Unidas bajo la Constitución que estas fijen o bajo otras formas liberales, haciéndose cargo de los conflictos con España o las demás potencias europeas. En ese caso, él solo trataría con los ingleses y el viaje a España quedaría cancelado.

Si esta posibilidad no prospera, debe marchar a Madrid para proponerle a Fernando que mande a sus representantes al Río de la Plata para que estos vean con sus propios ojos la actual situación y así puedan llegar a una conciliación pacífica, que viabilice la esperada emancipación. Como es muy probable que Fernando no acepte, debe por lo menos negociar algún tipo de limitación al absolutismo monárquico. Puede sugerirle, por ejemplo, que nombre a un príncipe de la Casa Real para que gobierne las provincias bajo las formas constitucionales que estas establezcan. Y si incluso el rey también se niega a eso, lo que vendría a demostrar que su intransigencia es total, proponerle como última alternativa que las Provincias Unidas mantengan el vínculo y la dependencia de la Corona de España, pero que la administración quede en manos de

los americanos, sin perjuicio de sus prerrogativas reales para nombrar a los funcionarios públicos y establecer impuestos.

Las opciones son tantas que Rivadavia vuelve a releer el documento varias veces, hasta que se queda dormido. Lo despierta el sonido de las campanadas que anuncian la cena. Se da una friega con un paño limpio y se empolva ligeramente la cara para contrarrestar los efectos del sudor y que su piel luzca más blanca. Cuando entra al comedor, Belgrano está hablando con otros pasajeros. Rivadavia se acerca, pero cuando escucha que conversan en francés, gira sobre sí mismo. No piensa exponerse y que noten que él no habla ni entiende ese idioma.

El capitán los invita a compartir su mesa y Belgrano y Rivadavia se sientan a una distancia suficiente para no tener que intercambiar palabra. Volverá a suceder al día siguiente: cada vez que se cruzan o están en el mismo lugar, los dos hacen los movimientos necesarios para mantenerse alejados y evitarse prolijamente.

El tercer día el agua ya dejó de ser amarillenta para tornarse de color azul profundo, señal de que están en altamar. A media mañana se levanta un viento fuerte. El almuerzo se suspende porque el vaivén impide que los platos se queden en las mesas. Los mayordomos reparten bizcochos y queso entre el pasaje, pero son pocos los que los aceptan. En la cubierta las olas son enormes y algunos pasajeros se ubican donde pueden para vaciar sus estómagos.

Al viento le sigue la lluvia y los movimientos del barco se vuelven cada vez más violentos. Rivadavia está refugiado en su camarote mientras Belgrano permanece en la cubierta, aferrado a unas varas de hierro. Prefiere empaparse porque ya probó estar abajo y es la peor opción: falta el aire y los golpes de las olas se sienten como tiros de cañón que van a partir la quilla. Además, el olor allá abajo es cada vez más fétido.

La corbeta se desploma desde las cumbres de las olas y vuelve a subir en un balanceo incesante y furioso. Dentro hay varios pasajeros tendidos en el suelo, atados con sogas para evitar que se desplacen. La tempestad dura casi toda la noche y rompe una vela

que cae al mar. Se escuchan quejidos y rezos, hasta que, por fin, cuando está por amanecer, el viento empieza a amainar.

Marineros y mozos comienzan a ir y venir para reparar los daños que causó la tormenta y limpiar los interiores y camarotes que, según Belgrano escucha decir, están hechos un desastre. Aunque anhela poder recostarse en una cama, se queda un rato más donde está y procura acomodarse para descansar, cuando ve que Rivadavia se acerca arrastrando los pies. Está pálido y tiene salpicaduras de vómito en toda la ropa. Al verlo tambalearse, Belgrano se le acerca.

–¿Puedo ayudarlo?

Pero por toda respuesta Rivadavia se inca de rodillas y comienza a expulsar una mezcla de bilis y saliva. Aunque su estómago está completamente vacío, los espasmos le hacen soltar lo que ya no tiene. Su cuerpo se tensa en cada arcada y Belgrano le sujeta la frente para que no se golpee.

Las contracciones pasan y, con esfuerzo, logra que Rivadavia se incorpore, pero su estado de agotamiento es tal que no puede dar ni un paso.

–Agárrese de mi hombro que lo voy a llevar a su camarote –le dice Belgrano mientras lo toma de la cintura.

Durante todo el recorrido, Rivadavia mantiene los ojos cerrados y prácticamente se deja arrastrar. Belgrano lo recuesta en la cama, pero enseguida se da cuenta de que tiene toda la ropa manchada. –¿Quiere que lo ayude a cambiarse? –le pregunta, pero de la boca de Rivadavia solo sale un débil quejido que no puede comprender si es un sí o un no.

Con trabajo, porque su compañero es un hombre voluminoso, consigue quitarle la camisa. Sobre un mueble que hace de tocador, hay una jarra y una jofaina. Belgrano vierte un poco de agua en el recipiente, sumerge su pañuelo y humedece los labios resecos de Rivadavia.

Toda la escena le parece absurda. "Si algo no esperaba era tener que oficiarle de enfermero", piensa. Él también está cansado, por lo que busca la silla que está junto a la pequeña mesa que hace de escritorio, y sobre ella ve desplegado el pliego que recibió Rivadavia.

Por un momento está a punto de sucumbir a la tentación de leerlo, pero se niega a hacer algo semejante. En cambio, acerca la silla a la litera donde Rivadavia dormita y continúa mojándole los labios, hasta que considera que es suficiente y se marcha a su recámara.

A la hora de la cena, Taylor le dice a Belgrano que su compañero de viaje prefirió quedarse en su camarote y tomar una colación ligera, pero que está mejor, casi repuesto. Belgrano, un poco más relajado, le pide al capitán que le cuente sobre sus días como corsario al frente de la corbeta Hiena, la primera embarcación con que contó la Junta en 1811.

Cuando a la mañana siguiente Rivadavia aparece en la cubierta, luce completamente recuperado. Desde donde está, ve a Belgrano junto a una muchacha de ojos oscuros y piel muy blanca. Ambos están fascinados mirando los peces voladores que siguen la marcha de la nave. La dama ríe ante cada comentario que hace su acompañante y juega seductora con la costosa mantilla que corona su cabeza.

–Me alegra ver que ya se siente bien –le dice Belgrano a Rivadavia, luego de presentarle a la dama que lo acompaña.

La joven española María Luisa del Condal y Pinedo está viajando con su familia. Allí están, sentadas muy cerca, controlando todos los movimientos de la muchacha, su madre y dos hermanas mayores.

Rivadavia asegura estar perfectamente y sin hacer ninguna mención ni agradecerle a Belgrano por la ayuda que le brindó la noche anterior, se aposta junto a la joven. Como si Belgrano no estuviese allí, comienza a hablarle a la muchacha acerca de la danza de los peces sobre las olas. Una bandada de pájaros se precipita sobre el agua para cazarlos y María Luisa lanza un grito:

–¡Ay, no! ¡Qué espectáculo tan cruel! ¡Se los están comiendo!

Los pájaros aferran los peces con sus picos y garras y se los devoran en segundos. La muchacha se tapa los ojos y aprovecha el gesto para acercarse un poco más a Belgrano, que intenta confortarla:

–Es el ciclo de la naturaleza… –le dice.

Eso le da a Rivadavia el pie que necesita para soltar una larga parrafada sobre los tesoros de la naturaleza, tema que, asegura, es de "su mayor interés", y que además le permite contarle a la joven sobre su actuación cuando era secretario del Triunvirato. "Yo escribí el proyecto para crear un Museo de Historia Natural", dice, para después hacer un pormenorizado *racconto* de todo lo que hizo y dejó de hacer. Cuando nota que no consigue captar el interés de la dama, que no disimula su incomodidad por la inoportuna presencia del "estadista" y solo desea recuperar la conversación con el otro caballero, Rivadavia enhebra una cosa con otra para comenzar a hablar sobre Belgrano "en esos días de nuestra campaña emancipadora".

–Aquí como lo ve, él fue uno de nuestros generales más valientes –comenta.

Belgrano lo mira con estupefacción, hasta que Rivadavia revela sus verdaderas intenciones:

–Por esos años era mi subordinado y en una ocasión incluso tuve que sancionarlo, pero como usted puede ver, no hay rencores entre nosotros. Ahora estamos juntos en una misión diplomática, que en mi carácter de ministro seguramente me llevará a España para saludar a nuestro rey.

–¿Pero no iba usted al Janeiro y luego a Londres? –pregunta la muchacha, dirigiéndose a Belgrano.

–Sí, mi compatriota se está adelantando.

María Luisa hace un mohín seductor y avanza:

–Si viene usted a Madrid, podría visitarnos. Le puedo pedir permiso a mis padres…

–Mi estimado amigo permanecerá en Londres –la interrumpe Rivadavia–. A España iré yo solo, y soy un hombre felizmente casado. Mi esposa es hija del octavo virrey del Río de la Plata, Joaquín del Pino…

María Luisa mira a Belgrano como pidiéndole auxilio. No entiende qué quiere ese sujeto que cuando habla agita unos brazos tan cortos que parecen de otro cuerpo.

–Una pena que no venga a España –le dice la muchacha a Belgrano–. Espero que podamos seguir conversando en otro

momento, mi madre me reclama.

Cuando la joven se va, los dos hombres se quedan en silencio. Belgrano sabe que una palabra puede disparar una nueva artillería verbal y, además, lo único que tiene ganas de decirle a su acompañante es que deje de hacer papelones intentando competir por cualquier cosa.

Rivadavia cada tanto carraspea. Está algo inquieto; no se le da bien eso de quedarse callado. Piensa que tal vez fue demasiado lejos en los comentarios que le hizo a la joven española y se reprende. Le sucede a menudo, sobre todo cuando hay damas presentes. Nunca le resultó fácil el trato con las mujeres porque ellas suelen ignorarlo y eso hace que empiece a hablar sin parar, tratando de ser simpático. Es ahí cuando la lengua se le escapa y ya no sabe lo que dice. "Te comportaste como un niño", se amonesta. Tratando de salvar la situación, le agradece a Belgrano por la ayuda que le brindó cuando estuvo indispuesto.

–Soy un hombre de honor y nunca olvido a los que me hacen favores –esgrime.

Belgrano ni lo mira, pero asiente con la cabeza y murmura:

–No tiene nada que agradecerme. Cualquiera en mi lugar hubiese hecho lo mismo.

Más tarde Belgrano narrará en su diario de viaje lo sucedido con la muchacha española, apuntando con fina ironía la irrupción de Rivadavia con sus "ampulosos cuando no desubicados dichos", y su "extraña forma de agradecer, ubicándose siempre en el centro de todo". Rivadavia también contará el episodio en la carta que le escribe a su amigo Manuel García, pero da una versión muy diferente de los hechos. "Debería haber visto los ojos suplicantes con los que me miraba la joven española que acompañaba a Belgrano, que poco menos me rogó que la salvase de una conversación que era presumiblemente tediosa", reseña, para después quejarse por la "pretendida superioridad de Belgrano", y lamentarse: "Todo está en mis manos. Es demasiada responsabilidad y un trabajo infructuoso tener como compañero a alguien que poco y nada entiende lo que significa negociar con la corona británica o cualquier otra".

Durante algunos días reina la calma entre ambos, incluso cuando conversan sobre las instrucciones.

–La nueva alianza entre Inglaterra y España nos deja muy pocas chances de lograr el apoyo de los ingleses –asegura Rivadavia–. Ya no nos quieren vender armas ni brindarnos ningún tipo de auxilio militar, así que no sé por qué habrían de interceder por nosotros ante la corte española.

–Todo depende –comenta Belgrano–. Si para Inglaterra es una oportunidad para hacer negocios, adiós alianza. ¿Hace cuánto que los británicos tienen sus ojos sobre el Plata? Ahora más que nunca necesitan nuevos territorios donde expandirse…

La conversación acerca de los cambios que se están sucediendo en Gran Bretaña se prolonga y los entretiene. Por primera vez desde que iniciaron el viaje logran tener una charla amena.

Pero en los siguientes días Belgrano se compenetra con la Navidad que está pronta a celebrarse y se vuelve más introspectivo. Su devoción lo hace preferir la compañía del capellán del barco y de un jesuita con los que conversa sobre asuntos espirituales y le reza al Todopoderoso. Los pedidos para que lo ilumine para servir a la patria se repiten en sus oraciones del amanecer, los *Salve María* de mitad de la jornada y las letanías del atardecer, así como en las misas que celebran junto a un pequeño altar.

Rivadavia cumple con algunos preceptos cristianos, los básicos, pero el resto del tiempo se dedica a jugar a los naipes con otros pasajeros o participa de los conciertos improvisados que dan un grupo de músicos alemanes. Cualquier cosa con tal de llenar las interminables y monótonas horas en altamar. Cada tanto el viento se hace más fuerte y el mar se inquieta, pero ya está más acostumbrado a los vaivenes de la nave. Aunque todavía se marea, aprendió algunos trucos que lo ayudan a soportarlo con mayor entereza, sin derrumbarse como los primeros días.

La mañana del 31 de diciembre el capitán anuncia que los está persiguiendo un buque francés y que, pese a que ya emitió señales para que sepan que no son enemigos, se vio obligado a torcer levemente el curso del Zephir. Taylor organizó para esa noche una cena de fin de año y durante todo el día temen que no pueda

celebrarse, hasta que finalmente por la tarde el bergantín perseguidor deja de ir tras ellos.

Despejado el peligro, los pasajeros que fueron invitados por el capitán se encuentran en el comedor vistiendo sus mejores trajes. En la mesa que preside Taylor, Belgrano y Rivadavia quedan ubicados frente a un par de comerciantes españoles. A poco de terminada la sopa, los dos hombres ya contaron que se dedican a los cueros y el sebo, y eventualmente, al comercio de esclavos. Uno de ellos, un viejo delgado y canoso, rengo de una pierna, apellidado Navarrete, empina un vaso tras otro del añejo que ofrecen los mayordomos. Después de enterarse quiénes son Belgrano y Rivadavia y por qué están viajando a Brasil, empieza a mirarlos con desprecio y nomás sirven el segundo plato se lanza a vociferar:

–Nuestro rey ha estado preso demasiado tiempo y la Constitución de Cádiz que creyeron los amparaba fue anulada, así que ahora deben volver los díscolos al redil y demostrar su lealtad a la Corona.

–¿Díscolos? No sé si se enteró que hubo una revolución y ya no somos colonos y mucho menos carneros como para volver a un corral –le replica Belgrano.

–¡Sois colonos y unos desagradecidos! Vais a correr la misma suerte que todos los traidores que aprovecharon la ausencia de su majestad para propagar especies subversivas de libertad e igualdad en América. ¡Cárcel y horca! Eso os tocará. Y se lo tendrán merecido.

Los comentarios altisonantes del español hacen que los demás comensales dejen sus conversaciones para prestar atención a lo que está sucediendo en uno de los extremos de la mesa.

–Pues su rey no hace mucho encargó el Ministerio de Indias a Lardizábal, que es americano –agrega Rivadavia–. No parece querer seguir sembrando la discordia ni mandarnos a la horca.

Nada calma al negrero Navarrete, que luce cada vez más exaltado y está dando pequeños golpes de puño en la mesa.

–Vamos a recuperar nuestras colonias como hemos recuperado nuestra España de manos del abyecto Napoleón Bonaparte. ¡No lo dude!

Taylor ya dejó de comer y mira lo que está sucediendo con el ceño fruncido y el cuerpo envarado.

–No me gusta que haya gritos en mi mesa –anuncia con firmeza–. Le pido al caballero que tenga a bien calmarse.

–¿Y acaso no es usted inglés? –lo increpa Navarrete–. Su nación también fue favorecida por nuestro rey… Otro malagradecido –refunfuña el español.

–Nací en Estados Unidos, no en Inglaterra. Pero ese es un asunto menor. Lo importante ahora es que usted se comporte para que podamos celebrar esta cena en paz.

El comerciante que está con Navarrete parece muy incómodo y comienza a hablarle por lo bajo. Seguramente procura calmarlo, pero nada frena a su compañero que, después de escucharlo, exclama: "Me importa una mierda". Navarrete luego se deshace de la mano que le puso su par sobre el hombro, y mirando a Belgrano y Rivadavia exclama con tono desafiante:

–Hay quienes nacieron para mandar y otros para obedecer. A ustedes, los americanos, les toca obedecer. Den albricias por haber dejado de ser salvajes y que España los haya acogido en su seno. Los lleva la peor ambición y esa ambición los aniquilará.

–Caballero, por favor… –le dice Taylor, que se puso de pie, aunque aún se mantiene en la cabecera.

–Este señor no es ningún caballero –lo interrumpe Belgrano con tranquilidad–. Es un vulgar mercachifle preocupado por perder sus negocios.

–El doctor Belgrano tiene razón. No tenemos por qué tolerar más afrentas –agrega Rivadavia con energía–. O este hombre se retira o nos retiramos nosotros.

El mercachifle español está borracho y cuando Taylor le pide que abandone el comedor, se pone de pie y hace caer la silla.

–Pero claro que me voy… ¡soy yo quien no quiere compartir mesa con tunantes como ustedes! –exclama antes de irse profiriendo nuevos insultos.

Belgrano y Rivadavia se miran y ensayan una media sonrisa.

–Después de todo parece que hacemos un buen equipo –dice Rivadavia levantando su copa–. ¿Brindamos por el nuevo año?

4
SU GRACIOSA MAJESTAD

Está anocheciendo cuando el vigía desde lo alto del mástil avista tierra. En medio de la bruma que generan las altas temperaturas se distingue solamente una línea de costa. Es peligroso entrar en el puerto de Río de Janeiro de noche, por lo que el capitán les anuncia a los ansiosos pasajeros que desembarcarán al día siguiente. Después de casi un mes en altamar, todos celebran la noticia; le agradecen a Taylor por su pericia al mando de la nave, se persignan y dan loas a Dios. Luego algunos se arriesgan a trepar a los mástiles y cuerdas para intentar ver la tierra prometida, mientras otros se retiran a sus camarotes. El 12 de enero aún no amaneció cuando la mayoría del pasaje ya está en cubierta, bien aseados todos y con sus mejores ropas. También el Zephir luce radiante, con estandartes, banderas y exhibiendo sus cañones para que se puedan ver desde el continente.

La entrada en la bella bahía de Guanabara es imponente. El barco va serpenteando entre colinas y morros de todos los tamaños que están cubiertas por una densa selva tropical y las decenas de islas con franjas de arena dorada que proliferan entre manglares. Al igual que en Buenos Aires, el desembarco de pasajeros y mercaderías exige un trasbordo a botes más pequeños, pero esta vez el tránsito es más ágil. Belgrano y Rivadavia se trasladan en una misma chalupa porque hace días que están en una tregua. Sin decirlo, los dos hombres parecen haber depuesto momentáneamente sus diferencias para priorizar la misión que tienen por delante.

Cuando llegan al muelle y suben por las escaleras del muro de piedra que separa la ciudad del mar, a primera vista la capital del Reino Unido de Portugal y de los Algarves les resulta muy animada. La gran plaza, que los locales llaman Largo do Paço, es un ir y venir de marineros, mozos, criados y esclavos que cargan enormes baúles y cestos, mezclados con grandes señores ataviados con trajes de colores estridentes y damas cubiertas por velos. Alrededor de la plaza se alinean el Palacio Real, el Convento do Carmo, la iglesia, el Teatro Real y una sucesión de pequeños comercios agrupados bajo una recova.

Como es muy temprano para presentarse ante las autoridades portuguesas, los comisionados se instalan en una pequeña posada cerca del Palacio Real, residencia de la corte de los Braganza y lugar de despacho del gobierno lusitano. Las habitaciones de la posada son pequeñas y calurosas, por lo que apenas dejan sus baúles, Belgrano sale a recorrer la ciudad. Después de tantos días en el encierro del barco, necesita caminar y también tiene curiosidad por ver cómo es Río de Janeiro, primera y única capital europea fuera de Europa.

* * *

Siete años atrás, en 1807, la familia real portuguesa había salido huyendo de Lisboa por la invasión de Napoleón y luego de una travesía bajo la estricta "protección" de la armada británica, había desembarcado en Río de Janeiro el 7 de marzo de 1808 para establecer allí formalmente la nueva sede real. El Janeiro por entonces era una ciudad en la que solo había un puñado de residencias presentables rodeadas de chozas de barro y morros. A diferencia de otras metrópolis de las colonias españolas, no tenía universidad, ni imprenta, ni teatro ni biblioteca. La llegada por primera vez de un monarca europeo a suelo americano con todas sus instituciones, un séquito de funcionarios, prelados, sirvientes y una nobleza acostumbrada al lujo, desató en la ciudad una fiebre constructiva, imprescindible para adecuarla a su nuevo estatus imperial.

Juan de Braganza, el príncipe regente portugués, quien había asumido ese cargo luego de que su madre, la reina María I, fuera declarada demente, se ocupó de hacer construir nuevos palacetes y viviendas nobles para albergar a su corte de más de quince mil personas. Mejoró los servicios públicos, sustituyó las instituciones de la administración colonial por otras propias de una nación soberana, y como también había traído su gran colección de obras de arte y libros, los archivos del Estado y el Tesoro Real, creó la Casa de la Moneda, el Banco de Brasil, la Biblioteca y el Teatro Real de São João, entre otras instituciones.

Aunque su decisión más relevante, y que había multiplicado la actividad del Janeiro y su población, fue la de abrir los puertos al comercio internacional y levantar la prohibición de manufacturar en Brasil. Juan de Braganza terminó así con años de monopolio y cumplió con el compromiso que había tomado con el gobierno británico a cambio de la protección que le había brindado la Marina Real en su fuga de emergencia de Portugal.

La apertura comercial atrajo a muchos extranjeros que habían emigrado para hacer negocios, a los cuales, luego del sitio y la posterior caída de Montevideo, se habían sumado miembros de la élite montevideana y un gran contingente de comerciantes españoles leales a Fernando VII, que habían abandonado la Banda Oriental para atender sus intereses y por temor a la avanzada de los revolucionarios.

Aunque es casi mediodía y el calor es sofocante, a Belgrano lo entretiene la animación de la "París de los trópicos", como le dicen a la ciudad, y descubrir los numerosos jardines y barrios con suntuosos palacetes que proliferan en medio de la naturaleza exuberante. Como en las capitales de Europa, en Río de Janeiro las calles son amplias y están pavimentadas, pero la vegetación casi salvaje y el mar como marco permanente le dan un exotismo único. El paseo lo distrae de las sinuosidades que, imagina, plasmaron Posadas, Alvear, Herrera y otros promotores del centralismo porteño en las instrucciones reservadas que le dieron a Rivadavia y en el pliego que les indicaron deben abrir recién al llegar a Londres. Hasta que de un momento a otro comienza a recriminarse por lo que

considera es un permiso que no puede darse. "No es momento para andar paseando", se dice. Y más se reprende cuando piensa que a su regreso Rivadavia puede hacerle algún comentario malicioso por haberse ido de la posada. Las últimas calles las recorre casi corriendo, aunque siempre camina muy rápido. En el Norte sus camaradas se quejaban porque era imposible seguirlo.

El apuro se mezcla con un nuevo repaso de la tarea que tienen por delante: deben empezar cuanto antes con las tratativas y conversaciones con los funcionarios ingleses, españoles y portugueses que acepten recibirlos, aunque él sabe muy bien que la situación con estos últimos es complicada. En primer lugar, por los vínculos estrechos de la monarquía lusitana con España: Juan de Braganza está casado con Carlota Joaquina de Borbón, hermana de Fernando VII. Pero, además, porque desde su llegada al Brasil el monarca había hecho constantes amenazas de estar dispuesto a colaborar con cualquier intento de agresión española a las Provincias Unidas.

La posición de los ingleses también es confusa. La invasión de Napoleón a Portugal había sido consecuencia de la desobediencia del príncipe regente portugués, que no había querido romper relaciones diplomáticas con Inglaterra y más tarde los había beneficiado permitiéndoles comerciar libremente con Brasil y pagar menos tasas impositivas, creando además tribunales especiales para resolver sus conflictos comerciales. Por lo tanto, todo indicaba que la corte bragantina iba a seguir las recomendaciones de la corona inglesa, que jugaba a tres puntas: como socia comercial y amiga de Portugal y como aliada de España contra Napoleón, por un lado, pero cuidando a su vez sus fructíferas relaciones comerciales con el Río de la Plata.

En esas elucubraciones está sumergido cuando llega a la posada y se anoticia de que Rivadavia está durmiendo la siesta. Después de tomar un almuerzo ligero, comienza a hacer gestiones hasta que, siguiendo las instrucciones recibidas, logra armar una primera reunión para el día siguiente con el encargado de negocios español.

–Mañana nos espera Andrés Villalba –le comunica a Rivadavia cuando se encuentran–. Su secretario me advirtió que tiene otros

compromisos y que la audiencia será corta.

Aunque están solos, Rivadavia le dice a Belgrano en voz muy baja:

–Debemos mantener las apariencias. Inspirar confianza y persuadirlos de la buena fe de nuestra comisión, que busca la reconciliación con España.

–Sugiero no hablar de reconciliación porque eso puede dar lugar a una conversación que no tenemos que mantener con Villalba. Es importante escuchar y, en lo posible, no decir nada –dice Belgrano, remarcando cada palabra. Ambos saben a quién de los dos le cuesta mantenerse callado–. Debemos ser cautos y preguntar con cierta inocencia. Que piense que somos unos ignorantes, casi primitivos dada nuestra condición de americanos.

A Rivadavia la idea lo fastidia.

–Mmm… no es fácil. Villalba se va a dar cuenta de que somos unos caballeros, eso es imposible de ocultar.

–Si decimos poco y nada, no lo notará –insiste Belgrano–. Hay que recabar toda la información posible y recién entonces entregarle los pliegos.

Rivadavia finalmente asiente, y también acepta la invitación que le hace Belgrano para ir a cenar con Santiago Escolano, un abogado peruano que fue su compañero de claustros en la Universidad de Salamanca. Hace unos meses que Escolano está en Río de Janeiro, y Belgrano piensa que puede darles algunos datos y consejos que seguramente les van a resultar útiles.

–¿Pero cómo no se enteraron? –exclama Escolano, casi gritando, mientras cenan en una fonda. Los parroquianos los miran y Escolano sigue diciendo, esta vez en un murmullo:

–Es un secreto a voces. Toda la ciudad lo sabe.

La noticia que Escolano acaba de darles cae como una bomba: Fernando VII envió al Río de la Plata una expedición con doce mil hombres y sesenta navíos comandada por el general Pablo Morillo. La flota salió hace rato de Cádiz y está próxima a llegar.

Rivadavia dice que es solo un rumor que seguramente no tiene sustento, pero Escolano lo corrige:

–No es un rumor. Lo anuncian varias cartas con fecha de octubre y remitidas desde distintas plazas de España.

Los tres hombres elaboran diferentes teorías acerca de las intenciones del soberano español y Escolano les advierte que sabe de buena fuente que en la corte de Madrid las intrigas son moneda diaria.

–Desde que Fernando recuperó el trono, son tantas las intrigas a su alrededor que desconfía de todos sus ministros –explica–. Algunos funcionarios no duran ni dos días. Fernando los cambia mucho más rápido que sus ropas. Públicamente se reúne con los que se dicen leales y les asegura que va a seguir sus consejos, pero luego secretamente se encuentra con otros agentes, que son lo que bregan para que recupere las colonias, aunque eso signifique reanudar la guerra. En consecuencia, "El Deseado" está sacando decretos y tomando decisiones en contra de lo que sus ministros le aconsejan e informan, como esta gran expedición que, aseguran, es pacificadora, pero que todos sabemos va a generar más derramamientos de sangre y puede impedir nuestra emancipación –sostiene Escolano, contundente–. Según las voces que circulan, Morillo va a desembarcar en Montevideo y de paso va a reforzar las tropas de Salazar, que está apostado allí y es lo que le viene pidiendo al rey desde hace rato.

Cuando se quedan solos, Rivadavia y Belgrano deciden cambiar la estrategia que pensaban utilizar con Villalba. La simulación diplomática tiene que ir en otra dirección.

Andrés Villalba los recibe en uno de los salones del Palacio Real, con toda solemnidad y evidente frialdad. Enseguida les pregunta por el objeto de su visita al Janeiro, pero cuando Rivadavia comienza a hablar, el encargado español lo interrumpe:

–Sepan que les he concedido esta audiencia por ser súbditos del rey y no por representar a un gobierno que ha llevado a las colonias a un completo estado de rebelión, anarquía y devastación. A esta altura ya deberían saber que solo volver a la dominación de Fernando VII puede traer paz a sus Provincias Unidas.

La reunión se vuelve cada vez más tensa. Villalba es un hombre de carácter severo y con impaciencia pide que le entreguen los

pliegos que trajeron. No parece estar dispuesto a conversar.

Después de entregárselos, Belgrano le pregunta por la viva y sostenida noticia que circula en la ciudad de una expedición desde España a Sudamérica.

–Esta es una medida que va a causar un gran daño y es contraria a las disposiciones que Su Majestad proclamó respecto de América –agrega.

–No sé de dónde sacaron esa información, pero en cualquier caso el rey puede tomar las decisiones que considere convenientes –dice Villalba con sequedad.

–Tal como pudo leer en los pliegos que le entregamos, resulta inoportuna una expedición de esa magnitud cuando las Provincias Unidas estamos dando pruebas tan efectivas de nuestros esfuerzos por la paz y los intereses de toda la monarquía –insiste Belgrano con energía.

Villalba ni lo mira. Tiene centrada su atención en los documentos que todavía sostiene en su mano.

–Por eso estamos aquí, con nuestra mejor disposición. Antes de viajar a España para felicitar a nuestro rey deseábamos su valiosa opinión... –dice Rivadavia con un tono suplicante y obsecuente, que a Belgrano lo incomoda.

A Villalba, en cambio, parece gustarle que le rindan pleitesía:

–Yo ya le he comunicado a Su Alteza que su gobierno tiene intenciones de saludarlo y que los está enviando como comisionados. Seguramente para estas fechas ya ha recibido mi misiva con el anuncio. Por lo tanto, lo único que puedo aconsejarles es que lleguen cuanto antes a los pies del rey. Deberían ir directamente a Madrid, sin dar más vueltas. Nada le desagradaría tanto a Don Fernando como la intervención de una potencia extranjera en las desavenencias domésticas… –dice Villalba, para luego agregar con impostada gentileza–: Si deciden seguir mi consejo, dentro de tres días pueden tener pronta una corbeta de guerra de Su Majestad que ya está en este puerto.

El representante del monarca español es un hábil diplomático y acaba de tenderles una trampa. Quiere asegurarse de que no van a

negociar con los portugueses ni con los británicos, pero Belgrano no se va a dejar manipular.

–Muchas gracias –responde–. Infelizmente no tenemos facultades para alterar las instrucciones que nos dio nuestro gobierno.

Rivadavia agrega que van a hacer las consultas necesarias con el Directorio, pero los tres saben que todo es parte de un juego de simulaciones.

En los días siguientes, los diplomáticos porteños se dedican a hacer diligencias para entrevistarse con miembros de la corte de Braganza, pero no logran avanzar. Lo único que consiguen es ser recibidos por Lord Strangford, el embajador británico ante Portugal, quien les envía una esquela anunciándoles que los espera en su casa a las cinco de la tarde.

Belgrano y Rivadavia llegan puntualmente a la cita y son recibidos por un criado que los hace pasar a una sala con un piano y una imponente biblioteca labrada que cubre toda una pared. La habitación tiene las cortinas echadas para que se mantenga fresca y está casi a oscuras. Cuando el criado regresa con una jarra de limonada, entre sus piernas se escurre un enorme gato negro, que de un salto se acomoda en un sillón, muy cerca de los que ocupan los visitantes. Rivadavia lo mira con recelo y aprieta sus rodillas para quedar lo más lejos posible del animal, que no le saca los ojos de encima. No le gustan nada los gatos, y mucho menos cuando son negros. Instantes después, cuando Percy Clinton Sydney Smythe, sexto vizconde de Strangford, atraviesa la puerta, el gato se baja del sillón para frotarse contra sus piernas y luego, para inquietud de Rivadavia, se queda dando vueltas por la habitación.

Lord Strangford es un hombre de mediana edad y andar flexible. Tiene los ojos muy azules, la nariz algo afilada y los cabellos ondulados, de un rubio oscuro. Habla con una voz sedante, ponderando cada palabra, pero sin hacer ningún esfuerzo, con total fluidez. Al principio conversan acerca de asuntos mundanos: Río de Janeiro, su crecimiento, los productos que se están manufacturando, para después abordar poco a poco los temas que a Belgrano y Rivadavia les interesan. Strangford cada tanto desliza comentarios

con los que busca ganarse la confianza de sus interlocutores, pero es siempre muy medido. Dice que los pliegos que traen son "de la mayor importancia", los llama "buenos patriotas", aunque luego menciona el fastidio que le produjo enterarse que el gobierno de Buenos Aires, más puntualmente Posadas, no tomó en cuenta sus recomendaciones y los envió en una misión que no solo busca la paz, sino también imponer condiciones. "Eso puede generar una guerra, de todos los males, el más terrible", dice.

El comentario le da pie a Belgrano para hablar de la responsabilidad de Fernando VII, haciendo alusión a la expedición de Morillo y la reconquista de América del Sur. Necesitan saber qué posición va a adoptar Inglaterra y también el gobierno de Don João.

Los comisionados saben que la influencia de Strangford sobre el príncipe regente portugués es absoluta y decisiva. Fue él quien organizó la huida de la Casa Real al Brasil e incluso había fuertes rumores que aseguraban que, estando ya toda la corte a bordo de los barcos y bajo amenaza de no consentir la salida de las embarcaciones, Strangford había obligado a Juan de Braganza a firmar un documento que lo comprometía a abrir los puertos del Brasil a Inglaterra.

En cualquier caso, desde su llegada a Río de Janeiro el astuto embajador es quien mueve los hilos de la política extranjera de Portugal y también se ocupa de mediar con el gobierno de Buenos Aires cuidando siempre los intereses británicos. Lo que tanto Belgrano como Rivadavia ignoran es que hace apenas unos meses Gran Bretaña y España celebraron un nuevo pacto y que, en consecuencia, la posición de los ingleses respecto de las Provincias Unidas cambió. España se comprometió con la corona inglesa a abolir el tráfico de esclavos y, como compensación, Inglaterra prohibió a sus súbditos vender armas a los rebeldes hispanoamericanos. Una medida que sin duda beneficia a los españoles en su afán por reconquistar las colonias insurreccionadas.

Strangford, por supuesto, no menciona el pacto y tampoco responde a las inquietudes de Belgrano. Dando un giro, comienza a hablarles en cambio de los problemas que van a encontrar cuando lleguen a Europa, sobre todo en España y la crisis generada por los

enfrentamientos entre liberales y absolutistas. Con elegante displicencia, el británico va ligando con maestría distintos temas. Introduce en medio de la charla tanto el comentario acerca de un avance científico como las estrofas de un poema que recita de pie, aclarando antes que escribir poesía es una afición de juventud que todavía mantiene.

Desde su pequeña estatura, Rivadavia lo mira con manifiesta admiración. Usando un lenguaje pomposo con el que pretende emular al lord, elogia "el peculiar genio de su señoría", "su cultura y viveza", término este último que Strangford no entiende. Pero Rivadavia no lo nota ni le importa porque ya está lanzado a hablar de las Provincias Unidas como un "nuevo mundo", para después pedirle que "en honor a sus principios liberales y en defensa de la libertad de comercio", "nuestro buen señor" se oponga a la expedición de Cádiz y favorezca la causa de la emancipación.

El embajador no le responde y Rivadavia sigue hablando. Le agradece al "distinguido ministro" por su tiempo y por haberlos "ilustrado", hasta que Belgrano decide frenar la verborrea de su compañero y entregar los pliegos.

–Con toda franqueza, no puedo prometerles que el gobierno de mi país le brinde apoyo a su misión –dice el lord después de leer los documentos.

–¿Y qué nos puede decir de los portugueses?

–Si la dichosa expedición española llega algún día y pretende reconquistar el Río de la Plata, la corte portuguesa no va a contribuir ni a respaldarla. Eso sí puedo asegurárselos. Inglaterra no quiere que Portugal intervenga en modo alguno en los negocios de las colonias ni en su territorio.

Strangford mira su reloj para dar por terminada la entrevista, pero Rivadavia le pregunta por el transporte a Londres:

–Inmediatamente llegue a este puerto la Inconstante, una de las fragatas de Su Majestad británica, la tendrán a su disposición para partir –dice mientras camina hacia la puerta de la sala–. Ahora me van a tener que disculpar, pero el príncipe da un banquete en el palacio al que estoy invitado.

Cuando dejan la residencia, los dos diplomáticos analizan la escasa información que recogieron, pero no logran llegar a ninguna conclusión. Con la amenaza cada vez más ruidosa de la expedición de Morillo, acuerdan en que necesitan aprovechar el tiempo que les queda para lograr que los portugueses los reciban y se comprometan a no participar de un potencial ataque a las Provincias Unidas. Aunque son muchas las diferencias entre ambos, Belgrano y Rivadavia se parecen en el tesón e incluso la testarudez con que se empeñan en cumplir una tarea.

Días más tarde se enteran de que la situación en el Río de la Plata es cada vez más grave e incierta. Las fuerzas realistas siguen ejerciendo presión en la frontera norte, ocasionando el repliegue de los revolucionarios y nuevas pérdidas, mientras que en el Litoral la influencia del federal Artigas no deja de crecer, por lo cual las provincias están cada vez más desunidas y el gobierno unitario cada vez más debilitado.

Lord Strangford vuelve a recibirlos en distintas ocasiones, pero nada cambia: Belgrano y Rivadavia repiten su libreto y lo mismo hace el británico. Hasta que una tarde Strangford les cuenta que se reunió con José María Salazar. El marino español fue enviado por Fernando VII para sondear la actitud portuguesa y británica respecto de la expedición de Morillo.

–Salazar le pidió permiso al gobierno del príncipe Joao para que los buques de la Armada española puedan recalar en Río de Janeiro –dice Strangford–. Quieren desembarcar parte de sus tropas e invadir desde aquí las Provincias Unidas.

Las caras de Belgrano y Rivadavia se transfiguran. Salazar fue comandante del Apostadero Naval de Montevideo y es uno de los más firmes enemigos de la revolución; nada bueno puede augurar su llegada a la ciudad. Pero Strangford les dice enseguida que, siguiendo su "consejo", la corte lusitana ya le denegó el permiso.

–Como les mencioné y le hice saber a Salazar, ni los Braganza ni Gran Bretaña van a contribuir con los realistas en sus operaciones de reconquista del Río de la Plata –afirma enfático–. Pero me temo que el marino está aquí para hacer también otras diligencias y den por

seguro que mientras esté en el Janeiro no dejará piedra sin mover para realizarlas.

–Salazar es un agente del rey –dice Rivadavia, ufano por dar lo que considera una primicia–. Cuando yo era secretario de Estado del Triunvirato, él estaba ya en Montevideo y no solo oficiaba de espía, sino que además pedía constantemente refuerzos militares para aplastarnos.

–Espía o no espía, Salazar es un fanático –comenta Strangford–. En la entrevista me dijo que nuestra obligación era frenar las ideas de libertad, porque es una enfermedad muy contagiosa que se puede expandir por toda América. "Un veneno que recién se reconoce después de que produce el daño", fueron sus palabras. Así que de ahora en más les sugiero tener mucho cuidado con quiénes hablan y lo que dicen, pero sobre todo con lo que escriben. No me cabe duda de que, tal como están las cosas, toda nuestra correspondencia está siendo interceptada tanto por agentes españoles como por otros. Aunque me pese aceptarlo, repartiendo unas pocas monedas eso en Río se consigue muy fácil. Basta con tener algunos contactos en la corte del príncipe regente o en esa especie de corte paralela que tiene la infanta Carlota Joaquina y que es un semillero de intrigas.

–¿Entonces ya se confirmó que Morillo se dirige al Río de la Plata? –pregunta Belgrano.

–Le hice la misma pregunta a Salazar y contestó con evasivas… dijo que ese era un secreto de Estado, pero personalmente creo que ni él sabe cuál es el destino de la expedición.

–Es parte de la estrategia de los realistas –comenta Belgrano–. Hacer que circulen distintos rumores para desconcertar, generar más caos y así presionar a los americanos y también a Portugal y Gran Bretaña.

–Inglaterra tiene un inmenso interés en que las Provincias Unidas consigan su ansiada y merecida independencia... –agrega Strangford entrecruzando los dedos de las manos y frotándose los pulgares. La frase sorprende a los comisionados, pero luego el embajador se queda en silencio, reconcentrado. Rivadavia, que no soporta la ansiedad, está por soltarse a hablar, pero Belgrano le hace un gesto

negativo con la cabeza y logra contenerlo. Pareciera que no es lo único que el embajador británico quiere decirles y tienen que dejar que hable.

–Sin embargo –sigue diciendo por fin Strangford–, creería que mi gobierno no está en condiciones de ir en contra de la política del rey de España…

–¿Y cuál es esa política? –pregunta Belgrano–. Por lo que parece, Don Fernando solo quiere aniquilar cualquier vestigio independentista para volver a someternos. Terminar con lo que él considera son nada más que las pretensiones de un grupo de rebeldes…

–Desde que recuperó la Corona, los informes que le llegan a Su Majestad sobre la situación en las colonias son cada vez más alarmantes. Desde Venezuela hasta el Río de la Plata, en todos lados tiene problemas. De modo que de ustedes dependerá convencerlo de llegar a una solución concertada, aunque para eso tengan que acotar sus demandas.

Belgrano vuelve a decir que de eso ya se dejó constancia en los pliegos, pero Rivadavia lo corrige:

–Como usted dice, mi Lord, podemos acotarlas. Las posibilidades son muchas…

Cuando salen de la entrevista, la desconfianza volvió a instalarse entre ambos. Belgrano no puede dejar de pensar que hay algo que Rivadavia sabe y él no.

"Esos benditos pliegos reservados. Debería haberlos leído en el barco, cuando tuve la oportunidad", se reclama.

Mientras caminan hacia la posada, extrañamente, Rivadavia permanece callado. Belgrano tampoco tiene ganas de conversar, aunque mantenerse en silencio cuando es necesario es parte de su temperamento. Al llegar al Largo do Paço, las lámparas alimentadas con aceite de ballena ya están encendidas y hay gente por todos lados.

Al igual que en Europa, la corte bragantina en el Janeiro mantiene sus protocolos. Cada día hay besamanos, se celebran banquetes con gran pompa, procesiones, desfiles, y, como esa noche, conciertos en la Capilla Real. El príncipe Juan es un gran

amante de la música y disfruta especialmente de la orquesta conformada en su mayoría por músicos indígenas y negros que, para su deleite y asombro, cantan en latín y ejecutan piezas de Mozart con notable virtuosismo.

Por la gran plaza pululan miembros de la corte, funcionarios y militares, mujeres de la élite y ricos comerciantes ataviados con sus mejores trajes, algunos incluso con pelucas muy poco aptas para el calor.

Llegan en berlinesas, calesas y palanquines, pero también sentados en sillas de mano y reclinados en hamacas que son cargadas sobre los hombros con notable esfuerzo por dos esclavos. Sus amos los visten con libreas de seda, pero los obligan a andar descalzos porque no se les permite calzar zapatos. Detrás de las sillas de mano y las hamacas van en fila otros esclavos, niñas y niños escuálidos que llevan sobre sus cabezas enormes canastas con frutas, mantas y sombrillas para poder satisfacer sin demoras los antojos de sus amos.

La visión de la crueldad con que es tratada esa gente a la que hacen trabajar sin paga alguna y someten a tantas vejaciones, indigna a Belgrano. No tolera el contraste entre la miseria de unos y los lujos de una clase indulgente y caprichosa, que disfruta y se enriquece a costa de los sudores y la sangre ajena. Su ánimo se ensombrece, por lo que decide dejar a Rivadavia en la plaza y regresar a la posada. Prefiere leer, pensar, escribir.

Los días se les consumen realizando diligencias infructuosas. Pese a que Strangford les aseguró que estaba haciendo gestiones y les pidió paciencia, los principales miembros de la corte portuguesa siguen negándose a recibirlos sin darles ningún pretexto o disculpa. Los diplomáticos suponen que detrás de esas negativas está Carlota Joaquina. En principio, porque la princesa detesta al embajador británico y es muy probable que esté operando en las sombras para que cualquier pedido de su parte sea rechazado. Pero además porque es sabido que desde que su proyecto de convertirse en regente de las colonias fracasó, la que alguna vez Belgrano mismo

creyó podía ser una aliada, se convirtió en enemiga de los insurgentes de América. Un encono que había recrudecido desde que su hermano Fernando VII había recuperado la corona.

De todos modos, en el centro de las inquinas de la Infanta está siempre su marido, con quien tienen una larga historia de peleas y resentimiento. A Carlota la casaron con Juan de Braganza cuando ella tenía diez años y él dieciocho, y sus diferencias, que no eran solamente de edad sino también de fisonomía, carácter e intereses, se habían manifestado ya en los primeros años de matrimonio. Mientras que la princesa era delgada y menuda, con una personalidad enérgica e impetuosa, su marido era un hombre corpulento y pasado en kilos, aletargado, dubitativo y profundamente melancólico.

En la corte de Portugal, a la que había llegado siendo una niña, Carlota recibió una educación esmerada que incluyó el aprendizaje de varios idiomas, lo cual al crecer la había convertido en una interlocutora capaz de dialogar de igual a igual con reyes, príncipes, políticos e intelectuales. Con Don Joao tuvo nueve hijos, pero ella quería ser algo más que una princesa consorte. De modo que siguiendo las costumbres de su familia española donde las mujeres reales tenían una fuerte incidencia, quiso participar en la vida pública y así se lo hizo saber a su marido cuando en 1799 fue reconocido como príncipe regente. Carlota le pidió a Juan de Braganza que la incluyera en el Consejo de Regencia, pero como él desconfiaba de sus ambiciones políticas y no toleraba sus formas españolas, la dejó fuera del Consejo y de los asuntos de gobierno.

Para Carlota fue una declaración de guerra. Desde entonces se transformó en su más tenaz adversaria, porque además consideraba que el Braganza estaba incapacitado para gobernar. Las alianzas de la Princesa con unos y otros para conspirar en contra de su marido cada vez que fue posible, llevaron al matrimonio a vivir en palacios separados, y le granjearon a la infanta una muy mala reputación. Los miembros de la corte leales a Don Joao no se cansaban de señalar que tenía amantes de baja categoría y la acusaban incluso de haber querido envenenarlo. La llamaban “la princesa bigotuda”, asegurando que era viril y de carácter violento.

Sin embargo, nada detendría a la ambiciosa Carlota quien, en 1809, al poco tiempo de su llegada al Brasil, hizo su maniobra más sonada. Aprovechando que su hermano Fernando y su padre Carlos IV
eran cautivos de Napoleón, decidió reclamar la posesión de las colonias en América del Sur, en su calidad de depositaria y defensora de los Borbones, su "augusta familia", y como parienta más próxima de los prisioneros.

Con el apoyo y las gestiones del contraalmirante William Sidney Smith, jefe de la flota británica apostada en Río de Janeiro, y su agente Felipe Contucci, dos de los hombres que se rumoreaba engrosaban su lista de amantes, la Infanta logró convencer a varios patriotas de que ella era la persona indicada para ser nombrada Regente y reinar en el Río de la Plata. Castelli, Paso, Vieytes, los hermanos Rodríguez Peña y el propio Belgrano, entre otros, le creyeron. Adhirieron al proyecto y al carlotismo convencidos de que el nombramiento de la Princesa les iba a dar la posibilidad de establecer un gobierno independiente, ya que se mantendría la continuidad dinástica, lo que lo dotaría de cierta legalidad. Pero cuando parecía que todo estaba listo, Carlota le pidió a su marido que la apoyara en sus pretensiones de ser regente y le diese permiso para viajar a Buenos Aires, y Juan de Braganza se lo prohibió. En una nueva demostración de que el rencor era mutuo, el príncipe alegó que le sería imposible tolerar la vida sin su amada esposa, pese a que también en Río de Janeiro vivían separados, ya no participaban juntos en actos oficiales y ni siquiera se hablaban.

Con su negativa, el monarca portugués no había hecho más que obedecer las directivas de Lord Strangford, quien a su vez estaba respondiendo a las instrucciones que había recibido de la corona británica, que quería evitar por cualquier medio la potencial unión de las dos coronas ibéricas. El gran operador del boicot contra Carlota aprovechó, de paso, para despojarla también de su principal agente y supuesto amante e hizo que Sir Sidney Smith fuese enviado a Gran Bretaña.

La Princesa siguió intentando por distintos medios trasladarse a Buenos Aires y continuar con sus planes, pero ninguno prosperó.

Para entonces, además, ya tenía muchas dudas sobre su alianza con los patriotas rioplatenses. En las cartas que estos le hacían llegar para manifestarle su adhesión, había constantes referencias a la educación, la libertad, la autoridad del pueblo y una monarquía liberal, ideas que eran completamente irreconciliables con sus creencias absolutistas. El régimen liberal horrorizaba a Carlota. Era un sacrilegio, un desvarío de la plebe y no pensaba ceder sus derechos divinos a la corona ni admitir jamás una Constitución. De modo que utilizó la prohibición de su marido para dar por terminado el vínculo con los insurgentes americanos y, como quería dejar bien en claro su posición y congraciarse con España, incluso denunció a varios de ellos ante las autoridades virreinales.

Sus aspiraciones de transformarse en reina del Plata se terminaron de frustrar en 1814, con el regreso de su hermano al trono. Sin embargo, como no estaba dispuesta a perder protagonismo, en el último año se había convertido en una informante clave de Fernando VII sobre la situación americana, por lo cual apenas Belgrano y Rivadavia habían puesto un pie en Río de Janeiro, los había mandado a seguir. Carlota no solo estaba al tanto de todos sus movimientos, sino que había sido informada de cada una de las reuniones que habían mantenido con Villalba y Lord Strangford.

Que la ciudad estaba plagada de agentes, no solo portugueses sino también españoles, británicos e incluso franceses, era sabido por todos los funcionarios que circulaban por allí. Pero los comisionados pudieron comprobarlo por sí mismos y darse cuenta de que estaban siendo espiados cuando, con el correr de los días, empezaron a cruzarse por las calles con las mismas caras. De hecho, a varios ya los tenían identificados. "A la derecha, bajo el portal con azulejos, acabo de ver al de cabello colorado", "A ese hombre con barba que está doblando la esquina lo vi también ayer, cerca de la posada", "Preste atención: ¿no tiene vista a esa señora que se cubre con un abanico rojo?", se advertían uno a otro. Tratar de despistarlos y cambiar de camino abruptamente se transformó en un juego que un poco los divertía.

Cuando Strangford volvió a citarlos y le comentaron sobre sus aventuras con los agentes, el embajador aprovechó para apuntar directamente a la Princesa:

–Desde que sabe que no será nunca reina esa es su nueva ocupación: recaba información de la red de espías y de la corte que tiene en su palacio de Botafogo, y lo hace con la vehemencia y obsesión que solo Carlota Joaquina puede hacerlo. También utiliza a los exiliados realistas y otros enemigos de la causa emancipadora que suelen visitarla. Incluso se autoproclamó líder de la oposición contra los "subversivos del orden monárquico", como suele llamarlos.

El Vizconde continuó diciendo que en una demostración de lealtad a su hermano Fernando y para adormecer la desconfianza que este le tenía, la infanta venía clamando por el exterminio de los independentistas a sangre y fuego.

Pero no era este asunto por el cual el embajador británico los había citado, sino para decirles que había logrado que fuesen invitados al Teatro Sao Joao:

–No habrá besamanos porque el príncipe hizo construir un pasadizo para poder ir directamente desde el palacio al teatro –les dice–, pero no van a faltar miembros de la corte y funcionarios a los cuales saludar y presentar sus respetos. Es bueno que los vean participando de los eventos lusitanos.

La noche de la función, cuando Belgrano y Rivadavia se encuentran con Lord Strangford en el hall, el británico cumple con lo prometido y les presenta a algunos ministros, que les hacen poco o ningún caso. El Vizconde se instala en uno de los palcos cercanos al de Don Joao, el único que tiene cortinas de terciopelo con flecos dorados, mientras que Belgrano y Rivadavia tienen que subir una larga escalera para ubicarse en los palcos más altos. Desde allí, ambos se dedican a observar la sala decorada con cenefas de seda, flores y candelabros, y también a los espectadores. Les llaman la atención especialmente algunas mujeres que, a la manera europea, pero con el colorido carioca, llevan tocados muy altos entrelazados con perlas, piedras preciosas y plumas de colores.

El primero que lo ve es Rivadavia:

–¡Mire hacia abajo, en la platea, fila cuatro, a la derecha! ¿Ese no es Felipe Contucci?

A Belgrano le cuesta encontrarlo entre la gente, pero cuando logra hacer foco le confirma que sí, que efectivamente es él.

Rivadavia mira a Belgrano con asombro, sus ojos se vuelven todavía más redondos, y está a punto de comentarle algo sobre Contucci, pero su compañero otra vez le tiene que hacer una seña para que no diga nada más. No hay lugar más inapropiado para hablar de algo que puede ser comprometedor que ese teatro lleno de gente.

Contucci es un rico comerciante florentino de origen portugués, a quien Belgrano conoció en sus años de adhesión al carlotismo. Por entonces fueron muy próximos, pero ahora tiene muy claro qué clase de sujeto es. Si Contucci está en el Janeiro es para hacer lo que hizo siempre: oficiar como agente de Carlota, y después de la conversación que tuvieron con Strangford no debería sorprenderlos encontrarlo allí.

"¡Ese farsante lleva años lucrando con nuestras desgracias!", piensa Belgrano tratando de contener la iracundia que le provoca verlo. Le tomó su tiempo descubrir que Contucci lo había engañado y no se lo perdona. Mientras oficiaba de emisario entre la princesa Carlota y un nutrido grupo de patriotas del Río de la Plata, Contucci declaraba estar a favor del proyecto independentista, pero había seguido vendiéndoles armas, víveres y vestuarios a los realistas.

"Sobremonte, Liniers, a todos los virreyes les endulzó los bolsillos y corrompió para que lo favorecieran en sus negocios. Nunca sabremos cuántos de nuestros planes se malograron por la información que les entregó nuestro vil apoderado. Tonto yo y todos los que confiamos en él", se amonesta Belgrano.

Cuando se conocieron, Contucci vivía entre Río de Janeiro y Buenos Aires, donde se ocupaba de sus múltiples y turbias actividades comerciales,
al mismo tiempo que oficiaba como agente de la Infanta y nexo con sus seguidores rioplatenses con el fin de que Carlota ocupase la regencia. Pero tras la Revolución de Mayo se había trasladado a Montevideo, y desde entonces se dedicaba a conspirar contra el

gobierno de las Provincias Unidas, lanzando calumnias y difamando a sus miembros. Su propósito era alentar la intervención lusitana y española para terminar con el dominio de los rebeldes sobre la Banda Oriental, donde tenía sus mayores negocios. Contucci y sus secuaces, conocidos como "Los Empecinados", actuaban con tal falta escrúpulos y virulencia para desprestigiar a los patriotas, que incluso redactaban y hacían circular documentos apócrifos firmados por algunos de ellos, como el "Plan de Operaciones" que le habían atribuido a Mariano Moreno.

El telón se abre y Belgrano se propone concentrarse en lo que sucede en el escenario, pero cuando los actores saludan al príncipe y el público comienza a aplaudir y a dar vivas, aprovecha el bullicio para susurrarle a Rivadavia:

–Le pido que si más tarde nos encontramos con Contucci, no me contradiga, aun si me escucha decir algo inconveniente. Piense que la función continúa y que somos protagonistas de una comedia de intrigas.

Rivadavia asiente.

La obra que se presenta esa noche es un drama lírico, con varias piezas musicales en medio. Los intervalos son amenizados por números de baile que les resultan graciosos por lo bufonescos y estrafalarios, pero a los espectadores parecen gustarles porque los celebran, algunos golpeando el suelo con los pies.

Cuando termina la función y como era previsible, Contucci simula un encuentro fortuito en el hall central.

–¿Debo mostrarme sorprendido o ser sincero y decirle que esperaba encontrármelo en cualquier momento? –le dice Belgrano sonriendo.

–¡Mi amigo! –responde Contucci con los brazos en alto–. Usted mejor que nadie sabe que el Janeiro es también mi casa. En cualquier caso, el sorprendido soy yo, ¿qué hace por aquí?

El agente portugués es un hombre apuesto y muy atildado, que tiene un aire decididamente donjuanesco. Se nota que utiliza todos los artificios de la *toilette* y la moda para destacar su apariencia. Lleva el pelo espeso y retinto peinado con esmero, la chaqueta con

pasamanería bien ceñida y una camisa con un llamativo botón de oro que revela su gusto por la ostentación.

Después de los saludos con Belgrano, Rivadavia le extiende la mano y Contucci se la estrecha, pero finge no conocerlo.

–Nos hemos visto otras veces –insiste Rivadavia, víctima otra vez del calor y la humedad, que perla su frente de sudor y arruinó su camisa.

–Tendrá que disculparme entonces, soy un hombre de mala memoria –dice Contucci con cierto desdén–. Pero, insisto y lo incluyo, ¿qué los trae por aquí?

Belgrano le explica brevemente que están en camino a Londres primero y a Madrid después, para presentarles sus respetos y felicitar a Su Majestad Fernando VII por la recuperación del trono. Contucci lo escucha atento, moviendo la cabeza en señal de afirmación, pero con una media sonrisa cínica que trasluce su incredulidad.

–Me alegra verlo, Manuel. Tengo el mejor de los recuerdos del tiempo que compartimos en Buenos Aires –dice el emisario, experto en el arte del simulacro–. Yo, en cambio, ando de un lado a otro, siempre detrás de mis negocios. Digamos que como muchos otros he sido arrojado de la Banda Oriental, que se ha vuelto completamente anárquica y hostil.

Rivadavia comienza a criticar a Artigas, pero Contucci lo interrumpe:

–Prefiero que no nos metamos en ese terreno pantanoso. He dejado la política. No se me da bien –agrega mintiendo descaradamente–. Aunque todavía sigo creyendo en el proyecto que compartimos –dice mirando a Belgrano–. Llámenme soñador o loco, pero aún pienso que es una gran opción para las colonias de América, especialmente para el Río de la Plata, que la princesa Carlota Joaquina sea coronada regente…

Contucci va cambiando las inflexiones de su voz y sus gestos para pasar de la soberbia a la humildad.

–Desde que para felicidad de todos nuestro benemérito rey regresó a España, creería que ese plan no tiene más sustento. Y, además, según tengo entendido, la Infanta ya no quiere tener

ninguna vinculación con nuestros compatriotas –comenta Belgrano fingiendo estar apesadumbrado.

–No crea en todo lo que dicen. La Princesa tiene demasiados enemigos, empezando por su propio marido, y siguiendo por los británicos, o viceversa, póngalos en el orden que quiera. Ella también está cansada de tanta hostilidad.

Llegaron adonde Belgrano quería: es momento de pedirle a Contucci que les consiga una audiencia con Carlota Joaquina, pero Rivadavia desvía la conversación:

–Don Fernando no va a aceptar que su hermana sea regente…

–Fíjese que yo pienso que sí, que el rey podría aceptarlo –dice Contucci–. Él está lejos, ella está aquí, en América. Es una solución conveniente para los problemas que tiene con las colonias y además nadie puede representarlo mejor que su hermana mayor. Pero, como ya les dije, son demasiados los que se oponen y, por otra parte, la princesa también se ha alejado de las cuestiones públicas. Ahora su ocupación principal, y lo que más disfruta, es llevar a sus hijos montando a caballo a las playas de Botafogo para que se den baños de mar.

Belgrano ya descubrió la nueva maniobra de Contucci: está intentando justificar a Carlota y desalentarlos en sus intenciones de que los reciba. En una operación doble como las que a él le gustan, busca presentar a la princesa como una dama inofensiva y no como la cazadora de patriotas en que se convirtió, porque es evidente que todavía tiene alguna esperanza de que la nombren regente.

–Es una gran noticia que Su Alteza se sienta a gusto en América– dice Rivadavia entendiendo que eso puede servir para que el emisario les hable bien de ellos a Carlota.

Contucci no hace ningún comentario y está empezando a despedirse cuando Belgrano decide continuar con su parodia y sacar su carta más alta:

–Si es cierta la estima que dice tenerme, mi querido Felipe, necesito pedirle que utilice su ascendencia en la corte de Braganza para que Don Joao, Doña Carlota o alguno de sus ministros nos den una audiencia. Les hemos enviado nuestros oficios y nunca nos han contestado. Nada nos entristecería más que irnos del Janeiro sin

haberles presentado nuestros respetos y contado acerca de nuestra misión, que es por completo pacífica.

–¡Qué trampa me ha tendido, Manuel! –dice Contucci con una carcajada–. Me está pidiendo que haga gestiones políticas cuando ya le he dicho que he dejado ese vicio. Yo ya fracasé en todos mis intentos, especialmente con los rioplatenses, pero veré si por tratarse de usted puedo ayudarlo.

Días más tarde, Belgrano recibe una esquela de Contucci, en la que le da cita en una botica, a la que le pide que vaya solo.

Cuando se lo comunica a Rivadavia, éste bufa y frunce los labios, contrariado. No le gusta nada quedarse fuera, pero no puede imponerse.

Mientras va al encuentro del agente portugués, Belgrano atraviesa el Arco de Teles y, tal como viene haciendo en el último tiempo, cada tanto se detiene debajo de algún portal para descubrir si lo siguen. Lo mismo hace al cruzar la plaza. No le gusta ser espiado y mucho menos cuando va a entrevistarse con el intrigante favorito de Carlota Joaquina.

Al llegar a la botica, que es en verdad una farmacia con unas pocas mesas, Contucci ya está allí.

En cuanto se saludan, el agente pide que les sirvan dos vasos de ron, que es lo que él ya está tomando.

–Cuatro de la tarde. Demasiado temprano para mí –se excusa Belgrano.

–Beba, le va hacer bien para los nervios –dice Contucci, para después darle una larga y delirante perorata acerca de los beneficios del ron para los nervios y la salud en general.

–Ese amigo suyo, Rivadavia… –agrega enseguida con sorna–. ¿Qué hace con él? Vaya regalo que le hizo su gobierno, mandarlo aquí y a Europa con un sujeto semejante… Ese hombre es incapaz de hacer una negociación.

A Belgrano no le gusta el tono de Contucci, y tampoco darse cuenta de que está algo borracho.

–Se equivoca, es un hábil diplomático.

–¡Hábil para el halago pueril! Pero además no sé si enteró de que es el hazmerreír de Río de Janeiro.

–No sé a qué se refiere.

–Parece que hace unos días unos esclavos se lo cruzaron por la calle de Candelaria. Como iba con la casaca llena de lodo y en muy mal estado, se apiadaron de él y decidieron acompañarlo hasta su hospedaje. Pero mientras iban andando, a su hábil diplomático empezaron a gritarle y a arrojarle huevos podridos, cáscaras de fruta e incluso piedras. Pobre Rivadavia, dicen que quedó hecho una pena...

Contucci se ríe con malicia y Belgrano lo mira con severidad.

–No sé de dónde sacó su relato, pero le pido que no lo repita. Es ofensivo para Rivadavia y también para mí.

–Me temo que es tarde: me lo contaron unos funcionarios españoles, que según puedo inferir estaban involucrados en el asunto, y después volví a escucharlo de boca de algunos miembros de la corte portuguesa. Esta ciudad es chica y las noticias vuelan.

Contucci toma de un trago el ron que tiene en el vaso, pero como Belgrano sigue mirándolo con crispación enseguida agrega:

–Olvidémonos del asunto, prometo no repetirlo. Tengo algo más para decirle, que sí le va a gustar –dice todavía sonriendo, con los ojos brillantes por el alcohol–. Conseguí que el ministro de Relaciones Exteriores de Su Majestad, el Marqués de Aguiar, los reciba.

–Ya le enviamos varios oficios que nunca se dignó a contestar.

–Como puede ver, todavía tengo cierta influencia –dice Contucci dándose ínfulas–. Pronto les llegará la notificación con día y hora. Aunque si esa audiencia no les parece suficiente y quieren que el príncipe Joao los reciba, deberían también hacer gestiones con Lord Strangford, que es alguien de su entera confianza.

Detrás de cada una de las frases de Contucci, Belgrano ve sus intenciones: generar una fractura entre él y Rivadavia, y sacarle información sobre sus vínculos con Strangford.

–Estamos haciendo gestiones de todo tipo y desde ya le agradezco por lo del Marqués de Aguiar. ¿Tuvo alguna novedad de nuestra petición a Carlota Joaquina?

–Ese asunto es más difícil. Créame que la Princesa está cercada, casi presa en su palacio. No le permitieron ir a Buenos Aires y

tampoco a España, pero le prometo que lo voy a seguir intentando.

Belgrano quiere dar por terminada la charla. Sabe que no va a sacar nada más de Contucci, que a cada segundo le parece más despreciable. Durante un rato hablan de cosas superfluas, hasta que una mujer se pone a cantar y Contucci, borracho como está, comienza a lisonjearla primero desde la mesa y después poniéndose de pie. Belgrano aprovecha para despedirse.

Cuando sale a la calle, respira hondo. Necesita sacarse de encima ese algo viscoso, reptil, que siente le pega Contucci cada vez que lo tiene cerca. Mientras camina a paso sostenido, repasa con precisión matemática la conversación que acaban de tener. Que Contucci les haya conseguido una audiencia con Aguiar demuestra que la corte portuguesa no está tan dividida como pretenden aparentar, ya que él es hombre de Carlota Joaquina y el Marqués responde a Don Joao. Pero además está la agresión a Rivadavia. En su injurioso relato Contucci dijo que los responsables del ataque habían sido funcionarios españoles, y lo más probable es que esos sujetos sean sus amigos y hayan actuado en connivencia con él.

"¡Muy propio de Contucci y sus tácticas! Insultos, calumnias y griterío para degradar a los representantes de las Provincias Unidas", se dice Belgrano exasperado.

Más allá de algunos detalles que Contucci pudo haber inventado para ridiculizar a Rivadavia, sabe que algo de lo que le contó es cierto, porque hace unos días él mismo vio a su compañero con un moretón en la cara. Cuando le preguntó qué le había pasado, Rivadavia le había dicho que se había resbalado y golpeado contra el suelo. Así también justificó la limpieza urgente de su casaca.

Belgrano decide no mencionarle el tema. Si Rivadavia eligió no contárselo, seguramente fue por orgullo y algo de vergüenza, aunque le da un poco de pena y también rabia no poder estar unidos para frenar los ataques que están recibiendo.

* * *

Días más tarde, les llega la esperada notificación con fecha y hora en que el Marqués de Aguiar los atenderá en el palacio.

Belgrano y Rivadavia acuden puntuales a la cita, pero Aguiar los hace esperar más de media hora antes de recibirlos. Cuando por fin los atiende, los hace pasar a una pequeña sala con pesados tapices en las paredes y una mesa en el centro. El lugar les resulta extraño: no parece estar preparado para audiencias ni mucho menos ser el despacho del ministro. Solo hay un sillón largo contra una pared y otro individual que está en una esquina, donde está sentado Aguiar. El Marqués tiene el pelo blanco, la nariz con la punta redondeada y los labios tan rojos que parecen pintados. Al comienzo le pide a un criado que acerque dos banquetas de madera donde hace sentar a los comisionados, pero cuando se da cuenta de que son demasiado bajas e incómodas, le indica que traiga también cojines para "suavizarles el asiento".

La situación es humillante: el sillón que ocupa Aguiar tiene la altura de un trono, de modo que Belgrano y Rivadavia parecen dos niños pequeños sentados a los pies de su maestro. Pero se sienten aún más denigrados cuando, al comenzar a hablarle de su misión, el ministro cierra los ojos.

–Hablen, hablen, los estoy escuchando –aclara.

En cuanto terminan su alocución, Aguiar abre los ojos y parece estar enojado. Con tono airado comienza a acusarlos de "artiguistas", algo que exaspera a Rivadavia.

–¡Es ofensivo e injurioso que compare nuestro gobierno con esos bandidos! –le dice casi gritando.

Toda la entrevista se desbarata. A Rivadavia se le marcan las venas en las mejillas, unas líneas oscuras que parecen a punto de explotar, por lo cual Belgrano decide intervenir para bajar el tono. Es la primera vez que ve a su compañero de viaje tan enojado y aunque él también está molesto, no pueden darle un pretexto a Aguiar para que dé por terminada la audiencia o les haga alguna imputación.

Después de mostrarle al ministro los documentos que los presentan como diputados para el rey de España, Belgrano le entrega también el oficio de Posadas en el que los comisiona para presentarse ante el príncipe Joao y la princesa Carlota Joaquina y manifestarles las buenas disposiciones del gobierno de las Provincias

del Río de la Plata. En ese pliego, Posadas le solicita además al gobierno luso que libre una orden a sus jefes de frontera para cuidar ambos territorios de las partidas de salteadores que son cada vez más frecuentes.

La intervención de Belgrano tiene éxito: Aguiar recupera repentinamente la afabilidad y les dice que le va a informar sus peticiones al príncipe y les avisará cuando tenga una respuesta.

Ocho días más tarde, vuelve a citarlos en el palacio. Esta vez, antes de ir a verlo, Belgrano y Rivadavia se pusieron de acuerdo en lo que van a hacer, de modo que cuando el Marqués no les hace ninguna mención a las audiencias pedidas a los monarcas portugueses, se mantienen en silencio. Hasta que, con la misma jactancia y el mal tono de la primera entrevista, Aguiar les dice que ellos no tienen ninguna información de que exista algún problema en las fronteras, por lo tanto, no saben de qué se quejan o qué están reclamando.

–Las órdenes del príncipe respecto de mantener la armonía y respetar el territorio de las Provincias Unidas son terminantes y sus sentimientos, los más pacíficos –agrega Aguiar con hosquedad–, pero esa paz se va a mantener en tanto el gobierno de Buenos Aires no inquiete a nuestros súbditos.

Rivadavia quiere saber de qué modo podrían inquietarlos, y Aguiar lanza una risita sarcástica.

–Se nota que le falta inteligencia o perspicacia –dice–. Los papeles, pliegos y documentos con exigencias también pueden generar inquietudes –comenta mirando con elocuencia los pliegos que están sobre la mesa–. En ese caso, se tomarán las medidas más enérgicas.

La hostilidad de la corte portuguesa ya no puede ser más evidente. Villalba se los confirma días más tarde en la segunda reunión que celebran, donde les anuncia que la princesa Carlota de ningún modo va a recibirlos. Lo mismo hace Contucci en la nota que le envía a Belgrano. Además de informarle que todas sus gestiones con Carlota Joaquina para que les diese una audiencia fracasaron, el agente también escribe: "La Infanta me mencionó que el Marqués de Aguiar le había hecho llegar la misma petición y que ella ya había

dado su respuesta. Dice que le indigna tanta insistencia, y se enojó al punto de llamarlos insolentes".

Belgrano está desanimado e impaciente por la demora de La Inconstante. Quiere irse cuanto antes de Río de Janeiro y se lo comenta a Rivadavia:

–Hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance para cumplir con la misión, pero ya no tenemos nada que hacer en una ciudad en la que solo nos han destratado.

–No me lo diga a mí, que hasta pedradas he recibido –le confiesa Rivadavia en una inusitada muestra de sinceridad–. Cuando pensábamos que los realistas eran nuestros mayores enemigos, nos venimos a enterar de que también los portugueses nos detestan. Nos iremos sin besar la mano de la Infanta, pero creo que eso nos beneficia.

–¿A qué se refiere?

–¿No sabe lo que la esposa del general francés Junot escribió sobre ella, después de haberla visto en el Palacio de Lisboa? Espere que busco el recorte de periódico que tengo en mi dormitorio, así se lo leo.

Rivadavia regresa enarbolando un papel de diario, y con una sonrisa cómplice, antes de empezar a leer anuncia:

–Esto dijo la señora Junot de nuestra Carlota Joaquina: "Su fealdad, su pelo sucio y despeinado, su labio inferior delgado y de color púrpura adornado por un labio superior grueso, sus dientes irregulares como la flauta de Pan… no podía convencerme de que era una mujer".

Rivadavia lanza una carcajada. Se nota que disfruta como nadie de los chismes palaciegos.

–Yo pensé que lo que decían de ella eran maledicencias lanzadas por sus enemigos, pero parece son ciertas. ¡Es la descripción de un monstruo!

–El problema no es su apariencia, mi estimado… –dice Belgrano sonriendo, aunque sin demasiadas ganas de alentar una conversación de ese tenor.

En los días siguientes, en Río de Janeiro se celebra el Entrudo de carnaval, una fiesta popular que dura casi una semana, y la ciudad está más agitada y bulliciosa que nunca. Cuando los comisionados salen de la posada, las calles son un desfile de enmascarados y personas con disfraces que en muchos casos satirizan a la nobleza. En varias esquinas hay toques de tambor y esclavos que bailan danzas africanas.

Como muchas otras tardes, van hasta el chafariz de la pirámide que está en el Largo do Paço, junto al muelle. Allí, habitualmente, además de llenar barriles y baldes para proveerse de agua, los habitantes de la ciudad se reúnen para conversar, comprar dulces y refrescos, y también para utilizar los servicios de los barberos ambulantes. Pero lo que ninguno de los dos sabe es que durante los días del Entrudo, ese es uno de los sitios favoritos para librar los juegos que son parte de los festejos.

Cuando llegan a la fuente, se encuentran con una verdadera batalla campal: personas de todas las edades se persiguen unas a otras para arrojarse agua, harina, fruta podrida, restos de comida y unos limones que, más tarde se enterarán, están hechos de cera y dentro tienen agua u orina.

Belgrano y Rivadavia corren para ponerse a salvo del carnaval y, entre risas, se refugian bajo un portal. Pero mientras recuperan el aliento, ven caer desde una elegante casa un cubo de agua que empapa a un transeúnte desprevenido. Para asombro de ambos, el hombre se ríe y saluda a la familia que se agolpa en el balcón y celebra su buena puntería. Nadie se salva en el Janeiro de los juegos del Entrudo.

Esa noche, mientras cenan en una fonda, la alegría del pueblo logra contagiarlos e intercambian bromas. Reina un clima de camaradería que los relaja y amiga después de tantos días oscuros, repletos de malas noticias. Cerca de donde están sentados, un grupo de comerciantes ingleses que están pasados de copas hablan a los gritos. Comentan acerca de la llegada de un buque con cartas y periódicos de las Provincias Unidas. Belgrano pesca que uno de ellos nombra a Posadas y aguza el oído. Pero será Rivadavia quien traerá la noticia desde la puerta de la fonda, donde estuvo conversando

con algunos de los ingleses mientras fumaban puros y miraban bailar a unas mulatas.

Belgrano lo ve venir apurado, la cara demudada.

–¡Me acaban de decir que Posadas renunció y Carlos María de Alvear es el nuevo Director Supremo!

–¿Está seguro? ¿Cómo? No puede ser que seamos los últimos en enterarnos… –dice Belgrano disparando una frase tras otra.

–Sí, es seguro. Asumió el mando el 14 de enero, dos días después de nuestra llegada a Río de Janeiro, hace más de un mes, lo que quiere decir que quien nos encomendó la misión ya no está en el gobierno –dice Rivadavia preocupado–. ¿Qué deberíamos hacer?

–No lo sé. Me pregunto si nuestros pliegos firmados por Posadas siguen teniendo validez, y también por qué las comunicaciones que recibimos son tan escasas.

–Nos ponen en la penosa situación de tener que mendigarles a desconocidos para que nos den información de nuestro propio país –se lamenta Rivadavia.

–Yo envié oficios contándoles sobre cada uno de nuestros pasos y todo lo que pudimos averiguar de la expedición de Morillo, cantidad de hombres, los navíos y sus nombres, pero no recibí ninguna respuesta...

El tema de la expedición desvela a los comisionados. En el Janeiro se espera de un momento a otro que las velas de la marina española aparezcan en la bahía fluminense y circularon rumores de que se había avistado la expedición al sur del Ecuador, lo que fue celebrado por los cientos de oficiales españoles que están apostados en la ciudad después de la capitulación de Montevideo. De modo que la noticia del cambio de gobierno, que pone de manifiesto la crisis que atraviesan las Provincias Unidas, hace que la situación sea incluso más crítica.

En los días siguientes, logran reunir más información. Se enteran de que Posadas renunció argumentando estar agobiado por los acontecimientos y tener una edad avanzada, por lo cual prefería retirarse a su casa para meditar los consejos que quería dejarles a sus hijos. También que después de su renuncia, Alvear había dicho

que su tío era un poco extravagante y demasiado crédulo, incapaz de ocultar sus sentimientos, y que por eso no había podido llevar adelante el gobierno. Lo había acusado además de haber arrastrado con él a sus amigos.

La nueva esquela que Contucci le manda a Belgrano, termina de encender las alertas: "Mi querido amigo, es mi obligación prevenirlo de que la infanta Carlota Joaquina le escribió a su hermano Fernando acusándolos a usted y al diputado Rivadavia de intrigantes. Deberían evitar por cualquier medio viajar a España, es muy peligroso. Y por mi parte agrego que debería usted tener especial cuidado, ya que ahora además representa a un gobierno dirigido por el supremo malhechor de las Provincias Unidas: Carlos María de Alvear".

5
CARNAVAL EN RÍO

Los rigores de la humedad y los calores del verano carioca atentan contra la salud de Belgrano y también afectan a Rivadavia, pero eso no los detiene en sus esfuerzos por recabar toda la información posible sobre la situación en el Río de la Plata. Saben que transitan por un campo minado de espías y conspiradores, y se mueven con cuidado. Hasta que una tarde, Rivadavia golpea la puerta de la habitación de Belgrano.

La secuencia de golpes cortos, insistentes, anticipan la urgencia. Cuando Belgrano abre, Rivadavia está visiblemente nervioso y sacude sus brazos cortos.

–Disculpe que lo moleste, pero tengo que decirle algo absolutamente confidencial. Necesito que entremos.

Belgrano le franquea el paso.

–Alvear envió a Manuel José García –dice Rivadavia atropelladamente.

–¿Adónde lo envió?

–¡García está aquí, en Río de Janeiro desde el 23 de febrero! Y se reunió con Lord Strangford ayer por la noche.

–¿Y usted cómo lo sabe?

–Porque hoy casualmente me encontré con Strangford cuando estaba volviendo de misa.

Belgrano lo mira con suspicacia. "Casualmente, mire usted", piensa, desconfiando otra vez de los manejos de Rivadavia. "En cuanto me descuido, el buen Bernardino hace algo por detrás mío".

–Ahórreme las preguntas y cuénteme lo que le dijo Strangford. En principio no entiendo que lo haya recibido a García ayer, que era domingo, y encima por la noche.

–Sí, es todo muy raro. Strangford me dijo que hablaron de distintos asuntos y le extrañó que no supiésemos que García estaba aquí.

–Con el cambio de gobierno, debe haber traído nuevas instrucciones de Alvear –conjetura Belgrano–. En cualquier caso, debería haberse reunido primero con nosotros. Nos quita credibilidad que haya otro diplomático haciendo gestiones separadamente.

–¡Eso es lo que no entiendo! Hace seis días que llegó. Alvear debería habernos informado a nosotros antes que a nadie si hubo un cambio en las instrucciones. Nos está desautorizando y haciendo quedar como estúpidos.

Rivadavia está alzando la voz y, ofuscado, da golpes cortos en el suelo con el taco de su zapato.

–Tranquilícese –le pide Belgrano–. Ahora lo que tenemos que hacer es encontrarlo y hablar con él.

Cuando se queda solo, Belgrano trata de deducir qué puede estar haciendo García en Río de Janeiro, pero le falta información. De lo que está seguro es que si no quiso verlos y se reunió con Strangford en secreto, un domingo por la noche, es porque hay algo oscuro en la misión que le encomendó el nuevo Director Supremo.

Rivadavia, por su parte, está furioso con Alvear, y así se lo hace saber en la carta que le envía ese mismo día.

"Vengo de ver a Lord Strangford, y este me ha sorprendido con la noticia de que García ha estado con él, que le ha hablado sobre varios particulares", escribe Rivadavia. "Solo hemos averiguado que hace seis días que llegó. Esta conducta es muy extraña. A Strangford le ha extrañado que no supiese yo de García".

Durante los días siguientes los diplomáticos hacen diligencias para encontrar al emisario de Alvear, pero no pueden dar con su paradero. Strangford mismo les manda a preguntar si pudieron encontrar al secretario y enterarse de cuál es su comisión en el Janeiro. Les resulta humillante tener que decirle que no.

El esmero que está poniendo García en esconderse lleva a Belgrano a pensar que tal vez su paso por Brasil fue tan fugaz que ya está viajando de regreso a Buenos Aires. En ese caso, nunca sabrán para qué vino ni de qué habló con el embajador británico.

Pero en la mañana del 2 de marzo, una criada les anuncia que el señor García los espera en la recepción.

–Mis estimados amigos –les dice García apenas los ve bajando las escaleras.

Belgrano y Rivadavia lo saludan con manifiesta frialdad.

–No me miren con esas caras ni me prejuzguen, que ya les explicaré por qué recién hoy vengo a verlos.

–Aquí no –pide Belgrano. En la posada hay comerciantes y funcionarios extranjeros, y piensan que uno o varios pueden ser agentes.

–Sé dónde podemos ir para conversar tranquilos –dice García.

–Sin duda debe saberlo. Resultó ser un experto en escondites –comenta Rivadavia sarcástico.

–Es una de mis habilidades diplomáticas –afirma el sinuoso García sonriendo.

* * *

Manuel José García tiene treinta años y pertenece a una de las familias más destacadas de la élite porteña. Es un hombre culto y de modales refinados, que recibió una educación similar a la de Belgrano: estudió en el Colegio San Carlos, y después se formó como economista y doctor en Derecho. De hecho, ambos se conocen muy bien de los días del carlotismo, cuando alentaban la idea de que la princesa Carlota fuese nombrada Regente, y también coincidieron en *La Gaceta*, de la que García fue director. Antes de eso, Manuel José había luchado bajo las órdenes de su padre, célebre comandante de la división Montañeses, en las invasiones inglesas. Y desde la Revolución de Mayo había ocupado distintos cargos en los gobiernos del Río de la Plata. El último y que aún se encontraba ejerciendo, era el de secretario del Consejo de Estado. Ese era su rol

más destacado porque reunía las aptitudes más valoradas en un diplomático: inteligencia, prudencia y astucia en partes iguales.

Al decir de Gervasio Posadas, García era un hombre de convicciones políticas notoriamente laxas, lo que le permitía una gran flexibilidad de movimientos. Era capaz de recomendar soluciones violentas que otros, aparentemente más enérgicos, hubieran desechado por razones de conciencia.

Ansiosos por escuchar lo que García tenía para decirles, los comisionados aceptan su propuesta y se suben con él a una calesa que se interna en las calles de Río de Janeiro y los lleva hasta una casa señorial, alejada del centro.

–Aquí vamos a estar cómodos y podremos hablar sin temor a ser escuchados –les dice García haciéndolos pasar a un gran escritorio–. Antes de que me reprochen por estos lujos, les advierto que esta casa es de una buena amiga que está de viaje por Europa y me hizo el favor de prestármela.

Después de que una criada les sirve té frío, Rivadavia le pide a García que les explique por qué está allí y tardó tanto en reunirse con ellos, y cuál fue la comisión que le encomendó Alvear.

El diplomático les cuenta primero lo que sucedió con Posadas y el nombramiento del nuevo Director Supremo, para decir por fin que Alvear lo había enviado en forma confidencial apenas se enteraron de la expedición de Morillo.

–A diferencia de Posadas, Alvear nunca tuvo demasiada fe en que pudiésemos llegar a un acuerdo con Fernando VII y la noticia de la campaña de reconquista se lo confirmó. Dada la situación con Artigas, tampoco tiene fe en que podamos repelerlos.

–Entonces, ¿qué planea hacer? –pregunta Belgrano con impaciencia.

–Me envió para recabar información de los realistas y con una estrategia que considera más eficaz: pedirle al gobierno británico que no nos abandone a nuestra suerte y que medie o haga lo necesario para que España suspenda las hostilidades y así podamos iniciar una negociación pacífica, o, en caso de que eso no sea posible, nos preste su protección e impida el bloqueo del Río de la Plata. Eso es, en resumidas cuentas, lo que dicen los pliegos que

debo entregarle a Lord Strangford, pero que como ustedes seguramente saben todavía no he entregado por respeto a sus señorías.

–Es que su misión se solapa con lo que estamos solicitando con el doctor Belgrano –acota Rivadavia–. Nuestros pliegos hablan de aceptación de algunas condiciones y de pacificación.

–Justamente, para que nuestras misiones pudiesen seguir estando separadas es que fue tan importante mantener la mía en el más estricto secreto. Con el cambio de escenario al que nos enfrenta la expedición realista, resulta difícil sostener las posiciones fijadas por nuestro gobierno en los pliegos que les entregaron en Buenos Aires. Felicitar al rey cuando estamos próximos a ser atacados por las fuerzas que él mismo envió, es, cuanto menos, extraño. Alvear quiere reforzar los intentos para impedir que los españoles tengan apoyo portugués o británico y por eso mi reunión con Lord Strangford, para ver si llegamos a algún tipo de acuerdo con los ingleses.

García miente acerca de las intenciones de Alvear y su "negociación reservada". Les cuenta lo que dicen los dos documentos que trae: uno destinado al gabinete de Londres y otro para Lord Strangford, pero omite partes fundamentales. Rivadavia no le preocupa, porque sabe que puede servirle para sus fines, en cambio tiene claro que con Belgrano es imposible negociar. Decidido a ganarse su confianza, García le menciona a San Martín, como contraseña y para demostrarle que están del mismo lado, y Belgrano se distiende. Aunque el secretario y lo que cuenta le resultan turbios, deja que la tensión inicial se disipe y lo sigue a Rivadavia en su *racconto* detallado de las gestiones que realizaron desde que llegaron al Janeiro y el fracaso de sus negociaciones.

Después de escucharlos, García les asegura que no va a entregarle los pliegos que trajo a Lord Strangford.

–Ya sabemos cómo funcionan los británicos: tratan de no tener conflictos ni con España ni con los americanos para que Gran Bretaña pueda aprovechar la victoria de cualquiera de los dos bandos y seguir haciendo sus negocios –dice Belgrano–. Alvear se

equivoca si piensa que buscando su protección vamos a lograr nuestra añorada independencia.

Rivadavia, en cambio, ya depuso sus banderas y se acomoda para quedar bien ante García y defender a Alvear.

–Todo este asunto de las misiones superpuestas tiene su lógica: ni el doctor García ni Alvear sabían lo que estaba pasando aquí, y cómo fuimos tratados por los portugueses –dice–. Hizo bien nuestro Director Supremo en intentar otro camino. Usted es demasiado rígido, Manuel, pero no es una mala idea intentar negociar con Inglaterra. Cuando las circunstancias lo ameritan, hay que saber ser flexibles.

Belgrano no está con ánimos de discutir. Es imposible debatir ideas con un advenedizo. García, por su parte, desvía la conversación y les cuenta acerca de la avanzada y el apoyo que está teniendo Artigas y su Confederación de Pueblos Libres, tema que a todos interesa. Pero apenas Belgrano se va al baño, aprovecha para decirle apresuradamente a Rivadavia que necesita hablar con él a solas.

–Lo espero mañana a primera hora de la tarde aquí mismo. Voy a mandar a mi cochero a buscarlo. Al mediodía el calor aprieta y no creo que Belgrano ande dando vueltas. Pero si es necesario, recurra a cualquier pretexto para ausentarse; él no puede enterarse de nuestra cita.

Su estrategia de hacerle creer que lo ha tomado como confidente y que lo prefiere sobre su compañero, funciona: Rivadavia acepta de inmediato. Es una caricia para su vanidad saber que tiene más ascendencia que el "doctorcito", como lo llama cada vez que puede.

Mientras están regresando a la posada, Belgrano le comenta a Rivadavia que en el relato de García hay demasiados cabos sueltos que no terminan de explicar su aparición en el Janeiro, pero Rivadavia lo desestima y vuelve a abordar el tema de una negociación con los ingleses. Una vez más su compañero quiere torcer su voluntad, además de que no puede controlar su incontinencia verbal. "Es tan comedido y revanchista que, si está diciéndome algo semejante, es porque sabe algo que yo no y se muere por demostrármelo", piensa Belgrano, convencido de que con

sus comentarios Rivadavia está revelando la posición de Alvear y de García. La breve tregua entre ambos se terminó. Otra vez están enfrentados.

Al día siguiente, tal como convinieron, Rivadavia y García se reunen en estricto secreto.

–Ayer no podía decirle delante de Belgrano lo que le voy a contar hoy ni darle lo que tengo para usted –le dice García. Luego va hasta un escritorio, saca un pliego de un cajón y se lo extiende.

–Tome. Es el pliego que traje de Buenos Aires para el Ministro de Relaciones Exteriores británico, Lord Castlereagh, firmado por Alvear. Debía entregárselo a Strangford, pero no quiso aceptarlo. Le pido que lo lea para conocer los nuevos términos que está proponiendo el Director Supremo.

–¡Entonces las sospechas de Belgrano eran ciertas, usted no nos ha dicho todo sobre las instrucciones que trajo!

–Pensé que mis explicaciones lo habían convencido –dice García preocupado.

–Ayer, cuando nos fuimos, me dijo que era difícil de creer que Alvear lo hubiese mandado hasta aquí solo para entregarle dos notas a Lord Strangford. Aunque no lo parezca ni manifieste, Belgrano puede ser muy receloso.

García entiende que Rivadavia puede serle útil, pero le disgusta que quiera hacerlo partícipe de su rivalidad con Belgrano.

–No me parecen recelos sino las especulaciones que se esperan de un diplomático. Yo, en su lugar, hubiese llegado a una conclusión semejante –dice cortante–. Si Belgrano no está aquí, es porque temo que empiece a esgrimir principios que en estas circunstancias no sirven para resolver nuestros problemas.

Rivadavia decide ignorar el comentario, aunque recuerda muy bien lo que le escuchó decir al ex director Posadas de García, que lo calificó como "un alma fría para las cosas de la patria". Prefiere en cambio enfocarse en lo que considera un privilegio: ser el depositario del secreto de la misión del emisario de Alvear.

Apenas comienza a leer el pliego, mueve la cabeza en señal de afirmación.

–¡Esto lo cambia todo! –dice sorprendido pero con cierto júbilo–. Sin duda Alvear se expresa de un modo más directo al referirse a la imposibilidad de volver a la dominación de la antigua metrópoli, pero luego sienta una posición completamente diferente y que sin duda nos puede beneficiar.

Rivadavia lee en voz alta: "Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés, yo estoy resuelto a sostener tan justa solicitud para librarlas de los males que las afligen".

–Son momentos difíciles –dice García–, y estamos dando los pasos convenientes a las circunstancias y a lo que la situación del país reclama. Que quien tiene el Poder Ejecutivo se llame Cónsul, Rey o Pontífice es indiferente para mí, siempre que produzca aquellos bienes y los asegure –afirma, para luego agregar caviloso–. Sin embargo, debemos tener en cuenta que si se conocen los términos de estas negociaciones, es muy probable que tanto la conducta del Director Supremo como las nuestras sean desaprobadas.

Rivadavia lo mira extrañado:

–No entiendo por qué. Ante la alternativa de pertenecer otra vez a España, no hay ninguna traición ni sacrificio en pedir el protectorado británico para el Río de la Plata –sostiene convencido–. Es un riesgo que debemos tomar, y yo estoy dispuesto, ¿qué es lo que espera que haga?

–Necesitamos que lleve el pliego que le acabo de dar a Londres. En caso de ser necesario, deberá entregarlo al ministerio británico.

–Cuente con ello.

Durante el camino hacia la posada, el ánimo de Rivadavia va mutando. La inicial euforia y el ensalzamiento de sí mismo por seguir siendo el favorito del gobierno porteño y el hombre en quien confían, se transforma muy pronto en alarma y reproches a Alvear. ¿Por qué dio un paso semejante a sus espaldas? ¿Se olvidó acaso de

las instrucciones reservadas que le dio Herrera? ¿No podía haber esperado sus informes antes de mandar a García? ¿O piensa que él ignora lo que hay que hacer o cómo hacerlo y que García es más capaz? Alvear ha sido injusto y lo está poniendo innecesariamente en peligro, porque ahora, además de llevar las instrucciones reservadas de Herrera, tiene también en sus manos el explosivo pliego que le acaba de dar García. Dos secretos que debe guardar con el mayor de los recaudos si no quiere que el perspicaz Belgrano los descubra y todo vuele por los aires.

García, por su parte, al día siguiente de su reunión con Rivadavia, le escribe a Lord Strangford para recordarle el sostenido interés de Gran Bretaña en el comercio libre del Río de la Plata y cómo esas posibilidades se destruirían ante la amenaza de una reconquista española y la debilidad del Directorio. Necesitan del auxilio inglés y así se lo hace saber al vizconde, a quien le asegura que "cualquier gobierno es mejor que la anarquía, y hasta el más opresor ofrecerá más esperanzas de prosperidad que la voluntad incontrolada del populacho".

* * *

Después de dos meses en el Janeiro, la relación entre Rivadavia y Belgrano es cada vez más distante y tensa. Belgrano nota que su compañero de viaje está demasiado callado y silencioso para lo que es su costumbre, lo que reafirma su idea de que oculta algo. Tiene varios motivos para desconfiar: el encuentro que tuvo con Strangford, que Rivadavia justificó diciendo que había sido casual, "volviendo de misa", y también su cambio de actitud respecto de García. De un día para otro, Rivadavia había dejado de dudar del secretario e incluso se molestaba cuando Belgrano hacía algún comentario sobre el tema.

En su afán de recabar información y seguir adelante con las diligencias encomendadas, Belgrano se reúne nuevamente con Contucci. Cuando está yendo a la botica en la que ya se dieron cita antes, nota que lo sigue un espía que identificó otras veces. Aunque lleva un sombrero, el hombre cometió el error de ponerse la misma

chaqueta y zapatos con que lo vio antes. Para dejarlo en evidencia, Belgrano se larga a correr. "Si yo corro y él corre, se va a transformar en una persecución, así que puedo frenar y encararlo para que me diga por qué me está siguiendo", piensa Belgrano tomando una calle estrecha. Cuando mira sobre su hombro, el hombre del sombrero ya no está allí.

–Son agentes de Villalba –le dice Contucci apenas se encuentran y Belgrano le cuenta sobre lo que acaba de pasarle–. A los españoles les preocupa que ustedes estén en negociaciones con los británicos. Para su información, Villalba anda diciendo que todos los rioplatenses son pícaros, pero que usted es un intrigante, mientras que Rivadavia es más bien inclinado a la pacificación, y que podría sacarse algún partido de él. ¡Considerando las circunstancias, puede tomarlo como un halago! –agrega riendo.

Belgrano se inquieta: le resulta difícil confiar en Contucci, pero presume que lo que acaba de contarle de Villalba debe ser cierto. El agente portugués le da también información sobre Manuel García.

–El tal García se entrevistó con Villalba y Salazar. Con el español no le fue bien porque después de las acciones de Alvear en la Toma de Montevideo, el gobierno de Madrid no quiere ni oír hablar del malhechor supremo. Con Salazar no sé qué paso. García también estuvo visitando a Strangford, por supuesto que a espaldas de ustedes, y ya fijaron día y hora para una nueva reunión. Mañana a las seis de la tarde en casa del ministro británico.

Belgrano procura por distintos medios que Contucci le revele cómo obtuvo esa información, pero no lo consigue. Sabe de su desprecio por Alvear, a quien nuevamente llamó "malhechor", y entiende que parte de ese enojo es porque si las Provincias Unidas negocian con Inglaterra, terminan de arruinar sus planes de entronizar a Carlota como Regente.

Antes de despedirse de Contucci, Belgrano ya tomó una decisión: va a presentarse ante García y Strangford. Necesita desenmascarar al emisario de Alvear y que diga por qué sigue visitando al Vizconde, cuando supuestamente sus diligencias estaban terminadas. También decide ir solo: ya no puede confiar en Rivadavia.

Sin embargo, al día siguiente, poco antes de ir a casa de Lord Strangford, se siente incómodo por lo que considera puede ser tomado como un acto de deslealtad, y busca a Rivadavia en su habitación, pero no lo encuentra.

A las cinco de la tarde, ya está a una calle de la casa del funcionario británico. El calor es agobiante y, además, no quiere arriesgarse a que Manuel García lo vea en las inmediaciones, por lo que decide guarecerse del sol y tomar algo fresco en una taberna cercana.

Cuando entra, el contraste entre la luz del exterior y la oscuridad del lugar lo enceguecen, pero apenas sus ojos se acostumbran, los ve en el fondo del local: Rivadavia y García están sentados juntos en una mesa alejada de la puerta.

–Buenas tardes, ¿me puedo sentar con ustedes?

Los dos hombres que estaban seguramente conspirando no lo vieron acercarse y cuando escuchan su voz, se sobresaltan.

–Pero claro, será un placer –dice García con fingida naturalidad.

Rivadavia se apresura a tratar de esconder el oficio que tiene en sus manos, pero cuando se da cuenta de que Belgrano ya lo vio, empieza a justificarse.

–El doctor García me comentaba sobre estos pliegos que trajo para Strangford pero que nunca entregó.

–Mire usted. ¿No los tenía cuando nos reunimos en su casa? –le pregunta a García–. Una lástima que no nos los haya mostrado en ese momento. Seguramente se olvidó. Aunque lo que es aún más raro es que los haya sacado de paseo –agrega Belgrano con ironía.

Rivadavia no puede ocultar su nerviosismo y se enreda en explicaciones; dice que "su buen amigo" le estaba refiriendo algo al respecto sin ninguna importancia, hasta que García, con total aplomo, se pone de pie, toma los oficios que quedaron sobre la mesa, y anuncia que tiene que marcharse.

–Yo también tengo que irme. Entré para refugiarme del bochorno, pero tengo una cita y ya es hora –dice Belgrano.

García decide no ir directamente a la casa de Lord Strangford, pero no puede evitar que Belgrano camine con él. Finalmente se detiene en un portal arguyendo que es el sitio al que va, y cuando

Belgrano se aleja, sale de allí para encaminarse a lo del ministro británico. Sin embargo, todas sus artimañas fueron inútiles porque apenas pone una mano sobre la aldaba de hierro para llamar a la puerta de Strangford, Belgrano lo intercepta.

–¿Pero qué hace acá? ¿Me está siguiendo? –dice García ofendido.

–Ya que, como dijo, los tres trabajamos para la misma causa, me gustaría poder participar de la reunión que tiene con Lord Strangford.

–Ni usted me preguntó dónde iba ni yo le pregunté dónde iba usted. Se lo hubiese contado de buen grado. Vengo solo a despedirme…

–Le pido que deje de tomarme por estúpido y me deje leer esos pliegos que trae –dice Belgrano señalando el sobre que tiene García–.

Si como dice no hay nada que ocultar, concédame los mismos beneficios que a Rivadavia.

–Me ofende con sus insinuaciones, pero lamentablemente no puedo seguir conversando porque me esperan. Como ya le he dicho, he venido a ver a Lord Strangford para despedirme.

–No me obligue a quitárselo por la fuerza.

Sin responder, García gira para ponerse frente a la puerta, pero Belgrano hace un movimiento rápido y, recordando los días en que blandía la espada en el campo de batalla, como un esgrimista avezado, le arrebata el sobre.

–¡Pero qué hace! –exclama García.

Belgrano se aleja unos cuantos pasos y el secretario de Guerra va detrás, justo en el momento en que doblando la esquina, aparece Rivadavia.

–¡Qué está pasando! –vocifera al ver a los dos emisarios forcejeando.

Lo que sigue es una secuencia de confusos movimientos en los que hay manotazos, insultos y codazos, hasta que finalmente Belgrano logra apartarse con los pliegos, y cuando García y Rivadavia llegan hasta la pared en que se apostó, ya está leyéndolos.

A medida que avanza en la lectura, las señales de indignación de su rostro se hacen cada vez más evidentes.

–Es una traición a la patria que Alvear diga que nuestro país "no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo, y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden antes que se precipite en los horrores de la anarquía" –vocifera Belgrano ante un impasible García, que lo mira como si estuviese loco.

–¿Cómo puede sostener una infamia semejante? –sigue diciendo, mientras salta los párrafos para leer nuevamente en voz alta–: "En estas circunstancias solamente la generosa nación británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas provincias, que obedecerán a su gobierno, y recibirán sus leyes con el mayor placer".

Luego increpa a Rivadavia:

–¿Usted conocía el contenido de estos pliegos?

–Creo que no está entendiendo las intenciones del Director Alvear y del doctor García, y está haciendo un escándalo por nada –dice Rivadavia con cara de piedra y pretendida superioridad.

–¿Qué es lo que no estaría entendiendo? Si Alvear hasta le pide a Inglaterra que envíe "tropas que impongan a los genios díscolos, y un jefe autorizado que empiece a dar al país las formas que sean del beneplácito del rey y de la nación".

–Pero me extraña, Manuel –agrega García, que se mantuvo imperturbable e irritantemente sereno–. Usted es un hombre muy inteligente y debería saber que es todo parte de nuestra labor como diplomáticos, que en estas circunstancias implican ganar tiempo, comprometer el apoyo británico ante la inminente invasión realista atrayéndolos por el lado del interés comercial y en nombre de las libertades de América, y quebrar de algún modo la alianza entre España e Inglaterra. Esas son las verdaderas intenciones del Director Supremo. Pero usted toma todo con demasiada literalidad.

–Este es un documento de gobierno. Me pregunto cuántos miembros del Directorio y diputados conocen su contenido y han dado su visto bueno. Se ha vertido demasiada sangre patriota para que venga un irresponsable a querer entregarnos por nada…

–Tal como les dije a ambos cuando nos reunimos y como usted mismo puede verlo, nunca le entregué este documento a Strangford. Digamos que era un as en la manga por si la situación se complicaba. Si los británicos ven la conveniencia de abrir los puertos al comercio, eso nos permitiría recaudar sumas cuantiosas en derechos aduaneros que financiarían la revolución.

–No entiendo de qué revolución está hablando cuando les estamos ofreciendo que sean nuestros nuevos amos…

–Usted es demasiado purista. Es un primer acercamiento, para ganar tiempo y sentar las bases de una posible negociación, que en nada se opone a la misión que les fuera encomendada, y que ambos deben continuar tal como estaba previsto. Y ahora, si me disculpa, tengo que saludar a Strangford, porque así hemos convenido. Sírvase devolverme los documentos, que debo regresarlos a Buenos Aires.

Belgrano entiende que no puede hacer más y se los regresa de mala gana. Rivadavia, por su parte, también se excusa, anunciando que lo esperan para cenar, pero esa misma noche le escribirá a su amigo Carlos de Alvear para ponerlo al tanto de los últimos acontecimientos y sus reuniones con García, aunque también para protestar por los pliegos para Inglaterra y para Lord Strangford. ¿Por qué Alvear no le informó que iba a dar semejante paso, un giro que desarmaba todo lo que habían estado haciendo con Belgrano? Rivadavia nuevamente le reprocha no haber esperado sus noticias, pero le anuncia que se ha puesto de acuerdo en todo con García y que está más que dispuesto a ser parte del negocio.

6
MARIANNE

El jueves 16 de marzo de 1815 Belgrano y Rivadavia partieron finalmente desde Río rumbo al puerto inglés de Falmouth.

Manuel García se quedó en el Janeiro a la espera de novedades.

Los últimos días de los comisionados en la ciudad habían sido de pesadilla: una combinación explosiva de impaciencia por la demora en la llegada de La Inconstante, la fragata que debía trasladarlos a Europa y le hacía honor a su nombre, la sensación permanente de estar dando vueltas sin tener nada más que hacer, y la certeza de que corrían peligro. Alertas la mayor parte del tiempo a la espera del desembarco de la fantasmagórica escuadra de Morillo, o temiendo un ataque de los oficiales realistas apostados en la capital lusitana, alentados en su hostilidad por la intrigante Carlota secundada por Contucci y sus secuaces.

La tensión les afectó tanto que durante los primeros días a bordo prácticamente ninguno de los dos salió de su camarote. Tampoco tenían ganas de cruzarse porque la desconfianza mutua se había profundizado. En la última reunión que habían mantenido con el ladino Lord Strangford en el Janeiro, tanto García como Rivadavia se habían mostrado tan servilmente cercanos al ministro británico como lejanos a los intereses de la patria. El Lord, atento a no dejar a su corona fuera de los negocios en las colonias, fue claro en que Inglaterra apoyaba la causa patriota siempre y cuando eso no implicara enfrentarse a sus aliados españoles. Belgrano había tenido que contener su indignación, especialmente con sus "socios", cuya postura no hacía más que ratificar lo que ya había leído en los

pliegos firmados por el traidor de Alvear sobre su disposición a entregar las provincias del Río de la Plata al imperio británico. Sospechaba que Rivadavia podría tener en su poder un documento dado por Strangford con los términos de esa propuesta entreguista. Su acomodaticio compañero le había insinuado sin enrojecerse que cambiar un amo por otro le parecía una opción viable.

La fragata en la que les esperaban cincuenta agotadores días de monótona y agitada navegación, tenía mejores comodidades y un pasaje más variado que el Zephir, la embarcación que los había llevado a Brasil. Entre los pasajeros, además de americanos y europeos, había asiáticos y una nutrida cantidad de mujeres, en su mayoría esposas de oficiales, doctores, funcionarios y nobles de la corte lusitana, aunque también había viudas y solteras que viajaban acompañadas por familiares y criados.

Los primeros días en alta mar fueron tranquilos. En su ruta hacia el noreste, La Inconstante aprovechó las corrientes y vientos favorables del Atlántico Sur y un clima benigno, lo que le permitió a Belgrano dedicarse a escribir y releer algunos clásicos que considera muy apropiados para el momento que está viviendo el mundo: el *Leviatán* de Hobbes, el *Tratado sobre el gobierno civil* de John Locke, el *Contrato social* de su querido Rousseau. Su corazón católico lo lleva a no abandonar a autores jesuitas como el padre Vitoria y Suárez. El tema común de estos libros son las distintas formas de pactos y contratos sociales, el derecho natural de los ciudadanos y el derecho a la rebelión y el regicidio. Alterna la lectura de esos textos duros con *The Life and Death of King Richard III* de Shakespeare, en su idioma original, lo que además le permite practicar esa lengua que lee con fluidez, pero no tan seguro a la hora de conversar. Para respirar el salobre aire marino y, de paso, hablar largo y tendido en inglés, pasa largas horas en la cubierta conversando con Edward Tucker, el capitán de la fragata, un hombre amable y de modales refinados al que le apasionan las ciencias y con quien ha hecho buenas migas.

Antes de ser destinado a América del Sur, Tucker estuvo en la India y fue nombrado caballero por sus servicios a la corona británica durante las guerras napoleónicas, aunque es muy discreto respecto de sus epopeyas militares. Sus temas favoritos son la geografía y la fauna, materias sobre las que tiene un gran conocimiento. Además de identificar con precisión las aves, los peces y los mamíferos marinos de diferentes especies y tamaños que acompañan a la embarcación, Tucker suele sorprenderlo y satisfacer su insaciable curiosidad, con datos sobre sus particularidades.

Rivadavia prefiere en cambio la compañía de un grupo de hombres de negocios que, mientras juegan a los naipes, suelen jactarse de sus fortunas amasadas en muchos casos gracias al contrabando y al tráfico negrero, o hablan de guerras y las ganancias que estas pueden dejarles, como si se tratase de un juego a gran escala.

Cerca de fin de mes, mientras la nave cruza el Ecuador, comienzan las lluvias, con vientos violentos y en contra que embravecen el mar. Recordando su horrible experiencia a bordo del Zephir, Rivadavia se queda en cubierta, pero a resguardo, a diferencia de Belgrano que esta vez, débil y mareado por los vaivenes del barco, se recluye en su cabina donde lo único que puede hacer es dormir.

Cada vez que cierra los ojos tiene sueños afiebrados en los que lo visita el horror. El estruendo de la tormenta y los chirridos de la fragata se transforman en el sonido del campo de batalla y ahí están sus soldados y criollos siendo masacrados por hombres de aspecto demoníaco. El rojo de sus trajes se entremezcla con la sangre que brota de sus manos. Aunque hace esfuerzos denodados por luchar y asistir a su gente, tiene los pies enraizados en la tierra y es incapaz de dar un paso. Es testigo, pero también verdugo. Días y noches sus propios gritos lo despiertan. A pesar de que hace un esfuerzo sobrehumano por no volver a dormirse, sus párpados caen pesados y una vez más se abisma. Solo tiene un poco de consuelo cuando la fiebre le regala algún sueño dulce e intenso como con su último gran amor, María Josefa Ezcurra.

Después de varias jornadas pavorosas, cargadas de olor a muerte, los ruidos y movimientos salvajes del navío cesan y sobreviene la calma. Cuando se siente recuperado, sale a la cubierta. Algunos pasajeros aún indispuestos están recostados en hamacas. Los marineros van y vienen con velas y aparejos que tras la tormenta necesitan ser reparados. Sir Tucker está allí, comandando la operación. Es un capitán eficaz, muy celoso de la disciplina de sus hombres, lo que hace que el barco luzca limpio y ordenado. Apenas ve a Belgrano, se acerca para preguntarle cómo se siente, y poco después se les une Rivadavia.

–Fui a verlo a su camarote, pero siempre lo encontré dormido y preferí no despertarlo –le dice a Belgrano.

–Lo peor, por ahora, ya ha pasado –comenta Tucker–. Pero nos hemos desviado del rumbo y tendremos que hacer nuevos cálculos – cerca de él, un marinero sostiene un cuadrante y un cuaderno de bitácora.

Belgrano le pregunta si puede acompañarlos.

–Mis conocimientos de navegación son muy escasos –explica–, pero tengo curiosidad por ver cómo trazan las rutas.

El Capitán accede y Rivadavia los sigue.

En la cámara de popa, dos pilotos y un alférez tienen las cartas de navegación desplegadas sobre la mesa. Belgrano observa fascinado el dibujo minucioso de los contornos que demarcan continentes e islas con sus cabos, ensenadas y playas. Sobre ellos, una fina red de paralelos y meridianos se entrecruza con rutas y números que indican distancias, y en uno de los márgenes, una gran rosa de los vientos con sus treinta y dos puntas señala direcciones y corrientes.

–De esto también se trata el arte de navegar –dice Tucker–. Es necesario hacer numerosos cálculos que requieren sobrados conocimientos de matemáticas y geometría.

Manuel recuerda sus días al frente del Consulado de Buenos Aires, cuando promovió la creación de la Academia de Matemáticas y la de Náutica donde se enseñaban esas disciplinas. Su entusiasmo se renueva y quiere saber más sobre el uso del astrolabio, el sextante y otros instrumentos que los marinos tienen sobre la mesa. El Capitán

responde con espíritu didáctico a cada una de sus preguntas. Rivadavia procura demostrar interés, pero la conversación lo aburre y apenas tiene la oportunidad, los interrumpe:

–Capitán, ¿ya ha calculado cuántos días tardaremos en llegar a Inglaterra?

–Me temo que aún es imposible hacer una predicción semejante.

–Claro, para eso es pronto. Pero, ¿qué me dice de la expedición que los españoles enviaron al Río de la Plata? Presumo que su señoría está al tanto de ese asunto. Como la expedición salió hace unos meses de Cádiz, tal vez pueda decirnos cuándo llegará a nuestras costas.

–No sabemos con certeza si se dirigen al Río de la Plata, por ahora son solo especulaciones –comenta Belgrano, incómodo.

–Bueno, pero puestos a especular, quizá nuestro comandante conozca las rutas que pudo haber tomado Morillo y hacer un cálculo aproximado del desembarco.

Belgrano se encoge de hombros, dándose ya por vencido:

–Me cuesta entender para qué podría servirnos esa información en las circunstancias en las que nos encontramos.

–No lo entiende porque no quiere –dice Rivadavia irritado–. Nuestra misión cambia radicalmente si entramos en guerra.

Al capitán Tucker le resultan cuanto menos insólitos los comentarios de Rivadavia, pero opta por cortar la discusión que se ha iniciado entre los diputados:

–Nada desearía más que poder ayudarlo, pero me temo que lo que me pide es imposible. Ni siquiera sabemos cuántas embarcaciones tienen los españoles ni de qué tamaño. Eso es vital para determinar el rumbo y la velocidad de la navegación.

Rivadavia le agradece la deferencia y tras echar un vistazo superficial a los mapas para justificar su presencia allí, anuncia que ha quedado en tomar una copa con el doctor Prevost.

–El doctor, como todos saben, es una eminencia –agrega dándose aires, pero no consigue despertar el más mínimo interés en sus interlocutores que ni siquiera le dirigen la mirada.

Luego de la ríspida charla mantenida con el capitán de la nave como testigo involuntario, los comisionados apenas intercambian palabras, salvo los saludos y algún comentario trivial cuando coinciden en el comedor. La Inconstante hace escalas en las islas de Cabo Verde y en las Azores para reabastecerse de agua, alimentos y carbón, pero también en tierra firme ambos se mantienen a prudente distancia. Rivadavia pasa muchas veladas con un francés rechoncho, que se queja ante Sir Tucker de no haber podido comprar esclavos en Cabo Verde para transportarlos en su fragata. Belgrano escucha cómo el francés, con tono mordaz, le dice al capitán: "A diferencia de ustedes, los ingleses, en Francia queremos seguir teniendo azúcar para nuestro café y nuestras pastelerías, por lo que aceptamos el inconveniente de que haya esclavos. Sin estos infelices, ¿cuánto nos costaría?".

El marino no está dispuesto a entrar en una discusión, pero tampoco piensa dejar pasar el exabrupto. Con tono mesurado, le recuerda al comerciante que la compra y venta de seres humanos es un acto de barbarie, y que el año pasado su país ha firmado un tratado con Inglaterra, conviniendo que el comercio de esclavos es "repugnante", así lo recalca, para los principios de la ley natural.

La posición antiesclavista de Tucker, sumada a los comentarios que le hace Belgrano al respecto cuando se quedan a solas, los acerca aún más. El capitán comienza a invitarlo a las sesiones musicales y las lecturas de poesía que organiza en su cabina para entretener a sus pasajeros más destacados y dilectos. Allí pudo escuchar el cuarteto número 10, "Haushaltung", de Schubert, que lo dejó particularmente impresionado. Ocasionalmente Tucker también invita a Rivadavia, aunque sabe que el diputado no es demasiado afecto a esas actividades y que lo que más le importa es ser ubicado en la mesa principal en los almuerzos y cenas, algo que para complacerlo el británico hace a menudo.

Las veladas culturales le dan a Belgrano la oportunidad de relacionarse con otros pasajeros que comparten sus intereses. Sus días en La Inconstante se vuelven mucho más amenos y activos: juega al ajedrez y mantiene largas conversaciones, especialmente con Marianne Grahm, una bella joven inglesa que es asistente del

doctor Wolfson, un renombrado naturalista. El científico y la muchacha han estado en el Brasil, contratados por la corte portuguesa para identificar y clasificar especies vegetales, y tras ocho meses de trabajo, regresan a Inglaterra.

Belgrano está cautivado con Marianne, de quien anota en su diario que es "adorable e inteligente en partes iguales". Siente una fuerte decepción cuando poco después de conocerla, ella le cuenta que está casada con un geólogo que se fue a la India, de quien no ha tenido noticias en casi diez años.

–Al principio, David me escribía cada mes prometiéndome que me enviaría un pasaje para que pudiésemos reunirnos –le cuenta Marianne–, pero las cartas comenzaron a espaciarse hasta que dejó de escribirme. Lo último que supe fue que se separó de su expedición y no tengo idea dónde está. Ha desaparecido sin dejar rastro.

–¿Y qué hizo usted ante tamaño infortunio?

–Lloré todas mis lágrimas hasta que finalmente tuve que admitir que estaba sola y que necesitaba encontrar algún medio para sobrevivir…

–¿Su familia pudo ayudarla?

–Mi madre murió cuando yo era pequeña y mi padre, poco tiempo después de que David se fue a la India. De mi familia heredé la casa en la que vivo y un poco de dinero, suficiente para no caer en la miseria cuando me quedé sola. Eso era lo único que tenía. Bueno, no lo único: también contaba con mi educación. Como había estudiado arte, pude recurrir a mis habilidades con el dibujo y lo que había aprendido de ciencias naturales, y gracias a esos conocimientos, el doctor Wolfson, que era amigo de mi padre, me tomó como su asistente. Fue muy generoso porque al principio, en verdad, me pagaba para enseñarme.

Los ojos azules de la joven se tiñen de melancolía y Belgrano procura animarla:

–¡Y luego el buen Wolfson la embarcó a usted en esta aventura!

–¿Llama usted aventura a La Inconstante? –le dice Marianne con picardía–. Hará que tenga miedo, y eso que en este viaje ya he pasado mis buenos sustos.

–No dudo que ha pasado sustos o, mejor dicho, terrores. Todos los pasamos con las tormentas,

Pero permítame decirle, mi *lady* –comenta Belgrano haciendo una pequeña reverencia–, que usted puede desafiar esos y otros obstáculos porque es increíblemente valiente.

Marianne lo mira complacida, gesto que anima al General a agregar de manera hábil:

–Además de muy bella.

Pese a las penurias que ha tenido que atravesar, la muchacha tiene un carácter alegre y es una artista exquisita. A Belgrano le fascinan tanto su arte como su presencia, y suele acompañarla en la cubierta, donde ella dibuja y pinta los tesoros que ha encontrado en tierras americanas, además de hacer esbozos de los paisajes marinos.

Esa tarde, Marianne está dibujando y Belgrano lee en una silla contigua.

–Empieza a hacer un poco de frío –comenta la joven, cubriéndose los hombros con su manta–. Mi alma inglesa comienza a pedirme té.

–Con gusto la ayudo a recoger sus cosas y la acompaño.

Belgrano se pone de pie y comienza a guardar en la canasta de la muchacha lápices, pinceles y acuarelas, mientras ella ordena sus láminas en una carpeta. Su melena pelirroja destella bajo el sol del atardecer y Belgrano la observa de soslayo. Se queda prendado de la luz que irradia y de sus gestos suaves. De regreso en el camarote, evoca su perfume, el modo en que se acomoda los rizos rojos con la punta de los dedos y sus labios que parecen hechos para el beso. "¿Cómo alguien puede ser tan fuerte y frágil a la vez?", se pregunta conmovido.

Marianne también se siente atraída por ese hombre galante y sensible, a quien con graciosa pronunciación inglesa llama "Manuel", y esa proximidad se traduce en nuevas confidencias. Después de una velada en la que escucharon a una cantante portuguesa, mientras caminan hacia el camarote de la joven conversando acerca de los desafíos que enfrentan las mujeres que viajan solas, Marianne comenta:

–Hay muchas que están en mi misma situación: mujeres abandonadas por sus maridos ausentes en Indias o en América. Pero en mi caso ya no espero más a David. Si soy franca, le diría que con el tiempo me di cuenta de que nunca lo amé.

Ambos se detienen, y mientras la muchacha sigue hablando con inusitada sinceridad, se miran a los ojos en los que late el deseo.

–En mi defensa puedo decir que cuando me casé apenas si lo conocía, y, además, era casi una niña. Tenía diecisiete años. ¿Qué se puede saber a esa edad del amor?

Parados uno frente a otro, sus cuerpos se tensan, ansiosos por estrecharse. Belgrano quiere preguntarle si ahora sabe lo que es el amor, si puede sentirlo ahí mismo, creciendo entre ellos, pero se contiene. Cualquier movimiento hacia ella, en ese barco y bajo sus circunstancias, sería un escándalo. Mientras busca las palabras adecuadas para continuar la charla sin sucumbir a la tentación, retoman la marcha, hasta que las botas de Marianne resbalan en el suelo húmedo y Manuel la toma del brazo para evitar que se caiga. El contacto de los dedos suaves de la muchacha sobre su mano derriba todas sus prevenciones. Le dirá lo que siente, probará sus labios si ella lo permite. Pero Marianne no le da tiempo a seguir dudando y le da un apasionado beso. Manuel la estrecha entre sus brazos y los dos sienten que el mundo ha dejado de existir. Los besos abren la puerta a las manos y la pasión se expande. Él puede sentir la perfección de los pechos de la muchacha y ella lo anima a seguir explorando, hasta que aparta un segundo sus labios solo para decir con tono finamente inglés:

–Pensé que me había olvidado de estas cosas, pero parece que no, ¿usted qué opina?

–Que su memoria es prodigiosa, mi *lady* –le dice Manuel mientras sus dedos ya palpan la humedad y la disposición de su compañera.

Manuel observa a su alrededor en busca de miradas indiscretas, pero no ve a nadie.

–Va a ser mejor que vayamos a mi camarote –dice Marianne antes de volver a los besos y tomar la mano de Manuel para conducirlo hasta su cabina.

En las paredes del camarote hay bellos dibujos hechos por la muchacha que impresionan por su calidad y una biblioteca muy bien ordenada. Pero ella no le da tiempo para la contemplación artística y se quita la blusa, dejando a la vista unos senos esbeltos y turgentes que rápidamente convocan la atención, las manos y la boca de Manuel mientras su excitación va en aumento.

Marianne lo interrumpe:

–Si le gustaron esos dibujos creo que estos le van a gustar más –dice acercando una carpeta con decenas de dibujos eróticos de hombres, mujeres y parejas en las más variadas posiciones, hechas con un realismo y una sensualidad inquietante–. Está conociendo mi hobby secreto, lo que mantuvo todos estos años el fuego que está empezando a disfrutar. Esto me ayudó a afrontar mi soledad sin marchitarme ni privarme del todo de estos hermosos placeres de la vida. Manuel la contempla extasiado y su excitación crece al límite. Ella va en su auxilio mientras termina de desnudarlo y desnudarse.

Manuel se detiene en sus muslos perfectos y torneados.

–¡Sin despreciar sus hermosos dibujos, debo decir que la más bella obra de arte que afortunadamente logró escapar a todos los museos es usted!

Marianne ríe como hace mucho no lo hacía, se siente mujer, plena, feliz y se recuesta sobre su amante para abrazarlo.

Nada les queda por hacer y ninguno de los dos duerme esa noche hermosa e intensa en la que solo se prometen volver a verse e ir por más, al límite de sus imaginaciones y pasiones.

Deciden salir separados del camarote. Lo hace primero Marianne, que de inmediato se cruza con Miss Porter.

–Buenas días, mi querida Marianne. Lamento no haber podido acompañarla anoche, pero tuve que disculparme con Mister Tucker porque otra vez tengo una de mis horribles jaquecas.

Miss Porter es una pintora inglesa, especialista en retratos, de quien Marianne se hizo amiga en el barco, y una asidua invitada a las veladas del Capitán.

–Estaba yendo a su camarote –continúa diciendo Miss Potter–. Necesito pedirle que por favor me dé esas gotas mágicas y salvadoras que me prestó hace unos días. Siento que este sombrero

es un casco y que mi cabeza está a punto de explotar –agrega tomándose con ambas manos los lazos que sostienen su casquete.

–No se preocupe, ya se las alcanzo.

Marianne regresa a su camarote para buscar el remedio. Manuel duerme y ella lo despierta con un beso.

–Buen día, *my dear*. Creo que podrá salir mientras yo distraigo a una inoportuna dama para que no se acerque a mi puerta.

–Me quedaría por siempre en esta cama, mi bella Marianne.

La muchacha vuelve sobre él y se enredan en un intenso abrazo.

–Nos vemos esta noche –dice ella antes de salir con el encargo para su amiga.

Cuando llega a su camarote, Belgrano escribe en su diario: "Cada vez que la veo y estoy con ella, mi corazón se agita. Marianne, Marianne, Marianne… Pronunciar su nombre me conmueve. Es nombrar al amor y la pasión que tanto añoraba".

Después del buen tiempo y el buen viento que permitieron a la fragata navegar con regularidad, sobrevienen varios días de vendavales violentos y oleaje fuerte que complican la vida a bordo. Se suspenden las veladas, los almuerzos y cenas en el comedor, y comienzan a circular rumores de disentería, enfermedad tan frecuente en los viajes largos. Los pasajeros son obligados a recluirse y a evitar los contactos.

Belgrano se entera por Miss Porter que Marianne se encuentra indispuesta. Preocupado, varias veces al día pregunta por ella, y eso le permite darse cuenta de que cuando lo hace algunos pasajeros lo miran con suspicacia. Se reprocha su imprudencia.

Uno de esos observadores es Rivadavia, quien no se priva de comentarle cuánto debe padecer la "ausencia de su amiga dilecta".

–Ha estado muy cerca de Mrs Grahm, y lo entiendo porque la señora es una beldad –le dice con mirada cómplice–. Pero me han dicho que está casada, y en tal caso debería usted cuidarse. Ya sabe cómo son las malas lenguas y las habladurías.

–No sé qué quiere insinuar, pero deje esos asuntos para los chismosos, mi amigo –responde Belgrano, cortante–. No es propio

de caballeros inmiscuirse en esas cuestiones. La señora Grahm es toda una dama y una buena amiga, como bien ha dicho.

Pasada la tormenta, mientras la joven continúa convaleciendo en su camarote, suenan las alarmas: dos navíos persiguen a La Inconstante con insistencia y no responden a las señales. Finalmente resultan ser ingleses. Poco después se encuentran también con una goleta lusitana, pero en este caso sí son enemigos. La embarcación ha sido capturada por un corsario italiano y el capitán Tucker va tras ella hasta que logran abordarla. Son momentos de gran tensión ya que muchos corsarios izan cualquier bandera, incluso la inglesa, y algunos navíos levantan sus insignias de un modo que apenas pueden distinguirse. Antes de tomar alguna acción o disparar los cañones, el marino debe tener la certeza de que es una nave enemiga.

La sucesión de incidentes y el largo confinamiento de Miss Marianne colaboran para que, en lo que resta del viaje, Manuel se mantenga alejado de la muchacha. Cuando vuelven a cruzarse renace el fuego en sus miradas y aunque casi no hablan, por la noche se encuentran en el camarote de ella. La pasión se renueva. Se besan ardorosamente, se reconocen, y gozan del reencuentro.

–Pensé que estarías enojada conmigo por la ausencia de estos días.

–No, *my dear*. No habrías podido venir a verme porque Miss Porter no me dejó ni a sol ni a sombra, me cuidó como lo haría mi madre. No hay ni debe haber reproches entre nosotros.

Marianne despliega toda su belleza ante Manuel, que la mira extasiado. Le encanta volver a descubrirla y poder apreciarla en toda su desnudez. Se demora en sus pechos, en la sensualidad de su boca, en su cintura perfecta y se mira en sus ojos color de mar.

–Cómo te extrañé, Marianne –le dice mientras se quita la ropa y la estrecha en sus brazos

–¡Yo también, Manuel! Pensé que no volveríamos a amarnos, que había sido un arrebato fugaz

–Y lo fue. Pero no tenía por qué ser el último.

Se aprietan, se tienen, se besan y se recorren. Se permiten todo y comienzan a amarse al ritmo de los movimientos del barco hasta

llegar al clímax.

–Manuel, quiero pedirte algo muy especial –dice Marianne, con su cuerpo todavía entrelazado al de su amante.

–¿Crees que podría negarme a algo después de este momento maravilloso?

–Quiero que me prometas que no me vas a prometer nada. Ni amor eterno, ni ser mi prometido ni ninguna de esas cosas. He aprendido lo necesario y sé ubicarme en este mundo de convenciones.

Él la contempla y la ve tan bella, tan inteligente, tan cercana. "¿Por qué no podría ser el amor de mi vida?", se pregunta. "¿Qué más debería buscar en una mujer? Ella lo tiene todo."

Marianne parece haber escuchado sus pensamientos.

–Manuel, tú tienes que cumplir tu misión y yo la mía –le dice dulcemente–. Me he acostumbrado a estar sola y agradezco a la vida este encuentro tan amoroso y apasionado que hemos tenido. Pero lo mejor para los dos es que cada uno siga su camino.

Manuel vuelve a mirarla y está a punto de sucumbir, pero dice sin ninguna convicción:

–Creo que tienes razón y también le agradezco, en mi caso, a Dios por este encuentro.

–¡No lo metas a Dios entre nosotros, pecadores consumados! –Marianne ríe y trata de diluir el tono dramático que está tomando la conversación–. Deberíamos ir a la velada del Capitán –y sin muchas ganas, pero con algo de sentido común, agrega–: Me ha dicho que hoy se retomaban después de las tormentas. Eso sí, ¡lleguemos separados!

La muchacha sonríe amorosamente y Manuel vuelve a besarla.

–*Of course,* mi *lady*.

Ambos se visten, y cuando escuchan que no hay pasos ni voces cerca, él sale con todo sigilo.

Horas más tarde vuelven a encontrarse en el salón del capitán, y pese a las miradas inquisidoras que les dirigen algunos pasajeros, logran disfrutar de la velada.

Tendrán un encuentro más esa noche, la última, en el camarote de Marianne.

Sus cuerpos vuelven a encenderse y dejan que el deseo los domine, tal como se prometieron, sin juramentos de amor eterno ni de fidelidad.

Por la mañana el capitán Tucker anuncia que el puerto de Falmouth está próximo.

Marianne está de pie en la cubierta. Lleva un vestido de seda azul que la hace parecer más delgada y alta, y mantiene la cabeza erguida, los ojos mirando al cielo. Un viento tibio sopla desde el mar, haciendo ondear su melena. Belgrano la encuentra irresistiblemente hermosa.

–¿Dichosa por volver a su hogar? –le pregunta tras saludarla.

–Debería estarlo, pero sin embargo tengo el corazón triste. ¡Qué tonta soy! –se reprende Marianne–. Creo que me he habituado a esta vida itinerante y me aterran las exigencias sociales que impone Londres.

–Estimo que le tomará unos días acostumbrarse al trajín de la ciudad, pero sin duda apreciará poder dormir en una cama que no se mueva.

–¡Depende de por qué se mueva! –dice con picardía, en voz muy baja–. Pero sí, extraño mi cama.

Manuel sonríe y debe contenerse para no dejarse llevar y besarla delante de todos los pasajeros.

La tristeza ensombrece los ojos azules de Marianne, que se apresura a despedirse:

–Espero que su viaje termine bien, Manuel. Esto es para usted –dice, mientras le entrega una lámina enrollada atada con una cinta de satén–. Solo le pido que lo vea cuando esté solo.

El 7 de mayo Belgrano la ve desde lejos y por última vez. Marianne desciende la escalerilla de La Inconstante en el puerto de Falmouth, ayudada por el doctor Wolfson.

Manuel regresa a su camarote solo para abrir su regalo. Las láminas son tres: un retrato suyo, un autorretrato y uno de aquellos dibujos eróticos que tanto lo habían impresionado, con una

dedicatoria: "Para que recuerde nuestra fugaz pero inmensa felicidad. Su Marianne".

Los ojos se le llenan de lágrimas y se le encoje un poco el corazón.

El recuerdo de la bella muchacha quedará flotando en todo su cuerpo durante varios días, lo cual no le impide concentrarse en su misión.

Está ansioso por tener noticias de lo que sucede en el Río de la Plata y Rivadavia comparte su inquietud, por lo que apenas ponen un pie en la bella ciudad portuaria, se alojan en una posada y luego van en busca de un *pub* para leer los periódicos. En Falmouth hay una estación de correos de la Royal Mail que maneja envíos postales de toda Europa y el Imperio, así que confían en encontrar la información que buscan. Sin embargo, apenas entran al *pub* que les recomendaron, se topan con el capitán Tucker, quien se les acerca para darles las noticias que ha obtenido de un camarada:

–La expedición de Morillo desembarcó hace casi un mes en Venezuela con más de diez mil soldados.

–¿Y se sabe por qué cambiaron de destino? –pregunta Rivadavia.

–Según declararon, para frenar a los rebeldes de Venezuela y del istmo de Panamá, y evitar que el contagio, como lo llaman, se extienda por toda América.

El alivio que sienten por la noticia les dura solo unos minutos porque también se enteran de que el 26 de febrero, cuando ellos aún estaban en Río de Janeiro, Napoleón Bonaparte escapó de su destierro en la isla de Elba. El general francés ha comenzado su marcha hacia París, sumando hombres a su paso, muchos de ellos pertenecientes a los ejércitos que Luis XVIII había enviado para detenerlo.

–Dicen que sus tropas son tan numerosas que en París comentan con sorna que Napoleón le pidió al rey que no le envíe más soldados porque ya tiene suficientes –les comenta Tucker–. También sorprende la actitud de la prensa francesa que, por obsecuencia o miedo, ha pasado de llamarlo "Monstruo, Ogro, Tirano y Usurpador", a referirse Bonaparte como "Su Majestad el Emperador" y a celebrar su llegada a las Tullerías dando vivas al imperio.

–¿Entonces es nuevamente el emperador de Francia? –pregunta Belgrano, consternado.

–Así es. Ya está en París, ocupando nuevamente el trono.

La situación de las Provincias Unidas es completamente incierta. El Congreso de Viena y la Santa Alianza, que un año antes habían conseguido derrocar a Bonaparte, también rechazaron a los nuevos estados americanos y nadie sabe qué harán ahora al respecto.

Durante sus días en Falmouth antes de emprender la marcha hacia Londres, los comisionados son testigos del ingreso de artillería al célebre castillo de Pendennis, construido por Enrique VIII en 1540 y que aún funciona como fortaleza.

Belgrano le escribe a Manuel de Sarratea, que se encuentra en Londres desde mediados del año anterior, para informarle que ya arribaron al Reino Unido y necesitan reunirse urgentemente con él apenas lleguen a la capital. Durante el viaje en diligencia desde el sudoeste de la isla hacia el norte, hacen postas en varias ciudades: primero Exeter, "la ciudad de las flores", luego Bristol, todavía muy tímidamente balnearia, y por último en la universitaria Oxford.

Son más de trescientas las millas que los separan de su destino y en su recorrido por el sur de Inglaterra, entre verdes colinas y un paisaje pastoril, con campesinos labrando la tierra y conduciendo rebaños, observan los intensos preparativos de los ejércitos ingleses para la guerra. El contraste entre los señoriales castillos y las miserables viviendas de los trabajadores rurales, lleva a Belgrano a recordar algunos párrafos de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, que había leído a escondidas y con pasión en sus tiempos de Salamanca. Particularmente evoca aquel fragmento en el que el escocés decía: "Cuando hay grandes propiedades, hay grandes desigualdades. Por cada hombre muy rico debe haber por lo menos quinientos pobres, y la opulencia de unos pocos supone la indigencia de muchos".

De pronto el camino se llena de soldados muy bien pertrechados.

–Son las tropas del mariscal Wellesley –les comenta a Belgrano y Rivadavia un militar retirado con quien comparten la travesía–.

Perdón, me corrijo: ahora es el Duque de Wellington y le han encomendado reunir fuerzas para unirse a los prusianos y neerlandeses. Van a enfrentarse a Napoleón, que ya logró conformar un ejército de doscientos mil hombres. Pero aun así "Boney" no podrá vencernos –agrega, despectivo y utilizando el apodo que los británicos le dan al corso, un juego de palabras con su apellido, que también significa "huesudo"–. La prensa dice que ya contamos con ochocientos mil soldados.

En línea con los comentarios del militar británico, en los periódicos ingleses Napoleón es constantemente caricaturizado y se anuncia que las potencias reunidas en el Congreso de Viena le han declarado una guerra de exterminio.

–Un escenario de esta magnitud hace que nuestra misión sea insignificante –le dice Rivadavia a Belgrano–. Con todo lo que está sucediendo, no sé quién en Londres querrá recibirnos.

Belgrano coincide con sus apreciaciones. También le preocupan sobremanera las decisiones de las potencias reunidas en Viena, que apuntan a la restauración inmediata del absolutismo en todo el continente, lo que sin duda hará que intenten sofocar la independencia de las colonias.

–Es evidente que en Europa están decididos a hacer preponderar la causa de los Reyes sobre los pueblos y que no hay quien no deteste el espíritu republicano –comenta.

* * *

El 14 de mayo la primavera londinense los recibe con frío y lluvias. Sarratea los espera en el parador donde se detiene la diligencia. Belgrano lo saluda y después de una breve charla enseguida se excusa. El largo periplo por tierra ha hecho que sus males volviesen a recrudecer y se siente completamente indispuesto. Apenas llegan a su alojamiento, se retira a su habitación.

Rivadavia, en cambio, se queda conversando con Sarratea, a quien conoce bien desde los tiempos en que ambos formaron parte del Primer Triunvirato, allá por 1811. A Sarratea lo acompañaban Feliciano Chiclana y Juan José Paso, mientras que Rivadavia era el

secretario de Gobierno y Guerra, aunque por entonces se decía que era la voz cantante y tenía una influencia determinante en las decisiones que se tomaban.

Durante el sitio a Montevideo, Sarratea había sido enviado a la Banda Oriental para luchar contra Artigas, y tras la caída del Triunvirato, permaneció inactivo hasta que el Director Supremo, Gervasio Posadas, lo convocó nuevamente para enviarlo en misión diplomática a Londres. Las instrucciones secretas que le habían dado eran precisas: ante la vuelta al trono de Fernando VII, debían hacer un trato con Gran Bretaña y asegurar su apoyo para las futuras negociaciones con España, aunque eso implicara hacer concesiones que podían ser cuestionadas.

Sarratea hacía más de un año que estaba en Londres tratando de cumplir su misión con escaso éxito. La renuncia de Posadas al gobierno de Buenos Aires y la posterior asunción en su reemplazo de Carlos María de Alvear no habían modificado los objetivos originales sino que los habían tornado más urgentes.

–Tuve una breve conferencia con Lord Liverpool, encargado de Relaciones Exteriores en ausencia de Lord Castlereagh, quien se encuentra en el continente, pero ha sido muy poco lo que pude adelantar –le cuenta Sarratea a Rivadavia–. Le he remarcado que los vínculos comerciales de sus súbditos con nuestra América y los intereses de su corona eran francamente opuestos a los de sus aliados españoles, pero como su señoría se mantuvo impasible, di un golpe de timón y me centré en sembrar dudas en unos y en otros. Le brindé información ambigua para enredar la madeja de modo que no la pueda desenredar ni el propio demonio –añade, con arrogancia–. Estoy seguro de que usted va a sacar provecho de ello. Su presencia aquí era imprescindible. No tengo las mismas certezas respecto a Belgrano.

Sarratea es alto y delgado. Tiene los rasgos marcados que le otorgan un aire severo y una voz grave que resuena con autoridad. Siempre ha sido elegante y mundano, pero ahora parece haberse mimetizado con el ambiente londinense, de donde ha tomado cierta

presuntuosidad en las ropas que viste y la suficiencia con la que habla.

A pesar de que las noticias que da sobre la misión no son alentadoras, Rivadavia lo mira y escucha con admiración. Sarratea ha logrado lo que pretendía. Su entrenamiento como hombre de salón le permite leer el carácter de las personas y manipularlas sirviéndose de sus debilidades, y eso es lo que está haciendo ahora con su antiguo camarada. Sabe que Rivadavia, siempre acomplejado por su apariencia y su modesta educación, valora especialmente a quienes lo tratan con deferencia y le confían una posición de mando.

–Todo lo que hagamos de aquí en adelante debe ser utilizado como un arma para forzar a Inglaterra a tomar una decisión –dice Rivadavia con renovadas ínfulas–. En cuanto a Belgrano, no se preocupe. Aunque suele ser rígido en ciertas cuestiones y se enfoca demasiado en lo pequeño, no será un obstáculo.

Al día siguiente, ya más recuperado y después de haber tomado un reconfortante desayuno en su habitación, Belgrano baja al salón. Desde temprano ha estado ansioso, esperando el momento de abrir los pliegos que trajeron.

La confortable casita de dos pisos donde se hospedan, propiedad de Mistress Elisabeth Gardener, está ubicada en el West End, donde reside la aristocracia londinense. En la planta alta están los dormitorios y en la planta baja el salón que oficiará también de despacho durante toda la estadía de los comisionados. La habitación está decorada con tapices y alfombras que cubren el suelo. Hay una mesa pequeña, sillones y una estufa con carbones encendidos porque, aunque es primavera, es un día frío y lluvioso.

Belgrano se acomoda cerca del fuego para esperar la llegada de Sarratea y que baje Rivadavia, que todavía está en su recámara.

Una hora más tarde, ya con todos presentes y apenas terminando de intercambiar saludos, los tres proceden a abrir los pliegos. Belgrano encuentra un oficio dirigido a él, en el que le indican que debe quedarse en Londres y obrar en todo de acuerdo con Sarratea, mientras que Rivadavia debe ir a Madrid, llevando otro oficio y notas que Belgrano desconoce qué contienen.

–¡De ningún modo debe ir a España! –exclama Sarratea con arrogancia–. Anoche ya hemos conversado de este asunto con Rivadavia.

–Le agradecería que me explique cuáles son sus razones… –pregunta Belgrano.

–Nuestro gobierno está atrasado en noticias. Aunque la expedición de Cádiz no llegó al Río de la Plata, es vox populi que Fernando está dispuesto a doblegar a América a hierro y fuego, a pesar de que les debe a sus habitantes el haber podido conservar algún derecho sobre esas colonias. No considero que haya posibilidad de simular ni hacer un acuerdo. Ya le envié toda esta información al gobierno de Buenos Aires, expresando mis dudas sobre esta misión. Si Rivadavia va a Madrid, corre el riesgo de no poder entregar sus pliegos y lo que es peor, de terminar en un calabozo –sostiene Sarratea, enfático–. Más allá de la corte de España y sus miserias, las circunstancias en Europa hoy son otras y no hay que pensar que las ideas del republicanismo puedan tener cabida. La alianza de los soberanos reunidos en el Congreso de Viena es la más estricta que se ha presentado en siglos. Lo único que les interesa son los movimientos de Napoleón y la nueva guerra que ensangrentará al continente.

Sarratea también los pone al tanto de lo que sucede con los británicos, quienes no parecen dispuestos a apoyar la independencia.

–A pesar de que puse en acción cuantos recursos tenía a mi alcance para nutrir cada vez más el espíritu hostil contra España, en las reuniones que mantuve con funcionarios de la cancillería alguno incluso nos llamó "rebeldes" –continúa diciendo con tono airado–. Yo les hice saber que el único rebelde es el rey Fernando, puesto que se ha sublevado contra los pueblos. Los británicos se atreven a hacer comentarios semejantes o a decir que somos casi salvajes cuando Su Alteza Real, Jorge III, ha perdido completamente la cabeza –agrega burlón–. Se pasea por el palacio quitándose las ropas y haciendo sus necesidades en cualquier rincón.

–Según entiendo, es por eso que nombraron a su hijo príncipe regente –comenta Belgrano.

–Da igual. Esa superioridad inglesa me irrita y no estoy dispuesto a tolerar ese tipo de comentarios. ¡Soy un *gentleman*! –dice con una sonrisa, irguiendo el cuello–. A riesgo de contradecir lo que acabo de afirmar, permítanme señalar que nuestro único ejemplo se reduce a Inglaterra y su monarquía constitucional.

–¿Y qué propone usted hacer con nuestra misión? –pregunta Rivadavia.

–En el actual estado de cosas, debemos detener cualquier gestión a la espera de que el panorama se aclare.

Con su verba contundente Sarratea convence a ambos diputados de que esa es la dirección a seguir. Los tres discuten el impacto de esta resolución en las Provincias Unidas.

–Necesito pensar cómo debemos informar al gobierno que este es el rumbo más favorable a nuestros intereses –dice Rivadavia con solemne petulancia, imbuido en su rol de jefe de la operación–. Imagino que aquí también hay agentes de la corona que pueden interceptar nuestra correspondencia.

–Para cuando estas cartas lleguen a destino, habrá que ver quién o quiénes nos gobiernan. No sé cuánto saben de la situación de nuestro país… –dice Sarratea.

–Lo último que sabemos es que Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Misiones y también Córdoba se unieron a los orientales de Artigas.

–¡Ese caudillejo nefasto! A él le debemos los males que hoy padecemos y las luchas intestinas en las que estamos enfrascados –exclama Sarratea irritado–. No veo la hora de que su cabeza ruede y nuestros paisanos vuelvan a unirse.

La animadversión de Sarratea hacia el caudillo oriental es de larga data. Desde 1811, cuando durante el sitio a Montevideo el gobierno porteño lo envió a la Banda Oriental como general en jefe para reemplazar al sublevado Artigas y quitarle sus tropas. Sin embargo, la misión militar de Sarratea fue un rotundo fracaso porque las milicias y la población siguieron al caudillo oriental, y tampoco tuvo éxito cuando pergeñó un plan para asesinarlo. Aunque sobornó a

algunos oficiales artiguistas, estos terminaron traicionándolo y revelando el macabro plan a su jefe.

Sarratea declaró a Artigas "traidor a la patria" y continuó luchando con tenacidad contra quien ya se había transformado en su enemigo personal, hasta que fue obligado a entregarle el mando del ejército a José Rondeau.

A pesar de que tras la caída del Primer Triunvirato Artigas volvió a incorporarse con sus hombres al sitio de Montevideo, su oposición a las políticas centralistas de Buenos Aires continuó extendiéndose y agudizándose. Primero en la Asamblea presidida por Carlos María de Alvear, quien expulsó a los diputados orientales argumentando irregularidades en el proceso de elección.

Luego contra el Director Supremo, Gervasio Posadas, quien en vistas de que Artigas estaba empeñado en impulsar la declaración de la independencia, la organización de una república federal y el fin del monopolio comercial porteño, lo había vuelto a declarar "infame traidor a la patria" y le había puesto precio a su cabeza.

–Según la información que me han dado, desde que su tío le cedió el cargo de Director Supremo, Alvear no cesa de cometer errores y las protestas en su contra se reproducen en cada rincón –continúa contando Sarratea con displicencia y ese aire de estar por encima de todo, sin importar la gravedad del asunto–. Dicen que aplicó impuestos a la carne y al trigo, y que quiso reorganizar los ejércitos, aunque todo lo ha hecho sin ningún tacto, con lo cual solo ha generado más irritación y conflictos. Sin ir más lejos, su decisión de incluir a las fuerzas del Litoral, Córdoba y Cuyo en el ejército de Buenos Aires, que está bajo su mando directo, provocó que San Martín renunciara a su cargo de gobernador de Cuyo aduciendo enfermedad –agrega, haciendo una pausa dramática para mirar a sus interlocutores y captar sus reacciones.

Impactado por las noticias y con amarga preocupación, Belgrano frunce el ceño, mientras que Rivadavia asiente con la cabeza y esboza una sonrisa. Sarratea se muestra satisfecho por haber logrado el efecto esperado y continúa diciendo:

–¡Alvear quiso que San Martín fuese su subordinado sabiendo que no iba a aceptar, y casi logra deshacerse de él! –afirma,

levantando las palmas. Por su expresión se nota que disfruta haberlos inquietado–. Alvear y San Martín… Los que ayer supieron ser amigos hoy son enemigos acérrimos. Parece que Alvear aceptó la renuncia de San Martín, que está en total desacuerdo con las políticas centralistas del Directorio, y se apresuró a mandar un reemplazante a Cuyo, pero antes de que este llegara, un Cabildo Abierto ya había repuesto a San Martín en la gobernación y rechazado a Gregorio Perdriel, el hombre enviado por Alvear desde Buenos Aires.

Belgrano respira aliviado y Rivadavia hace un esfuerzo por mantener su media sonrisa, para luego comentar:

–La situación parece ser grave

–No podemos saberlo a la distancia, pero todo parece indicar que mientras Artigas con sus maniobras sigue ganando popularidad, Alvear la va perdiendo palmo a palmo, aunque ha buscado protección rodeándose de una corte de adulones que aplauden hasta sus respiros –sostiene Sarratea–. Ve enemigos en todas partes, tiene espías en cada esquina, decretó la pena de muerte contra sus opositores y la censura de la prensa, que ya lo llama "tirano". Por lo tanto, caballeros, dicho todo esto y como ya les mencioné, lo que nosotros debemos hacer es esperar y tomar las providencias necesarias hasta que nos llegue el momento de actuar.

Rivadavia coincide con los improperios que Sarratea lanza contra Artigas durante su alocución. Él mismo cuando fue ministro del Triunvirato alentó la persecución del caudillo oriental. También apoya que el gobierno de Buenos Aires esté haciendo todo lo necesario para mantenerse fuerte y unificado. No pueden dejarse atropellar por esos caudillos provinciales, que cada día avanzan más y tienen nuevas exigencias. Sin embargo, le preocupa lo que acaba de escuchar sobre Alvear, y aunque no lo dice, piensa que las desgracias del Director Supremo obedecen a la Logia Lautaro, más específicamente a San Martín. "Ese San Martín no perdona que uno de los miembros de la Logia se oponga a sus ideas. Y aunque Sarratea se cuida de hacer algún comentario delante de Belgrano, no tengo dudas de que comparte mi opinión, nada buena, por cierto, sobre el héroe de San Lorenzo. ¿Cómo olvidar que San Martín y la

Logia fueron responsables del derrocamiento de nuestro primer gobierno?”, se dice.

Belgrano intenta que Sarratea le revele de dónde o cómo obtuvo la abundante información que acaba de darles, pero este le responde con vaguedades. Aunque sabe que no puede confiar en un hombre que acomoda su relato según los intereses que abrigue en ese momento o a puro golpe de efecto para captar la atención de quien tiene delante, considera que lo que les ha contado tiene mucho de verdad. Le resulta fácil imaginar al ambicioso Alvear cometiendo todos los desmanes que Sarratea ha enumerado. En cualquier caso, necesita corroborar lo que acaba de escuchar y saber más sobre lo que está sucediendo en su patria; espera que esas noticias lleguen pronto. Ya le ha escrito a su amigo Anchorena en un correo que despachó apenas llegó a Inglaterra y hará lo propio con el general San Martín.

Los comisionados acuerdan encontrarse al día siguiente para ir a depositar las notas de crédito que les dio el gobierno porteño para solventar sus gastos, tras lo cual Belgrano decide dar un paseo para estar a solas y conocer Londres.

* * *

Lo primero que le impacta es la cantidad de gente en las calles. Aunque no debería sorprenderse porque la ciudad se ha convertido en la más poblada de Europa. Londres recibe a diario contingentes de personas que vienen desde diversos lugares de Gran Bretaña y Europa, huyendo del colapso económico y del desempleo masivo provocado por la guerra. Llegan con la esperanza de encontrar trabajo en las manufactureras ubicadas a orillas del río, cuyas chimeneas lanzan un humo constante y espeso. La mezcla de los vapores emanados por los hogares que queman carbón barato y los efluvios del Támesis cubre el cielo de una niebla insalubre que gravita sobre las calles como la panza de un burro a punto de desplomarse.

Belgrano siente que su respiración se agita, pero aun así sigue caminando a paso sostenido por St. James Street, observando las

casas perfectamente alineadas, de porte aristocrático, con cuidados jardines cercados por rejas y cadenas. En el barrio proliferan selectos clubes de caballeros y elegantes tiendas que exhiben en sus ventanas los productos más exclusivos. Los ebanistas ofrecen muebles de caoba lustrada y sillones tapizados con sedas y brocatos, y los perfumistas buscan atraer a los transeúntes con frascos de cristal tallado que contienen exóticas fragancias y aceites, peines de fino carey y pequeñas cajas de porcelana con cremas y todo tipo de cosméticos destinados tanto a las damas como a los caballeros. Las sastrerías exhiben en sus vitrinas una sucesión de bustos que muestran diversas formas de atarse un pañuelo alrededor del cuello, lo que pomposamente denominan "el arte de atarse la cravat". Las tiendas de comestibles ofrecen tés, quesos y las más sofisticadas delicias que llegan de las colonias y distintos puntos del globo para satisfacer las demandas de una clientela aristocrática que valora la exclusividad.

Esta afición por el consumo extravagante y los lujos por parte de los nobles y las clases altas busca emular los gustos y excesos de Jorge, el príncipe regente, quien incluso compite por ser el más elegante y ganarse el título informal de "caballero de Europa". A Su Alteza le importan poco y nada los asuntos de gobierno y los problemas del pueblo. Ha delegado la mayoría de las decisiones en manos de sus ministros y consejeros, como el primer ministro Lord Liverpool, para continuar satisfaciendo sus placeres y su interés por las artes, la arquitectura y el diseño.

Antes de asumir la regencia debido a los trastornos mentales de su padre, ya se conocían en todo el reino sus costumbres licenciosas y su largo historial de amantes, con varias de las cuales incluso tuvo hijos. Sus súbditos lo acusan de ser libertino, perezoso y glotón, indignados por sus escándalos sexuales y el derroche en los banquetes que suele dar. Aunque lo que más los subleva es que el Parlamento haya tenido que pagar gran parte de sus colosales deudas, mientras la mayoría del pueblo sufre desocupación y miseria.

En contraste con tanta opulencia, Belgrano ya ha notado que apenas se desvía de las calles con aceras de piedra ancha, que

permiten desplazarse con comodidad y estar a salvo de las salpicaduras de los carros y calesas, aparecen otras callejuelas donde corren aguas sucias y se acumula estiércol de caballo y excrementos que forman charcos nauseabundos. Donde en unas calles hay pavimento y bulle el elegante mundo londinense, en otras hay casas ruinosas y miserables, en las que se hacinan los más pobres entre los pobres.

"Es muy fácil dejarse deslumbrar cuando soberanos y aristócratas ponen tanto empeño en ocultar sus vicios como en esconder a tantos niños con aspecto enfermizo y a hombres y mujeres en harapos", se dice, conmovido por lo que ve. Después de andar por algunas de estas vías laterales y advertido de que, acicateados por el hambre, los robos allí son frecuentes, retoma una arteria principal, Piccadilly, para regresar a Hatchard's, la bella librería con ventanas curvas y marcos de madera que ha visto al pasar.

En la puerta de la tienda hay un banco donde cocheros y sirvientes esperan a sus patrones. Dentro, las paredes están cubiertas por estanterías de madera oscura con volúmenes cuidadosamente organizados. Sobre una gran mesa que está junto a una chimenea se apilan periódicos y revistas, y en toda la estancia hay sillones ocupados por clientes que están leyendo.

Belgrano examina los anaqueles buscando primero novedades sobre los temas que más le interesan: economía, política y agricultura. Lee y separa libros de Thomas Malthus, Robert Torrens y Jean-Baptiste Say, pero luego se entretiene hojeando una bella edición de las obras de Shakespeare y el libro del que todo Londres habla: *El Corsario*. Su autor, Lord Byron, es el poeta más popular y leído de Gran Bretaña.

El joven Byron se ha hecho célebre por los héroes de sus obras, que han calado hondo en los corazones británicos. Sus personajes son temperamentales, solitarios y con sentimientos exaltados, mordazmente críticos de las instituciones y las convenciones sociales. Se decía de *El Corsario* que tenía mucho de autobiografía porque su autor había viajado durante años por los confines más remotos, lo cual cimentó su éxito y contribuyó a la incipiente moda por lo exótico. Aunque Byron también ganó fama por su

personalidad provocadora, los escándalos en torno a su vida amorosa y por el encendido discurso que dio en el Parlamento en 1812, defendiendo a los más desfavorecidos.

Whig por tradición familiar y por inclinación de su espíritu, en aquel año Byron era miembro de la Cámara de los Lores, donde se estaba discutiendo una ley que establecía la pena de muerte para los obreros que atacaban fábricas y destruían máquinas por miedo a perder sus trabajos. El joven poeta alzó su voz para denunciar la opresión que enfrentaban los más vulnerables por el delito de ser pobres y criticó duramente la política social del gobierno, que castigaba a los trabajadores por intentar sobrevivir, afirmando que merecían compasión y pan para sus hijos. Encendido, Byron les preguntó a los presentes: "¿Erigirán una horca en cada campo y colgarán a hombres como
si fueran espantapájaros?". Sin embargo, no logró convencerlos y la ley fue aprobada, por lo cual en los años siguientes cientos de obreros fueron ejecutados.

Belgrano recuerda esos sucesos, así como haber leído el irónico poema que Byron publicó en el *Morning Chronicle*, y repite para sí el verso que más lo impactó: "Un hombre vale menos que una máquina tejedora".

Tras seleccionar los libros que va a llevarse, se instala a leer algunos periódicos, y encuentra no casualmente, un artículo que habla de Lord Byron. La prensa británica siente fascinación por el poeta, a quien no se cansa de retratar remarcando que es una figura controversial. Al mismo tiempo que lo alaban por sus obras, se ensañan con su estilo de vida que muchos consideran "inmoral". Mezclan chismes sobre su reciente y tumultuoso casamiento con Annabella Milbanke con comentarios sobre sus virtudes literarias.

Poco a poco la librería se va llenando de clientes. Las mujeres se concentran mayormente en el sector de poesías y novelas, y Belgrano ya ha notado que la autora que prefieren es Jane Austen. También observó que muchas de las personas que ingresan a la tienda son guiadas hacia unas salas que se encuentran en la parte trasera. Un dependiente le comentó con teatralidad que allí "se reúnen miembros del Parlamento, ministros, militares y también

nuestros más laureados literatos y académicos para discutir e intercambiar ideas". Casi en secreto y ya sin ninguna formalidad, el hombre también le dijo que esperaban la asistencia del Duque de Wellington, dado que el tema del día era "cómo acabar para siempre con el Ogro corso", es decir, Napoleón.

Cuando sale de la Hatchard's, las calles más céntricas están iluminadas con luces de gas. Mientras hombres y mujeres elegantemente vestidos se dirigen a los teatros cercanos, las calles laterales se han vuelto aún más tenebrosas. De los portales oscuros surgen mujeres ofreciendo servicios sexuales, familias enteras pidiendo limosna y grupos de niños desarrapados, flacos como fantasmas, vagando en busca de refugio y comida, o durmiendo en los rincones. El bullicio y la animación de los *pubs* y tabernas se superponen con gritos, peleas de borrachos y el ruido de los carruajes que se desplazan a toda velocidad. Cuando escucha el repique de las campanas de una iglesia marcando la hora, comienza a caminar en esa dirección: su mente y su corazón necesitan algo de sosiego. Quiere rezar y encontrarse con Dios, orar por las almas perdidas de esta ciudad en la que la riqueza más ilimitada convive con la pobreza más cruel. Llega a St. James's Church, que tiene sus puertas abiertas. Aunque es una iglesia anglicana y no representa completamente su fe católica, la atmósfera de paz lo alienta a entrar y refugiarse en la oración. Más tarde, al regresar a la casa de West End, su ánimo estará recompuesto.

* * *

A la mañana siguiente, tal como acordaron, se encuentra con Sarratea y Rivadavia en el salón de St. James. Sarratea ha contratado un carruaje que los está esperando en la puerta para transportarlos a la *City*, el corazón comercial y financiero de la capital británica. En el camino que recorren, pasan por algunas de las calles que Belgrano visitó el día anterior, aunque luego se adentran por otras que él no conoce, donde la actividad es más frenética. Se ha subido al carruaje convencido de que iban a la casa financiera Wigmare, tal como está previsto por el gobierno porteño,

por lo que se sorprende cuando después de apearse entran en el despacho de Hullet Brothers.

–¿Por qué estamos aquí? –le pregunta a Sarratea en cuanto los hacen pasar–. Nuestra indicación era depositar las recomendaciones y letras en la casa Wigmare.

–Mi estimado, ¿qué otras pruebas necesita para aceptar que el Directorio está desinformado? –responde Sarratea impaciente–. Los banqueros Hullet son conocidos en toda la *City*. Su compañía se especializa en servicios financieros y comerciales, y es en todo conveniente a nuestros intereses hacer el depósito aquí.

–No entiendo, ¿tiene algo que objetarle a la casa Wigmare? –insiste Belgrano–. ¿Acaso no goza de las más altas consideraciones?

Sarratea mira a Rivadavia, quien de inmediato intercede:

–Manuel, lo que no se entiende es su desconfianza. Sarratea sabe lo que hace. Por algo está en Londres haciendo gestiones desde hace meses. Debe reconocer que desde que partimos de Buenos Aires las circunstancias cambiaron. Esto es lo que actualmente conviene al honor del país.

Belgrano aprieta los dientes. No hay forma de resistirse. Después de entregar a desgano las letras, se promete informar de inmediato al gobierno acerca de lo que considera una decisión fuera de las reglas, cuando no sospechosa.

El clima entre los tres se ha vuelto a tensar, pero Sarratea está decidido a vencer las resistencias de Belgrano. Ya es hora de presentarle tanto a él como a Rivadavia el asunto de Italia.

7
LA CASA DEL WEST END

Cuando salen del despacho de los banqueros, la niebla de la ciudad es más tenue, pero cae una fina llovizna que convierte las calles en un lodazal. Belgrano se ajusta la capa sobre los hombros y camina en silencio, sumido en sus pensamientos. El mal momento por la entrega de las letras todavía lo perturba, pero aun así aceptó a regañadientes la propuesta de Sarratea de ir a un lugar discreto para conversar sin ser escuchados. Una conversación que, como anticipó con su habitual suficiencia, "no admite testigos".

–Es por allí –indica Sarratea señalando un horizonte de tejados grises.

Belgrano y Rivadavia lo siguen hasta una callejuela angosta. Tras recorrer varias cuadras, el diplomático se detiene ante una pequeña puerta pintada de negro. Excepto por un letrero de madera apenas visible, nadie adivinaría que allí hay una taberna.

El interior de The Golden Whisper está en penumbras y hay unas pocas mesas ocupadas por hombres de negocios. Unos gruesos cortinados dividen los espacios sofocando las voces hasta convertirlas en un murmullo indescifrable. El tabernero, un hombre de hombros anchos y aspecto desaliñado, saluda a Sarratea con una leve inclinación de cabeza y, sin mediar palabra, los conduce hacia el fondo del recinto, a un apartado que es casi una sala privada.

–Aquí estaremos bien –dice Sarratea mirando a su alrededor antes de sentarse–. En Londres sobran los oídos interesados en lo que no les concierne.

Apenas el tabernero les deja unas pintas de cerveza negra que Sarratea ya eligió por todos, Rivadavia rompe el silencio:

–He estado reflexionando largamente y creo que debo hacer lo necesario para ir a España. Allí tengo buenos contactos. ¡Para algo sirve que Don Joaquín Del Pino, mi señor suegro, haya sido virrey! –agrega cambiando el tono grave para darse ínfulas–. Por el contrario, aquí nuestras posibilidades diplomáticas son nulas. Ni Von Metternich, ni Federico Guillermo, ni el zar Alejandro van a permitir que sus representantes nos reciban. Están cerrando filas con Fernando, y lo mismo está haciendo Francia. El objetivo de Talleyrand es sostener a Luis XVIII en el trono, y con Napoleón en París, nadie puede decir que eso no esté asegurado.

Belgrano asiente.

–Acuerdo con usted. Los miembros de la Santa Alianza están decididos a aplastar cualquier movimiento que amenace la estabilidad de las monarquías, por lo que apoyarán a España para que nos mantenga bajo su yugo. Nos consideran una enfermedad que podría expandirse por Europa. Sin embargo, no veo cómo su viaje a la metrópoli podría cambiar esa situación y debo decirle que su parentesco con Del Pino, en este caso, no le servirá de mucho –agrega con expresión grave, mirando a Rivadavia.

Sarratea toma un sorbo de cerveza y replica con energía:

–Debería sacarse de la cabeza la idea de ir a España, Bernardino. ¿Hace falta que le recuerde cómo los trataron los españoles en Río de Janeiro? En este enredo solo nos queda seguir insistiendo con los ingleses, aunque también existen otras posibilidades que deberíamos sopesar…

Belgrano confirma lo que viene percibiendo desde que empezaron a conversar: Sarratea tiene algo en mente, pero antes de pronunciarse los está sondeando. Quiere preguntarle qué insinúa, pero Rivadavia ya ha retomado la palabra.

–De acuerdo. Hay que persistir en la mediación de los ingleses –comenta con aparente resignación–. Ellos necesitan expandir sus negocios para salir de la crisis que les generó la guerra contra Napoleón y eso podría beneficiarnos. Ya hemos escuchado a Lord Strangford que, si bien no nos ha prometido nada, al menos dejó

claro que Gran Bretaña no respaldará militarmente a España si deciden invadirnos. Visto de ese modo, nos están dando alguna ayuda.

–¿Ayuda? –Belgrano se ha enderezado en su asiento y lo mira con dureza–. Los ingleses fingen neutralidad para poder sacar provecho sin importar quién venza. Nos dan largas mientras por debajo de la mesa le extienden la mano a Fernando. ¿O acaso no oyó lo que nos contó Sarratea sobre Castlereagh, que nos ha cerrado la puerta en las narices?

Castlereagh, el ministro de Asuntos Exteriores británico, es un *tory*, miembro del ala conservadora de la política de Gran Bretaña, fuertemente vinculada con la aristocracia y la Iglesia anglicana. Los *torys* defienden el orden y la estabilidad, lo que los lleva a rechazar cualquier revolución que amenace el equilibrio europeo. En cambio sus opositores, los *whigs*, tradicionalmente defensores del Parlamento frente a la monarquía, han evolucionado hacia una postura más liberal: apoyan el libre comercio, las reformas políticas y, en muchos casos, simpatizan con los movimientos independentistas en América. Ven en las nuevas repúblicas una oportunidad para expandir la influencia comercial británica y reducir el poder de las viejas monarquías europeas.

Sarratea interviene, buscando conciliar. No le sirve que los dos hombres se peleen. No esta vez.

–Es verdad que Castlereagh no muestra ningún interés en recibirnos –dice–, pero no todos en su gobierno están de acuerdo con sus políticas. Muchos *whigs* lo critican por no apoyar las independencias americanas y lo acusan de estar traicionando los principios de autodeterminación y libre comercio. Creen que está desperdiciando una oportunidad de oro para que Gran Bretaña se convierta en socio comercial de las nuevas repúblicas. E incluso entre los *torys* tiene detractores por su "exceso de moderación" –añade con ironía–. Sus partidarios más radicales creen que Castlereagh debería oponerse más firmemente a cualquier movimiento revolucionario.

–Deberíamos hacer mayores esfuerzos para establecer contactos con los *whigs* –propone Belgrano.

Sarratea afirma con la cabeza.

–Eso ya está hecho.

El diplomático ya les ha contado acerca de los servicios de William Walton, el periodista que escribe para el *Morning Chronicle*, a quien contrató cuando llegó a Londres. El *Morning* es el periódico de los *whigs* y uno de los más influyentes respecto de la independencia del "Nuevo Mundo", como llaman a América. Cumpliendo con lo indicado por Sarratea, Walton ha publicado en forma periódica noticias y pensamientos sobre el gobierno del Río de la Plata y ha logrado fomentar en el público una opinión favorable a la causa.

–Gracias a mis gestiones y a la pluma de Walton –sigue diciendo Sarratea–, hoy ningún periódico se atreve a llamarnos rebeldes o defender a España sin arriesgar su credibilidad o ser pulverizado por los escritores más reconocidos. Pero desde que Napoleón regresó y lo complicó todo, pasamos de ser un tema recurrente y favorito en las cenas en Holland House, a perder espacio tanto en los periódicos como en el interés de los británicos. Ahora, tanto para los *whigs* como para los *torys*, las prioridades son otras. Por lo tanto, yo sugiero que mientras ellos se ocupan de sus asuntos y nosotros rogamos para que España no consiga el auxilio de sus aliados, nos enfoquemos en derrotar a Fernando no solo en el campo de batalla. No podemos darnos el lujo de ser héroes, necesitamos ser pragmáticos.

–¿A qué se refiere? –pregunta Belgrano, frunciendo el ceño, cansado de las insinuaciones de Sarratea.

El diplomático se inclina hacia adelante y baja la voz para decir con tono conspirativo:

–Es hora de aplicar una estrategia más inteligente y eficaz. Replicar las tácticas del Deseado y socavar su poder desde adentro –luego hace una pausa para evaluar la reacción de sus interlocutores, y finalmente añade–: Hay más que discutir y proponer. Quizás contemos con otra oportunidad que aún no hemos considerado, pero

lamentablemente tengo un compromiso y debo marcharme. ¿Podemos seguir mañana?

Los tres acuerdan encontrarse al día siguiente en la casa del West End.

Cuando Sarratea se marcha, Rivadavia le lanza una mirada fugaz a Belgrano.

–Me intriga saber a qué se refería con "otra oportunidad".

Aunque Belgrano comparte sus dudas, prefiere guardarse sus pensamientos.

–Esa es la especialidad de nuestro amigo –responde con suspicacia–: urdir intrigas. Veremos mañana con qué se viene.

* * *

Las sombras que proyecta Sarratea, siempre turbias, anuncian una conversación mucho más densa que la que acaban de tener.

Belgrano también tiene una cita, en su caso con James Duff, conde de Fife. San Martín, amigo de ambos, ha hecho gestiones para que puedan reunirse, sabiendo que Duff, que habitualmente reside en su castillo de Banff en Escocia, estará en Londres durante la temporada.

San Martín y el Conde se conocieron en 1811, cuando ambos combatían contra las fuerzas napoleónicas en la península ibérica. El rioplatense era por entonces capitán del ejército español, mientras que el escocés se había enlistado unos años antes como voluntario, tratando de olvidar la trágica muerte de su esposa. Por su espíritu temerario, Duff había sido herido de gravedad en dos ocasiones, tras lo cual había alcanzado el grado de general y había sido condecorado. Mientras estuvo destinado en Cádiz, su último puesto antes de regresar a Escocia para hacerse cargo del condado de Fife heredado de su padre, se había relacionado con el grupo de americanos que conspiraban secretamente por la independencia de las colonias, un grupo que integraba también San Martín. Pese a su distinguida prosapia, Duff era un ferviente defensor de las ideas liberales, y una persona llana, con un gran sentido del humor y un

inusual afán de aventura, lo que propició su amistad con su camarada de armas, apenas dos años menor que él.

San Martín por entonces ya había decidido regresar a su tierra natal y sumarse a los movimientos revolucionarios, aunque debía ocultar sus verdaderas intenciones porque las autoridades españolas no estaban dispuestas a aceptar que un militar de su rango y valor, con veinte años de experiencia, abandonara el país en favor de las colonias. Más aún sabiendo que su origen sudamericano podía transformarlo en un rebelde, lo que para los realistas significaba tomar el "camino de la traición". De modo que al solicitar su baja, alegó que debía atender negocios familiares en Lima, aunque en realidad se dirigió a Londres gracias a los buenos oficios de su amigo Duff, quien hizo gestiones para conseguirle un pasaporte y un pasaje, además de darle unas cartas de recomendación y algunas letras de cambio para que pudiese costearse la travesía.

Durante su breve estancia en Londres, en ese momento el cuartel general europeo de los patriotas de la emancipación, San Martín se había vinculado con la "Gran Reunión Americana", una asociación secreta fundada por el venezolano Francisco Miranda, de la cual la Logia de Cádiz era una rama. El objetivo de esta fracción integrada por exiliados de las colonias y simpatizantes británicos como el Conde de Fife, era cooperar con la insurrección sudamericana consiguiendo más adeptos para la causa e intentando predisponer a los gobernantes de los países europeos en su favor. Fue en ese contexto cuando San Martín ingresó a la Logia de Caballeros Racionales, un nexo clave para su futuro revolucionario.

Desde que el general americano había regresado a Buenos Aires en 1812, se había mantenido en contacto con su amigo escocés, quien por sus cartas estaba al tanto de los últimos acontecimientos en las colonias y también de la llegada de los diplomáticos rioplatenses.

Después de intercambiar algunas esquelas, James Duff había citado a Belgrano en White's, el club de caballeros más exclusivo de Londres.

Apenas entra en el edificio y se anuncia, Belgrano percibe un envolvente aroma a tabaco y cuero. Un lacayo comienza a guiarlo

por una sucesión de lujosos espacios con columnas y salones decorados con grandes cuadros y espejos con marcos dorados. Las alfombras gruesas amortiguan sus pasos, en un recorrido iluminado por arañas de cristal y el resplandor de las chimeneas que le da aún más opulencia a los enormes muebles de madera.

Los socios del White's son los caballeros más distinguidos y ricos de Londres. Miembros de la realeza, políticos, diplomáticos, comerciantes, banqueros y académicos se reúnen allí para conversar sobre política, ciencia y cultura, hacer negocios, jugar y descansar lejos de mujeres, hijos y obligaciones. Mientras avanza por el corredor, Belgrano alcanza a ver el comedor, donde grupos de caballeros sentados a la mesa son atendidos por silenciosos camareros que les sirven comidas o llenan sus vasos con brandy, ginebra o el champán que se mantiene frío en cubetas de plata. Tras atravesar una gran biblioteca y espacios de lectura en los que algunos leen o dormitan aprovechando la comodidad de las amplias butacas Chesterfield, hay varias salas con sus puertas cerradas. En una que tiene las puertas abiertas, ve a miembros del club sentados en grandes mesas redondas iluminadas por lámparas, jugando a las cartas o a los dados en medio del espeso humo de los cigarros.

James Duff está en un recinto contiguo a una sala de juego de la que surgen voces exaltadas. Sentado en un sillón junto a una chimenea, conversa con otro hombre. Sobre la mesa baja que tienen delante hay tazas de té y una pipa abandonada junto a un cenicero. Cuando Belgrano se acerca, ambos se ponen de pie, Duff con cierta dificultad. Es un hombre notablemente alto y sus movimientos son algo bruscos, desconcertados. Aunque ronda los cuarenta años, parece mayor. Su rostro enérgico y redondeado está enmarcado por largas patillas y unos rizos castaños con tonos rojizos que caen sobre su frente.

El Conde de Fife le presenta a su acompañante, pero su pronunciado acento escocés y cierta afectación en el tono hacen que Belgrano solo llegue a entender que el hombre es un lord. El apellido le resulta inteligible. De pronto Duff comienza a resoplar y a quejarse por los ruidos provenientes de la sala de al lado:

–Ahí los tiene –dice señalando la puerta–, las mentes y las carteras más pródigas de Gran Bretaña apostando fortunas. Cuando pierden, algo que como es previsible sucede muy a menudo, comienzan a vociferar y blasfemar. Muchos han llegado a jugar pueblos enteros, campos de maíz y miles de libras en una sola noche. Me avergüenza de solo contarlo, ¡es una inmoralidad! Apuestan sobre las cuestiones más absurdas y triviales que uno pueda imaginar: cuál de dos gotas de agua se deslizará primero sobre la ventana, cuántos soldados perderá Napoleón, el fallo de un juicio o el precio de las papas en Dublín.

Los ojos claros de Duff brillan de indignación, aunque su expresión sigue siendo afable.

–Si continúas así, MacDuff, terminarás siendo un viejo cascarrabias –lo reprende su amigo antes de despedirse.

–¿MacDuff? –pregunta Belgrano desconcertado.

–Mi apellido es Duff –aclara el Conde–, pero uno de mis antecesores quiso convencer al mundo de que descendía de Lord MacDuff, el legendario amigo del rey Macbeth. Shakespeare, nada menos. No haga caso, es una broma familiar que ha perdurado y por eso muchos me llaman Lord MacDuff.

Cuando se quedan a solas, Duff comienza a mezclar el inglés con el español, que habla bastante bien, y le pide discreción:

–Sepa que no todos los que nos rodean son amistosos –murmura mientras examina el semblante de Belgrano–. Yo mismo pertenezco al otro bando…

–¿A qué se refiere, Su Excelencia?

–¡Que este es un reducto *tory*! Mire a su alrededor y solo encontrará los ejemplares más conservadores de Gran Bretaña. Si todavía me aceptan en este club, es por mi linaje y mi amistad con el príncipe regente, que como todos saben apoya la torpe política de Fernando VII con respecto a los territorios americanos… ¡oh, qué desgracia! –agrega con ligera teatralidad.

Duff habla sin parar y con un marcado histrionismo. No tiene ningún reparo en decir lo que piensa, dando por hecho que Belgrano comparte sus ideas, lo que crea con su interlocutor una inusitada

sensación de cercanía y familiaridad. Cada tanto se da la vuelta para acomodar el cojín sobre el que está apoyado.

–Es para suavizar el asiento que necesita mi malograda columna, varias veces herida –explica. Aún de espaldas, Duff retoma sus comentarios sobre el príncipe regente–: Mi estimado George se opone ferozmente a la emancipación de las colonias porque teme que ello ponga en peligro su propio trono. He intentado hacerle cambiar de idea, un atrevimiento que casi me cuesta caro pero que él generosamente ha tolerado. He visto a algunos que eran sus amigos y que por mucho menos han sido expulsados de la corte de un día para otro. Creo que *Prinny* me ha perdonado porque compartimos la pasión por la ópera, el ballet y la buena mesa, que son los asuntos que verdaderamente le interesan.

Belgrano olvida por un momento las formas de la diplomacia, y yendo directamente a lo que le interesa, pregunta:

–¿Usted piensa que tenemos alguna oportunidad, no con el príncipe regente, pero sí con otros sectores, de conseguir que nos apoyen?

Duff tose fuerte para tapar las últimas palabras de Belgrano y niega con la cabeza.

–¡Atención, *my friend*! Los españoles tienen ojos por todas partes, incluso en lugares como este –dice en un murmullo y con una sonrisa que busca disimular lo que está diciendo, aunque enseguida agrega en voz alta y con afán provocador–: ¡La intolerancia de España está prevaleciendo con tanto furor como en los días de Torquemada!

Belgrano ya se habituó a los cambios de registro de Duff, que suelta frases grandilocuentes para que otros las escuchen y dice por lo bajo lo que solo está destinado a sus oídos.

–Sepa que están vigilando sus movimientos y los de sus compañeros porque quieren asegurarse de que no logren mucho en su misión aquí –murmura.

Belgrano ya observó a los hombres que están sentados cerca, pero vuelve a echarles una mirada y se concentra en encontrar alguna señal que pueda revelarle si alguno de ellos es espía. Lo único que puede inferir es que hay varios que es probable estén

escuchándolos por lo cual, aunque sabe que es un gesto inútil y corre también el riesgo de perder elegancia, se reclina para acercarse al Conde lo más posible.

Siempre por lo bajo, Duff le comenta que los *whigs* son los únicos de quien los pueblos hispanoamericanos pueden esperar algún apoyo, pero que son numéricamente débiles y además están divididos.

–Unos aplauden los tratados de Viena y otros les replican que deben oponerse al restablecimiento del absolutismo en España y de los Borbones en Francia que atenta contra la libertad de las colonias.

Duff también insinúa que mantuvo conversaciones con varios empresarios y políticos que pertenecen a esta última facción para que les brinden ayuda económica a los independentistas, aunque le aclara que la condición que todos han impuesto es que tal acción debe asegurarles futuros acuerdos comerciales ventajosos.

Belgrano ya entendió que el Conde es uno de ellos y que su lealtad principal es con los intereses comerciales y estratégicos de Gran Bretaña. Pero le preocupa la magnitud que pueden tener esos "acuerdos ventajosos" que menciona.

–El pueblo británico siente simpatía por la causa americana y empieza a detestar a Fernando, ese rey injusto que solo busca su idolatría –dice Duff nuevamente en voz alta, para luego agregar con medio tono–: Imagino que está al tanto del trabajo que han estado haciendo algunos de sus compañeros para agitar a la opinión pública… Uno de ellos está por aquí desde hace rato y es muy activo en su contacto con los diarios londinenses. Si mal no recuerdo, me lo presentó Robert Staples, que lo conocía de sus días como cónsul en Buenos Aires

–¿Don Manuel de Sarratea?

–Ese mismo.

Belgrano le comenta a Duff acerca de su vínculo con Sarratea, pero el Conde da un giro inesperado en la conversación y comienza a contarle las circunstancias por las cuales se alistó en el ejército español, donde conoció a San Martín.

–Llegué a España casi por casualidad, empujado por la muerte de María Caroline, mi amada esposa. Mi Caroline murió por la causa

más absurda que se pueda imaginar: ¡una mordedura de su perro favorito! Ella estaba embarazada y ese animal al que adoraba no solo la mordió, sino que le transmitió una enfermedad que resultó ser mortal. ¡Qué traición! Cuando la perdí, estuve a punto de volverme loco. Lo único que quería era morir con ella o irme lejos, y finalmente eso hice: me fui a España y me alisté en el ejército.

Duff está hablando con un tono moderado, hasta que de repente lo eleva para lanzar con vehemencia:

–Muchos de los que me estuvieron escuchando pueden pensar que no quiero a España, ¡pero cuan equivocados están! ¡Si estuve a punto de dejar la vida en su defensa contra la tiranía! Además de heridas, de ese país me he llevado amigos entrañables como nuestro venerable Don José de San Martín, y el amor por su música y su danza. Fue en Cádiz donde conocí a nuestro común amigo y también a María Mercandotti, la joven bailarina andaluza que tiene hipnotizados a los londinenses. Seguramente ya ha escuchado hablar de ella.

Duff no espera respuesta y sigue contando:

–María por entonces era una niña, pero ya bailaba en una casa de comedias. Cuando la vi esa noche en el escenario, su arte y su belleza me hechizaron. Tanto que decidí traerla a Londres junto con su madre, y me convertí en su tutor. Es una gran artista y merecía la oportunidad de tener los mejores profesores. Ya se ha presentado en el King's Theatre, y el público de esta ciudad, siempre ávido de novedades y exotismo, ha quedado fascinado. ¡Debe verla bailar y manejar las castañuelas, no se lo puede perder! ¡Lo necesita aunque aún no lo sepa! –comenta Duff apasionado, lanzando una carcajada–. La semana entrante vuelve a presentarse en el mismo teatro y será un placer y un honor para mí que me acompañe.

Belgrano acepta de inmediato y eso basta para que Lord Duff se incorpore de su asiento y anuncie:

–Es hora de irnos. ¿Lo puedo acercar a su casa?

–Le agradezco la deferencia, pero vivo a metros de aquí, en esta misma calle.

–Pues entonces quien lo va a acompañar soy yo. Necesito mover estas piernas, que de otro modo comienzan a quejarse –dice

tomando su bastón.

Ya en la calle, seguidos a pocos pasos por un lacayo, el Conde golpetea con el bastón las losas desparejas del suelo y le dice que hará gestiones para que puedan entrevistarse con algunos miembros del Parlamento y funcionarios.

Belgrano vuelve a agradecerle y se detiene frente al portal de su morada londinense.

–Es aquí –dice.

Duff mira la estrecha puerta de arriba abajo y sin emitir opinión, levanta su bastón, en parte como saludo y en parte como señal para el lacayo.

–Le enviaré una nota con el día y hora de la función y mandaré a mi cochero para que lo busque –anuncia Duff antes de darse la vuelta.

–Es usted muy generoso, pero no es necesario…

El Conde ya está de espaldas y hace una cortés inclinación de cabeza:

–Considérelo como una colaboración de este británico a la causa emancipadora –vocifera.

Desde su llegada a Londres, Belgrano ha sentido que su vestuario es inadecuado, impresión que se torna definitiva después de su cita en el White's. En una ciudad donde la mayoría de los funcionarios y aristócratas siguen los dictados de George "Beau" Brummel, el mayor referente en cuestiones de elegancia y célebre consejero del príncipe regente, Rivadavia y él deben cambiar sus trajes. Aunque no le gusta gastar recursos en asuntos que considera banales, es necesario porque son cuestiones protocolares que pueden definir el acceso a determinados círculos y también el trato que van a dispensarles. Cuando se lo menciona a Rivadavia, este coincide, por lo cual, al día siguiente, antes de reunirse con Sarratea, deciden visitar una sastrería, donde encargan pantalones a medida y adquieren algunas camisas blancas y cravats de seda para taparse el cuello.

Al salir de la tienda en la calle Picadilly, ambos caminan hasta una cafetería para tomar algo caliente y poder leer los periódicos. La mañana está fría y avanzan a buen paso. Rivadavia se detiene frente

a un escaparate que exhibe sombreros y Belgrano nota que un hombre que venía tras ellos se detiene unos pasos más adelante. Cuando reanudan la marcha, lanza una mirada rápida por encima de su hombro y confirma que el individuo también ha vuelto a caminar tras ellos. Advertido por Lord Duff sobre los espías españoles, le comenta a Rivadavia acerca del sujeto y ambos vuelven a detenerse en una esquina, fingiendo que esperan a alguien. El hombre cruza la calle, pero luego de dar unos pasos, se para bajo un portal.

–Sigamos –dice Belgrano con calma–. Que pasee con nosotros. Ya sabe que lo hemos descubierto y nada conseguirá con seguirnos más que exponerse aún más.

Molesto por la evidente persecución, Rivadavia sugiere cambiar de rumbo.

–Vamos al mercado de Covent Garden, que queda a unas pocas cuadras –propone–. Allí nos separaremos y luego nos reuniremos en la cafetería. Veamos qué hace nuestro espía y a cuál de los dos elige seguir.

En el bullicioso mercado, ambos se pierden en el laberinto de puestos que ofrecen desde frutas y verduras hasta pájaros exóticos y hierros viejos. El espía opta por seguir a Rivadavia, pero este da algunas vueltas y consigue sacárselo de encima.

Minutos después, cuando vuelve a reunirse con Belgrano en la cafetería, los dos comentan el éxito de la estrategia. Al igual que en Río de Janeiro, esos instantes de espontánea camaradería logran acercarlos y distenderlos, y con ese espíritu se sumergen en la lectura de los diarios y la degustación de cafés turcos.

De regreso en la casa del West End, Sarratea llega puntual y comienza a hablar sin dar rodeos. Al principio insiste con que las instrucciones que trajeron fueron pensadas para otro contexto y que negociar en forma directa con Fernando ya no es una posibilidad.

–Jamás aceptará recibir a un enviado del gobierno de Buenos Aires, al que considera ilegítimo –dice categórico–. No podemos olvidar que recientemente creó la Real Orden de Isabel la Católica para premiar la lealtad de los militares y civiles que defiendan los "sagrados derechos" de España frente a los "insurrectos alzados" de

América. No sé qué más necesitan para convencerse de lo inviable que son las instrucciones que nos han dado.

Sarratea hace una pausa breve, suficiente para que sus palabras se asienten, y prosigue con una mezcla de suficiencia y premura:

–Así se lo comuniqué a Alvear en la correspondencia que debió recibir cuando ustedes ya estaban cruzando el Atlántico. Pero tampoco podemos seguir esperando que Inglaterra intervenga a nuestro favor.

Belgrano se impacienta:

–Eso ya nos lo dijo ayer –lo interrumpe con tono firme.

Sarratea lo ignora y continúa como si no lo hubiese oído.

–Creo que ha llegado el momento de evaluar con franqueza nuestras opciones y adoptar un rumbo conveniente que no solo neutralice las aspiraciones de la España, sino que también nos asegure una independencia cuya legitimidad sea incuestionable. Para ello he iniciado una negociación con la familia real de España residente en Roma, con el fin de cruzar los intereses entre el padre y el hijo.

Rivadavia, que hasta ese momento había permanecido en silencio, levanta una ceja con interés.

–¿Se refiere a Carlos IV?

–Así es –responde Sarratea con determinación–. Fue su propio hijo, Fernando, quien lo destituyó y lo condenó a una existencia humillante, llena de penurias. Carlos IV y su esposa María Luisa tuvieron que pedirle asilo al Papa y ahora dependen de la misericordia pontificia. Nosotros podemos avivar esta guerra entre padre e hijo, recordándole al viejo monarca las desgracias y atroces persecuciones que ha tenido que soportar por culpa de Fernando, y persuadirlo de que tiene la oportunidad de recuperar su importancia y la gloria perdida utilizando su influjo en las provincias disidentes de América.

Sarratea se queda en silencio, mientras evalúa las expresiones de sus compañeros. Belgrano, con el ceño fruncido, parece debatirse entre la prevención y el desagrado. Rivadavia los observa a ambos, intentando medir sus reacciones, hasta que por fin dice:

–Explíquese porque no estamos entendiendo a dónde quiere llegar.

Sarratea toma aire y anuncia con voz firme:

–Debemos proponerle la coronación de su tercer hijo, el infante Francisco de Paula, como rey de un territorio conformado por el Virreinato del Río de la Plata, la Capitanía General de Chile y una parte del Virreinato del Perú.

Belgrano lo mira, incrédulo, como si las palabras de Sarratea hubieran atravesado los límites de lo razonable.

–¿Un rey español?

–Les estoy hablando de crear una monarquía constitucional como la de este país, Gran Bretaña –replica Sarratea con énfasis–. Crear el Reino Unido del Río de la Plata, para gobernar y vivir bajo nuestras leyes, tener una Constitución propia, y decidir nuestro destino. Es nuestra única posibilidad para que las potencias europeas reconozcan nuestra independencia. Con un español en el trono, no podrán negarse. Y lo que es más importante: ¡podremos darle el golpe definitivo a Fernando, y quitarnos para siempre de encima este cencerro! Si logramos que el rey padre se preste a entrar en materia, podremos llevar a cabo nuestro plan.

Belgrano aprieta los labios, mientras Rivadavia interviene con tono medido, calculando cada palabra:

–Si considera que Don Fernando jamás nos recibirá, ¿qué le hace pensar que su padre estaría dispuesto a hacerlo?

Sarratea responde con la confianza de quien tiene un as bajo la manga.

–Eso ya está encaminado. Hace algunos meses inicié acciones concretas a través de un agente, a quien en febrero envié a Roma para abrir una negociación con la familia real. La recepción que hemos tenido hasta el momento ha sido excelente.

Belgrano se endereza en su asiento. Se pregunta por qué Sarratea se ha tomado tantos días para contarles algo tan importante y está a un tris de preguntárselo, pero intuye que el diplomático ya habrá armado un argumento que lo justifique, por lo cual, en lugar de confrontarlo, añade con suspicacia:

–¿Podemos al menos saber quién es ese agente?

–El conde Domingo Vicente Cabarrús –responde Sarratea sin vacilar, ignorando deliberadamente el tono de Belgrano–. Es hijo del renombrado banquero Francisco Cabarrús, que fue consejero financiero de Carlos IV y a quien el mismísimo monarca nombró conde en agradecimiento –añade con ampulosidad–. Don Francisco fue el creador del Banco de España y luego ministro de finanzas de José Bonaparte. Sin embargo, pese a que para cuando Fernando recuperó el trono Don Francisco ya había fallecido, el Deseado acusó a su hijo Domingo de colaborar con los franceses. Eso lo obligó a salir disparado de España y refugiarse en Londres.

Belgrano asiente. Recuerda haber leído textos económicos de Cabarrús padre y en su mente traslada las virtudes a su hijo, lo cual lo tranquiliza. En cambio, Rivadavia ha simulado mantener la calma, pero se siente traicionado por Sarratea. Revive la conversación que tuvieron a solas y lo irrita corroborar que en ningún momento Sarratea mencionó al dichoso agente ni las negociaciones con la familia real. "¡A este asunto se refería cuando dijo que el único ejemplo que teníamos era Inglaterra y su monarquía constitucional!", se recrimina en silencio, furioso por haber caído en las trampas del diplomático que le hizo creer que estaba dispuesto a seguir el plan de Alvear.

–Debería explicarnos por qué deberíamos confiar en este famoso Conde –dice al fin, sin ocultar su encono–. No veo de qué manera sus intereses podrían alinearse con los nuestros.

Aunque le disgusta sobremanera tener que dar explicaciones, Sarratea finge no notar la hostilidad de Rivadavia. Ha decidido hacer caso omiso a cualquier comentario que pueda alejarlo de sus propósitos, de modo que con tono calculado explica:

–Antes de comprometerlo como agente, me tomé el trabajo de observarlo durante meses. Sopesé su carácter, sus opiniones y sobre todo confirmé que tiene sus propios motivos para detestar a Fernando. Su compromiso con el plan es total. Aunque lo que resulta más valioso para nuestros fines son sus vínculos con la corte de Carlos IV, en particular con su favorito, Manuel Godoy

–Hmm, el Príncipe de la Paz –murmura Rivadavia para demostrar que está en tema.

–Exacto. Cabarrús mantuvo varias conversaciones con el ex monarca y la reina María Luisa en el Palacio Barberini, y también se entrevistó con Godoy, quien comparte las estrecheces del exilio con los Reyes Padres. Primero los lisonjeó lo necesario, apelando a los recuerdos de una dinastía esclarecida, y luego los alentó a despertar de su letargo político y a recuperar sus derechos. Es un buen alumno, y siguiendo mis instrucciones –continúa diciendo con altanería–, esperó el momento oportuno y les ha propuesto a los reyes que designen y envíen al último de sus hijos, el infante Don Francisco, a ocupar el trono de la América del Sud.
Para terminar de convencerlos, Cabarrús les aseguró que esta es la única posibilidad de poner fin a las agitaciones anárquicas y conservar entre la metrópoli y sus antiguas provincias las únicas relaciones aún viables: las de recíproca utilidad.

Rivadavia se alisa la camisa con gesto mecánico. Buscando controlar la situación, anuncia:

–Es necesario que hoy mismo usted informe al gobierno de Buenos Aires sobre este asunto.

–Ya lo hice, pero como se imaginarán, aún no ha llegado respuesta. Y para vuestra tranquilidad, les informo que Alvear está al tanto de estas negociaciones. –Sarratea suspira largamente antes de seguir diciendo–: Caballeros, estamos solos en esto. No hace falta mencionar el océano que nos separa del Río de la Plata y la velocidad con que se suceden los acontecimientos. Nos toca a nosotros decidir. Es un riesgo y una responsabilidad que, mal que nos pese, debemos asumir.

Belgrano sabe que Sarratea es un hábil manipulador, capaz de tejer discursos convincentes que enmascaran sus verdaderas intenciones, y se siente incómodo por lo que percibe como un acercamiento excesivo a España. Aunque también admite para sí mismo que la realidad de Europa y las Provincias Unidas es demasiado compleja como para permitirse descartar opciones de forma categórica, por controvertidas que sean.

Rivadavia, por su parte, navega en un mar de ambigüedades. Sabiendo que Alvear está al tanto del plan que propone Sarratea, no ve cómo puede oponerse sin comprometer su posición.

Un pesado silencio se instala en la sala, hasta que Sarratea toma nuevamente la palabra:

–Creo que lo más conveniente es que conozcan al conde Cabarrús y él mismo les cuente lo que ha logrado en Italia. Con esa información, estimo que los tres estaremos en condiciones de definir cuáles serán los siguientes pasos.

Cuando se quedan a solas, Rivadavia y Belgrano continúan analizando el plan que les ha propuesto Sarratea. Ambos coinciden en que, aunque en sus inicios las revoluciones de América habían merecido un alto concepto entre los poderes de Europa, ahora estaban desacreditadas debido al desorden y las crisis sucesivas en las que estaba envuelta la región.

Pero lo más relevante, concluyen, es que mientras en años anteriores el espíritu general de las naciones impulsaba a republicanizarlo todo, era innegable que se había producido una mutación de ideas propiciada por la Santa Alianza y que ahora las potencias querían monarquizarlo todo.

Por lo tanto, si aspiran a que las Provincias Unidas formen parte de los estados independientes y su gobierno tenga legitimidad, deben adaptarse a las circunstancias y evitar cualquier acción que pueda despertar las iras de los absolutismos, razón por lo cual el establecimiento de un rey parece el recurso más pragmático y viable.

Poco a poco, ambos se persuaden mutuamente de las ventajas y posibilidades del proyecto. Después de evaluar las experiencias de las Provincias Unidas en el ejercicio del poder, concluyen que replicar una monarquía constitucional como la de Inglaterra, un modelo sólido y probado durante siglos, podría ser el medio más eficaz para superar las divisiones internas, poner fin a la anarquía y lograr la tan ansiada unidad de los pueblos sudamericanos bajo un solo gobierno centralizado en la figura de un rey.

Evocando las razones que años atrás lo llevaron a adherir al carlotismo como estrategia para avanzar hacia la independencia, Belgrano asegura que ahora tienen mayor madurez para darle forma a una Constitución que limite el poder del rey, evite los abusos de poder y garantice los derechos y libertades de los ciudadanos.

Rivadavia argumenta que esa estructura de gobierno les permitiría enfrentar con mayor eficacia los peligros que todavía se ciernen sobre Sudamérica.

Cuando la conversación llega a su fin, ambos no solo están convencidos del plan, sino también entusiasmados. Sin embargo, se exigen mutuamente cautela: aún deben conocer a Cabarrús y determinar cómo seguir adelante con lo que han comenzado en llamar: "el asunto de Italia".

* * *

Al día siguiente, Belgrano se encuentra nuevamente indispuesto. A los malestares que le provoca su enfermedad se suma el agotamiento acumulado después de días de tensión y negociaciones. A pesar de ello, se ha vestido para ir con Rivadavia a una cita con un funcionario de la cancillería.

–¡Dios mío! –exclama Rivadavia al verlo en la sala–. ¡Si no hablase, pensaría que está usted muerto!

–Pues aquí estoy, hablando y de pie –responde Belgrano con un tono seco, que deja en claro que no está para bromas.

–Demasiado pálido y ojeroso para que alguien pueda prestar atención a otra cosa. Por usted, pero también por mí y el Lord que nos ha concedido la entrevista, le ruego tenga a bien quedarse en casa. Le prometo traerle a mi regreso todas las novedades.

Belgrano hace una mueca de disgusto, pero finalmente le agradece la consideración. La verdad es que se siente tan débil que incluso hablar le resulta un esfuerzo.

Durante dos días permanece en la casa del West End, de a ratos durmiendo y, cuando se siente un poco mejor, escribiendo oficios y cartas. Algunas son personales y otras están dirigidas al gobierno de Buenos Aires, en las que detalla con su habitual precisión las gestiones que están realizando. Al tercer día, ya recuperado, se une a Rivadavia para asistir juntos a las citas que lograron concertar pero que resultan ser infructuosas. Tanto los funcionarios como los miembros de la Cámara de los Comunes los escuchan con real o fingido interés, pero sus respuestas son siempre vagas o evasivas.

Una de esas noches, tras otra jornada con resultados frustrantes, Belgrano asiste al King's Theatre para ver a María Mercandotti, la bailarina de quien tanto le ha hablado Lord Duff. Tal como prometió, el Conde le ha enviado previamente una nota confirmando la invitación y un carruaje para que lo traslade al teatro.

El coche se detiene ante la fachada iluminada del teatro. En la puerta hay un grupo de hombres con sombreros de copa y mujeres con tocados de plumas, que conversan en voz baja, evaluándose discretamente unos a otros.

Belgrano no tarda en distinguir a su anfitrión cerca de la entrada principal. La figura alta y robusta del Conde, sostenida por un elegante bastón con empuñadura dorada, resulta inconfundible. Después de intercambiar saludos, Duff lo guía hasta un palco con asientos de terciopelo carmesí, paredes con frescos de tritones y nereidas, y un amplio marco dorado que se abre hacia el escenario.

–Nuestras tradiciones de entretenimiento son más… contenidas que las de la península –comenta Duff con amabilidad, mientras observa a los miembros de la orquesta que van ocupando sus lugares–. Espero que esta joven artista logre captar su atención.

Belgrano asiente con cortesía y se esfuerza por disimular su falta de interés. La danza española no forma parte de sus aficiones, pero valora oportunidad de conversar con el Conde.

–Será sin duda un deleite observar a una artista tan aclamada, incluso para alguien con tan modestos conocimientos sobre este arte –responde con diplomacia.

La música comienza y María Mercandotti aparece en el centro del escenario para hacer una reverencia. Lleva un gran tocado de flores y un traje de seda tan fina que, en cuanto empieza a dar los primeros saltos y a desplegar su falda bajo las luces, se puede entrever la simetría de su figura.

A pesar de que es baja y delgada, casi diminuta, la joven española parece crecer con cada movimiento. La precisión de sus pasos y el arte con el que entrecruza sus pequeños pies en el aire dibujan un ritmo propio. Poco a poco las reservas iniciales de Belgrano van mermando hasta que se deja llevar por la música vibrante, provocadora, y el sonido de las castañuelas que vuelan

entre las manos de la muchacha. El teatro se asemeja de pronto a una taberna andaluza y el público británico olvida su proverbial flema, incluso Duff, para aplaudir con inusitado entusiasmo.

Al terminar la función, con las mejillas arreboladas por la emoción, el Conde se gira hacia Belgrano.

–Espero que la joven Mercandotti haya sido de su agrado –dice sin poder ocultar su orgullo y con un leve gesto de triunfo–. He organizado una pequeña recepción aquí mismo, en el salón octogonal, en honor a nuestra Venus andaluza –agrega poniéndose de pie–. Sígame, quiero que la conozca.

Belgrano lo sigue hasta un amplio salón, que está abarrotado de gente. Hay alguien tocando un preludio en el piano, pero no se lo ve porque ha quedado sumergido entre los asistentes que beben y conversan sin prestarle ninguna atención. A medida que Duff con su imponente presencia avanza, el público se abre como las aguas de un río para saludarlo o dejarlo pasar. Belgrano está de espaldas a la entrada del salón cuando todos comienzan a aplaudir y a vivar. Ha entrado María Mercandotti. Al volverse, la ve dando pequeños pasos de gacela y haciendo algunas piruetas que hacen sonreír a los presentes. La joven llega al centro del salón, donde el Conde ya está parado junto al piano, y se inclina con gracia ante él. Los aplausos crecen hasta que Duff levanta su copa.

–Amigos míos, esta noche hemos sido testigos del arte de lo sublime. Propongo un brindis por la incomparable María, quien nos recuerda que el talento y la belleza son dones que trascienden fronteras.

Belgrano cumple con cada ritual y también responde al entusiasmo de su amigo escocés cuando este le presenta a su joven protegida. Pese a que le habla en español y la felicita efusivamente por sus "extraordinarias cualidades artísticas", la muchacha hace apenas un mohín y enseguida vuelve su atención a un admirador más joven y vehemente, ignorando por completo a Belgrano.

El esfuerzo social empieza a pesarle. El alcohol relajó las costumbres de los invitados, y en el salón resuenan carcajadas estridentes y conversaciones exaltadas. Hay algunos caballeros que se comportan con lascivia, acosando a las mujeres, o procuran ser

extravagantes, lo cual en Londres se ha vuelto un símbolo de estatus. Mientras observa a su alrededor buscando un rincón donde poder refugiarse, un brazo femenino se extiende a su lado para señalarle unos sillones que están en un extremo del salón:

–Ese es el mejor sitio para escapar de tanto barullo –dice en inglés, pero con una pronunciación que revela su origen extranjero.

Belgrano se gira para mirarla. La mujer tiene un rostro interesante: el pelo castaño, los ojos profundamente oscuros y una tez muy pálida. A diferencia de otras damas que evitan un contacto tan directo, ella le sostiene la mirada sin titubear, hasta que finalmente estira su mano, cubierta por un guante de satén.

–Isabel Pichegru.

Belgrano le besa la mano con caballerosidad y después de presentarse, la invita a acompañarlo hasta los sillones.

Mientras camina detrás de la mujer, se permite observarla con más detenimiento.

Mademoiselle Pichegru no es convencionalmente hermosa, pero se destaca no solo por su vestido más corto y más ceñido al cuerpo que los de las damas inglesas, sino también por una ondulante forma de moverse que parece calculada para provocar.

–Soy francesa, como seguramente su oído ya habrá adivinado –comenta apenas se sientan.

Después de preguntarle a Belgrano sobre su origen y los motivos por los cuales está en Londres, la dama se inclina hacia él, y con una sonrisa osada, agrega:

–Me temo, Monsieur, que en estos salones donde en apariencia no hay más que conversaciones triviales, se ocultan los secretos diplomáticos más… apasionantes.

Belgrano arquea las cejas y también le sonríe:

–Nuestros anfitriones ingleses son sin duda los más diestros en ese tipo de juegos, Mademoiselle.

Isabel ha reparado en el general rioplatense desde el momento en que notó su cercanía con el conde Duff. Ante el avance de Napoleón, ella necesita asegurarse la protección británica o la salida de Europa en caso de emergencia, y este hombre elegante, que

parece disfrutar de la conversación y de la compañía femenina, podría resultarle útil.

Decidida a captar toda su atención, aprovecha para introducir un comentario aparentemente casual sobre la convulsa situación de Europa, seguido de un dato con el que busca impresionarlo.

–Aunque solo soy la sobrina del general Jean Charles Pichegru, he aprendido a llevar su glorioso apellido como un estandarte de las luchas contra ese monstruoso "emperador".

–Napoleón es, sin duda, un enemigo común en este lado del canal y por lo que menciona, también de su familia –dice Belgrano.

–El apellido Pichegru está en la historia de Francia, pero en París jamás me perdonarían tanta franqueza. En cambio en Londres mis opiniones encuentran mejor compañía. –Mientras habla y pese a la agudeza de sus comentarios, Isabel no pierde el brillo seductor en sus ojos.

–Yo admiro el ansia de libertad de pueblos como el suyo y de los hombres que luchan para alcanzarla –sigue diciendo–. Aunque no todos compartimos esa necesidad de libertad en el mismo sentido. ¿Acaso no cree que todo hombre libre busca, ante todo, su propio bienestar?

Belgrano se toma su tiempo para responder. Es evidente que Mademoiselle Pichegru no se limita a las opiniones convencionales y que es muy hábil para insinuar sin revelar. Eso le atrae. Sin embargo, lo que
más lo cautiva son esos ojos cargados de promesas y la sensualidad que emana de cada uno sus movimientos.

–Supongo que algunos lo buscan, mientras que otros creen en algo más grande que sí mismos –contesta con calma.

Isabel inclina la cabeza, aparentemente complacida con su respuesta.

–No es frecuente conocer a alguien que ve más allá de su propio beneficio. Usted parece… una rara excepción.

La conversación continúa con frases veladas y sonrisas calculadas. Isabel, experta en dosificar su narrativa, comienza a relatarle las hazañas de su tío, el célebre general Pichegru aportando datos escogidos de acuerdo a lo que, presume, son los intereses de

su acompañante. Según le cuenta, su tío participó en la Guerra de la Independencia norteamericana y, a pesar de su humilde origen campesino, ascendió al rango de general gracias a su brillante actuación durante la Revolución Francesa.

–Como general de la República, obtuvo resonantes victorias –continúa diciendo–. Sin embargo, luego se opuso a los jacobinos. Más tarde, sirvió a los Borbones, combatiendo junto a los realistas contra Napoleón… hasta que fue arrestado. Murió en su celda, bajo circunstancias nunca esclarecidas, sin embargo nadie duda de que lo mandara a matar ese canalla.

Mientras Isabel intercala comentarios sobre su "lastimosa vida de exiliada", abjurando de Napoleón y culpándolo por haberle arrebatado la buena vida y las comodidades a las que asegura estaba acostumbrada en París, forzándola a una existencia itinerante, Lord Duff la observa a la distancia.

El Conde no tiene claro quién invitó a Mademoiselle Pichegru al teatro y a la recepción, pero especula que puede haber sido alguno de sus compatriotas franceses emigrados, o cualquiera de los caballeros británicos que están allí.

En Londres hay quienes dicen que es una embustera, una suerte de cortesana profesional, experta en los juegos de palabras con los que teje su red para lograr los favores de hombres influyentes y acceder a los círculos más selectos. Sin embargo, a él no le consta y prefiere desechar esos rumores. Tal vez sean solo chismes, y en cualquier caso Belgrano parece entretenido, reflexiona. "Además le sobra inteligencia para caer, si acaso, por una noche en ese escote sin perder la cabeza", se dice divertido.

Cuando el salón comienza a vaciarse, Isabel Pichegru anuncia que debe retirarse.

–Lamento tener que abandonar una conversación y una compañía tan agradables –dice, entornando los ojos.

–Podemos retomarla muy pronto, si usted me lo permite.

–Me encantaría invitarlo a tomar el té al piso donde resido actualmente, aunque me temo es demasiado pequeño y carece de los lujos necesarios para recibirlo como corresponde…

–Será un honor para mí visitarla. Y permítame aclararle que el único lujo que necesito es el de disfrutar nuevamente de su compañía –replica Manuel, galante.

Isabel sonríe, complacida, y conciertan una próxima cita.

Él es consciente de que la bella dama intentó ofrecerle una imagen de sí misma entrelazando la tragedia, la inteligencia y el encanto. También se pregunta cuánto de lo que le ha contado es verdad y cuánto responde a una estrategia para seducirlo. En otras circunstancias despreciaría un ardid tan evidente, pero no puede negar que la audacia de esa mujer lo intriga y atrae por partes iguales.

Con más de treinta años, tal vez acercándose a los cuarenta, y sin un marido ni una familia que velen por ella, Mademoiselle Pichegru parece actuar con una libertad admirable y a la vez peligrosa, echando mano sin escrúpulos a sus dotes naturales y a los recursos que tiene a su disposición para protegerse y sobrevivir en un mundo dominado por los hombres. No teme ignorar las apariencias ni desafiar los rígidos preceptos morales que suelen encorsetar a sus congéneres. Es una rebelde, una cualidad que a Belgrano siempre le ha atraído en las mujeres. Aunque sobre todo hay una fuerza sexual que ella emana y que le despierta un deseo que no puede ni quiere reprimir.

* * *

A la mañana siguiente, animado por la perspectiva de un próximo encuentro con la dama francesa, Belgrano decide ir hasta Floris, una preciosa tienda de perfumes en Jermyn Street que había visto días atrás, para comprarle un regalo. Al entrar en Floris, la mezcla de aromas lo embriaga y tiene que esmerarse para encontrar en ese universo de fragancias una apropiada que, en su imaginación, combine con la piel lunar y cremosa de Isabel, que adivina más suave que el terciopelo.

Con ese humor ligero regresa a la casa del West End, pero su ánimo cambia apenas entra en el hall. Desde el salón llegan voces que de inmediato reconoce a quienes pertenecen: Rivadavia,

Sarratea y un tercer hombre con marcado acento español, que supone es el conde Cabarrús.

Cuando entra en la habitación, aún con el reloj en la mano tras haber cotejado la hora, comenta irritado:

–Nuestra cita era a las once. Veo que decidieron adelantarse y empezar sin mí.

Sarratea y Rivadavia se esfuerzan dando excusas que no tiene la menor intención de escuchar. Conoce demasiado a ambos y sabe que no fue un malentendido ni un error sino de otra de sus habituales confabulaciones.

El conde Cabarrús, entretanto, ya se ha levantado de su asiento. Con movimientos rápidos, avanza hacia él, inclinando ligeramente la cabeza en un gesto que mezcla reverencia y afectación:

–¡Mi estimado General, estaba deseoso de conocerlo! –exclama con impostada efusividad.

Belgrano lo observa con curiosidad y cierta reserva. Cabarrús está vestido a la vieja usanza, con calzones blancos ajustados que remarcan unas piernas algo cortas, zapatos con hebilla y una chaqueta estrafalaria, sobrecargada de galones dorados y fornituras. El pelo castaño que le cubre las orejas y el flequillo pegado a la frente conforman un casco sólido. Tiene las mejillas redondeadas, lustrosas, y ademanes exagerados, que en conjunto hacen que parezca un arlequín.

–Nuestro amigo nos estaba relatando los pormenores de su viaje a Italia –dice Rivadavia procurando distender la tensión que se instaló en la sala.

–Una peligrosa travesía por territorios en estado de guerra –agrega Cabarrús, llevándose una mano al pecho y dejando escapar un largo suspiro, como si el recuerdo aún lo fatigara–. Apenas partí de Londres,
se produjo el acontecimiento más inesperado: ¡el escape de Napoleón de la isla de Elba y su marcha hacia París, precisamente la primera ciudad a la que fui antes de continuar a Italia! Desde ese momento, todo fue caos y convulsión. Pero cualquier riesgo o excepción eran justificables para cumplir la comisión con la que me honró Don Manuel –dice lanzando una mirada aduladora a

Sarratea–. Incluso el haber precisado consumir unas cuantas libras que no estaban en mis cálculos para contratar calesas, distribuir propinas, y poder circular sin levantar sospechas.

–Espero que las dificultades de la empresa no hayan mermado los resultados –dice Belgrano, con frialdad.

Cabarrús responde con una risa breve:

–No me atrevería a presentarme aquí sin resultados, mi General.

La mandíbula de Sarratea se tensa. Conoce bien a Cabarrús y su inclinación a llevar una vida de lujos y derroches sin importar a expensas de quien. Aunque lo que más le molesta es que intente hacerlo a él también víctima de sus embustes. Con sus sonrisitas calculadas y un par de cumplidos baratos el Conde pretende minimizar sus despilfarros. Ya tendrá oportunidad de hablar con él en privado, pero ahora su prioridad es desviar la mirada inquisitiva de Belgrano.

–Lo importante es que continúe contándonos lo sucedido en Roma, sin entrar en tanto detalle innecesario –dice Sarratea, acomodándose en su asiento, para luego girar hacia Belgrano y añadir–: Antes de que usted llegase, el Conde nos relataba que, de camino a Roma, pudo recabar información sobre la corte de los Reyes, en todo beneficiosa para nuestros propósitos. Tanto en Turín, como en Florencia y Siena, distintos informantes le aseguraron que los viejos monarcas están en un estado de penuria que raya lo indecente. Maltratados por el gobierno pontificio, ultrajados por la corte de Madrid y abandonados por todos los soberanos de Europa. También supo que Manuel Godoy, el otrora todopoderoso Príncipe de la Paz, fue alejado con violencia de sus amos y desterrado a Pesaro, y que los reyes están rodeados de espías, con excepción de algún duque leal y de Pepita Tudó.

Cabarrús se toma las manos y con sonrisa reptiliana, agrega:

–La Condesa de Castillo Fiel, tal el título de Pepita y como gusta que la llamen ahora, no es otra que la esposa de Godoy. Todos sabemos del largo *affaire* entre la reina María Luisa y Godoy –dice saboreando cada palabra, mientras lanza una mirada cómplice que casi roza lo vulgar–. Pero pocos saben que se rumorea que el propio

Carlos IV también sentía cierta "inclinación" hacia el favorito de su esposa.

El Conde deja escapar una risita antes de continuar:

–María Luisa siempre odió a Pepita por su juventud y belleza, sobre todo después de que Godoy le encargó a Francisco Goya un retrato de su maja completamente desnuda. Sin embargo, quien lo hubiera dicho, ahora Pepita es dama de honor y confidente de la reina. ¡Así de sola y abandonada está su majestad como para haber aceptado a su antigua rival como acompañante! –Después de recostarse en su asiento, como un actor que acaba de culminar su gran escena, Cabarrús añade–: Hay que considerar que a la pobre María Luisa todos les son contrarios. Incluso su propia hija, la Infanta. Esa víbora ha hecho causa común con su hermano Fernando y no solo vive separada de sus majestades, sino que se ha convertido en una de sus más peligrosas enemigas.

Belgrano observa al Conde con creciente desagrado. Hay algo viscoso en él que le repele. Se nota que disfruta de los chismes palaciegos y de darle a sus relatos tintes lúbricos. Tiene que hacer un esfuerzo para tolerarlo, pero sabe que detrás de cada detalle morboso que aporta puede haber piezas clave para descifrar el intrincado tablero político. Sin embargo, al principio le costó entender por qué Sarratea lo había elegido como agente considerando que es un charlatán impenitente, aunque ya logró deducirlo: además de sus valiosos contactos con los Borbones, Cabarrús sabe cómo tratarlos porque es tan decadente como ellos.

Rivadavia, por el contrario, parece encantado con el personaje y no ha dejado de asentir cada vez que el Conde le dedica a Sarratea uno de sus empalagosos cumplidos. Sarratea, siempre pragmático, no se deja embaucar con zalamerías. Jamás pierde de vista sus objetivos y, al notar que la conversación ha tomado un rumbo inconveniente, interviene con tono firme:

–Habíamos llegado al punto en que toda la información que obtuvo antes de llegar a Roma le permitió saber que sería observado y seguido por los espías del Papa, de la corte de los Reyes y de Madrid. Ahora llegamos por fin a lo que realmente nos interesa: cuéntenos qué pasó en Roma.

Cabarrús baja la cabeza, obediente y sigue diciendo:

–Llegué el 8 de marzo y, conociendo las costumbres de la corte, esa misma tarde fui a San Pedro. No me equivoqué al hacerlo porque allí pude hablar con la madre de la señora Tudó y con algunos otros miembros de la corte, que se ocuparon de informar a la reina de mi presencia en Roma y mi deseo de besar su mano. Al día siguiente ya estaba en el Palacio, entrevistándome con Pepita, la Princesita de la Paz, en sus aposentos y más tarde, allí mismo, con la mismísima María Luisa.

–¿Y es tan fea como la pintó Goya? –pregunta Rivadavia curioso, pero también admirando al Conde por sus capacidades y relaciones que le permitieron ser recibido por la reina apenas llegar.

–¡Más fea aún por los estragos causados por los años y las desgracias! –exclama Cabarrús, encantado de regresar a los detalles escabrosos–. Apenas si tiene dientes y eso ha retraído su mandíbula inferior. Cada vez que habla o, peor aún, cuando se supone que sonríe, parece una espantosa bruja.

Belgrano mira a Sarratea con exasperación, quien rápidamente comprende el mensaje y vuelve a intervenir:

–Le ruego que acote su relato a lo que nos ocupa. Los dientes de Su Majestad y su mandíbula pueden esperar.

Cabarrús sonríe condescendiente, pero su tono se vuelve un poco más grave al retomar:

–Perdón, caballeros, me he dejado llevar. Continuando con mi relato: después de intercambiar algunas palabras sobre la opinión que tenían de los reyes en Inglaterra, Pepita nos dejó solos. Entonces aproveché para solicitarle a Su Majestad una entrevista privada en la que pudiera explicarle los verdaderos motivos de mi viaje. Accedió de inmediato y me citó ese mismo día, a las nueve y media de la noche, en sus habitaciones. Allí, durante más de dos horas, le expuse el objeto de mi comisión.

Belgrano cruza los brazos, atento, mientras Cabarrús continúa, embelesado por sus propias palabras:

–Sin articular la menor duda sobre la identidad de mi persona, ni sobre la veracidad o legitimidad de mi cargo, debo decir que la reina me trató con la mayor distinción –comenta dándose aires–. Tras

explicar que mi misión no era otra que servir a sus majestades, sabiendo de sus famélicos bolsillos, le planteé que la independencia pecuniaria de ambos estaba irremediablemente ligada a la recuperación del cetro que les habían arrebatado. Este, le dije, debía ser trasladado a un hijo respetuoso y sumiso como Don Francisco de Paula. También le expuse las ventajas políticas y comerciales que esta decisión traería a los españoles de ambos hemisferios y le aseguré que los americanos españoles estaban más que dispuestos a concluir su revolución y poner el gobierno en manos de un soberano elegido por ellos.

Presumiendo de un triunfo que aún no ha alcanzado, Cabarrús comenta con suficiencia que lanzó algunas amenazas veladas:

–Dejé entrever que si no aceptaban la propuesta, los americanos entregarían a otro príncipe el cetro del Nuevo Mundo, con lo cual todos los derechos de España y en consecuencia de sus soberanos, terminarían en manos de una potencia extranjera.

–¿Y qué le respondió la reina? –interrumpe Rivadavia, inclinándose levemente hacia adelante.

–Oh, Su Majestad fue muy clara. Dijo que, de depender de ella, enviaría al Infante ahora mismo para concluir la guerra y estrechar con América "relaciones íntimas". Esas fueron sus palabras, no las mías. También consideró que tanto el Príncipe de la Paz como el rey aceptarían el proyecto, tras lo cual yo le pedí que hiciese lo necesario para conseguirme una audiencia privada con el monarca.

Cabarrús hace una pausa estratégica, antes de continuar con tono más contenido:

–Después de una audiencia pública y de besar su mano, Carlos IV me citó nuevamente esa misma noche, en la misma habitación donde me había reunido con la reina.

El Conde entorna los ojos y añade con ese tono malicioso que sus interlocutores ya han aprendido a identificar:

–No es ni la sombra de lo que supo ser. Es la viva imagen de la decrepitud, tembloroso… pero no se inquiete, mi querido amigo –dice con una sonrisita impostada, dirigiéndose a Sarratea–: esta vez no entraré en detalles.

Sarratea arquea una ceja, impaciente, pero guarda silencio mientras Cabarrús prosigue:

–El monarca me escuchó con atención. Hizo algunas consideraciones acerca de la situación de las provincias y afirmó que apreciaba mis comunicaciones, pero que no estaba en condiciones de tomar una resolución precipitada tratándose de un negocio tan delicado. Luego, todas fueron quejas: que estaba rodeado de espías, que sufría maltrato por parte del gobierno pontificio, que el asilo en Roma se había convertido en una prisión –el Conde mueve una mano con teatralidad, subrayando la ironía de la situación–. Estaba yo aguardando su respuesta cuando me enteré de que los reyes habían huido de Roma, preocupados por el avance de Murat, rey de Nápoles, y sus tropas.

Belgrano lo interrumpe con tono seco:

–¿O sea que toda su negociación quedó en nada?

–Le entregué una nota con los términos de la propuesta…

Belgrano se pone de pie abruptamente, cerrando la frase del Conde con severidad:

–…Sin obtener ninguna respuesta.

Cabarrús parece incómodo, pero recupera la compostura y se apresura a explicar:

–Que los reyes hayan tenido que irse nos favorece. Así me lo confirmó el Príncipe de la Paz, a quien enseguida fui a ver a Verona.

Adoptando un tono más relajado, el Conde añade:

–También él ha cambiado, ¡y cuánto! Recordaba a Godoy como un caballero alto y apuesto, de piel clara, pero me encontré con alguien grueso, abotagado y rubicundo, no solo torpe para moverse sino también para dialogar…

–¡Concéntrese, se lo suplico! –lo interrumpe Sarratea, exasperado–. No dé más vueltas y díganos qué dijo Godoy.

Cabarrús asiente con un leve movimiento de cabeza, cerrando los ojos un instante antes de continuar:

–Después de tres conferencias, él ha tomado las riendas de la negociación y me ha dicho que, quisiera o no el rey, el Infante se pondría en marcha, siempre y cuando yo regresase a Italia y les asegurase el cumplimiento de las siguientes condiciones –el Conde

saca un papel de entre sus ropas, lo desdobla y lee con solemnidad–: Primero, debemos asegurar que Inglaterra favorecerá o al menos no entorpecerá la ejecución del plan. Segundo, si como resultado inmediato de esta operación la corte de Madrid los persigue, debemos garantizar que Don Carlos y Doña María Luisa contarán con asilo y una asignación acorde a su alta dignidad, y lo mismo Godoy, la Condesa de Castillo Fiel y sus hijos.

Sarratea se muestra satisfecho. Nada le gusta más que manejar intrigas y operar en las sombras, y en este momento se felicita por haber elegido a Cabarrús como agente. Pese a sus dudosos antecedentes y a que su único afán es servirse de ese trono inventado para enriquecerse, nadie puede cuestionar su eficacia para la genuflexión y las adulaciones mientras siembra discordia y fomenta conflictos.

–Es preciso que el asunto de Italia se mantenga en completo secreto –dice Sarratea, fijando la mirada en Rivadavia–. Si la corte de España se entera, acelerarán todas las operaciones que están pergeñando contra nosotros.

–¿Consideran que podemos cumplir con las exigencias de Godoy? –pregunta Belgrano, tras reflexionar en silencio.

–Consultar con el gobierno de Buenos Aires nos tomaría meses –responde Rivadavia, que aún duda acerca de qué posición tomar.

–Es nuestra única oportunidad de terminar para siempre con Fernando –replica Sarratea con ímpetu–. Debemos asumir el riesgo y la responsabilidad.

Belgrano le replica enfático:

–Pero de ninguna manera podemos permitir que el Príncipe de la Paz, ese déspota que ha estado siempre al servicio de un soberano imbécil ahora caído en desgracia, nos imponga sus condiciones.

Cabarrús se revuelve incómodo en su asiento. Necesita seguir oficiando de agente para continuar contando con fondos, y necesita de Godoy como socio para que el negocio le dé los grandes frutos prometidos, pero no encuentra qué decir para alentar el plan sin quedar en evidencia. Sin embargo, Belgrano lo sorprende abriendo una puerta inesperada:

–Mientras seguimos adelante con nuestras instrucciones y procuramos que Lord Castlereagh nos reciba, podemos darle formalidad a la iniciativa. Elaborar documentos que definan los alcances de esa monarquía y nuestros compromisos. Si Cabarrús vuelve a Italia, debe llevar un proyecto de Constitución para el nuevo reino.

–Estoy de acuerdo –dice Sarratea sin dudar–. Pero tenemos pocos días…

Rivadavia, que ha estado observando el intercambio como si fuera una partida de ajedrez, se inquieta. Le preocupa quedar al margen de una tarea que no sabe siquiera cómo abordar. Un proyecto de Constitución es demasiado. Necesita disimular la asimetría entre su formación académica y la de Belgrano, por lo que recurre a su habitual soberbia para enmascarar sus falencias.

–Si nos abocamos a la materia, puedo elaborar las ideas para que Belgrano las redacte –comenta aparentando estar por encima de la cuestión.

Acostumbrado a este tipo de actitudes de su compañero, Belgrano no se ofende. Conoce bien la desesperación de Rivadavia por demostrar que está al mando, aunque duda del valor de las ideas que asegura aportará. Lo ha escuchado infinitas veces citando autores que solo conoce a medias o de quienes no comprende el espíritu.

Su contrición al deber prevalece y acepta la propuesta con serenidad, enfocándose de inmediato en la tarea que les espera. En los días sucesivos, arma un plan de trabajo y una guía de temas y libros que quiere consultar, lo que lo lleva a pasarse jornadas enteras en la Biblioteca Británica.

Rivadavia, por su parte, prácticamente desaparece de la casa. Cada vez que se cruzan, pretende estar muy ocupado o muy apurado. Solo en dos ocasiones le pide a Belgrano revisar sus notas, para luego comentar vaguedades o señalar errores sin relevancia.

Una tarde, al regresar de la biblioteca, Belgrano lo encuentra sentado en el salón, casi a oscuras. La única lámpara que lo ilumina proyecta sombras que le dan más gravedad a su rostro crispado.

–Llevo toda la tarde esperándolo –le recrimina Rivadavia con ansiedad apenas lo ve entrar–. He recogido unos oficios de Buenos Aires: Alvear fue destituido.

Belgrano frunce el ceño y resopla:

–¿Y quién nos gobierna ahora?

–Álvarez Thomas.

Belgrano necesita entender lo sucedido. Puede leer los oficios, pero él también está ansioso y le pide a Rivadavia que le enumere los hechos más relevantes: en abril, el Directorio había enviado al Ejército Auxiliador, al mando de Ignacio Álvarez Thomas, a invadir la provincia de Santa Fe para combatir a Artigas. Pero estando en Fontezuelas, Álvarez Thomas y sus tropas se habían sublevado, exigiendo la renuncia de Alvear.

–En su proclama, Álvarez Thomas lo acusó a Alvear de inmoral y corrupto por proteger a los "españoles europeos" y colocar a sus familiares y favoritos en cargos lucrativos –prosigue Rivadavia, con gravedad–. Además, anunció que no participaría de una guerra civil y regresó a Buenos Aires. Ya sabe cómo son estas cosas… La insurrección se propagó como pólvora, hasta que se produjo un levantamiento popular y Alvear terminó cayendo. El Cabildo asumió el poder y convocó a elecciones. El elegido fue José Rondeau, pero como estaba a miles de leguas de distancia al mando del Ejército Norte, el cargo de Director Supremo lo está ejerciendo interinamente Álvarez Thomas. Según informan, disolvió la Asamblea y prometió convocar a un Congreso General.

–¿Y qué pasó con Alvear?

–Se embarcó en una fragata inglesa y huyó a Río de Janeiro. En cambio, su tío Posadas fue arrestado. Alvear ya debe haber llegado a destino porque todo esto ocurrió antes de que nosotros llegáramos a Londres, ¡en abril!

Belgrano asiente y su mirada se pierde en un punto indeterminado de la sala mientras procesa las noticias. Piensa en la patria, siempre convulsionada, y en su querido amigo San Martín que le había advertido claramente sobre el carácter traidor y canallesco de Alvear.

–Las crisis constantes de nuestra querida tierra y lo que tardamos en enterarnos lo complican todo –murmura, con amargura contenida.

Rivadavia se ha inclinado hacia adelante, y mientras mantiene la vista fija en el suelo, se frota las manos. Ha pasado toda la tarde rumiando las novedades, primero con enojo y decepción, luego tratando de encontrar el modo de reubicarse en el nuevo escenario. La caída de Alvear no solo cambia una vez más el rumbo de la misión que les encomendaron, sino que pulveriza las esperanzas de establecer un protectorado británico en las Provincias Unidas. Pero tras horas de cavilar, ha comprendido que el colapso en Buenos Aires obliga a mirar hacia otro frente y que el asunto de Italia cobra ahora una urgencia inesperada.

–Es hora de avanzar –dice, alzando los ojos hacia Belgrano, como si buscara reafirmar una idea que aún le resulta dudosa–. Debemos enviar a Cabarrús a Italia cuanto antes.

Belgrano sabe que cada movimiento de Rivadavia está marcado por ambiciones personales, pero también entiende que, con un pueblo dividido y sumido en la anarquía, no tienen margen para disputas.

–El plan que tenemos entre manos es imperfecto, contradictorio –dice al fin, como si sus palabras fuesen tanto una advertencia como una aceptación–, pero puede ser nuestra única oportunidad de alcanzar la suspirada independencia.

8
EL ASUNTO DE ITALIA

Belgrano repasó por tercera vez el manuscrito, pluma en mano, con el empeño obsesivo de quien teme que un solo error pueda arruinarlo todo. Escribir el proyecto de constitución monárquica le había llevado días y noches de reflexión y desvelos, pero el resultado comenzaba a satisfacerlo.

Tal como había consignado en el informe que había redactado en simultáneo para el gobierno de Buenos Aires, el plan que estaban llevando adelante era un puente para conseguir la independencia y su reconocimiento por parte de los gobiernos de Europa. La elección del infante Francisco de Paula, príncipe borbónico y sucesor directo de Carlos IV, no solo se justificaba en términos legales, sino que también se amparaba en el mismo principio que los españoles habían invocado al proclamar a Fernando VII mientras despojaban a su padre del trono. ¿Acaso no era este un precedente válido? Francisco de Paula, rey de las Provincias del Río de la Plata, no dejaría lugar a dudas sobre la legitimidad del nuevo orden.

En las conversaciones con Rivadavia y Sarratea, los diplomáticos se habían convencido de que lograrían el apoyo del gobierno inglés porque lo que estaban haciendo era replicar el modelo británico. Para darle más fortaleza al proyecto y sellar paralelamente una alianza con la corte portuguesa instalada en el Brasil, también habían considerado la posibilidad de un enlace matrimonial: la unión del Infante con una de las hijas de don Joao y Carlota Joaquina. Esto neutralizaría cualquier posible choque de intereses y desterraría la amenaza de una guerra con los vecinos.

El proyecto que Belgrano había redactado aspiraba a establecer un gobierno con bases sólidas y permanentes, fundado en la voluntad de los pueblos y la experiencia de cinco años tras la revolución. En esa visión, el monarca sería elegido conforme a las circunstancias, pero la decisión final recaería en la Asamblea, que debía sancionar su coronación.

El Reino Unido de la Plata, Perú y Chile sería un reino constitucional, con duques, condes y otras figuras de la nobleza y la aristocracia, en el que las facultades de los poderes estarían claramente deslindadas. La Constitución estipulaba que habría dos cámaras legislativas, además de una nobleza hereditaria creada por el rey y un poder judicial independiente. También puntualizaba la responsabilidad de los ministros o secretarios de Estado ante el Parlamento. A la inviolabilidad de la persona del monarca se sumaban sus atribuciones para el nombramiento de funcionarios y poderes militares, pero también se limitaban sus poderes por el reconocimiento de los derechos "inalienables" de la ciudadanía, que incluían la libertad civil, de culto y de pensamiento, la inviolabilidad del domicilio y la seguridad individual.

La bandera nacional sería la misma que Belgrano había concebido: azul celeste y blanca, con franjas horizontales, símbolo de unidad y soberanía. También había dedicado tiempo a diseñar un escudo que sintetizara el carácter del nuevo reino: sobre un tigre y una vicuña se alzaría la corona real, flanqueada por tres flores, emblemas de la casa Borbón.

Tras largas jornadas inmerso en la redacción del proyecto, una tarde finalmente Belgrano dejó la casa del West End por un propósito más inmediato: visitar a Isabel Pichegru. La dama francesa vivía en el Soho, un barrio algo bohemio pero respetable, habitado por refugiados franceses, artistas y comerciantes, al que podía llegar caminando.

A medida que avanza hacia el Norte, el bullicio de la ciudad y el aire húmedo despejan su mente de tratados y leyes. Manuel comienza a recuperar imágenes de Mademoiselle Pichegru e imagina

cómo será el encuentro. Desde que la conoció aquella noche en el teatro, varias veces recreó sus ojos oscuros y el roce suave de sus manos. Pero han pasado ya dos semanas y esos recuerdos le parecen lejanos, casi irreales, como si pertenecieran a un sueño del que apenas quedaban fragmentos.

En Dean Street, las casas adosadas de ladrillo rojo son todas idénticas. Belgrano consulta la tarjeta que Isabel le entregó, donde están anotados su dirección, el día y la hora de la cita. La caminata lo lleva hasta una tienda de instrumentos musicales sobre la que hay un edificio de tres pisos con una escalinata que lo separa de la calle. La puerta de entrada está abierta.

El pequeño recibidor, dominado por una escalera, es austero. Los escalones de madera crujen bajo sus pies cuando, impaciente, los sube de dos en dos hasta llegar al segundo piso. Frente a la puerta del apartamento, se alisa la chaqueta y se pasa la mano por el pelo. Nomás golpea, la puerta se entreabre e Isabel se asoma con cautela, abriendo apenas lo suficiente para que Manuel pueda pasar.

–*Bonsoir*. Espero que nadie lo haya visto.

La mujer lo saluda con una timidez inusual. Él toma la mano que ella le extiende, la sostiene unos segundos entre las suyas y la besa con delicadeza. Ese primer contacto de sus labios con la piel cálida lo perturba.

–No me he cruzado con nadie.

–¡Oh, *mon Dieu*! ¡Qué manera tan desconsiderada de recibirlo! –exclama Isabel con gesto compungido, mientras acomoda la cascada de rizos que caen sobre uno de sus hombros–. Debo estar perdiendo los modales.

–No quisiera que mi visita le causara inconvenientes.–No debería ser así, ¿no cree? Pero eso es lo que nos toca a las mujeres –Isabel recuperó el tono enérgico y ya no hay rastros de su turbación anterior–. Aquí abajo vive un artista encantador, pero en el piso de arriba hay una modista italiana que adora contarles a sus clientas y a todo el vecindario lo que ve… o cree ver. Ya le advertí que mi hogar es muy modesto, pero póngase cómodo, por favor.

La sala de estar es pequeña, pero está decorada con gusto refinado. En las paredes pintadas de color celeste pálido predomina

un gran espejo con marco dorado que duplica el espacio y los escasos muebles: una mesa de caoba, una cómoda francesa y un sofá tapizado en terciopelo oscuro. Contra una pared se apoya un pequeño piano y al lado, hay una puerta cerrada que Manuel supone conduce al dormitorio. En un rincón de la sala está la cocina mínima: una chimenea con algunos utensilios.

Isabel cierra las cortinas e invita a Manuel a sentarse en el sofá, pero él permanece de pie y le extiende una caja forrada en seda.

–Me he tomado la libertad de traerle un obsequio.

–No tendría que haberse molestado.

Isabel sonríe, y su sonrisa se hace más ancha cuando al abrir la caja descubre el frasco de cristal tallado. Después de destaparlo y colocarse unas gotas de perfume en el cuello y las muñecas con calculada sensualidad, alarga uno de sus brazos hasta rozar los labios de Manuel.

–Es delicioso. ¿Le gusta?

–Mucho. Lo elegí especialmente para usted.

El ligero vestido de muselina amarillo que Isabel lleva puesto deja su cuello y escote ampliamente expuestos, aunque es su proximidad lo que lo agita. La recordaba atractiva, pero ahora le resulta irresistible y en lo único que piensa es en prolongar el contacto de esa piel nacarada.

Consciente del efecto que causa, Isabel agradece el obsequio con efusividad y lo invita a tomar el té. Ha dispuesto la vajilla en una bandeja, y cada vez que se mueve para levantar la tetera o acercar las tazas, se curva con cierto descaro dejando entrever el nacimiento de sus pechos generosos.

Manuel aparta la mirada y procura distraerse, aunque no necesita más para entender las intenciones de Mademoiselle Pichegru. Pese a que su forma de hablar y sus modales son propios de una dama, con su cuerpo transgrede esos preceptos y está haciendo lo posible por seducirlo.

Él no es un joven inexperto ni puede fingir inocencia en su decisión de visitarla a solas en su apartamento. Sabía que algo así podía suceder, e incluso lo deseaba. Hace demasiado tiempo que está lejos de su patria y sus afectos, pero además siempre tuvo

debilidad por las mujeres aguerridas como Isabel. Lo que nunca imaginó era que ella iba a actuar con tanta audacia. Como no suele permitir que las pasiones lo dominen ni tampoco tiene claro qué hacer, busca encauzar la conversación:

–¿Toca usted el piano?

–Lo intento, aunque este es demasiado modesto y no ayuda. Es el mejor que pude encontrar por treinta guineas. Para los demás es un simple objeto que genera música, pero para mí es un refugio que me ayuda a olvidar mis penas.

Como la noche en que se conocieron, Isabel retoma el relato sobre las penurias de su exilio. Se lamenta de que la obliga a una existencia austera, impropia de su condición social. Después de describir el esplendor perdido, los bailes y cenas fastuosas a las que estaba acostumbrada en París, con aire misterioso agrega:

–Pero no todo se consigue peleando contra al destino. O, al menos, no como lo hacen los hombres y, en particular los generales como usted. Hay batallas que las mujeres debemos dar con otras armas.

Isabel lo mira ahora con intensidad. Tiene pocos escrúpulos, nada de pudor y sobrada inteligencia, y ha calculado cada uno de los pasos que está dando. Es experta en detectar hombres que sean capaces de hacerle favores y sabe cómo conquistarlos. Su intuición le dice que Belgrano puede serle útil. Aunque es sudamericano, lo que se consideraría una desventaja, es diplomático y militar, por lo cual supone que cuenta con cierta fortuna. De todos modos, lo que más le importa es que está vinculado con figuras prominentes como el conde Duff, lo que eventualmente la ayudaría a asegurar su permanencia en Londres. Pero además, Manuel realmente le atrae. Le gustan sus ojos claros, limpios y francos, su porte erguido y, sobre todo, su conversación y gentileza.

Lo que sucedió entre ambos inmediatamente después fue puro arrebato. Estaban hablando de Napoleón cuando Isabel, convencida de la supremacía del corso y su pronta victoria, había dejado caer unas lágrimas, temiendo por lo que eso iba a significar para ella y sus compatriotas. Manuel se acercó para consolarla y en segundos sus labios se unieron en un beso. Los dedos de Isabel se deslizaron

por su nuca para atraerlo hacia ella y ya no hubo más distancia entre sus cuerpos. De sus labios, él pasó al cuello. Lo besó con frenesí y ella le respondió acariciándole la espalda.

Manuel volvió a besarla y así siguieron, hasta que Isabel se irguió frente a él y, mirándolo a los ojos, se bajó las mangas del vestido y lo dejó caer. Un corsé de tela muy fina reveló contornos y sombras. Isabel llevaba una enagua de encaje, que comenzó a levantar lentamente para mostrarle sus piernas bien torneadas a ese hombre que la miraba hipnotizado. Las medias de seda le llegaban hasta el nacimiento de los muslos y ahí se detuvo unos segundos, finalmente se arremangó la enagua a la altura de la cintura para exhibir la más completa desnudez. De la garganta de Manuel brotó un sonido gutural.

–Es usted muy bella.

Isabel se rio.

–¿Va a seguir tratándome de usted, Monsieur? –preguntó, provocativa.

–Ven aquí, Isabel –respondió él, incorporándose apenas del sofá para tomarle las piernas.

Ella aceptó sus caricias, pero luego lo empujó con suavidad hacia el respaldo del asiento y se sentó sobre él a horcajadas para reiniciar los besos y los roces, cada vez más urgentes.

Manuel jamás había estado con una mujer como Isabel, con ese dominio de su cuerpo y capaz de acariciarlo de ese modo. El contorno perfecto de sus caderas y lo rotundo de sus senos, que liberó con pericia del corsé para besarlos, hicieron crecer cada vez más su deseo, hasta que ella se desenredó de sus brazos y lo condujo al dormitorio.

En la penumbra de la habitación, Isabel se quitó con premura las pocas prendas que la cubrían y se tendió desnuda sobre las sábanas, dándole tiempo para que la admirase antes de atraerlo hacia ella. Manuel recorrió su cuerpo con una mezcla de torpeza y fervor. Liberado de todo pudor, luego dejó que Isabel marcase el ritmo para guiarlo una y otra vez hacia un placer que nunca había conocido.

Fueron horas de entrelazarse y deshacerse hasta que quedaron exhaustos. El abrazo se prolongó incluso cuando Isabel se durmió en sus brazos. Manuel, en cambio, tuvo que esforzarse para apartar los pensamientos que comenzaron a acusarlo de desvergüenzas y pecados. Cuando el cansancio pudo más, su respiración se acompasó a la de ella y logró que el sueño también lo llevase.

Era de madrugada cuando se despertó. La habitación estaba a oscuras. Después de vestirse intentando no hacer ruido, la besó en los labios. Isabel entreabrió los ojos.

–¿Te marchas?

–Sí, debo irme.

–Procura que nadie te vea.

–Eso haré.

Ella lo rodeó con sus brazos y sus piernas. Manuel volvió a besarla.

–Si continúas, no podré marcharme –murmuró.

–Vete, pero dime cuándo regresarás. ¿El miércoles?

–Para eso falta una semana…

–Sí, y eso está bien. Que el miércoles sea nuestro día. Te espero a la misma hora. Piensa en mí hasta entonces.

–Voy a contar las horas hasta volver a verte.

Desde la cama, sonriendo con placidez, Isabel lo observó mientras se iba. "Es diferente a los demás", pensó para sí, sin saber aún si eso la alegraba o la inquietaba.

Luego de aquella tarde, los encuentros entre ambos, siempre apasionados, se sucederían semana tras semana. Llevado por el deseo insaciable de esa piel, en algún momento Manuel creyó amarla. Sin embargo, pronto comprendió que su relación con Mademoiselle Pichegru era fundamentalmente carnal. Ella no era una mujer en la que pudiera confiar. Aunque nunca lo decía abiertamente, sospechaba que mantenía vínculos similares con otro u otros caballeros. Pero, además, cuando se veían, con sutileza y como al pasar, su amante francesa muchas veces mencionaba estar escasa de fondos o esperando algún ingreso de dinero, lo que bastaba para que, antes de marcharse, Manuel le dejase unos

billetes sobre el piano. Isabel nunca hacía ningún comentario al respecto, como si fuese parte de un pacto tácito.

Al principio eso lo conflictuaba, pero luego entendió que ella vivía bajo sus propias reglas, y él debía respetarla. Sin embargo, algunas veces, al salir del apartamento de Dean Street, también sentía que esa relación lo hacía olvidar quién era. "Ay, Manuel", se reprendía, "te dejas llevar por el placer, y echas al garete tu juicio y tus principios". Las amonestaciones que se autoinfligía no eran suficientes: Isabel despertaba en él un deseo que lo trastornaba, y eso bastaba para hacerlo regresar, sin importar los pensamientos que lo acosaran después.

Para Mademoiselle Pichegru, en cambio, ese tiempo compartido con Manuel se convirtió en una trampa. Lo que había comenzado como un vínculo ventajoso para sus intereses y necesidades fue transformándose con cada encuentro. Sin darse cuenta, empezó a enamorarse de ese hombre dulce y fogoso, que la trataba siempre como una dama.

* * *

Hacia afuera, Manuel manejaba su romance con Mademoiselle Pichegru con total discreción. Sin embargo, Rivadavia, siempre perspicaz, comenzó a notar las reiteradas ausencias de su compañero y una tarde le preguntó a boca de jarro adónde iba cada miércoles.

Belgrano, prevenido, ya tenía una respuesta preparada. Con calma, le explicó que el conde Duff le había facilitado algunos libros de su biblioteca, indispensables para poder realizar su labor de escriba del proyecto, pero como por su tamaño eran imposibles de trasladar, esos días trabajaba en la residencia del escocés, frecuentemente hasta altas horas de la noche.

Aunque no del todo convencido, Rivadavia pareció aceptar la explicación, hasta que la mañana del 22 de junio la coartada de Belgrano estuvo cerca de desmoronarse.

Ese día, Rivadavia había salido muy temprano de St. James Street y se había detenido para que le lustrasen las botas, cuando

escuchó a uno de los chiquillos que repartían periódicos pregonar a voz en cuello: "¡Napoleón fue derrotado!".

Conmocionado, compró un ejemplar del *Times*, y allí, en la portada, estaba la noticia que toda Gran Bretaña esperaba: el 18 de junio Napoleón Bonaparte con sus tropas habían atacado las líneas británicas en un pueblo belga llamado Waterloo, a unas veinte millas de Bruselas. Después de un largo y sangriento enfrentamiento, el ejército comandado por el Duque de Wellington, con el apoyo de un cuerpo de prusianos liderado por el mariscal Gebhard Leberecht von Blücher, había logrado una victoria decisiva sobre sus oponentes y Napoleón se había visto obligado a retirarse.

Tal como anunciaba el periódico, el triunfo de la coalición conformada por las fuerzas británicas, holandesas y alemanas, ponía fin al imperio francés y liberaba a una Europa que durante más de una década había estado bajo la dominación de Francia.

Agitado por lo que acababa de leer, Rivadavia regresó casi corriendo a la casa del West End. Necesitaba compartir la noticia con Belgrano y analizar cómo esta inesperada situación incidiría en sus planes, pero aunque era muy temprano, su compañero no estaba en la casa. Justo ese día, Belgrano se había quedado con su amante más de lo habitual, de modo que cuando llegó a St. James Street, Rivadavia lo estaba esperando en la sala.

–Parece que salió al alba… –le dijo con suspicacia apenas lo vio entrar–. ¿Ya se enteró de la novedad?

–Me quedé trabajando toda la noche en casa del conde Duff. ¿Cuál es la novedad?

–Qué extraño, no lo veo portar papeles… –agregó Rivadavia con mirada maliciosa–. Pero más extraño aún es que el Conde no le haya dicho que Napoleón fue derrotado.

Sorprendido por la noticia, Belgrano atinó a responder con rapidez:

–No he visto a Duff; hasta donde sé, está en Escocia. ¿De dónde sacó esa información?

Sin decir más, Rivadavia le extendió el periódico.

–¿Qué opina? –le preguntó después de darle unos minutos para que pudiese leer.

–Lo que imagino piensan todos los que están en nuestra situación. La derrota de Napoleón no solo consolida la monarquía de Luis XVIII en Francia, sino que afianza la restauración en todo el continente. Esto significa que Fernando tendrá vía libre para sofocar cualquier resistencia y utilizar sus fuerzas para recuperar las colonias –repuso con gravedad–. Es aún más imperante lograr nuestra independencia del modo que sea.

Después de mandarle una esquela a Sarratea pidiéndole encontrarse la tarde siguiente, salieron por separado a recorrer los *pubs* y clubes donde solían reunirse agentes, diplomáticos y funcionarios. Necesitaban información que pudiera arrojar algo de luz sobre las consecuencias de la derrota de Napoleón y también querían escuchar lo que se decía en la calle.

Belgrano sabía que Duff jamás se había movido de Londres e imaginó que, dadas las circunstanciasm estaría en el White's Club, donde efectivamente lo encontró.

–Aquí me ve –le dijo el Conde–. Llevamos días manteniendo una interminable conversación con veteranos y militares, que están fascinados analizando cada detalle de la batalla que acabó con Napoleón. Ellos aseguran que Bonaparte perdió Waterloo porque se demoró en atacar. Dicen que el corso estaba demasiado confiado porque unos días antes había desbandado a las fuerzas prusianas e impedido que sus aliados ingleses los auxiliaran, y que eso le permitió ingresar con sus tropas a Bélgica sin que sus enemigos se enterasen. Hasta ese momento, su estrategia era seguir enfrentando a ambos ejércitos por separado, lo que le daba altas posibilidades de derrotarlos. "Tenemos noventa probabilidades a nuestro favor, y menos de diez en contra", cuentan que repetía Bonaparte con arrogancia.

Luego Duff le comentó algunas otras cuestiones, que Belgrano compartió con Sarratea y Rivadavia más tarde, cuando se reunieron en St. James Street.

–Había entendido que el Conde estaba en Escocia –fue lo primero que comentó Rivadavia.

–Con la noticia, decidió regresar con urgencia a Londres –explicó Belgrano, prevenido de lo que podía decirle su compañero–. Duff

más que nadie sabe lo que esto significa para los británicos y toda Europa, y no iba a permanecer ajeno.

Sarratea dijo que había escuchado distintas versiones acerca de cómo el Duque de Wellington había descubierto que Napoleón estaba a pocas millas de Bruselas.

–Hay quienes dicen que Wellington recibió la noticia mientras asistía a un baile, en cambio otros aseguran que ya había divisado al ejército francés con su catalejo días antes de la batalla.

Rivadavia también había recabado alguna información, y no quiso ser menos que sus compañeros.

–Lo que se sabe es que Wellington ordenó la inmediata movilización de sus tropas a Waterloo y que, gracias a que la noche del 17 de junio una tormenta torrencial ralentizó el avance de la infantería y la caballería francesas, tuvo tiempo para organizar su ejército y lograr que ocuparan sus posiciones.

–Es inexplicable que Napoleón haya esperado hasta media mañana para atacar –agregó Belgrano, el único de los tres con experiencia militar–. Se supone que postergó la avanzada cuando le informaron que buena parte de su munición estaba mojada. Si fue así, esa decisión se trató de un error fatal porque esa demora permitió que los prusianos llegaran al campo de batalla.

Sarratea comentó que había estado en un *pub* con otros diplomáticos y un coronel británico que había participado de Waterloo, y que este les contó que cuando comenzó la acción, ellos todavía estaban solos y en clara desventaja numérica.

–Parece que al principio, los franceses los atacaban por todos lados y los británicos solo podían atinar a defenderse, al punto que esa tarde Wellington estaba dando por perdida la batalla ya que sabía que sus líneas no resistirían mucho más –siguió contando Sarratea–. Pero entonces se les unió un segundo cuerpo prusiano, y en pocas horas el destino de Bonaparte y sus hombres cambió radicalmente. La arremetida de la caballería británica obligó a los franceses retroceder, y luego entró en combate un tercer cuerpo prusiano, lo que terminó por desestabilizarlos. Cercados y superados por un ejército que los duplicaba en número, los galos comenzaron a

caer como moscas y, al rato, los que lograron sobrevivir empezaron a huir del campo de batalla.

–Lo mismo escuché yo –acotó Rivadavia–. Dicen que la persecución de los derrotados se prolongó hasta bien entrada la noche.

La ligereza con la que Sarratea y Rivadavia narran la suerte de los soldados franceses, molesta a Belgrano. "Hablan como si no se tratase de seres humanos, sin tener idea de los espantos de la guerra", se dice para sí. Sabe que los horrores de una batalla resultan imposibles de comprender para quienes no los han vivido, pero no quiere iniciar una discusión y añade:

–Wellington contó que promediando las nueve de la noche ya sabían que habían triunfado y que cuando se encontraron con Von Blücher en el cuartel enemigo, se dieron un abrazo para celebrar que habían vencido a Napoleón.

En su recorrida por las calles de Londres, los tres habían sido testigos de la algarabía del pueblo, que se mostraba feliz y también aliviado de que se hubiese puesto fin a una guerra de más de dos décadas contra el Emperador francés. Cuando luego se supo que en el campo de batalla había más alemanes que ingleses, en algunos círculos se desataron acaloradas discusiones sobre si el triunfo debía atribuirse a las fuerzas británicas, angloholandesas o las prusianas, pero a la gente nada de esto parecía importarle: apenas recibida la noticia, la nación entera había comenzado a celebrar con orgullo una victoria que consideraba propia. El héroe indiscutible de Waterloo era el Duque de Wellington, y el mayor enemigo el derrotado Napoleón quien, en solo nueve días de campaña, había perdido el imperio que le había tomado nueve años conquistar.

En su empeño en arrastrar por el fango al Emperador y captar la atención de sus lectores, los periódicos británicos competían en la publicación de detalles mordaces. Aseguraban que Napoleón estaba obeso y aquejado por problemas intestinales que le habían ocasionado grandes penurias al montar a caballo, una circunstancia que, insinuaban, había incidido en su derrota. También contaban que antes de partir al frente, el corso le había enviado a su amante, la

condesa María Waleska, un voluminoso paquete con sus armas, dinero, valores negociables, acciones y hasta un brazalete.

Cuatro días después de Waterloo, Napoleón había llegado a París exhausto después de una semana sin dormir. Allí, antes de abdicar por segunda vez y definitivamente, había declarado: "He hecho por Francia todo lo que he podido". Lo que le esperaba era nuevamente el destierro, esta vez perpetuo y en medio del Atlántico, en la solitaria isla de Santa Elena.

Mientras tanto, en Londres, pasada la euforia inicial y las celebraciones espontáneas por la victoria, se había iniciado el sombrío conteo de las pérdidas. Más de setenta mil hombres –ingleses, holandeses, austríacos, prusianos y franceses– habían muerto o resultado heridos en Waterloo. Una auténtica carnicería que llevó al Duque de Wellington a afirmar con amargura: "Junto a una batalla perdida, la mayor de las desdichas es una batalla ganada".

Sin embargo, lo que verdaderamente espantó a los británicos fue enterarse por los periódicos de lo que estaba sucediendo en el que había sido el lugar de la contienda. Al día siguiente de terminados los combates, aquel extenso predio que había quedado cubierto por cadáveres y cuerpos desmembrados, había sido invadido por legiones de saqueadores en busca de armas, botas, uniformes y hasta dientes que pudieran comerciar. Los merodeadores remataban sin piedad a los agonizantes y les arrebataban cualquier objeto que tuviese el mínimo valor. Los animales carroñeros también habían invadido el lugar, completando un cuadro de desolación y barbarie que contrastaba brutalmente con los festejos.

Durante algunos días, estas y otras noticias de Waterloo y sus vicisitudes distrajeron a los comisionados del proyecto de Constitución y el asunto de Italia, aunque pronto comprendieron que debían actuar con más premura que nunca, antes de que las potencias se acomodasen al nuevo escenario geopolítico y la situación de Europa –y por ende, la de los territorios americanos– diese un nuevo giro. Belgrano y Rivadavia se concentraron en preparar los documentos e instrucciones que debía llevar el conde Cabarrús a Italia, mientras que Sarratea comenzó a entrenarlo. Tal

como les comentó a sus compañeros, quería estar seguro de que antes de partir hubiese memorizado cada palabra de la obra que tenía que representar ante la corte de Carlos IV.

En la última semana de junio, cuando los documentos ya estuvieron listos, Sarratea propuso celebrar un encuentro con Cabarrús en la casa del West End para revisar la hoja de ruta y el plan.

* * *

El día convenido, apenas entra en la sala donde los tres diplomáticos lo esperan, el Conde comienza a desplegar lo que él considera son sus dotes como mediador: una exhibición de ademanes zalameros y grandilocuentes que provoca reacciones diversas entre sus interlocutores.

–Buenas tardes, vuestra merced. Es un honor estar en su presencia, su señoría –repite a uno y a otro mientras hace reverencias exageradas.

Como en las anteriores ocasiones, a Belgrano lo irrita esa sonrisa constante, casi viscosa, que cuelga de la cara de Cabarrús y la transforma en una máscara. De modo que deja que Sarratea y Rivadavia tomen la voz cantante y conduzcan la reunión, mientras él se dedica a observar al conde.

–Lo más importante es que convenza a Carlos IV de que la separación del Río de la Plata es inevitable, y cualquier intento de reconquista, inviable –le indica Rivadavia a Cabarrús antes de comenzar a leerle en voz alta los distintos oficios–. Debe persuadir al monarca de que está en sus manos poner fin a la guerra entre godos y criollos y salvar a América de las calamidades de la anarquía.

Cabarrús asiente con entusiasmo exagerado y su sonrisa se ensancha.

–Así lo haré. Pueden estar seguros de que no existe un hombre más indicado que este servidor para convencer a Su Alteza de que ese es su designio divino –comenta.

Belgrano reprime un comentario. Como todo lo que hace y dice el Conde, la referencia al "designio divino" le parece demasiado teatral. Mientras Sarratea interviene con indicaciones adicionales y Rivadavia continúa leyendo los oficios, se pregunta si ese hombre, con sus gestos bufonescos y su risa servil, será realmente capaz de cumplir con una misión tan crucial.

El primer documento que le presenta Rivadavia es un manifiesto redactado en primera persona como si su autor fuese el propio Carlos IV. En el escrito el monarca anuncia a sus hijos, autoridades, nobles y súbditos, la cesión de sus derechos a su hijo Francisco de Paula y la institución del nuevo Reino Unido del Río de la Plata.

–Mire –le dice Rivadavia a Cabarrús, señalando un párrafo e inclinándose hacia él–, para que no queden dudas de que la decisión ha sido tomada por el rey, agregué la frase: "por acto libre, espontáneo y bien pensado".

El Conde está sentado con los brazos y las piernas cruzadas. Sigue repitiendo el gesto mecánico de asentir con la cabeza, pero ya no sonríe, sino que tiene el ceño fruncido intentando demostrar que está muy concentrado en lo que se está diciendo. Sin embargo, le cuesta estar en silencio, por lo que cada tanto farfulla: "excelente", "muy bien pensado", "brillante", para, de paso, congraciarse con Rivadavia.

Mientras los tres diplomáticos debaten la decisión de incluir en el nuevo reino no solo los territorios del antiguo virreinato sino también los de Chile, Puno, Arequipa y Cuzco, la atención de Cabarrús comienza a disiparse. Cuando finalmente logran zanjar el asunto y Rivadavia retoma la lectura del documento, el conde parece haber perdido el hilo de la discusión e incluso estar adormilado.

La situación se torna incómoda porque Rivadavia se da cuenta e, irritado, alza cada vez más la voz, hasta que Sarratea decide intervenir:

–Don Domingo, ¿está usted bien? Es de vital importancia que comprenda lo que contienen los documentos que deberá llevar a Italia.

El Conde carraspea y se endereza con rapidez en su silla.

–Perfectamente. Que sí, que estoy muy bien y muy atento. Prosiga, mi estimado –responde dirigiéndose a Rivadavia.

Para su fortuna, o pensando en ella, lo que sigue capta su interés porque Rivadavia comenzó a leer los párrafos donde se detallan las asignaciones económicas. Repentinamente entusiasmado, Cabarrús pide leer por sí mismo las cláusulas que estipulan que Carlos IV y también la reina María Luisa en caso de enviudar, recibirán una asignación equivalente a la que les otorga la corte madrileña.

–Es lo que me solicitaron y lo que prometí a los reyes, pero también a Manuel Godoy. ¿Dónde se menciona al Príncipe de la Paz? –pregunta con renovada energía.

Rivadavia señala un pasaje.

–Aquí puede verlo: Godoy recibirá una pensión vitalicia por sus buenos oficios similar a la que perciben los infantes de Castilla, es decir, los hijos de Don Carlos y Doña María Luisa.

–Utilizar los escasos recursos de nuestra patria para mantener a Godoy me parece un despropósito –se queja Belgrano–. ¿Cuáles son esos mentados "buenos oficios"?

Cabarrús lo mira sorprendido y se lleva una mano al pecho como si hubiese recibido una afrenta personal.

–Me asombra su pregunta, doctor –dice–. No hay quien no sepa de los grandes conocimientos y talentos del Príncipe de la Paz.

Belgrano mantiene la mirada fija en el conde, fría y severa.

–Lo que no hay quien no sepa –replica cortante– es que durante el reinado de Don Carlos, Godoy se granjeó el odio tanto de la corte como del pueblo por su escandalosa vida privada y por ser el mayor exponente de la tiranía borbónica. Incluso lo responsabilizan de la invasión napoleónica.

–Mi muy estimado, usted es un hombre por demás inteligente y no puede dar boga a esas especies, fruto de los celos y la envidia que le han tenido todos a Don Manuel por su ascendencia sobre los reyes. Quien más ha aventado estas habladurías y ataques ha sido Fernando VII.

–Le agradezco que valore mi inteligencia, pero es vox populi que el historial de Godoy es una sucesión de oscuridades, comenzando por su vertiginoso ascenso –replica Belgrano impasible–. ¿Cómo

explica que alguien que era un simple guardia de corps haya pasado de un día para otro a ser primer ministro de Carlos IV, luego Grande de
España, Príncipe de la Paz, Generalísimo y Alteza Serenísima? Le daré la respuesta que da toda España: Godoy consiguió todos esos títulos porque desde su juventud ha tenido amoríos con la reina María Luisa, quien llevada por su ciega pasión lo transformó en uno de los hombres más ricos y poderosos del país. Y no me negará usted, Don Domingo, que ser honrado como Príncipe de la Paz con tratamiento de Alteza es una distinción que únicamente corresponde a los miembros de la familia real.

Los dichos de Belgrano resuenan como una sentencia inapelable y Cabarrús lo mira con los ojos muy abiertos, entre escandalizado y asustado.

Tal como acaba de narrar el patriota, el ascenso de Godoy durante el reinado de Carlos IV había sido meteórico. La inusual lluvia de gracias que los reyes le habían concedido había molestado a los miembros de la nobleza y del clero, que vieron amenazada su supremacía y lo consideraban un advenedizo indigno de tales honores.

Pero lo que terminó por transformar a Godoy en enemigo de ambos sectores fue el haber sido el artífice de la despótica política de nombramientos y destituciones llevada a cabo por Carlos IV, quien en su empeño por demostrar su poder absoluto había relegado a muchos nobles al ostracismo.

Se decía que el rey era un hombre débil, y que quienes verdaderamente gobernaban eran la reina y su amante, Manuel Godoy. Los acusaban a ambos de haber empobrecido a sus vasallos con tributos e impuestos destinados a sufragar sus derroches, y las malas lenguas sostenían incluso que el padre de los dos últimos hijos de María Luisa de Parma no era Carlos IV, sino el Príncipe de la Paz.

En los últimos años del reinado, la persecución de los disidentes, junto con una serie de impopulares medidas ordenadas por Godoy, habían degradado la imagen de los monarcas y de su favorito. El descontento creció aún más con las dificultades económicas que

generó la interrupción del comercio con América y una epidemia de fiebre amarilla. El partido fernandino había aprovechado hábilmente estas desgracias para consolidar su influencia, y para terminar de hundir la reputación de sus padres, el propio Fernando había costeado una serie de viñetas satíricas que circularon clandestinamente. En ellas se ridiculizaban las supuestas relaciones íntimas entre Godoy y su reina madre, mientras otras los mostraban entregando con gesto servil las riquezas del país a bandidos y extranjeros.

Sin embargo, lo más controvertido de la acción de gobierno de Godoy habían sido sus complejas relaciones con Francia, que culminaron en 1807 con la firma del Tratado de Fontainebleau. Dicho acuerdo, que permitió el paso del ejército napoleónico por territorio español, había derivado en la ocupación de España por las tropas francesas y, finalmente, en la crisis política que acabaría con el reinado de Carlos IV.

Los odios que Godoy había despertado hicieron que el pueblo, enfurecido, estuviese a punto de lincharlo. El Príncipe de la Paz fue apresado y Carlos IV se vio obligado a destituir al favorito de sus cargos de generalísimo y almirante, y luego a abdicar en favor de su hijo Fernando.

Liberado por orden de Napoleón, Godoy viajó a Bayona, donde se encontraban el rey y la reina. Allí, el emperador francés ejecutó la última parte de su plan: convocó a Fernando VII a la misma ciudad y lo forzó a ceder la corona española a su hermano José Bonaparte.

Godoy había seguido a Carlos IV y María Luisa a su exilio en Roma, junto con su amante, Pepita Turó y los dos hijos que habían tenido, pero desde que Fernando VII había sido repuesto en el trono, había reanudado sus maniobras para recuperar sus títulos y riquezas.

Cuando se recupera del ataque virulento de Belgrano, Cabarrús continúa como si nada con su encendida defensa de Godoy, alegando que pese a todo lo que se decía, el ilustre hombre había demostrado una lealtad inquebrantable a Carlos IV, quien además nunca había dudado de su devoción ni capacidad.

–El excelentísimo es el hombre de confianza del anciano monarca y de la reina, de modo que no tiene ningún sentido cuestionarlo –dice finalmente mirando a cada uno de sus interlocutores–. Creo que todos entendemos, o deberíamos entender, que su participación es imprescindible para llevar adelante nuestro asunto.

–Es como usted dice –repone Sarratea con firmeza, evitando mirar a Belgrano–. ¿Podemos seguir con la lectura de los pliegos?

Rivadavia asiente y comienza a leer el memorial dirigido a Carlos IV. En el documento se le suplica al monarca que se traslade a Buenos Aires o, en su defecto, autorice el traslado de su hijo Francisco de Paula, para establecer allí una monarquía independiente.

Pero Cabarrús no tarda en volver a distraerse. Sus ojos vagan del tapiz que cuelga de una pared a la chimenea, y cuando ya no encuentra qué observar, comienza a moverse inquieto en su silla. La discusión con Belgrano acerca de Godoy ha consumido sus fuerzas y, además, los extensos documentos protocolares lo aburren.

–Han hecho todos ustedes un gran trabajo –dice de pronto, interrumpiendo a Rivadavia–. Cada palabra es la adecuada y no puede haber oficio más magníficamente redactado que el que está leyendo vuestra merced –comenta con gesto afectado–. Pero debo confesar que estoy necesitando una taza de té o, lo que sería más adecuado para mi dolencia, alguna bebida espirituosa. No estoy bien de la garganta –añade, llevándose la mano al cuello con dramatismo.

Belgrano se levanta de su asiento con calma, aunque su expresión revela que está molesto.

–Continúe con su lectura, Bernardino, que yo me ocupo de buscarle al Conde lo que necesita –dice, remarcando la última palabra con una ironía que no intenta disimular. Luego de buscar una botella de brandy y de servir en una copa una medida generosa, se acerca al Conde–. Aquí tiene, Don Domingo. Espero que esta medicina lo cure de sus males.

Cabarrús agradece con una inclinación de cabeza y comienza a beber dando pequeños sorbos, pero cuando Rivadavia termina su lectura y Belgrano comienza a explicarle el proyecto de Constitución

para el nuevo reino, ya ha vuelto a llenarse la copa al menos tres veces. Presumiendo que el comisionado está algo alcoholizado y, habiendo notado que le cuesta concentrarse, Belgrano opta por centrarse en los puntos más importantes del proyecto, especialmente en el principio de legitimidad que sustenta la nueva corona.

–¿Tiene alguna pregunta? –inquiere, dando por concluidas sus explicaciones.

–No, no, ha sido usted muy claro y su redacción, brillante, como la del amigo Bernardino. Aunque, dado que me lo pregunta, tengo una duda: ¿ya han dispuesto las partidas de dinero que deben entregarme? Como le mencioné al doctor Sarratea, los gastos son importantes y hay que tener en cuenta los imprevistos…

Sarratea lo mira admonitoriamente y se impacienta, aunque controla el tono de su respuesta.

–Ese tema ya está resuelto. Le daremos lo que necesita. Lo más importante, y en lo que debe concentrarse, es en que Don Carlos firme todos los documentos que le leyó Rivadavia –dice–. En caso de que se muestre reticente, debe emplear todos sus recursos para convencerlo.

–Puede estar usted tranquilo –afirma Cabarrús sonriendo y quitándole peso al asunto–. Contamos con el apoyo de Manuel Godoy y la reina. El rey confía en el buen juicio de ambos más que en el propio, y no hace más que obedecerles.

–Hay rumores de que el ex monarca falleció –interviene Rivadavia–. Si fuese cierto, debe lograr que doña María Luisa, su viuda, y Godoy sigan adelante con el plan y lo presenten como la última voluntad de Don Carlos.

Cabarrús se endereza en su asiento, visiblemente animado.

–¡Sería incluso más fácil! Ambos están absolutamente convencidos y son los más interesados en que este asunto culmine con el Infante portando la corona del nuevo reino.

Cuando los diplomáticos dan por terminada la reunión, Cabarrús y Sarratea se van juntos.

Belgrano comienza a recoger los pliegos que aún están sobre la mesa, mientras Rivadavia, que no se ha movido de su silla, comenta

a sus espaldas:

–No me gusta. Y presumo que a usted tampoco.

–¿Qué no le gusta? –pregunta Belgrano sin interrumpir sus tareas.

–Cabarrús. Hoy ha hecho comentarios que me inquietaron.

–¿Por ejemplo?

–¡Todo ese empeño en encomiar a Godoy! Parece más interesado en servir a los intereses del español que en la misión que le encomendamos. ¿No habrá hecho algún trato que desconocemos?

Belgrano guarda silencio antes de responder con gravedad:

–Tengo todas esas desconfianzas que menciona y algunas más. Lo único que a Cabarrús le interesa es el dinero. Y por eso lo que más me preocupa es que se le presente una alternativa más rentable que nuestro plan. En ese caso, estoy seguro de que no dudaría en traicionarnos.

–¿Y entonces? ¿No deberíamos buscar a otro emisario?

–No se me ocurre quién podría recibir un encargo como este.

–He pensado en Don José Olaguer.

–¿El hijo del ex virrey?

–Sí. Desde hace años que regresó a España y ha sido caballero paje de Carlos IV….

–Deberíamos hablarlo con Sarratea. Aunque temo que no hay tiempo.

Tal como suponía Belgrano, cuando unos días después ambos le plantean sus preocupaciones a Sarratea, este se niega rotundamente a reemplazar al Conde alegando que no tienen tiempo para hacer un cambio semejante.

–Podemos criticarlo por muchas de sus conductas –les concede Sarratea mientras enciende un cigarro–, pero también debemos reconocer que en su anterior viaje Cabarrús logró ser recibido y escuchado tanto por la reina como por Godoy, con el que pareciera tener una relación bastante estrecha.

Es justamente esto último lo que intranquiliza a Belgrano y también a Rivadavia. Sin embargo, no pueden hacer nada por resolverlo, de modo que a la semana de haber estado reunidos en St. James Street, Cabarrús parte de Londres con dirección a Italia.

* * *

El 16 de julio Cabarrús llegó a Verona, el nuevo lugar de exilio de los reyes y su corte tras su huida de Roma debido a la invasión de Murat, donde fue recibido por Godoy. Nada más verlo, el Conde supo que algo no iba bien. Ya en su viaje anterior había comprobado que el valido había perdido su célebre estampa de hidalgo caballero español que había seducido a María Luisa. Seguía siendo ancho de espalda y pecho, y con los años había ganado peso, pero aun así se mantenía ágil. De modo que no era su aspecto físico lo que ahora llamaba la atención de Cabarrús, sino la expresión del príncipe. Su gesto siempre altivo había desaparecido. Tenía los hombros echados para delante y la boca con un rictus amargo.

Cuando ambos se subieron a una calesa para ir desde la ciudad a la casa de campo que ocupaban los ancianos monarcas, mientras avanzaban por los caminos polvorientos, Godoy tuvo tiempo de explayarse.

Empleando el tono quejumbroso de quien encuentra alivio al poder compartir sus desdichas, le dijo a Cabarrús que desde que se habían ido de Roma y Napoleón había sido derrotado, la conducta de Carlos IV había dado un vuelco radical.

–Ya no confía en mí ni tampoco en la reina –se lamentó Godoy con la vista perdida en el paisaje–. No solo no nos escucha, sino que nos está expulsando de la corte. Ha mandado al destierro a su secretario y ha hecho que Pepita sea cruelmente despedida después de años de servicio –agregó, refiriéndose a su concubina Josefa Tudó–. La pobre reina ya no maneja ningún asunto, y qué decirle de mí… El rey parece haber olvidado que para que él pudiese soportar las acuciantes penurias del exilio he tenido que recurrir a toda clase de préstamos. Ahora solo escucha a los agentes de Fernando, que han construido a su alrededor un cerco de hierro.

Cabarrús se había limitado a asentir con una sonrisa anodina, como si eso hubiese sido suficiente para darle consuelo al afligido Godoy, que oscilaba entre la autocompasión y la paranoia.

–No se ponga así, buen hombre –comentó finalmente con voz neutra–. Cuando el rey escuche la propuesta que le traigo, verá

como las cosas vuelven a encarrilarse.

Godoy lo miró con incredulidad.

–Permítame dudarlo. Aunque en Roma Don Carlos parecía estar dispuesto a llevar adelante el plan que usted propuso, hoy me parece improbable. Le diré más: incluso temo por mi suerte y también por la suya. La senilidad ha transformado al rey en alguien despiadado.

Godoy continuó lamentándose, hasta que el Conde aprovechando un silencio, se recostó en el asiento y cerró los ojos. El calor sofocante y las interminables quejas de su compañero lo habían agotado. Pero, además, con los años había aprendido a blindarse ante las malas noticias: cuando su optimismo no bastaba, optaba por evadirse, aunque fuese dando breves y fingidas cabezadas.

Recién volvió a abrir los ojos cuando la calesa se detuvo. Habían llegado. Al ver la casa, le sorprendió su sencillez. "¿Tan bajo han caído?", se preguntó. La residencia construida en granito y ladrillo tenía un solo piso, y aunque era amplia y tenía un bonito jardín geométrico con fuentes de mármol, vista de afuera le pareció más apropiada para un aristócrata o un burgués próspero que para la familia real. De inmediato consideró que esa aparente modestia podía resultar venturosa para sus planes: si la penuria económica de los monarcas era tan evidente, quizás estarían más dispuestos a avanzar con el asunto de Italia que él pensaba proponerles. Sin embargo, al entrar comprobó que, como solía suceder con las villas italianas, la opulencia había sido reservada para los interiores. Las paredes estaban cubiertas con frescos que representaban bucólicas escenas pastoriles y aquí y allá se alzaban esculturas de mármol, jarrones de estilo Medici y otras valiosas piezas de arte.

Al día siguiente, cuando un criado le anunció que la reina y Godoy lo esperaban en uno de los salones, Cabarrús buscó sus mejores ropas. Sabía que en situaciones como esa la apariencia podía ser una herramienta tan poderosa como las palabras. Pero cuando ingresó en la sala y vio a la reina, trató de disimular su estupefacción con una exagerada reverencia. "¿Qué le ha sucedido a esta mujer?", se dijo mientras se incorporaba.

En pocos meses, María Luisa parecía haberse marchitado por completo. La reina, que había sido famosa por su carácter entusiasta y su resistencia casi milagrosa después de haber tenido diez abortos y parido catorce hijos –de los cuales solo siete habían llegado a edad adulta–, lucía descuidada y casi monstruosa. Hacía ya varios años que había perdido los dientes lo cual había resentido el aspecto de su rostro, pero ahora, además, tenía la tez de un color macilento y el pelo enmarañado. La nariz prominente, que tantos caricaturistas habían exagerado en sus dibujos, parecía aún más alargada. Solo sus ojos conservaban ese brillo sagaz de antaño, cuando se decía que era ella quien verdaderamente reinaba y su palabra era ley irrevocable.

Al igual que el Príncipe de la Paz, tras escucharlo exponer una vez más su plan y los beneficios que traería para la familia real, María Luisa dejó escapar un suspiro. Comenzó a quejarse de las intrigas que se sucedían alrededor de su marido y que buscaban desacreditar cualquier sugerencia que ella o Godoy pudiesen hacerle. Aunque su voz todavía conservaba la entonación de quien estaba acostumbrada a dar órdenes, aseguraba ser tan vieja como inútil.

–¡Los oportunistas de siempre han engañado a Fernando, lo han perdido! –exclamó refiriéndose a su hijo con amargura–. Desde que regresó a España, no hace más que acusarme de haberme llevado las alhajas de la Corona y exige que se las devuelva. Pero lo peor es que busca vengarse de mi buen amigo –añadió señalando a Godoy–. Nos espía, soborna a nuestros criados para que lo mantengan informado y ha logrado incluso que Carlos, mi propio esposo, nos vea como enemigos.

Después de escucharla, Cabarrús concluyó que la reina que en otros tiempos había logrado maniobrar con astucia las intrigas palaciegas, se había convertido en una anciana derrotada, atrapada en sus propias redes de lealtades rotas. Tampoco Godoy sería útil para convencer a Carlos IV, de modo que decidió dar un giro y, con una sonrisa que procuró pareciese confiada, lanzó:

–Es necesario que me entreviste con Su Majestad para poder contarle el proyecto y mostrarle los documentos que he traído. Estoy

seguro de que van a interesarle porque es algo bueno para todos. Es su única posibilidad de recuperar algo de la grandeza que merece.

Luego de argumentar e insistir, el Conde logró convencer a la reina y Godoy, que prometieron interceder. A los dos días, le informaron con cierta cautela que, por intermedio de su mayordomo mayor, Don Carlos había aceptado concederle una audiencia: Cabarrús tendría la oportunidad de besarle la mano y exponerle sus ideas.

Sin embargo, cuando llegó el día, le avisaron que Carlos IV había cambiado de idea y se negaba a recibirlo.

–Es inútil realizar gestiones con un hombre que ya nada quiere oír y que desconfía incluso de su propia esposa, o especialmente de su propia esposa y del que fue su amigo más cercano –volvió a lamentarse María Luisa.

–Todo lo atribuye a la Providencia y de todo recela –agregó Godoy con un dejo de desprecio–. Doña María Luisa teme incluso que Carlos le comunique su plan a Fernando y usted termine siendo arrestado.

Cabarrús quedó perplejo. Por unos segundos estuvo a punto de claudicar, pero enseguida comprendió que eso echaría por tierra el asunto de Italia y, en consecuencia, sus perspectivas de supervivencia. Recuperada la compostura, dijo decidido:

–Deberíamos entonces hablar con el joven Francisco y enviarlo a Buenos Aires cuanto antes.

–¿Sin la anuencia del rey? ¿Ha perdido la razón? –replicó la reina alarmada. Mirando luego a Godoy, añadió–: No puedo ni imaginar las terribles consecuencias que algo así tendría para nosotros.

El Conde suavizó su tono, y utilizando las muecas bufonescas y los dichos que consideraba más efectivos, comenzó a explicar pausadamente:

–Su Majestad, este humilde vasallo no piensa en otra cosa que en su bienestar. Tal como acreditan los documentos que traigo conmigo, el gobierno que represento se ha comprometido a darles protección y a garantizar un generoso subsidio tanto para Sus Altezas como para el Príncipe de la Paz. Con el mayor de los respetos, creo que no debería usted preocuparse por la reacción del

rey, sino reflexionar sobre lo que podría sucederle en caso, Dios no lo permita, quede viuda. No hay mayor garantía para su subsistencia, decoro y seguridad, que la coronación de su hijo Don Francisco de Paula. Una decisión semejante será vista como un gesto de sabiduría política que la llenará de gloria. Todos reconocerán su talento para evitar una guerra cruel con las colonias, que como bien sabemos, generan recursos imprescindibles para la Corona.

La reina parmesana era sensible a los halagos, pero sobre todo se sentía atraída por la idea de volver a ocupar el trono español y demostrarle al mundo de lo que era capaz, de modo que miró a Godoy buscando su aprobación. Este hizo un gesto casi imperceptible que Cabarrús interpretó como un aval, lo que lo alentó a continuar diciendo:

–Si el rey no comprende que su Casa Real puede convertirse en el centro de todas las dinastías que se instituyan en América, no hay mucho más que podamos hacer... Pero ustedes sí tienen la oportunidad de aprovechar esta coyuntura para recuperar la gloria que les fue arrebatada. A mi estimado Manuel lo espera un puesto digno de su talento y la posibilidad de que el impiadoso Fernando…

Godoy se puso de pie y lo interrumpió con brusquedad. El Conde estaba cruzando una línea peligrosa: la reina no toleraba que nadie hablase mal de su hijo en su presencia.

–No podemos prometerle nada –dijo Godoy con un tono que no admitía réplica–, pero déjenos esos pliegos que ha traído e intentaremos sondear nuevamente al rey.

Luego, sabiendo que Cabarrús tenía tendencia a extenderse más de lo necesario, dio por terminada la reunión.

El Conde dejó que la reina y el favorito hiciesen sus diligencias, pero paralelamente se contactó con el segundo mayordomo de Don Carlos, con quien en su viaje anterior había logrado entablar cierta amistad. Le pidió que le hablara al monarca acerca de las bondades de su plan, para que este a su vez intercediese sobre su hijo Francisco.

Al principio, creyó que su estrategia había resultado eficaz: el mayordomo le dijo que debía redactar una nota para el rey, y que este la recomendaría. Sin embargo, esa misma tarde, supo que esas gestiones y también las del valido habían fracasado.

El día anterior, Godoy había intentado en dos ocasiones leerle al monarca los documentos de la misión y discutirlos con él, pero tras superar los estallidos de su furor senil y una catarata de insultos, el rey lo había mandado a callar, para luego sentenciar con frialdad: "No tomaré ninguna resolución ni haré nada que pueda disgustar a mi hijo Fernando".

–Lo siento, pero no pude presentar a Su Majestad sus papeles –le dijo Godoy con tono de disculpa–. Temo que si persisto, me convertiré en blanco de los agentes de Fernando, que desde hace rato intentan convencer a Don Carlos para que me aparte de su lado. Ya me ha quitado a mi primer amanuense y lo han obligado a abandonar la casa y el país. Lo han hecho también con Pepita, y lo habrían hecho conmigo si no fuese por la reina.

Por primera vez Cabarrús notó que Godoy no solo estaba derrotado, sino que también tenía miedo. Ya no quedaban rastros de aquel hombre arrogante que había ejercido el poder con mano dura.

–No le conoce usted. Tiemble –continuó diciendo el príncipe–. Carlos puede ser tan débil como egoísta, y ahora también déspota. Pero si aun así usted insiste, la única posibilidad de facilitar la salida secreta del Infante es hablar con su encargado. Aunque para ello tendría que recurrir a nuestros enemigos… Ya le digo, no veo ninguna solución posible. Es más, le aconsejo que se prepare para verse en problemas, tanto aquí como en España. El rey está convencido de que usted conspira con Doña María Luisa y conmigo.

Cabarrús también temía los designios del monarca, sobre todo la posibilidad de que este le contase del plan a su hijo Fernando, por lo cual, sin más demora, reunió todos los documentos que le había entregado a la reina y al favorito, y abandonó Verona. No podía correr el riesgo de ser arrestado.

Días después, Carlos IV proclamó que en todos los asuntos actuaría en completo acuerdo con su "amado hijo", Fernando VII, "cuyo tino y previsión eran admirables, no menos que su sistema de

severidad". También ensalzó la virtud de la legitimidad reconocida en casi toda Europa, sosteniendo que debía tenerse presente al tratar con los americanos.

Paralelamente, en Londres, mientras esperaban noticias de Italia, Belgrano y Rivadavia habían reiniciado sus diligencias para obtener el apoyo de los británicos, aunque todos sus esfuerzos continuaban resultando infructuosos. La esperada llegada de Lord Strangford, que suponían podría ayudarlos, se había retrasado; Lord Castlereagh había marchado al continente, y las consecuencias de Waterloo acaparaban la atención tanto de los miembros del Parlamento como de los funcionarios, de modo que las pocas audiencias que lograban concertar terminaban siempre en evasivas y formalismos vacíos.

Aunque ambos eran tenaces, persistir en una tarea que solo les acarreaba frustraciones comenzaba a desmoralizarlos. Afectado además por sus males físicos que por esos días habían vuelto a recrudecer, Belgrano permanecía largas horas en su habitación, escribiendo cuando su salud se lo permitía. Hasta que, por intermedio de Sarratea, él y Rivadavia fueron invitados a participar de unas tertulias organizadas por un parlamentario *whig*, simpatizante de las causas independentistas americanas.

El inglés congregaba en su residencia a británicos con cierta influencia, académicos y expatriados sudamericanos para debatir sobre los cambios políticos y el futuro de las colonias, y en una de esas reuniones Belgrano conoció a Felipe Senillosa, un ingeniero y cartógrafo oriundo de Barcelona. El rioplatense y el catalán forjaron de inmediato un sólido vínculo intelectual ya que compartían el interés por las formas modernas de organización social y económica, y comenzaron a reunirse asiduamente para discutir las necesidades de desarrollo de la nueva nación: planes de obras públicas e infraestructura, la fundación de escuelas y la introducción de métodos científicos en la educación.

Luego de días de dudas e impotencia, desconfiando de Sarratea, de Cabarrús y de todo el asunto de Italia, las estimulantes conversaciones con Senillosa le permitieron a Belgrano reencontrarse

con los temas que siempre lo habían apasionado y darle un renovado propósito a su larga estadía en Londres.

Tras reflexionar sobre su relación con Isabel Pichegru, su buen ánimo lo alentó a abandonar la clandestinidad de sus encuentros, y uno de los miércoles en que como siempre fue a visitarla, la invitó a dar un paseo por la ciudad.

Cuando se lo propuso, Isabel lo miró desconcertada:

–¿Estás seguro?

–Sí. No hay razón para ocultarnos. Ambos somos personas libres y sin compromisos, ¿no es así?

La francesa arqueó ligeramente las cejas y, tras una breve pausa, evaluó rápidamente los riesgos que podía correr. La temporada social londinense había terminado hacia dos meses, de modo que los miembros del Parlamento y sus familias ya habían abandonado los calores y olores pestilentes de la ciudad para instalarse en sus fincas de campo. Por lo tanto, las posibilidades de que se cruzase con alguno de los señores que solía frecuentar eran ínfimas. Pero, además, si la veían con su amado Manuel, ¿qué reproche podían hacerle si todos ellos eran hombres casados?

–Tienes razón –dijo al fin, con una leve sonrisa–. Aunque me intriga saber qué te ha llevado a este cambio de parecer.

Belgrano dio una respuesta evasiva, que ella aceptó.

Para el primer paseo juntos, eligieron los jardines de Kensington Palace, un sitio tranquilo y apartado del bullicio de la ciudad. En su siguiente salida, Isabel sugirió ir a un *tea garden* en Maylebone.

Al caer la tarde, una pequeña orquesta comenzó a tocar música de baile y, cuando algunos parroquianos salieron a bailar, ambos se sumaron.

–¡No sabía que eras tan buen bailarín! –exclamó Isabel mientras giraban al compás de la música.

–*Merci, Mademoiselle*, por el cumplido… Debe ser tu gracia y destreza la que mejora mis dotes.

–¿Cuántas otras cosas maravillosas descubriré de ti? –le susurró ella al oído.

Esta nueva forma de relacionarse impactó en los sentimientos de la francesa, que tuvo que admitir que estaba enamorada. Pero esa

pasión, siempre intensa, pronto se volvió tormentosa. La semana siguiente al baile, Isabel le reclamó que la visitase con más frecuencia o que se quedase por más tiempo. Cuando él le explicó que debía cumplir con otras obligaciones, ella rompió en llanto. Días después, en un arrebato de celos, lo acusó de frecuentar a otras mujeres. Manuel, perplejo, le dijo que no podía atribuirle algo semejante y giró para marcharse, tras lo cual ella le arrojó un cacharro metálico que lo golpeó en la espalda.

Luego de esa explosión Isabel había corrido a abrazarlo, repitiendo que lo amaba y que eso le hacía perder la cabeza, pero Manuel ya no propuso más paseos, aunque siguió visitándola. Las reconciliaciones, ardientes y efímeras, mantenían viva la relación, aunque él sabía que aquello que alguna vez le había dado alegría se había transformado en una carga.

En la última semana de agosto, Sarratea les comunicó a sus compañeros que había recibido noticias de Cabarrús.

–La misión no ha ido demasiado bien –les anunció antes de leerles algunos párrafos sueltos.

En la carta con fecha del 21 de julio el Conde había volcado todo su desaliento ya en las primeras líneas: "¿Cómo empezaré esta carta que lleva consigo la frustración de todas nuestras esperanzas y de todos los ofrecimientos?".

–Terminado entonces este asunto –sentenció Belgrano con pragmatismo, apenas Sarratea detuvo su lectura–. Debemos informar a Álvarez Thomas, aunque es probable que lleguemos a Buenos Aires antes que nuestra misiva.

Sarratea alzó la mano, inquieto.

–No vaya tan rápido. Antes de tomar una decisión, hay que esperar a que Cabarrús regrese y podamos hablar con él.

–Pero lo que describe el Conde es claro –insistió Belgrano–. Sus negociaciones en la corte borbónica fracasaron. Carlos IV no solo no lo recibió, sino que ya anunció que no hará nada que no sea favorable al Deseado.

–¡Qué poco espíritu de lucha! –interrumpió Rivadavia, molesto–. Yo no regresaré aún a Buenos Aires. Estoy de acuerdo con Sarratea: hay que esperar la llegada de Cabarrús. No sabemos si lo que escribió en esa carta es tal como lo cuenta. Quizás es una argucia para confundir a los espías e informantes españoles. Y en cualquier caso, si es cierto que el asunto de Italia está realmente perdido, viajaré a España e intentaré que Fernando VII me reciba.

Belgrano los observó a ambos en silencio, con desprecio contenido. Le hubiese gustado decirles que ya se había dado cuenta de que ambos eran cómplices, que siempre lo habían sido. Que querían seguir adelante con sus negociados, ofreciendo la patria al mejor postor mientras vivían a expensas de los escuetos recursos de las Provincias Unidas. Sin embargo, decidió no iniciar una discusión estéril y tras un brevísimo "de acuerdo", se retiró a su habitación.

Días más tarde, los tres asistieron por separado a una tertulia en la residencia del parlamentario británico. Después de intercambiar saludos en un clima de marcada tensión, Sarratea les anunció que el conde Cabarrús ya estaba en Londres.

–Si están de acuerdo, mañana por la tarde se reunirá con nosotros en St. James Street.

Belgrano y Rivadavia asintieron, pero no volvieron a intercambiar palabra ni en la reunión ni en el carruaje que los llevó de regreso al West End. Ambos entraron en la casa, apresurados por alejarse uno del otro, hasta que al pasar por el salón notaron que algunos de los papeles que habían dejado sobre la mesa estaban llamativamente desordenados.

–¿Qué ha pasado aquí? –dijo Rivadavia, alterado.

–¡Alguien entró…!

–¡Espías españoles! –exclamó con un convencimiento que llamó la atención de Belgrano–. Le dije que debíamos esperar a Cabarrús… si se atreven a entrar en nuestra casa es porque saben de nuestro plan…

Pero Belgrano para entonces ya estaba subiendo apresuradamente las escaleras que lo conducían a su cuarto donde, al igual que en el salón, comprobó que sus documentos también habían sido revisados. Confundido, se sentó en su escritorio.

¿Tendrían razón Sarratea y Rivadavia en que el asunto de Italia aún seguía en marcha?

9
SECUESTRO SENSACIONAL

–¡Fue Waterloo! Waterloo lo cambió todo –insistía Cabarrús, con las mejillas encendidas por el calor.

Septiembre había sorprendido a los londinenses con un clima inusualmente tórrido. Con las altas temperaturas, el río Támesis, siempre plagado de desechos, desprendía unos vapores nauseabundos que volvían irrespirable el aire de la ciudad.

Domingo Cabarrús y Manuel de Sarratea habían entrado en la residencia del West End tapándose la nariz con pañuelos impregnados de perfume y ahora, mientras Belgrano y Rivadavia relataban lo ocurrido la noche anterior, el Conde utilizaba el suyo para abanicarse y secarse el sudor.

Sin pruebas concluyentes, Rivadavia insistía en que los intrusos que habían entrado en la casa y revuelto los documentos eran espías españoles. En cambio, Belgrano señalaba que no podían desestimar a agentes británicos, muy posiblemente interesados en las reuniones de las que habían estado participando en casa del parlamentario *whig*.

–También podrían ser espías del Papa, de Carlos IV, de la corte de Madrid y del embajador español en Italia. No me han perdido pisada desde que llegué a Roma –los interrumpió Cabarrús, deseoso de captar la atención de los rioplatenses y tener su prometido protagonismo.

Con su acostumbrada ampulosidad, el Conde se lanzó a describir los pormenores de su visita a los ex monarcas y las dificultades que había tenido que sortear. Remarcando su supuesto heroísmo, detalló

cada vía que había intentado para llegar a Carlos IV y que le había sido cerrada, así como sus trabajosas gestiones con María Luisa y Godoy.

–Nadie tanto como la reina lamentó de que la operación se malograse. Su desolación era evidente. Antes de despedirnos me dijo que, a su juicio, no debía darse por concluida. Que deseaba su continuación y que, si se presentaba de otro modo o en circunstancias distintas, ella siempre me patrocinaría. Así que ya ven, porque ella misma lo ha manifestado: sigue siendo nuestra aliada.

–Pero por todo lo que relata, no hay nada más que hacer –comentó Belgrano–. Su misión ya terminó…

Cabarrús sonrió con una mueca que acentuó su aspecto bufonesco. Luego agregó, bajando el tono, casi en secreto:

–Todavía tenemos una oportunidad con el Infante.

–No entiendo… –musitó Belgrano, frunciendo el ceño.

–Según me refirió mi buen amigo Godoy, antes de mi llegada los monarcas estuvieron haciendo gestiones ante el Papado para que Francisco de Paula fuese nombrado cardenal. Pero hete aquí que, cuando las negociaciones ya estaban muy avanzadas, se descubrió que el príncipe había preñado a una de sus amantes. La noticia de la escasa vocación del bueno de Francisco por el celibato echó por tierra su nombramiento y los planes de los reyes, que buscaban asegurarle una posición y tener ciertas garantías para permanecer en Italia.

–¿Y por qué eso abriría una nueva oportunidad? –preguntó Rivadavia.

–Apenas me fui de Verona, Godoy me envió una esquela para contarme que Fernando se niega a aceptar a su hermano menor en España y, por ende, sus padres, especialmente Don Carlos, tampoco lo quieren cerca. El Infante se ha convertido en un estorbo para la familia real, de modo que, si lo enviamos a Buenos Aires por nuestra cuenta y en forma secreta, les estaríamos haciendo un favor. No necesitamos la anuencia del anciano monarca para ello. Nos basta con la ayuda del Príncipe de la Paz y otros leales.

Cabarrús tenía los ojos encendidos por la que consideraba una idea brillante, pero no así Sarratea, quien le dirigió una mirada lapidaria.

Belgrano lo notó y su boca se contrajo.

–¿Usted ya estaba al tanto de lo que el Conde acaba de contar? –le preguntó a Sarratea.

–Don Domingo me lo mencionó cuando estábamos viniendo para aquí –dijo el diplomático. Luego se acomodó en su asiento y agregó con suficiencia–: Es un nuevo plan que ideó el Conde con Godoy y que no es muy diferente del que teníamos: embarcar al Infante y enviarlo rumbo a Buenos Aires cuanto antes para que ocupe el trono de la América del Sud.

Sarratea mentía. El plan de Cabarrús y Godoy era raptar al Infante, y Cabarrús se lo había propuesto en una carta que le había enviado desde Italia, remarcándole que era la única posibilidad de continuar con el negocio por un "medio extraordinario". Él había estado de acuerdo y, de hecho, desde que Cabarrús había regresado a Londres, ambos se estaban ocupando de armar la operación.

Pero ahora estaba fastidiado porque antes del encuentro con Belgrano y Rivadavia, le había advertido a su socio que debía mantener la boca cerrada ya que iba a necesitar tiempo para convencer a sus compañeros de que era la última y única posibilidad para las Provincias Unidas. Sin embargo, el Conde, con su incontinencia verbal, se había apresurado a hablar, lo cual podía echarlo todo a perder.

Tal como había previsto, ahí estaba Belgrano, con toda su indignación y sus miradas cargadas de sospechas. Sarratea sabía el efecto que podía causar la operación en "el doctor de la moral intachable", como solía llamar al patriota a sus espaldas.

Belgrano no podía dar crédito a lo que estaba escuchando, mientras que Rivadavia, que había permanecido en silencio evaluando qué posición le convenía adoptar, preguntó:

–¿Pero Godoy o algún otro emisario habló con Francisco de Paula? ¿El Infante ya ha dado su conformidad?

–No, no, de ninguna manera… eso es muy peligroso –dijo el Conde moviendo la cabeza con énfasis–. Hablar con el Infante sería

como contarle todo a los agentes de Fernando, que se nos echarían encima. Por el contrario, Francisco no debe enterarse y mucho menos su padre.

–¿Y cuál es el plan entonces? –preguntó Belgrano–. ¿Secuestrar al Infante y embarcarlo por la fuerza?

–¡No haremos nada por la fuerza, válgame Dios! –repuso Cabarrús, tratando de minimizar la cuestión–. Usted está utilizando una palabra que… bueno, hay que ver lo mal que suena. Para tranquilidad de todos y, si es eso lo que les preocupa, ya he contactado a un par de hombres de corazón y coraje que pueden ayudarnos con la operación.

–No puedo siquiera pensar en que nos involucremos en hacer algo semejante –protestó Belgrano.

–Para alcanzar su suspirada independencia, como usted siempre dice –comentó Sarratea con fina ironía–, es primordial anticiparse a lo que pueda hacer Don Fernando. Nuestra intención es traer al Infante a Londres hasta que el gobierno de Buenos Aires disponga.

Rivadavia se puso de pie y, mientras movía sus pequeñas manos con nerviosismo, intentó unir las piezas. Necesitaba comprender este nuevo tablero en el cual Sarratea se había convertido en aliado de Cabarrús. ¿En qué momento había quedado fuera? ¿Por qué Sarratea había dejado de confiar en él para hacer gestiones y negociados a sus espaldas?

–Estoy seguro de que todo saldrá de maravillas –agregó Cabarrús–. Los caballeros con los que he conversado son profesionales y sabrán cómo hacer el trabajo.

–No es una decisión que pueda tomarse a la ligera –dijo Rivadavia, buscando ganar tiempo–. En caso de que nos parezca viable, habrá que ver cómo se instrumenta todo este asunto. Hay que estudiar sus implicancias, reflexionar…

Sarratea entornó los ojos y preguntó con malicia:

–¿Cuántos días piensa que necesita? Porque no tenemos tiempo para largas cavilaciones.

Las prominentes mejillas de Rivadavia, ya encendidas por el calor, se tornaron escarlata. Su inicial desconcierto se había transformado en furia. ¿A qué obedecía tanta impaciencia? ¿Sarratea

realmente lo había traicionado y pensaba actuar en connivencia con el Conde, excluyéndolo de todo el negocio?

–Según parece, usted ya tiene tomada una decisión –dijo Belgrano, dirigiéndose con tono cortante a Sarratea–. Imagino que porque contaba con información que nosotros recién hoy hemos recibido. Pero hay que sopesar los peligros de esta operación, como la llama Cabarrús. El optimismo desmesurado es imprudencia. Si Bernardino está de acuerdo, podemos volver a reunirnos antes de que termine la semana.

Belgrano se había puesto de pie, dispuesto a despedirse, pero Cabarrús permanecía sentado.

–Antes de concluir esta nutricia velada –dijo el Conde con una sonrisa que no se condecía con el tema que estaban discutiendo ni con el clima tenso de la reunión–, necesitaría saber cuándo podrán reembolsarme los gastos en los que he incurrido durante mi comisión. Me gustaría no tener que reclamarlo con tantas prisas, pero ha habido numerosos imprevistos, y he tenido que poner sumas considerables de mi bolsillo.

El anuncio de "numerosos gastos imprevistos" puso a Belgrano en alerta: le habían adelantado a Cabarrús una generosa partida de dinero y no confiaba en él. No solo por sus gestos sobreactuados y su estilo zalamero, casi servil, sino fundamentalmente por sus pretensiones de gran señor, que lo llevaban a vivir con una opulencia que no guardaba relación con su acotada fortuna. Belgrano estaba convencido de que, en su afán por hacerse de dinero, el Conde era capaz de echar mano a cualquier recurso y sacar provecho de cualquier situación.

–Para eso, es necesario que nos presente sus cuentas –dijo el patriota.

Cabarrús abrió grandes los ojos.

–No lo estaría entendiendo, mi estimado Manuel… Le puedo decir la cifra, si eso es lo que requiere.

–Debe decirme la cifra total y cómo se llega a ella. Cada gasto que ha realizado debe tener un documento que lo respalde. En cuanto nos presente su rendición, me comprometo a hacerle el reembolso a la brevedad.

Sarratea resopló. Estaba empezando a hartarse de los cuestionamientos de Belgrano y ya no le importaba disimularlo:

–Todos sabemos el celo y la minuciosidad con que cuida los fondos –repuso ondulante–. Pero imagino que no pretenderá que este pobre hombre, después de un periplo por territorio minado y casi en guerra, vigilado por cuanto espía hay en Europa y arriesgando su pellejo por nuestra causa, tenga cada uno de los papeles que usted está exigiendo… Nadie puede dudar de su empeño ni dejar de considerar que en las actuales circunstancias haya incurrido en gastos que no pueden someterse a las reglas generales porque demandan precisamente de la discreción y tino de quien los hace.

La elocuencia y los tonos airados de Sarratea no iban a amedrentar a Belgrano:

–Lo que le estoy pidiendo al Conde es lo que corresponde a mi deber. Debo dar cuenta al gobierno de cada gasto. Un gobierno que, le recuerdo, es pobre y necesita de cada recurso –dijo con firmeza–. Luego podemos revisar las excepciones, pero no todo puede ser excepcional, ¿no cree?

En su intención de defenderlo y polemizar con Belgrano, Sarratea había tomado un rumbo que Cabarrús consideró podía perjudicarlo, de modo que apresuró el cierre de la reunión.

–Caballeros, prepararé lo que me solicitan con el mayor de los cuidados –dijo, mientras hacía reverencias en dirección a cada uno de los diplomáticos.

Sarratea se marchó con el Conde y, apenas traspusieron la puerta, le recriminó haber hablado, incumpliendo lo que habían acordado.

–Te equivocas, Manuel –se defendió Cabarrús–. Ha sido un golpe de efecto. Los hemos sorprendido, pero ¡zas!, ya hemos dado el paso que nos permite seguir avanzando.

–¿Y qué harás con la rendición de cuentas?

–¡Qué pregunta! Lo que he aprendido de ti: negar, siempre negar. Luego enredar la madeja, atacar si es necesario u ofenderme.

Los dos hombres se conocían bien. Habían compartido aventuras juveniles y ahora compartían traspiés económicos y ambiciones en

partes iguales. Ninguno de los dos tenía reparos en recurrir a maniobras ilegales o fraudulentas para lograr lo que se proponía.

La fortuna familiar de Cabarrús había sido confiscada por Real Decreto en 1809, y desde entonces la posición social del Conde se había deteriorado, mucho más después del destierro. Sarratea, por su parte, afecto a disipaciones de todo género, llevaba una vida muy por encima de sus posibilidades. Su patrimonio podía medirse por la cantidad de acreedores que lo perseguían tanto en América como en Europa.

El criollo era un consumado operador en las sombras, siempre moviendo los hilos políticos en función de sus intereses. Su elección de Cabarrús como socio en el asunto de Italia no significaba que estuviese dispuesto a compartir el manejo de la operación, sino que el Conde era, de todos los que lo rodeaban, quien mejor podía servirle.

Ansioso por regenerar su desahuciado peculio y recuperar sus blasones, Cabarrús imaginaba que la operación italiana podía darle notoriedad política, tierras y suculentos dividendos para despilfarrar en los salones de Europa. Incluso soñaba con hacerse de algún castillo en la flamante y lejana corte del Plata, fantasías que Sarratea se ocupaba de alentar. Pero lo más importante era que gracias a sus relaciones de familia y su prosapia, Cabarrús tenía acceso a las cortes monárquicas y funcionaba como un "abrepuertas" en los círculos de la nobleza y la aristocracia. Tanto era así que, por su habilidad para moverse en esos ambientes y una bien tejida cadena de relaciones, habían logrado ser invitados a varias cenas en Holland House, el club de caballeros donde solían reunirse los *whigs* y los liberales españoles exiliados en Londres que habían huido del gobierno de Fernando VII.

Sarratea estaba interesado en vincularse con los peninsulares para obtener información sobre lo que sucedía en España, pero, sobre todo, para llevar adelante la nueva aventura que estaba planeando con Cabarrús.

Cuando Sarratea y el conde dejaron St. James, Rivadavia se quedó mascullando a solas sus desventuras, tratando de entender por qué el primero lo había traicionado y qué posición debía adoptar. Belgrano, en cambio, no podía apartar de su mente lo descabellado que era el plan de secuestrar al Infante para llevarlo a Buenos Aires y coronarlo a la fuerza rey de un imperio imaginario. Sin embargo, tenía claro que el regreso de Fernando al trono y la victoria aliada en Waterloo habían complicado hasta lo impensado la situación de las Provincias Unidas. No solo quedaban escasas o nulas posibilidades de lograr la independencia, sino también se enfrentaban al riesgo de perder todo lo conseguido desde la revolución.

Considerando el afán del Deseado por recuperar las colonias, cualquier negociación o acuerdo con el monarca carecía de garantías y no iba a ser más que una trampa para reinstaurar el absolutismo. En cambio, la intriga monárquica que proponía coronar al Infante al mismo tiempo que se proclamaba la independencia, aplazaba la ruptura definitiva con los Borbones, pero permitía obtener lo más urgente: librarse de Fernando y ganar tiempo para que los patriotas, bajo el mando de San Martín, triunfasen en Chile y Perú.

Belgrano decidió compartir sus pensamientos con Rivadavia que, sorprendentemente caviloso, aún no se había pronunciado sobre el nuevo plan. Ambos se dedicaron a analizar una vez más el estado de Europa y la posición de las colonias desde la abdicación de Napoleón, evaluando las posibilidades diplomáticas que tenían. Concluyeron que, considerando lo sucedido en los últimos meses, era poco o nada lo que les restaba por hacer.

–Hemos tenido un fracaso tras otro –dijo Rivadavia, abatido–, y en nuestro país los enfrentamientos entre las distintas facciones han desatado una guerra civil que no ha hecho más que debilitarnos.

–Entonces, ¿cuál es su opinión sobre lo que proponen Cabarrús y Sarratea?

–Que no tenemos otra opción que intentarlo.

–Pienso lo mismo. Este asunto va en contra de lo que dicta la razón, pero dadas las circunstancias, parece ser el único remedio para nuestra patria. Nos han ordenado hacer todo lo posible por ella y hasta ahora hemos podido hacer poco y nada. Si, llegados a este

punto, nos negamos a seguir adelante, nos arriesgamos a perderla y que se nos haga responsables de esa desgracia.

–Entremos en el proyecto, pero mantengamos los ojos abiertos. No me fío de Cabarrús –propuso Rivadavia, reservándose exprofeso su opinión sobre Sarratea.

La decisión de los diplomáticos tuvo su aval pocos días después, cuando Sarratea les informó que había recibido una carta de Álvarez Thomas, fechada el 10 de julio. En ella el Director Supremo le indicaba que considerase el "proyectillo de Italia", aunque también le pedía que no tomara compromisos serios y obrara con cautela hasta que pudiera celebrarse un Congreso General y decidieran el rumbo de las relaciones exteriores.

–Álvarez Thomas me ha dicho que como los españoles no quieren reunirse con nosotros, debemos concentrarnos en proteger la independencia y hacer lo necesario para evitar derramamientos de sangre –añadió satisfecho por el visto bueno del Directorio.

Pese a que Belgrano y Rivadavia eran conscientes de que el gobierno había dado su apoyo sin conocer que el "proyectillo" era ahora raptar al Infante –un detalle que, sin duda, Sarratea había omitido mencionar–, la carta del Director Supremo les produjo cierto alivio.

Sin embargo, ese alivio duraría apenas unas horas. Poco después, recibieron una escueta esquela de Cabarrús pidiendo el reembolso de los gastos en los que había incurrido durante su viaje a Italia. El Conde adjuntaba como comprobante un documento de su puño y letra con un listado de ítems dudosos y montos descabellados que sumaban una cifra exorbitante.

Fue Rivadavia esta vez quien reaccionó con indignación y le envió una nota a Sarratea, en la que reproducía las cuentas del Conde y planteaba una serie de dudas sobre su probidad. La respuesta de su destinatario no se hizo esperar. Aplicando una de sus estrategias favoritas –atacar y ofenderse–, a la mañana siguiente Sarratea se presentó en la casa del West End para increparlo.

Belgrano estaba en su dormitorio cuando escuchó los gritos. Al bajar la escalera, se encontró con un colérico Sarratea frente a un demudado y asustado Rivadavia, que no atinaba a reaccionar.

–¿Qué cree que está haciendo? –le espetaba Sarratea con brusquedad–. El Conde no tiene la obligación de presentarle ni a usted ni al gobierno los mentados comprobantes pues, como ya lo ha explicado él y yo también, las circunstancias de su misión lo justifican.

–No se trata de eso… –comenzó a decir Rivadavia, pero Sarratea no estaba dispuesto a dejarlo hablar.

–Si no creen en mi palabra, aquí mismo y en este momento abandono todo este asunto, y hagan lo que puedan –soltó con tono amenazante. Sus ojos se achinaron, concentrando toda su ira, antes de seguir diciendo–: Y ya que estamos, mi buen Bernardino, ¿acaso usted puede dar cuenta de cada uno de los gastos que ha realizado?

Rivadavia procuró calmarlo.

–Es una obligación que el Conde ha contraído, no entiendo qué lo enoja.

–En su caso es una obligación porque está en una misión diplomática, no así Cabarrús, que es un agente que está bajo mi arbitrio.

Belgrano estaba listo para intervenir, pero Sarratea ya se dirigía a la puerta. Desde allí, furioso, le lanzó a Rivadavia:

–Mándeme usted con su criado los papeles que justifican sus gastos y yo le enviaré los que tenga en casa.

La puerta se cerró con un golpe seco.

–Pero ¡¿qué le sucede a este hombre?! –exclamó Rivadavia girándose hacia Belgrano, que había permanecido a los pies de la escalera, observando la escena–. No entiendo su cambio de actitud ni me cabe en la cabeza que pueda tener semejante conducta después de toda la confianza que le he dispensado –añadió con amargura.

Belgrano lo miró con expresión severa.

–No debería sorprenderse tanto. ¿Cuántas veces ha visto a Sarratea ostentar un poder que no tiene o falsear sus principios, que nunca sabremos cuáles son, para hacerse lugar entre quienes cree

que le convienen? Más de una vez lo he escuchado alabar y renglón seguido despreciar a nuestros gobernantes, o fanfarronear relaciones y contactos que de un día para otro se esfuman. Es un advenedizo. Y me atrevería a decir que su querido Cabarrús es un farsante.

Rivadavia frunció el ceño.

–Bueno, no espere que defienda a Cabarrús –concedió–, pero yo no diría eso de Sarratea. Es un diplomático que sabe estar en distintas posiciones, aunque a veces lo gana su carácter y su orgullo –su tono fue bajando, para no comprometerse y tomar distancia de Belgrano–. Este asunto del Infante a todos nos tiene nerviosos y es posible que Sarratea se haya sentido ofendido, creyendo que lo acusaba de deshonestidad.

–Entiendo que lo justifique. Ustedes han tenido o tienen mucha afinidad –dijo Belgrano, que recordaba lo próximos que habían sido hasta hacía poco tiempo–. Pero a mí me parece que tanto Sarratea como el Conde ven en este asunto una conveniencia propia, que poco tiene que ver con la causa de la patria.

Rivadavia se dio cuenta de que la conversación tomaba rumbos peligrosos y pegó un golpe de timón. Ya hablaría con Sarratea en privado, pero no estaba dispuesto a dejar que, de un momento a otro, el negocio se le escurriese de los manos.

–Nosotros convinimos que íbamos a seguir adelante… –dijo, mesurado, buscando ahora calmar a Belgrano.

–Sí, porque por mucho que me pese, ese plan, aunque descabellado, es hoy nuestra única alternativa. Es eso o nada.

Después de su explosiva aparición, Sarratea dejó de ir a la casa del West End a almorzar o cenar, como había estado haciendo los últimos meses. Rivadavia prefirió evitar cualquier otro movimiento que pudiese exponerlo, pero tras unos días Belgrano quiso saber en qué situación estaban y decidió ir a verlo al apartamento de Albany, en Picadilly, donde vivía.

–El doctor no está disponible –le informó un criado, luego de haberlo dejado varios minutos esperando en la puerta.

El gesto de Belgrano, sin embargo, no cayó en saco roto. Tal vez considerando que había ido demasiado lejos, a la noche siguiente

Sarratea se apareció en St. James.

Llegó envuelto en su capa oscura, que apenas entró, sacudió y dejó caer con displicencia sobre el respaldo de una silla. Como no esperaban visitas, el salón estaba en penumbras, apenas iluminado por un par de candelabros en las esquinas. Pero Sarratea, como si nada hubiese pasado y si esa casa le perteneciera, comenzó a pasear su delgada figura por el recinto para encender más velas, mientras relataba la obra de teatro que acababa de ver. Los botones dorados de su casaca azul y el brillo de su chaleco de seda refulgían cada vez que encendía una cerilla, hasta que anunció que estaba algo cansado y se dejó caer en un sillón con total familiaridad.

Acto seguido, reclinó la cabeza contra el respaldo, y con la vista vuelta al techo y el mismo tono ligero que había empleado para contar la obra de teatro, excusó a Cabarrús diciendo que había estado demasiado ocupado para reunir "los papelitos que le exigían", ya que, tras intercambiar información con Godoy, habían estado cerrando los detalles del plan. Luego se enderezó en el asiento y continuó diciendo:

–Mudaremos al Infante a Austria con un gentilhombre y un ayuda de cámara. Hombres nuestros, por supuesto. La idea es que María Luisa, Godoy y Pepita Tudó vayan también con Francisco, porque temen la reacción de Fernando si se entera de la operación, aunque aún no sabemos si esto será posible. Desde Austria, siempre en carácter de incognito, el Infante será trasladado a Alemania y, en el puerto de Bremen, embarcado para Londres, donde lo estaremos esperando.

–Aquí va a estar demasiado expuesto –comentó Rivadavia–. No entiendo cómo haremos para que los agentes españoles no se enteren de su arribo.

–Despreocúpese. Cabarrús es muy hábil para resolver estas cuestiones. Ya hemos visto que pudo atravesar media Europa sin ser descubierto. Para que su segundo viaje a Italia no levantase sospechas, yo mismo le armé la coartada: estaba allí para cerrar cuestiones vinculadas con el testamento de su finado padre. Me ocupé incluso de que le armasen algunos documentos falsos para justificarlo, de modo de camuflar los otros documentos tan

comprometedores que portaba. Y este mismo pretexto del testamento utilizará para justificar su paso por Alemania, donde dirá que está de visita mientras espera le lleguen algunos documentos que ha pedido y son absolutamente necesarios para las liquidaciones pendientes. Tanto en Alemania, donde se encontrará con Cabarrús, como en Londres, la estadía del Infante será breve y con poco boato. Aquí se entrevistará con nosotros, pero luego su ayuda de cámara lo acompañará hasta algún puerto de Gran Bretaña desde donde partirá junto con el Conde y su acotado séquito rumbo a Buenos Aires.

–¿Usted cree realmente factible que Francisco de Paula pase por tres países sin que los españoles se enteren? –preguntó Belgrano, cada vez más convencido de que todo el plan no solo era delirante sino peligroso–. Siempre y cuando, además, acepte ser coronado Rey del Plata.

Sarratea sacudió la cabeza con impaciencia.

–¡Por supuesto que va a aceptar! No tiene alternativa. Ni sus padres ni su hermano Fernando lo quieren cerca. ¿Adónde va ir a parar? Pero, además, será un honor para él ser coronado rey, una posibilidad que jamás debe siquiera haber soñado.

Rivadavia, que había estado escuchando en silencio, se inclinó un poco hacia adelante y le preguntó:

–¿Y usted piensa viajar con el Infante a Buenos Aires?

–No. Como ya les he dicho, quien lo acompañará será Cabarrús –respondió alisando el puño de encaje de su camisa–. Luego mi misión será negociar un tratado con la corte de España, de modo que nos den su conformidad. La darán porque después de todo, Francisco de Paula es un Borbón. ¡Hay que ser optimistas! El plan no deja ni un cabo suelto. Ha sido cabalmente pensado.

Para Belgrano, el asunto no tenía nada de cabal, pero Sarratea se mostraba muy convencido y había logrado persuadir a Rivadavia, que aprobaba cada una de sus frases con movimientos pausados de cabeza.

Debía reconocer que, a diferencia de sus compañeros que parecían moverse como peces en el agua en el opaco mundo de los espías y agentes, él no estaba acostumbrado a planes y operaciones

basadas en mentiras y engaños. Incluso tenía otra concepción de la diplomacia y un apego a la verdad que ya le había costado muy caro. Así que decidió dejarlos liderar el asunto sin hacer más objeciones.

Sin embargo, el miércoles siguiente, día de sus habituales citas, Isabel lo sorprendería revelándole aspectos desconocidos –y nuevamente turbios– de Cabarrús, que renovaron su desconfianza.

Belgrano se calzaba las botas mientras Isabel, de espaldas a él, ponía un cacharro con agua a hervir sobre el brasero, cuando sin preámbulos dijo:

–Me he enterado de que tu compatriota Sarratea y el conde Cabarrús son muy cercanos. Los han visto juntos en varias cenas.

Belgrano se sobresaltó.

–¿Los conoces?

–A Sarratea sí, me lo han presentado alguna vez en un salón, pero a Cabarrús no. Aunque conozco a su hermana Teresa, que es buena amiga mía. Y por lo que me ha dicho de su hermano, creo que tu compatriota debería cuidarse de ese Monsieur…

Belgrano no estaba dispuesto a revelarle a Mademoiselle Pichegru ninguna información sobre su trabajo como diplomático y mucho menos sobre el asunto del Infante, pero claramente le interesaba lo que pudiese contarle.

–¿A qué te refieres?

Isabel se acercó con dos tazas de té y se sentó junto a él en el sofá.

–Teresa vive en Bélgica, pero hace unos días estuvo de visita en Londres y nos hemos visto. Le he contado de nuestra amistad sin entrar en detalles, espero no te moleste, *cheri* –dijo con un recato que no le era propio, midiendo sus palabras–. Pero cuando le mencioné que eras sudamericano, me comentó que su hermano Domingo se presenta como un aliado de los independentistas, pero que es un fraude. Quizás deberías advertirle a Sarratea…

Manuel siguió fingiendo no conocer a Cabarrús, pero no podía hacer lo mismo con Sarratea. Ignoraba cuánto sabía Isabel de él.

–Sarratea sabe cuidar muy bien sus espaldas y no es asunto mío su amistad con ese Conde –respondió cortante, queriendo dar por

terminada la charla.

Pero Isabel se había acomodado en el sofá con esa languidez que su amante conocía bien, y estaba lista para seguir hablando.

–Me extraña que no sepas quién es Teresa Cabarrús. ¡Es la famosa *Notre-Dame de Thermidor*! –dijo sonriendo con entusiasmo–. Tiene una historia fascinante…

Uno de los temas favoritos de la dama francesa era la vida de los aristócratas, cuanto más escandalosas mejor. Hombres y mujeres a los que, en muchos casos, se arrogaba el privilegio de haber conocido de cerca. Y no había modo de frenarla cuando comenzaba a contar sus historias, de modo que Belgrano se dispuso a escucharla, esperando que le revelase algo más acerca de Cabarrús.

–Teresa, como su hermano Domingo, son españoles –continuó Isabel–, pero desde niños ambos fueron enviados por su padre a París para recibir educación. El padre era un hombre de fortuna, banquero si no me equivoco, y sé que más tarde estuvo preso, aunque eso ahora no importa, volvamos a Teresa. Ella era, y sigue siendo, una mujer de una extraordinaria belleza: cabellera azabache, nariz y boca perfectas, además de su encanto natural. Con menos de quince años, la casaron con Jean Jacques Devin, que más tarde sería Marqués de Fontenay. Un matrimonio concertado, como te puedes imaginar. Cuando comenzó a frecuentar los salones parisinos con su marido, Teresa encandiló a toda la ciudad y dejó varios enamorados a su paso. Pero con el estallido de la Revolución, al ser ella y Devin marqueses, quisieron salvar sus cabezas y se mudaron a Burdeos. Allí se divorciaron y él se fue no se adónde, en cambio la pobre Teresa, con la llegada de las tropas revolucionarias, acabó presa por ser una ex marquesa y, pese a su divorcio, esposa de un emigrado. Aun así, tuvo suerte. Jean Lambert Tallien, un jacobino miembro del Comité de Seguridad General, un fanático que adoraba alimentar la santa guillotina, la había conocido en París y había quedado prendado de su belleza, y la puso en libertad. Eso sí, como bien sabes, nada es gratis: él le cobró el favor y la convirtió en una de sus amantes.Tallien era de los más sanguinarios, ya te lo dije, pero como ella le pedía clemencia por algunos ciudadanos y a él parece se le había ablandado el corazón, les perdonó la vida a varios

y, *voila!* el número de guillotinados disminuyó y en Burdeos Teresa pasó a ser llamada Nuestra Señora del Buen Socorro. Al carnicero de Robespierre no le gustó este cambio en Tallien ni la influencia que tenía Teresa sobre él, así que, entre tantas otras cosas horrorosas que hizo, la mandó nuevamente a prisión. ¿Y a que no sabes de quién se hizo amiga en el calabozo? ¡De Rosa Tascher, otra prisionera que luego sería nada menos que la emperatriz Josefina! Aunque para que Josefina se convirtiera en emperatriz aún faltaba. Espera, porque en el medio hay mucho más. Teresa supo que la esperaba la guillotina y le escribió a Taillen acusándolo de cobarde. Algunos dicen que le mandó también una daga, pero me cuesta imaginar que ella pudiese tener un arma en prisión y nunca le pregunté si era cierto. A Taillen no le gustó que su amada lo viese así, o tal vez le sirvió de pretexto, porque tras recibir la carta se reunió con otros miembros de la Convención y organizaron el golpe contra Robespierre. ¿Resultado? Robespierre perdió la cabeza en su propia guillotina y Teresa se convirtió en la mujer más célebre de Francia. Desde entonces la llamaron la Notre-Dame de Thermidor. Agradecida, se casó con Taillen y se sumó a las *merveilleuses*, ese grupo de mujeres aristócratas e influyentes que también integraban Josefina y Juliette Récamier, la organizadora del salón literario más importante de París. Teresa misma me contó que en una de las tantas fiestas a las que asistía conoció a un general con aspecto pobretón que se enamoró de ella, pero al cual ella rechazó sin dudar. Y el problema fue que el sujeto, como ya te estarás imaginando, era nada menos que Napoleón Bonaparte.

Isabel hizo una pausa y puso cara de asco.

–Parece que el corso nunca olvidó esa humillación. Después de Taillen, de quien también se separó, Teresa tuvo varios amantes y maridos: el vizconde de Barras, el financiero Gabriel Julien Ouvrad, que le compró un castillo en el campo, un palacete en el centro de París y con el que tuvo cuatro hijos, y, finalmente, el conde José de Caraman, a quien conoció en casa de nuestra común amiga, la escritora Madame de Staël. Con Caraman se casó y se convirtió en condesa, pero como aun así seguía sin recibir invitaciones para las fiestas en las Tullerías que daban el ya emperador Napoleón y

Josefina, decidió ir a visitar a su antigua amiga. ¡Y resulta que el responsable de su destierro de la vida pública de París era el rencoroso de Bonaparte, que además le prohibió a Josefina volver a verla!

Divertida por su propio relato, Isabel se inclinó hacia Belgrano, que la había escuchado atentamente y la "premió" con un beso apasionado. La muchacha de vida novelesca le correspondió con certeras caricias.

–¿No es una historia fascinante? –preguntó luego, sin esperar respuesta–. Teresa, como te dije, ahora vive en Bélgica con Caraman.

–¿Y sigue en Londres?

–No, ya se ha marchado. Pero antes de irse me contó algo más sobre su hermano. Al parecer, él le dijo que había viajado a Italia como representante de los gobiernos americanos para reunirse con Carlos IV, pero Teresa se enteró de que terminó siendo expulsado. El rey se negó a recibirlo y tuvo que huir de un momento a otro para no acabar preso. Él le ha pedido dinero, y ella no se lo ha dado. La avergüenza ser su hermana.

Belgrano no quiso hacer comentarios. No a Isabel, que lo fascinaba como narradora pero que no le merecía la suficiente confianza. Más tarde, al recordar la conversación y cómo había comenzado, incluso se dijo que Madame Pichegru tal vez oficiaba de agente de los españoles o de algunos otros, y que su verdadera intención había sido sonsacarle información.

Veinticuatro horas después, la idea de que estaban rodeados de agentes y espías cobró aún más fuerza. En la reunión que Sarratea había organizado en el West End, Rivadavia contó que por la mañana había ido a buscar correspondencia a la oficina de correos, y había notado que un hombre de cabello oscuro lo seguía.

–Desde allí me fui a Lloyds para leer los periódicos, y al rato lo vi dentro, sentado en una mesa alejada. Simulaba leer, pero cada tanto miraba en mi dirección. Tenía aspecto de español.

–¿Y por qué supone que era español? –preguntó Sarratea.

–No hace falta mucho para darse cuenta. Usan ropas distintas a las de los británicos.

Cabarrús, que también había sido convocado a la reunión, se retorció las manos:

–Yo vine en calesa. No puedo saber si me han seguido. Guardo el mayor de los cuidados, pero hay que ver que esta gente está en todas partes…

Todos se mostraban preocupados, excepto Sarratea, que seguía esforzándose por demostrar un optimismo incombustible y parecía ansioso por entrar en acción.

–Lo más importante es que no descubran a las personas que ha elegido para acompañarnos en la evasión del Infante –le dijo al Conde–. ¿Merecen su confianza?

Belgrano lo miró, incrédulo. La pregunta era por demás inútil: el interrogado jamás daría una respuesta sincera.

–La más plena –aseguró Cabarrús–. Puedo referirles sus antecedentes, pero considero que, para resguardo de todos, también esa información debe mantenerse en reserva.

–Entiendo la necesidad de tomar ciertas precauciones –concedió Belgrano–, pero también es imperativo que alguno de nosotros los conozca. La misión que tienen por delante lo amerita.

–Pero, mi estimado doctor, ¿con qué motivo? Si le estoy diciendo que tienen los mejores antecedentes...

–Se lo acabo de explicar, don Domingo. Usted puede tener el mejor criterio, pero cuatro ojos ven mejor que dos, y es mucho lo que está en juego.

Sarratea quiso sostener los endebles argumentos del Conde, pero al darse cuenta de que Belgrano no cedería, terminó diciendo con condescendencia y un dejo de malicia:

–Está bien, Domingo, dejemos que el prudente doctor se entreviste con sus ayudantes, así se queda tranquilo.

"¿Sus ayudantes?", pensó Belgrano. Sarratea ya no tenía empacho en demostrar que se había arrogado el papel de amo de la intriga y que su agente, Cabarrús, operaba siguiendo únicamente sus indicaciones. "No solo nos retacea información, sino que permite que el Conde conchabe a personas que no sabemos quiénes son, ni

de dónde salieron, ni por qué fueron elegidas, como si esto fuese un negocio personal", se dijo, molesto.

–Organice un encuentro lo antes posible –ordenó a Cabarrús con tono firme.

Desde que Sarratea lo había increpado, Rivadavia procuraba mantenerse en un discreto segundo plano para evitar cualquier enfrentamiento con el comisionado. Necesitaba recuperar su confianza para ser incluido en el arte del secretismo que Sarratea manejaba con maestría, y que lo hiciera participe del nuevo negocio, pero sin exponerse demasiado. Sarratea jugaba siempre al límite, y él no estaba dispuesto a tanto. Tampoco iba a aliarse con Belgrano y su extremada rectitud, que Rivadavia consideraba casi mojigatería y falta de ambición. Su compañero era un ojo vigilante, siempre listo para indagar y cuestionar cuando detectaba una falta.

Él nunca había batallado y no iba a empezar a hacerlo ahora. Tenía otra forma de hacer las cosas, y mal no le había ido. Cautela y, cuando era necesario, silencio, o tomar un camino oblicuo. Si el plan fracasaba o no llegaba a concretarse, Sarratea, Belgrano y Cabarrús quedarían atrás, mientras que a él siempre le quedaba España. Después de todo, en las instrucciones reservadas que había recibido al partir, el gobierno de Buenos Aires le había indicado que debía ir a la península para negociar, y él sabía cómo hacerlo. Pero no podía excederse con el silencio, así que retomó el tema de los espías. El camino oblicuo.

–Cuando se reúna con los ayudantes, debemos asegurarnos de que nadie lo siga –le dijo a Belgrano, dejando de paso en claro que él no participaría de ese encuentro–. Yo puedo salir de aquí con usted y hacer algunos movimientos distractivos. Podemos ir primero a uno de los cafés por los que sabemos pululan los agentes, y desde allí podrá escabullirse sin ser visto.

–Me parece bien que Bernardino se ocupe de armar esa parte del plan –dijo Sarratea, a quien todo el asunto de los espías le interesaba poco–. Hay otro tema que me preocupa más: nuestra escasez de recursos. Le escribí a Nicolás de Herrera para reclamarle. No se puede llevar adelante una operación de esta magnitud sin dinero, y no podemos estar todo el tiempo mendigando.

Belgrano recogió el guante que Sarratea le había dejado servido:

–Los fondos que tenemos son escasos, pero es fundamental administrarlos como se debe. Por eso, vuelvo a recordarle, Don Domingo, que sigue pendiente la liquidación de gastos…

–Ya la tendrá, se lo aseguro –dijo Cabarrús, con su habitual sonrisa complaciente.

Sarratea unió las manos frente a su cara como en un rezo y cerró los ojos el tiempo suficiente para que todos, en especial Belgrano, pudiesen notarlo.

–Mi estimado Manuel –dijo al abrirlos y enderezarse en su silla–, eso no es lo importante en este momento. Estamos hablando de un puñado de monedas, cuando tenemos que ejecutar un plan que exige todos nuestros esfuerzos y nos puede hacer libres. Le pido que me apoye y le escriba usted también al secretario.

–En cuanto reciba la liquidación, le escribiré –dijo Belgrano, poniéndose de pie–. Y ahora, caballeros, si me disculpan, tengo trabajo que realizar. Espero noticias de la reunión con los ayudantes –agregó dirigiéndose a Cabarrús, mientras subía las escaleras hacia su habitación.

La siguiente ocasión en la que Manuel visitó a Mademoiselle Pichegru iba a ser la última. Al entrar en su departamento, encontró varios baúles dispersos por el salón y pilas de ropa sobre el sofá y la cama. Isabel solía recibirlo impecablemente arreglada, con atuendos que se notaba habían sido elegidos para seducirlo, pero esta vez llevaba el cabello recogido en una coleta y una mañanita de lana desvaída encima de una enagua ligera.

–¿Te vas de viaje? –le preguntó después de besarla.

Isabel sonrió con cierta melancolía y le acarició la mejilla con ternura.

–Me vuelvo a París

–¿Cómo? ¿Así, de un día para otro?

–Espera que quite estas cosas y te cuento lo que ha pasado –dijo, yendo de un lado a otro, apartando las prendas que ocupaban el sofá y colocándolas sobre los baúles–. Ven, sentémonos –añadió,

dando unas palmaditas sobre el tapizado de terciopelo–. Me voy con prisa porque el ministro Talleyrand me ha concedido una entrevista, algo que podría ser crucial para mi futuro. Debo estar en París cuanto antes.

–Esa sí que es una buena noticia. No sé cómo lo has conseguido, pero es casi una proeza que te reciba el hombre fuerte de Francia.

–Ya sabes… tengo mis influencias –dijo Isabel con un gesto cómplice.

"¿Qué hilos está moviendo? ¿Hasta dónde llegan sus influencias para lograr algo semejante?", pensó Belgrano, recordando la conversación que habían tenido la vez anterior y sus dudas sobre la posible vinculación de la francesa con alguna red de espías.

Los ojos de Isabel recorrían la habitación distraídos, posándose aquí y allá, mientras seguía diciendo:

–Algunos camaradas de mi tío, el general Pichegru, están organizando una misa en su memoria, y quieren erigir una lápida de piedra en el cementerio de Clermont, así que también debo ir para estar allí y rendirle un merecido homenaje. Napoleón no regresará jamás y ojalá quede enterrado en Santa Elena. Ya no corro peligro por ser la sobrina de mi querido tío, denostado por conspirador. ¡Soy libre! ¡Alégrate por mí! –exclamó, echándole los brazos al cuello.

Belgrano se dejó abrazar.

–Dicen que hay muchas posibilidades de que Luis XVIII me otorgue una pensión, con lo que se acabarían mis penurias –añadió Isabel, apoyando su cabeza en el hombro de Manuel–. Pero di algo…

–Es que tantas noticias juntas me han tomado por sorpresa. Me alegra por ti, claro.

Isabel se giró y le tomó la barbilla con una mano, obligándolo a mirarla.

–"Me alegra por ti" no es lo que esperaba escuchar. Al menos dime que me vas a extrañar –reclamó, haciendo un mohín de pena–. ¿O me dejarás ir así, sin más? –agregó con impetuosidad, bajando la mano con que le sostenía el rostro y dándole una suave palmada en el pecho.

–Te voy a extrañar, pero te dejaré ir porque es lo mejor para ti.

–¡Este es el momento en que tu deberías llorar y suplicarme que no me marche! Me exaspera tanto pragmatismo, *mon Dieu*. Pero no me importa, ya no. Ahora solo debo pensar en mí.

–No sé qué esperas. Me dices que vuelves a París, que puedes recuperar mucho de lo que has perdido, y eso me alegra.

–¿Te das cuenta de que esta es la última vez que nos veremos? Podrías mentir y decir que me amas…

–Ay, Isabel, ¿de qué serviría? ¿Quieres que llore, que me lamente y que este encuentro, que como dices puede ser el último, se transforme en un drama?

–Ya no espero nada, descuida –dijo Isabel con frialdad repentina. Su ánimo había cambiado de un momento a otro: ya no estaba contenta, sino contrariada. Se levantó del sofá y se arrodilló junto a uno de los baúles–. No sé para qué llevo estos vestidos, que están hechos jirones. ¡Fuera! –exclamó, arrojándolos al suelo–. Apenas llegue a París, me haré un nuevo vestuario.

Manuel la miraba sin saber qué hacer. Isabel era una mujer temperamental y no era la primera vez que tenía este tipo de reacciones.

–Lo mejor será despedirnos y que me vaya…–dijo él, poniéndose de pie.

Ella, aún arrodillada, se giró para mirarlo.

–¿Cómo? ¿No te quedarás conmigo esta noche, nuestra última noche? –dijo con inesperada dulzura–. Estoy buscando un regalo para ti. Algo que quiero que tengas, para que siempre me recuerdes –añadió, revolviendo el baúl–. Aquí está… No seas ingrato, y siéntate –en la mano apretaba el objeto que había encontrado.

Belgrano obedeció e Isabel se sentó a horcajadas sobre él.

–Mira –dijo abriendo los dedos. Sobre su palma había un reloj de oro esmaltado con la imagen de un general.

–Es Lafayette –señaló–. Quien me lo obsequió me dijo que había pertenecido a Jorge III.

–Es precioso, muchas gracias –dijo Belgrano, tomando el reloj y examinándolo con detenimiento–. Aunque no creo que haya sido del rey Jorge –añadió luego–. O quizás ya estaba enfermo y no se dio cuenta, porque sería impropio que el rey de Gran Bretaña tenga un

reloj con la imagen del general francés que les hizo perder las colonias americanas. Para mí, en cambio, es un honor. ¿Estás segura que quieres dármelo?

–Sí, y también estoy segura que esta noche quiero que te quedes conmigo –murmuró Isabel, contoneándose para pegar su cuerpo al de Manuel–. ¿Me darás ese regalo de despedida? –susurró antes de comenzar a besarlo en el cuello.

Lo que siguió fue uno de esos encuentros fogosos, a los que ambos estaban acostumbrados. Pero cuando Isabel se quedó dormida, Manuel se vistió en silencio y se marchó. Ya habían sido dichas todas las palabras y dados todos los besos.

La reunión con los hombres que había contratado Cabarrús finalmente se acordó pocos días después: se encontrarían a última hora de la tarde, cuando la luz ya hubiese caído, en una taberna de St. Giles, un barrio algo alejado del West End.

Tal como lo habían planeado, para evitar que algún espía pudiese seguirlos, Belgrano y Rivadavia salieron de su residencia en St. James en un coche y a mitad de camino le ordenaron al cochero que se detuviese junto a un callejón. Rivadavia se bajó, y tras echar un vistazo a su alrededor y comprobar que no había otro vehículo detenido, dio dos golpecitos en la portezuela del coche con la empuñadura de su bastón y luego se acercó al pescante.

–Me siento algo indispuesto y necesito encontrar alguna botica donde me vendan un tónico –le dijo al cochero–. ¿Sabe de alguna que quede cerca?

Mientras los dos hombres hablaban adelante, Belgrano descendió del coche con sigilo y se escabulló por el callejón. Entre tinieblas y esquivando los charcos que anegaban el suelo, recorrió un laberinto de callejuelas dando pasos apurados hasta llegar a la esquina donde lo esperaba Cabarrús dentro de otro coche.

Al verlo emerger de la oscuridad, el Conde le abrió de inmediato la portezuela y Belgrano se subió al vehículo en el que partieron hacia la taberna.

Durante los primeros tramos del viaje vieron desfilar por la ventanilla las bulliciosas calles de Covent Garden, colmadas de gente que iba hacia los teatros, cuyas funciones estaban por comenzar. Pero a medida que avanzaban hacia el Norte, el paisaje fue cambiando. El coche se internó en un entramado de calles estrechas y mugrientas, donde las viviendas eran cada vez más miserables. Hordas de vagabundos, prostitutas, pandillas de niños harapientos y figuras sombrías deambulaban u ocupaban los portales.

El hedor fétido comenzó a colarse en el interior del vehículo.

–A este barrio lo llaman St. Giles Rookery, y ahora entiendo por qué –dijo Cabarrús abanicándose la nariz con la mano–. Mire esas caras –agregó señalando con un movimiento de cabeza a un grupo de mendigos apretujados en unas escaleras–. Este lugar es un nido de ratas y delincuentes.

En los últimos años, miles de personas habían llegado a Londres desde distintos rincones del imperio en busca de trabajo, con lo cual la necesidad de vivienda se había vuelto dramática. Había un flujo constante de inmigrantes que, desesperados por encontrar alojamiento, se hacinaban en barrios como St. Giles. Familias enteras compartían una sola habitación insalubre, algunas excavadas bajo edificios ruinosos.

Belgrano estaba abrumado por lo que veía y el comentario del Conde, que sonreía con desprecio mirando a la gente por la ventanilla como si se tratase de un espectáculo de feria, lo exasperó.

–Muchos de ellos son simplemente pobres –dijo con sequedad–. Ese es su único delito.

–Usted es demasiado compasivo, mi estimado, pero créame que son todos vagos, ladrones y embusteros, siempre al acecho de una oportunidad para ejercer su villanía. Debemos estar atentos y vigilar nuestras carteras cuando descendamos. Este es un barrio muy peligroso, pero aquí no hay espía que pueda encontrarnos –añadió con satisfacción–. ¡Nadie puede imaginar que dos caballeros como nosotros estemos en este agujero apestoso! Hay que ser intrépidos para animarse, pero nuestra misión merece que corramos tamaño riesgo, ¿verdad?

Belgrano se limitó a asentir. Cabarrús buscaba congraciarse con él con comentarios que le resultaban necios, e intentar una conversación sincera era un esfuerzo inútil.

Cuando descendieron del coche, se había levantado un viento que les trajo más hedor a excrementos y basura podrida. Se oían voces que discutían, risas y también algunos gritos. Muchos de esos sonidos, tal como comprobaron al entrar, provenían de The Angel, un antro de mala muerte cuyo nombre era tan inadecuado como su clientela.

El lugar estaba casi en penumbras, iluminado apenas por lámparas de aceite que chisporroteaban sobre las mesas, pero cuando se acostumbraron a la semioscuridad vieron varios rostros hinchados por la embriaguez o estragados por la miseria y la enfermedad que los observaban con hostilidad.

Cabarrús avanzó con paso decidido hacia el fondo, ignorando a quienes se giraban para mirarlo o murmuraban entre dientes. Belgrano lo siguió.

–Allí están –dijo el conde señalando a dos sujetos sentados en un rincón.

Pese a lo que Belgrano había supuesto, los agentes de Cabarrús no contrastaban demasiado entre los parroquianos, salvo por sus cabelleras oscuras en una taberna donde la mayoría eran irlandeses pelirrojos o rubios. Ambos hombres tenían un aspecto hosco y uno de ellos lucía igual de desaliñado que el resto.

Entre el bullicio, Belgrano apenas entendió que uno se llamaba Durán. El otro se presentó como Bragas, con una voz aguda y áspera, más un graznido que un tono humano.

–¿Cuál es vuestra ocupación, caballeros? –preguntó Belgrano.

–Durán es comerciante –respondió Cabarrús–, y Bragas ha sido paje de un encumbrado marqués, cuya identidad no es necesario revelar.

Bragas tenía un rostro hirsuto y llevaba puesta una chaqueta tan raída que era imposible discernir cuál había sido su color original. A Belgrano le sorprendió que hubiese sido paje.

Cabarrús notó su inquietud y se apresuró a aclarar:

–No se deje llevar por sus ropas. Ambos visten así para pasar inadvertidos. Fueron ellos quienes propusieron reunirnos aquí. En este ambiente –añadió lanzando una mirada a las mesas contiguas–, no se puede pretender que vengan ataviados con trajes de gala.

El Conde ahora sonreía, pero Bragas frunció el ceño.

–¡A qué tanto remilgo y señoreo! –exclamó, dirigiéndose a Cabarrús–. Menudas faenas nos han endilgado, y como no vayan por delante los veinte mil reales que nos ha prometido por raptar al mozo ese, ya puede olvidarse de nosotros.

La voz aguda de Bragas retumbó en el salón, y Durán le propinó un golpe en el hombro.

–¡Que te calles, zopenco! –exclamó–. ¿Quieres que te escuchen en todo Londres?

Luego, volviéndose a Belgrano con una sonrisa tensa, añadió:

–No le haga caso a este. Hay que ver las cosas que se le ocurren cuando se le va la olla.

–Lo que nos preocupa es que la operación pueda llevarse a cabo con éxito –dijo Belgrano, muy serio–, y para eso ambos deben encabezar la comitiva del Infante sin levantar sospechas.

–Con cuatro hostias ya verá como Bragas deja de decir burradas… –afirmó Durán con sonrisa socarrona, buscando en Belgrano una complicidad que no encontró–. Así como lo ve, ha sido paje de un gran marqués, y en este trabajillo que nos han encomendado no estará en primera línea, sino secundándome. En cuanto a mí, puede usted dormir tranquilo. He comerciado en siete mares y mi profesión me ha obligado a aprender todas las argucias. Sé muy bien interceptar cartas, seducir a los criados, engañar a los tontos y convidarlos a beber para hacerlos hablar.

–Godoy se está ocupando de que Durán sea aceptado como ayuda de cámara del Infante y se convierta en su confidente –intervino Cabarrús, antes de comenzar a relatar el recorrido que harían.

Belgrano se preguntó, no por primera vez, cómo un hombre tan vulgar como Durán iba a poder ingresar en la corte y ganarse la confianza de Francisco de Paula, pero se dijo que si Godoy estaba de

por medio, todo era posible. Lo que más lo inquietaba ahora era el trayecto que seguirían por Austria, Alemania e Inglaterra.

–¿Alguno de los dos habla alemán o inglés?

–Yo con el inglés me manejo bastante bien. Bragas no sirve para eso –respondió Durán.

–Bueno, tú tampoco eres un lord… –masculló Bragas, que desde el regaño de su amigo había permanecido en silencio.

–A ti no te queremos para hablar sino para la fuerza bruta… ¡y brutalidad tienes de sobra! –soltó Durán con una carcajada áspera.

"Es suficiente", pensó Belgrano.

El encuentro duró apenas unos minutos más, tiempo necesario para terminar de formarse una idea sobre aquellos dos hombres. Durán no era más que un vivillo, un matón de poca monta que quería hacerse de un dinero, y Bragas, si alguna vez había servido como paje de un marqués, debía de haberlo hecho en las caballerizas o en un puesto semejante.

Apenas salieron de The Angel, Cabarrús comenzó a comentar lo bien que había salido todo, pero Belgrano lo interrumpió con cierta rudeza:

–¡Sus agentes son dos calamidades! Ese Durán… no sé a qué clase de comercio se dedica, pero estoy seguro que de que a nada lícito, amén de que no debe ser capaz de decir ni *Good morning*. Y del otro, Bragas, qué decirle que no hayamos visto con nuestros propios ojos.

Cabarrús sacudió la cabeza.

–Le admito que Bragas es un poco corto y que Durán parece algo tosco, pero posee la astucia necesaria para esta misión. Usted se ha dejado llevar por las apariencias y por sus ropas que, como ya le dije, no eran más que un disfraz para la ocasión. Le aseguro que es un individuo despierto, que sabe comportarse cuando la situación lo requiere… No puede desechar la empresa entera por sus prejuicios. Estamos a punto de consumar una hazaña que puede salvar a su país.

El Conde continuó con su retahíla de argumentos y florituras, y Belgrano lo dejó hablar. Después de todo, no era con Cabarrús con quien debía deliberar. Rivadavia y Sarratea lo habían enviado para

evaluar a los agentes del conde, y su veredicto era inapelable: si no querían terminar todos en un calabozo, debían tomar rápida distancia de esos dos sujetos y abandonar de inmediato el desquiciado asunto de Italia.

10
EL REENCUENTRO

–Son dos sujetos nefastos –sentenció Belgrano.

Ansioso por novedades, Sarratea había llegado temprano a St. James y había encontrado a Belgrano vestido con ropa de entrecasa. Como era su costumbre a esas horas, aún estaba en su cuarto, entregado a la escritura.

Apenas bajó al salón, Sarratea le había preguntado por los agentes de Cabarrús y Belgrano le había lanzado aquel dictamen fulminante.

–¿Rivadavia está en su habitación? –preguntó Sarratea, acomodándose en un sillón.

–No, lo escuché irse a primera hora, pero no sé a dónde ha ido.

–Mejor –dijo Sarratea sin explicar por qué.

Acto seguido, Belgrano comenzó a contarle acerca del encuentro con los dos hombres la noche anterior. Hizo una rápida descripción de la taberna, pero fue minucioso al relatar el aspecto, los modales y la forma de hablar de Durán y Bragas.

Al igual que el Conde, Sarratea intentó minimizar la gravedad del asunto.

–Es probable que el contexto no haya ayudado, y tampoco sus apariencias. Como le dijo Cabarrús, ambos estaban camuflados para pasar inadvertidos en esa guarida de delincuentes.

–Ningún contexto ni disfraz pueden haber influido lo suficiente, ni hay nada que pueda decirme que me haga cambiar de opinión –repuso Belgrano, enfático–. No tenemos ninguna posibilidad de que este asunto salga bien si están involucrados sujetos de esa calaña.

Me atrevería a decir tres, porque a estas alturas el Conde tampoco es de fiar.

Sarratea entrecerró los ojos y ensayó una sonrisa.

–Vamos, Manuel, no exagere…

–No exagero. Sé que Cabarrús es una persona que goza de su amistad y confianza, y no es eso lo que cuestiono sino la elección de sus ayudantes. ¡Es imposible que puedan ir de aquí para allá con el Infante sin levantar sospechas! Aun si suponemos que las influencias de Godoy bastan para sacarlo de Italia, De Paula no se dejará escoltar por esos hombres. Y si se resiste, ¿qué harán? ¿Usarán la fuerza? ¿Lo traerán a Londres maniatado?

Sarratea frunció los labios y por unos segundos se quedó en silencio.

–Presumo que usted exagera, pero está bien… –cedió con un suspiro, viendo que Belgrano no daría el brazo a torcer–. Quizá sobrestimé a Cabarrús y le encomendé una tarea que lo supera. Esta vez yo mismo me encargaré de buscar otros agentes.

Aunque la propuesta no terminaba de convencerlo, Belgrano finalmente accedió, hasta que Rivadavia entró en el salón.

Lucía agitado, como si hubiera estado corriendo.

–Disculpen la demora, supuse que estarían aquí reunidos –se excusó–. Estaba pronto a regresar, pero me quedé en Lloyd's conversando con José Blanco White, el editor de *El Español*, a quien ambos conocen bien. Hablábamos de Don Fernando, y White, fiel a su estilo, me estaba lanzando una de sus diatribas contra el rey, diciéndome que Fernando había rehusado a la humanidad, a la justicia y aun a su propio interés respecto de las Provincias Unidas, cuando de pronto me dijo que con el único que se había mostrado humano era con su hermano, el infante Francisco de Paula. Parece que después de meses de enviarle misivas al rey para que le permitiera trasladarse a Madrid y dedicarse a la vida militar, Fernando no solo le perdonó al Infante sus escándalos, sino que además lo nombró capitán general de los ejércitos españoles. En resumen, Francisco ya está en funciones y debe regresar a España, pero por orden de su hermano antes debe recorrer algunos países de Europa.

Sarratea se tomó la cabeza con ambas manos y, abatido, apoyó los codos sobre sus rodillas.

–¡Estamos malditos! –vociferó, mirando al piso.

–Pueden imaginarse mi contrariedad al escuchar la noticia…– comentó Rivadavia.

–No me extrañaría que Fernando se haya enterado de nuestros planes con el Infante por sus servicios secretos –dijo Belgrano–. Con los ayudantes de Cabarrús de por medio, era previsible. Como ya le conté a Sarratea –agregó dirigiéndose a Rivadavia–, son dos individuos no solo incapaces sino peligrosos, que incluso en medio de la taberna dieron a viva voz la cifra que iban a recibir por el rapto.

Sarratea le dedicó una mirada crispada y se puso de pie.

–Ya puede poner fin a sus críticas. Tal como ha querido siempre, el asunto de Italia está terminado y también la evasión del Infante. Nuestra patria está librada a su suerte. Bastante amarga la situación. Me disculparán si me marcho –masculló, dirigiéndose a la puerta con paso resuelto.

* * *

Una sucesión de días grises y lluvias tenaces estragaron la salud de Belgrano y también su ánimo. A los malestares por su enfermedad, se sumó el cansancio de meses de gestiones inconducentes y planes reñidos con su ética. Recluido en la casa de West End, se volcó a la escritura y a la lectura de los periódicos que encargaba a diario, buscando un sentido a una misión que ya daba por perdida. Rivadavia oficiaba de nexo con el exterior: traía la correspondencia y las noticias de lo que diplomáticos y funcionarios conversaban en los cafés y *pubs*.

Octubre estaba por terminar cuando su compañero le entregó una carta de Álvarez Thomas, despachada en julio. Ignorando la derrota definitiva de Napoleón, el Director Supremo les anunciaba que, dado que habían cesado las causas por las que les fuera encomendada inicialmente su misión, había resuelto revocar sus poderes. En consecuencia, les ordenaba el inmediato regreso a las

Provincias Unidas, donde deberían dar cuenta de lo que habían hecho durante el ejercicio de su representación.

Belgrano respiró aliviado. Lo que más deseaba era dejar de perder tiempo en Londres y volver a su patria para colaborar en lo que hiciese falta.

–Esa carta no tiene ninguna validez –se quejó, en cambio, Rivadavia–. El gobierno de Buenos Aires tomó esa determinación basándose en noticias añejas, desconociendo la derrota de Napoleón en Waterloo y todo lo acontecido en estos últimos meses. Entiendo que usted regrese, pero yo debo quedarme y cumplir con las instrucciones que me han dado. Hoy más que nunca, dadas las actuales circunstancias, debo ir a España.

Rivadavia ya había trazado su propio plan y la partida de Belgrano era clave para llevarlo a cabo. Quería obrar solo, y cumplir, a su manera, con las instrucciones reservadas que había recibido en Buenos Aires. Su nuevo objetivo era ir a París e iniciar desde allí una negociación con la corte española. Aunque para eso, todavía debía eliminar de la escena a Manuel de Sarratea que, tal como había previsto, se resistió a quedar fuera.

–La carta del gobierno es clara: tanto usted como Belgrano deben regresar a Buenos Aires –dijo Sarratea con altivez al recibir la noticia–. La misión de ambos ha concluido, pero no así la mía. Por el contrario, yo debo permanecer en Londres y continuar con mis funciones diplomáticas.

Rivadavia tenía el cuello de la camisa oscurecido por el sudor y el chaleco mal abotonado.

Sarratea lo observó con desdén. "¿Este recién llegado, que no sabe siquiera vestirse, pretende quedarse con todo?". De ninguna manera iba a entregarle el mando y permitir que continuase pavoneándose por los salones de Europa mientras él regresaba al Río de la Plata a mancharse las botas de barro. Frustrado el asunto de Italia tras meses de maniobras, necesitaba asegurar su permanencia como representante de las Provincias Unidas para seguir con sus negocios y recibir los fondos que exigía su vida de caballero.

La discusión entre los dos comisionados se volvió encarnizada. Sarratea insistía en que Rivadavia debía acatar las órdenes y regresar a Buenos Aires, acusándolo de desobediencia si hacía lo contrario, y Rivadavia argumentaba que debía cumplir con sus instrucciones secretas.

–Me las entregaron en un pliego cerrado y estaban dirigidas solo a mi persona –repetía con suficiencia–. No tengo que darle a usted ninguna explicación en un asunto en el que no tiene injerencia ni autoridad.

Belgrano se mantuvo al margen. Conocía bien a Sarratea y su capacidad para urdir intrigas, pero tampoco confiaba en Rivadavia. Lo inquietaba la perspectiva de que fuese a España a negociar con la corte de Fernando.

El tiempo compartido en Londres le había permitido descubrir el verdadero carácter de su compañero: Rivadavia era un individualista a ultranza, con poco o nulo sentido social, que todo lo hacía pensando en su propia gloria y beneficio. Su falta de confianza en sí mismo y su escasa formación intelectual lo llevaban a desconfiar de todos y a hacer constantes esfuerzos por parecer superior. La mirada se le volvía torva, opaca, cuando se sentía amenazado o en evidencia. Su mayor virtud como diplomático era la capacidad para eludir compromisos y salir bien parado en cualquier circunstancia. Rivadavia se camuflaba, ocultaba o mentía si lo consideraba necesario, especialmente ante los poderosos, por quienes sentía una inocultable admiración. A sus ojos, no era más que un pusilánime con grandes ambiciones.

Puesto a preparar su partida, se sumergió en la ardua tarea de recopilar documentos y cerrar las cuentas que debía presentar al gobierno de Buenos Aires. El nombre de Cabarrús volvió a ocupar el primer plano: el Conde aún no había enviado sus cuentas finales y tampoco había entregado los escritos que le habían dado en su último viaje a Italia. Como seguía enfermo y no estaba en condiciones de salir, le escribió a Sarratea para reclamárselos.

Este le respondió con displicencia que la rendición de cuentas de los ayudantes de Cabarrús estaba un poco demorada.

Belgrano se indignó. "¡Esos sátrapas de Durán y Bragas, válgame Dios! ¡Encima nos costaron un dineral!"

Dos días después, Sarratea le envió finalmente las cuentas, pero Belgrano le informó que, antes de poder aceptarlas y dado que eran ayudantes que estaban bajo su responsabilidad, era menester que las revisara y aprobara.

Como respuesta a lo que consideraba eran exigencias innecesarias y una irritante meticulosidad por parte del economista que se empeñaba en comunicar al gobierno más de lo que correspondía, Sarratea le devolvió esas cuentas y también la de Cabarrús, a la que no le había objetado nada.

Belgrano volvió a remarcarle que el Conde no solo no había rendido con claridad los gastos que había realizado, sino que había malversado los fondos que le habían facilitado para su misión en Italia, enredando con ellos las negociaciones. Pero, además, aún debía entregar la documentación que había llevado a la corte de Carlos IV: instrucciones, documentos que avalaban su representación y las cartas que el propio Cabarrús le había enviado a Sarratea, contándole acerca de su entrevista con Godoy.

Después de recibir otra lacónica respuesta, Belgrano decidió apersonarse en el domicilio del diplomático dispuesto a como diese lugar a que le entregara los papeles.

La mañana era fría y nublada, y un criado lo condujo a una pequeña sala con paredes de un color amarillo claro y ventanas con cristales anaranjados, lo que daba la falsa impresión de que afuera había sol.

Sarratea estaba sentado a una mesa sobre la que había un juego de té, rodajas de pan, mantequilla y algunas conservas. Vestía una bata de seda con dibujos orientales y tenía las piernas cubiertas por una manta. Por sus ojos algo hinchados parecía que llevaba poco tiempo despierto.

–Espero que no le moleste sino me levanto… *English breakfast*, imprescindible para recuperarse después de una noche larga –dijo Sarratea con tono confidente, tomando una tostada–. El precio del trigo se disparó por el mal tiempo, pero aquí todavía podemos

permitirnos un mendrugo de pan –agregó con ironía–. Siéntese y acompáñeme.

–Ya he desayunado, gracias.

La voz de Sarratea sonaba pastosa, dando signos de que esa noche larga había estado regada por abundante alcohol.

–Dígame a qué debo su agradable aunque intempestiva visita. Espero que no sean malas noticias, no a estas horas de la mañana –dijo, pese a que ya habían dado las diez–. Ni siquiera he leído los periódicos –añadió lanzando una mirada fugaz a los diarios apilados a un costado de la mesa.

Belgrano no se molestó en dar rodeos.

–Imagino que sabe a qué he venido. Las cuentas y los papeles del Conde.

–Esos benditos papeles que lo obsesionan… –repuso Sarratea entre suspiros, untando con parsimonia una tostada y llevándosela a la boca–. Hmm… lo mejor de este país es la mantequilla –comentó, mientras echaba generosas cucharadas de azúcar en su té–. Lo lamento por los abolicionistas, pero no puedo participar del boicot al azúcar. Sé que este tesoro proviene de las manos de los esclavos, pero no tolero el té amargo.

Belgrano se mantuvo impasible. Aunque su interlocutor parecía empeñado en hacer comentarios frívolos para distender la tensión, él no iba a dejarse manipular.

–Mire –siguió diciendo Sarratea después de tomar un largo sorbo de té–, no puedo pedirle al Conde las instrucciones, ya que eran parte de un artículo reservado.

–Está incumpliendo con lo que habíamos convenido –replicó Belgrano con severidad–. Las instrucciones debían recogerse apenas concluido el negocio porque no puede quedar rastro alguno de su existencia. Si caen en las manos equivocadas, nos cerrarán las puertas a toda posible negociación con España.

–Usted parece no escucharme –dijo Sarratea, fastidiado, entornando los ojos al techo–. Vuelvo a repetírselo: eran parte de un artículo reservado.

–Muéstreme ese dichoso artículo y verá que en ningún momento se le da al Conde la facultad de quedarse con esos papeles más de

lo preciso.

La mandíbula de Sarratea se tensó.

–A mí no se me dan órdenes.

–No son órdenes sino reiterados pedidos para que me permita cumplir con mi deber. Y lo mismo respecto de las cuentas…

–¡Las benditas cuentas! –exclamó Sarratea crispado–. Parece no haber entendido que en Italia se gasta más en andar que en Inglaterra. Además, Cabarrús ya le ha dicho que se equivocó en sus cálculos y que incluso tuvo que hacer desembolsos de su propio bolsillo.

Belgrano se puso de pie.

–No es de hombre de bien presentar las cuentas como él lo ha hecho, sin un solo documento que las justique. Fíjese qué puede hacer. Como ya le he dicho, mi deber es informar de todas estas irregularidades al gobierno.

Sarratea tomó uno de los periódicos de la mesa y lo desplegó con cierta brusquedad hasta que le cubrió la cara.

–No puedo atrasarme más con mis lecturas. Informe lo que quiera –dijo, cortante –. Yo haré lo propio.

Belgrano lo observó por un instante, confirmando lo que ya sabía, y se fue sin despedirse.

* * *

Esa misma tarde, Sarratea se reunió con Cabarrús y le contó acerca de la visita de Belgrano, remarcando que el comisionado había dicho que no era un hombre de bien. Para cargar aún más las tintas, le mostró cada una de las cartas que le había enviado.

–Me siento profundamente herido y ofendido por semejantes apreciaciones sobre mi persona –dijo Cabarrús, disgustado–. Al único que debo rendirle cuentas es a usted, porque apenas si conozco a ese Don Manuel Belgrano –añadió con despecho–. Me niego a responder a personas que son extrañas para mí.

Sin embargo, Sarratea consiguió lo que se había propuesto, porque pocos días después, en un encuentro que pretendió ser

azaroso, Cabarrús se topó con Belgrano en los escritorios de Hullet Brothers.

La casa financiera estaba ubicada en un austero edificio de ladrillos oscuros. Dentro había una gran sala central, con altos ventanales de guillotina que filtraban la escasa luz londinense, en la que flotaba un leve aroma a tinta y papel viejo. Los empleados ocupaban una sucesión de escritorios rodeados de archivadores y deslizaban afanosamente sus plumas sobre el papel o estampaban sellos a ritmo sostenido, generando en el enorme recinto un murmullo maquinal.

Cuando Cabarrús se acercó a saludarlo, Belgrano estaba sentado en uno de los escritorios, revisando algunos documentos. Al escuchar la meliflua voz del Conde, alzó la vista y se tomó unos segundos antes responderle el saludo.

–Me complace encontrarlo –dijo con tono neutro. Luego, con pretendida camaradería, agregó–: No sé qué lo trae por aquí, pero estoy revisando nuestras cuentas para dejar todo cerrado antes de mi partida, y usted puede serme de mucha ayuda.

Aunque era experto en el arte de la simulación, a Cabarrús esta vez le costó fingir. "Como este fariseo se atreve a pedirme algo", pensó. Sin embargo, tal como le había prometido a Sarratea, no mencionó los ofensivos dichos de Belgrano sobre su persona, e inclinando la cabeza respondió:

–Dígame en qué puedo ayudarlo.

Sin perder tiempo, Belgrano extendió delante del Conde los legajos donde estaban consignadas cada una de las partidas de dinero que le habían entregado y empezó a señalar con su índice:

–Primera partida 120 libras, Segunda 200 libras…

Cabarrús lo interrumpió:

–Estos son gastos que corresponden a los meses que estuve en Londres. Todo gobierno que emplea a un individuo debe pagarlo. Sarratea no me asignó ningún sueldo, sino que se fio de mi delicada sensatez y me autorizó a tomar lo que necesitaba para mi moderada pero decente subsistencia.

–No estamos hablando de una sola partida, sino de varias. Quinta, sexta, séptima… –marcaba Belgrano en el documento sin

levantar la vista–. Debe justificar esos gastos consignando el itinerario y precio de las postas en los diferentes estados que recorrió.

Cabarrús apretó los labios y sus dedos se crisparon sobre la empuñadura de su bastón.

–¡Ni a un lacayo se le exigiría una cuenta posta por posta! –exclamó, abriendo grandes los ojos–. He estado viajando noche y día, embargados los sentidos por el sueño y el cansancio, sin tiempo para hacer asientos del cebo, del mozo de cuadra, del agua para ruedas, cada uno a mil precios distintos. Baste decir que, habiendo podido y debido tener coche, no lo tuve, y que sin él no se puede gastar menos de lo que he anotado. Que me exija semejantes menudencias es indigno.

Sin dejarse alterar, Belgrano señaló otra cifra.

–Usted ha pasado los límites de sus instrucciones, prolongando arbitrariamente su residencia. Se ha asignado a sí mismo una cifra enorme para gastos diarios, y ha dilapidado recursos en sus supuestos asistentes sin justificación alguna –dijo, refiriéndose a Durán y Bragas.

–¿Por qué un comerciante como Durán, acostumbrado a una existencia decente y cómoda, la dejaría por nada? –preguntó Cabarrús con mordacidad–. No es justo ni posible andar regateando sus servicios como si fuese un mandadero.

Belgrano dejó caer su pluma sobre el escritorio.

–¿Un comerciante decente? ¿Durán?

Estaba harto de Cabarrús y su actuación de darse por ofendido, pero no pensaba soltarlo. Con su precisión matemática, siguió marcando cada una de las irregularidades que había encontrado

–Séptima partida: 140 libras – continuó Belgrano sin dejarse interrumpir–. Se detuvo en Venecia y Munich, donde pagamos alojamientos en posadas dignas de un príncipe, pese a que para entonces ya su comisión no había sido admitida.

Cabarrús suspiró con ostensible impaciencia.

–Entiendo que usted desconozca la vida que lleva un conde y le cueste comprender que en mi calidad de tal no podía alojarme en una pocilga. Era algo inconveniente también para las apariencias y

nuestro asunto. Pero, además, se olvida de la instrucción reservada que recibí, donde me indicaron que no debía perder un momento ni dispensar esfuerzos para conseguir la evasión de Su Alteza.

–Partidas de gastos particulares y reservados en palacio, viajes, sueldos, gratificaciones al ayuda de cámara… –prosiguió diciendo Belgrano con tono monocorde–. Como usted bien dice, desconozco la vida que lleva un conde, pero puedo reconocer muy bien a quienes disponen arbitrariamente y dilapidan con total irresponsabilidad los fondos que se les confiaron.

Cabarrús repentinamente cambió su gesto airado y le sonrió con irreverencia:

–Como usted dice, he gratificado al ayuda de cámara por los servicios que me ha prestado… Es ley para todo criado que no sea el de Belgrano –repuso con ironía–. En cuanto tenga tiempo, utilizaré sus palabras para hacer un sermón que sin duda va a gustarle mucho.

–Espere, que todavía hay más…–Belgrano recogió el guante con frialdad y señaló otra cifra–. Aquí dice que recibió de Hullet Brothers una partida de 150 libras y no de 100 como usted ha consignado.

–Por un error de memoria, no mencioné esas cincuenta libras –replicó el Conde, displicente.

–También recuerdo que a su regreso usted nos dijo que le habían sobrado algunas libras y ahora aparece que las ha utilizado para atender sus gastos. Otro error de memoria…

Cabarrús se acomodó los puños de la camisa que asomaban bajo su chaqueta con movimientos calculadamente lentos.

–Le pido que me ahorre todos estos indecorosos pormenores –dijo con jactancia–. Debe agradecer que un empleado de mi clase, en una comisión tan importante y cerca nada menos que de nuestros augustos soberanos, haya gastado tan poco. Si he gastado en el continente, viajando, lo que allí se consigna, no lo he hecho más que para vivir con la decencia con la que he vivido toda mi vida. Pero ya veo que todos los esfuerzos que hice para que me comprenda son inútiles. No es este el ámbito donde tendrá que darme explicaciones por lo que ha dicho de mi persona. Ya no es

posible retroceder: sus palabras requieren una respuesta honorífica de modo que pasaré por su casa para reclamársela.

Belgrano le dedicó una mirada gélida y sin dejar entrever ni un atisbo de emoción, le respondió:

–El día que quiera. Lo estaré esperando.

Al llegar a St. James, Belgrano le envió una escueta esquela a Sarratea exigiéndole su intervención para que esos fondos dilapidados por su agente volviesen a entrar en las arcas del país. Redactó una misiva más extensa para Rivadavia, en la que le aconsejó quedarse en Europa, aunque eso implicase incumplir las órdenes que habían recibido de Buenos Aires. Él, por su parte, se comprometía a explicarle al Directorio lo sucedido, de modo que le otorgasen las facultades e instrucciones que necesitaba para su nueva comisión.

Cabarrús también le escribió a Sarratea, pero en su caso para quejarse por el trato que le había dispensado Belgrano en el escritorio de los banqueros. Culpaba al rioplatense de estar sometiéndolo a una "odiosa e inútil inquisición", consecuencia de su "indigna desconfianza y malicia". Respecto del asunto de Italia, el Conde afirmaba que "solo el que no me conozca osará suponer que podía tener por objeto una vil y ratera estafa". Y como necesitaba asegurarse el respaldo de Sarratea, sostuvo también que Belgrano los había difamado a ambos, acusándolos de carecer por completo de honor.

Al final de su virulenta misiva, Cabarrús anunciaba que muy pronto lo convencería de que él era un hombre de honor, y que para ello solicitaba a Sarratea le ordenara al general Belgrano darle una "satisfacción indispensable".

Pocos días después, Belgrano recibiría una esquela en la que Cabarrús lo retaba a duelo. A pesar de que en sus tiempos como militar había prohibido a sus subalternos batirse por honor y repudiaba esas prácticas, iba a aceptar el reto. El Conde había estafado a su amada patria dilapidando una fortuna que nunca más podría ser recuperada, y debía pagar por ello.

* * *

El 3 de noviembre Rivadavia se despertó sobresaltado por los golpes en su puerta. La escarcha del alba todavía estaba pegada a los vidrios de su ventana.

–Señor, acaban de traer esto –la criada le extendió la esquela–. Dijeron que era urgente.

Rivadavia rompió el sello de lacre con impaciencia. La caligrafía de White, el editor de *El Español*, se desplegó sobre el papel.

"Corre el rumor de que el conde Cabarrús ha desafiado a duelo al doctor Belgrano. Ignoro si es solo bravuconería del susodicho conde, pero la noticia se esparce con rapidez. Dicen que el duelo tendrá lugar hoy mismo, aunque nadie parece conocer ni la hora ni el sitio. Me pareció prudente avisarle."

Rivadavia apretó los labios, conteniendo un improperio. ¿Qué clase de disparate era esto? Con la mente aún embotada por el sueño, se dijo que si el rumor era cierto y Belgrano aceptaba el absurdo desafío, no solo sería un escándalo sino un golpe irreparable para sus planes.

Se vistió con premura y pidió que le buscaran un carruaje. Londres seguía sumido en la penumbra del amanecer cuando la calesa rodó sobre el empedrado mojado rumbo a Albany 27, donde residía Sarratea.

Tras el anuncio del lacayo, transcurrieron unos tensos minutos de espera, hasta que finalmente Sarratea apareció en el salón, envuelto en una bata y con pantuflas.

–Son las siete de la mañana –le recriminó, mientras se pasaba una mano por el cabello, intentando peinarlo–. Espero que tenga un buen motivo para sacarme de la cama a estas horas.

Rivadavia no perdió tiempo en cortesías.

–Me han informado que Cabarrús ha retado a duelo al doctor Belgrano. ¡Si esto es cierto, usted será responsable del crimen que va a cometerse!

Sarratea alzó una ceja, entre burlón y escéptico.

–No sé a qué obedece esa ridícula acusación, pero si pretende que lo siga escuchando, debe bajar la voz.

Rivadavia se acercó y con tono más bajo pero todavía cargado de urgencia, siguió diciendo:

–Imagínese si esto trasciende y se enteran otros funcionarios, los periódicos… –las palabras le salían atropelladas–. Hay que detener ya este escándalo que compromete los intereses y la opinión de nuestra patria. Nada de esto se condice con los respetos y obligaciones que nos impone nuestra comisión. Seremos los hazmerreíres de todo Londres. Le pido que haga lo necesario para que el Conde desista. Entienda que saldrá perjudicado usted también.

Sarratea resopló y se ajustó el cinturón de la bata.

–Créame que lo intenté. Cabarrús me pidió que fuese su padrino, pero me negué. Le dije cuanto era necesario para que abandonase su idea, y supuse que lo haría. Lo único que puedo aportarle es que antes de irse, el conde deslizó que, dado que yo me negaba a ser su padrino, pensaba pedírselo a Olaguer.

Rivadavia se llevó la mano a la frente con preocupación y se fue del domicilio de Sarratea tan rápido como había entrado, convencido de que no podía hacer nada más.

Sin embargo, cuando regresó a su casa, decidió escribirle una esquela urgente a Olaguer, apelando a su honradez y amor por la patria. En ella le explicaba sucintamente los motivos por los cuales ese duelo no debía realizarse y luego le rogaba buscar con toda diligencia a Belgrano para entregarle la esquela que tenía en sus manos. Debía imponerse ante él para que desistiera, y en caso de que hiciera falta, como último recurso, pedir auxilio.

Cuando los dos hombres iniciaron su caminata por el parque, el suelo cubierto de hojas húmedas cedió levemente bajo sus pies. Ambos avanzaban en silencio, Belgrano sopesando lo definitivo de cada uno de esos pasos que podían llevarlo a la muerte. La bruma espesa suspendida sobre el césped le daba al paisaje un aspecto espectral, en sintonía con sus pensamientos. Después de atravesar un largo sendero, se detuvieron en un claro enmarcado por árboles

desnudos. Habían sido puntuales, tal como dictaban las reglas de un duelo, pero el Conde aún no estaba allí.

Don Manuel Miller, padrino de Belgrano, se acercó a un árbol y apoyó en el suelo el paquete de paño grueso que contenía el estuche con las armas. Luego volvió junto a su camarada y se dispuso a esperar.

Quince minutos. Veinte. Treinta.

El aire helado les cortaba las mejillas y se filtraba por las costuras de sus ropas. Manuel Belgrano, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, firme como un soldado, mantenía la mirada fija en el sendero desierto, hasta que Miller, con el rostro endurecido por el frío y la desaprobación, oteó a su alrededor con impaciencia y murmuró:

–Esto es absurdo.

Belgrano se ajustó la capa sobre los hombros y consultó su reloj. Había soportado la idea del duelo con estoicismo, pero la burla le resultaba intolerable.

Pasada una hora, decidió que no valía la pena seguir allí.

–Regresemos –dijo.

Miller estaba recogiendo el estuche con las armas cuando, entre la bruma, distinguió dos siluetas que avanzaban con paso cansino.

Cabarrús. Y con él, Don José Olaguer Feliú.

El Conde emergió de la niebla con su peculiar andar, vestido de manera completamente inadecuada: calzones claros, zapatos con hebilla y un abrigo largo sobrecargado de galones. El rocío le había pegado el flequillo a la frente, dándole el aspecto de un maniquí de cera.

–Llega tarde. La hora ha pasado –se limitó a decir Belgrano en cuanto lo tuvo suficientemente cerca.

Cabarrús se quitó los guantes.

–La hora no es importante –replicó con una mueca.

–Tiene un problema con los números. Las horas, las cuentas que no cierran…

El Conde no pudo contenerse y lanzó:

–No intente agraviarme. Ya he tenido suficiente. He leído lo que le ha dicho de mí a Don Manuel de Sarratea, y por eso estamos

aquí. Debe darme una satisfacción.

Belgrano sintió una punzada de furia. Sarratea y su cinismo. Traidor. Respiró hondo.

–Esas cartas no estaban dirigidas a usted –respondió con calma–. Pero si le ofenden las reflexiones que volqué en ellas, no soy yo quien lo ha agraviado, sino quien se las ha mostrado.

–Ha manchado mi honor.

–El honor es una virtud con la que se nace. Se tiene o no se tiene.

–Si así lo cree, entonces no tendrá reparos en batirse conmigo –añadió el Conde alzando la barbilla con afectación.

–¿Quién será su padrino?

Cabarrús hizo un gesto vago con la mano.

–He pedido a mi estimado amigo Olaguer que cumpla esa función.

Pero Olaguer, que hasta entonces había permanecido callado, juntó las manos y bajó la cabeza.

–He venido hasta aquí solo como amigo suyo –dijo con gesto grave y evidente incomodidad.

–¿Pero si me ha traído las armas? –protestó Cabarrús, tratando de mantener un gesto altivo.

–Me lo pidió como un favor, dado que usted carecía de ellas. En ningún momento mencionó que quería que oficiase de padrino.

El Conde se encogió ligeramente de hombros, y adoptó el tono remilgado que Belgrano ya conocía.

–Discúlpeme, ignoraba esas formalidades. Se lo pido ahora, entonces. Vuestra Merced –dijo con una pequeña reverencia–, ¿quiere hacerme el honor de ser mi padrino?

–No es así como se solicita un padrinazgo para un duelo –lo reprendió Olaguer–. Creo que usted está improvisando y me ha traído hasta aquí engañado.

–Ya le he dicho, mi estimado amigo, que desconocía las reglas de estos asuntos. Llámeme inexperto si lo desea… Pero es mi honor lo que está en juego y no mis conocimientos sobre los duelos.

Cabarrús adornaba su discurso con evasivas y sus palabras tenían el mismo carácter teatral que su atuendo.

–¿Va a batirse o no? –intervino Belgrano, impaciente.

El Conde vaciló un segundo y Olaguer carraspeó.

–Considerando que una de las funciones de los padrinos es también buscar una solución pacífica –dijo–, quisiera hablar con el doctor Belgrano a solas.

–Puede hablar con el señor, por supuesto –alegó el Conde con pretendida suficiencia.

Olaguer le dirigió una mirada severa y le pidió a Belgrano que lo acompañara. Cuando estuvo seguro de que no podían escucharlos, sacó una carta de su bolsillo.

–Doctor Belgrano, le pido que en nombre de todos los americanos piense en el paso que va a dar. He recibido esta carta de Bernardino Rivadavia, que me pidió se la diese.

Belgrano tomó la carta y la leyó en silencio. Rivadavia lo instaba a dejar de lado aquella "reparación del honor", argumentando que cualquier escándalo de ese tipo perjudicaría la causa. Agregaba además que era una insensatez dejarse arrastrar por un asunto que solo beneficiaba a sus enemigos.

Belgrano cerró los ojos un instante y respiró hondo. Luego levantó la vista hacia Miller, que le hizo un gesto de asentimiento.

–Me he equivocado en mi apreciación del Conde. Este hombre no merece que usted se manche las manos –agregó Olaguer.

–Un estafador de este calibre debería recibir su merecido –dijo Belgrano con firmeza–. Pero considerando la trascendencia que traería la publicidad del hecho y el daño que podría causar a mi patria, lo autorizo a dar esto por concluido.

Olaguer se volvió hacia Cabarrús y Miller para comunicarles la decisión de Belgrano, pero el Conde se le adelantó:

–Puesto que carezco de padrino o, peor aún, que mi padrino se ha vuelto en mi contra, yo me retiro.

Luego, con aire ofendido y un ademán grandilocuente, se acomodó el abrigo y giró sobre sus talones.

Los tres hombres lo vieron cruzar el parque dando pasitos de saltimbanqui, hasta que la niebla se lo devoró.

Al regresar a St. James y después de agradecerle a Rivadavia su intervención, Belgrano le contó el indigno accionar de Cabarrús, aunque también tenía mucho que decir sobre Manuel de Sarratea.

–Además de descubrir que le dio las cartas al Conde y promovió el duelo, Olaguer me confesó que Sarratea fue quien le pidió que le diese sus pistolas a Cabarrús. Y no solo eso: se ocupó personalmente de enviarlas a un armero para que las preparara –relató Belgrano.

Rivadavia, a su vez, le contó lo que había sucedido esa misma mañana cuando había ido a ver a Sarratea a su casa.

–Creo que no imaginó que le escribiría a Olaguer –comentó Rivadavia.

–En cualquier caso, hay que estar prevenidos. ¡Sarratea no repara en los medios para lograr lo que se propone! Ya hemos visto que incluso es capaz de facilitar las armas para que me maten.

Rivadavia se removió en su asiento. También él consideraba que Sarratea era el principal responsable del fallido duelo y se sentía satisfecho por haberse atrevido a enfrentarlo, pero aun así, le temía. Su oponente tenía una mente brillante para urdir las más perversas estrategias, por lo cual, si quería ganarle la partida, debía tener un plan a su altura.

Belgrano, en cambio, solo pensaba en hacer prevalecer la verdad y la justicia.

–Hoy mismo informaré al gobierno de todo lo acontecido para que Sarratea sea juzgado por sus actos. Un sujeto así no puede representarnos ni tener comisiones en el extranjero. Y le seguiré reclamando por las famosas cuentas de Cabarrús y para que me entregue todos los papeles del asunto de Italia. Está muy equivocado si cree que esto ha terminado.

Las cartas entre Sarratea y Belgrano fueron y vinieron durante toda una semana. Belgrano insistía y reclamaba, y Sarratea respondía con evasivas o con severidad, siempre de acuerdo a su conveniencia, buscando cerrar la correspondencia con "el doctor de la moral" que tanto se empeñaba en molestarlo.

Pero al ver que su tocayo no iba a dejarlo en paz, cumpliendo con lo que ya le había anunciado, él también preparó un informe para el gobierno de Buenos Aires sobre los gastos realizados.

Según el maquiavélico argumento que esgrimió, cuando Rivadavia y Belgrano habían llegado a Londres, él les había comunicado el estado del negocio de Italia, y ambos diputados no habían vacilado en cooperar, ordenando a Hullet Brothers que desembolsaran las sumas necesarias para continuarlo. Por lo tanto, sostenía Sarratea, eran ellos quienes debían rendir cuentas de lo gastado.

Algo similar le escribió a Belgrano, pero este no dudó en acusarlo de tergiversar los hechos y dar argumentos falaces. Él tenía pruebas de lo sucedido y pensaba aportarlas.

La disputa por las cuentas no le preocupaba demasiado a Rivadavia. Sus prioridades eran otras. Después de insistir con que era la última posibilidad diplomática que les quedaba, había logrado que Belgrano lo apoyara en su plan de ir a la península, previo paso por París. Y no solo eso: su compañero estaba incluso dispuesto a defenderlo ante Sarratea, que también aspiraba a continuar con sus andanzas por el Viejo Continente.

Había pasado largas horas buscando alguna posibilidad para negociar, pero sabía que era imposible: no tenía nada que ofrecerle. Por el contrario, llevaba las de perder: Sarratea no dejaba de invocar que el gobierno había revocado sus poderes, al igual que los de Belgrano, y estaba ansioso por mandarlos a ambos de vuelta a Buenos Aires.

La mañana del 10 de noviembre Sarratea se presentó de improviso en St. James 38 diciendo que quería saber cómo iban los preparativos del viaje y si necesitaban algún tipo de ayuda antes de partir.

Aunque ni Belgrano ni Rivadavia le ofrecieron asiento y el clima en el salón era decididamente hostil, se acomodó despreocupado en un sillón y extendió un brazo sobre el respaldo, dejando en claro que nada de lo que hicieran iba a amedrentarlo ni incomodarlo.

–No sé por qué usa el plural –dijo Belgrano de inmediato, sin ocultar su enojo y desprecio–. El único que regresa a Buenos Aires soy yo. Bernardino se va a París.

Sarratea miró a Rivadavia.

–¿Va a visitar a alguien?

Sentado a la mesa con un periódico en las manos, Rivadavia no tenía ninguna intención de exponerse, por lo cual agradeció cuando Belgrano se anticipó a responder:

–Pese a la escasez en que queda, por las arbitrariedades del conde Cabarrús que usted apoyó, pasará primero a Francia. Es un país más barato para vivir.

–No más barato que las Provincias Unidas –dijo Sarratea con ironía, sacudiendo un polvo inexistente de su manga.

–Irá a París porque es hoy el centro de todas las relaciones políticas y el lugar donde se acuerdan los medios para sostener la legitimidad de los soberanos –replicó Belgrano, cortante.

–¿Y allí qué hará?

Rivadavia dejó el periódico y se sintió obligado a responder.

–Esperaré instrucciones del gobierno mientras inicio negociaciones con el gabinete español.

–¿En calidad de qué? Las instrucciones del gobierno ya le fueron dadas: debe regresar a Buenos Aires.

Belgrano intervino una vez más:

–Se quedará como diputado de las Provincias Unidas. Ya bastante se han dificultado nuestras relaciones diplomáticas por los desmanes del Conde, como para que usted pretenda generar nuevas discrepancias.

–Me parece que ambos se equivocan –afirmó Sarratea con suficiencia–. El único autorizado por el gobierno para continuar con la representación soy yo.

–El que se equivoca es usted –replicó Belgrano–. El gobierno le ha dado poderes e instrucciones a Bernardino que usted ignora e ignorará siempre. Además, es el mejor servicio que puede prestarle a la causa y a la patria en las actuales circunstancias.

Creyendo ganada la disputa, Rivadavia se puso de pie y se plantó frente a Sarratea, que seguía repantigado en el sillón.

–Es hora de que deje de dar órdenes y maniobrar. Usted también recibió la orden de retirarse.

Sarratea sacudió la cabeza, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un papel. Lo desplegó con lentitud y lo sostuvo en el aire.

–Veo que desconocen esta instrucción que recibí –dijo con una sonrisa sardónica–. Como pueden leer, se me ordena continuar en Londres. Por lo tanto, caballeros, ustedes ya no tienen representación alguna. El único con poderes soy yo.

Belgrano y Rivadavia intercambiaron miradas, pero lograron mantener la compostura.

Disfrutando de su triunfo, Sarratea prosiguió:

–La sola idea de imaginar a uno de nosotros implorando en una corte enemiga me subleva.

–Nunca pensé en implorar –comenzó a decir Rivadavia, intentando sonar firme. Pero el temor se leía en su rostro y su voz carecía de convicción–. Voy a seguir con la política ya establecida: simular una conciliación con la metrópoli para ganar tiempo y paralizar cualquier expedición militar.

Sarratea se encogió de hombros y se puso de pie.

–Ya veremos –dijo antes de despedirse.

Cuando se fue, Rivadavia se derrumbó. Sin poderes oficiales, ¿de qué serviría su permanencia en Europa? Pero Belgrano lo instó a no dejarse intimidar:

–Este tipo solo quiere mantener sus privilegios y está evitando regresar a Buenos Aires porque teme ser juzgado por sus acciones. Está dando manotazos de ahogado.

Belgrano no se equivocaba en sus apreciaciones. Sarratea actuaba según su propio interés, pero también porque conocía mejor que nadie al cobarde pero ambicioso Rivadavia. Sabía que era capaz de proponer una reconciliación con Fernando VII que implicaría nuevamente el sometimiento a España y estaba dispuesto a intrigar al extremo para impedirlo. Por lo cual, desde que había recibido el pliego del Directorio, se había encargado de hacerlo circular entre funcionarios y diplomáticos, asegurándose que todo Londres supiera que Rivadavia ya no representaba al gobierno de Buenos Aires.

Él personalmente le había escrito a Juan Manuel de Gandasegui, director de la compañía de Filipinas, advirtiéndole que Rivadavia se hallaba "especialmente inhabilitado" para realizar cualquier negociación publica que tuviese relación con el Río de la Plata, y a través de Gandasegui había conseguido que la noticia llegase a su principal destinatario: el embajador español.

También se apresuró a enviar un oficio a Álvarez Thomas denostando a Rivadavia, para quien no ahorró epítetos. Además de acusarlo de tener "un apetito desordenado" para meterse en lo que no le concernía y estar "relleno de vanidad y de presunción", aseguraba que era nulo para la comisión. Que aunque había declarado "su sacrificio de quedarse aquí por el sacrosanto servicio de la patria", ahora estaba hablando de irse a París.

Pensando en llevar agua para su molino, Sarratea le remarcó al Director Supremo lo imprescindible que era que él pudiese seguir trabajando en Londres. Y sabiendo que Belgrano informaría al gobierno sobre la comisión exterior, añadió con calculada prudencia: "Salvemos la tierra y luego lavaremos nuestros trapos sucios".

Sin embargo, su insistencia y todos sus ardides fueron inútiles. El 15 de noviembre, un día antes de que Belgrano se embarcara hacia Buenos Aires, Rivadavia le escribió al gobierno para informar que en pocos días se dirigiría a Francia, y le pidió a su compañero que, una vez en la capital, transmitiera las razones de su permanencia en Europa.

Belgrano, por su parte, también le envió un último oficio al gobierno que hablaba favorablemente de Rivadavia y les advertía sobre Sarratea, su falta relaciones con los ministros de Inglaterra y el mal concepto que tenían de él en la corte de España. "Este hombre no cabe en la sociedad por sus vicios", sentenció.

* * *

Son las seis de la mañana cuando la fragata Devrón abandona el puerto de Londres rumbo a Buenos Aires. Todavía está oscuro, pero a medida que se alejan de la costa, los primeros rayos del sol

comienzan a dibujar los contornos de la ciudad. Belgrano se queda en la cubierta hasta que a su alrededor ya todo es agua.

Mientras la fragata se adentra en el océano, un viento gélido lo obliga a refugiarse en su camarote. La embarcación tiene mejores comodidades que la fragata en la que llegó a Inglaterra, de modo que durante los dos meses de travesía que tiene por delante preferirá permanecer en su pequeño cubículo. Tiene mucho en qué reflexionar, mucho que escribir y también necesita descansar. Las últimas semanas en Londres han sido demasiado intensas y está agotado. Además, lo requieren sus padecimientos físicos.

Las eternas jornadas en alta mar se confunden en una sucesión de cavilaciones sobre la misión, un minucioso repaso de las decisiones tomadas y las innumerables circunstancias que los obligaron a pegar golpes de timón. Aunque no lograron cumplir con las instrucciones recibidas, siente alivio de saber que la tan temida expedición de Morillo no llegó a las costas de su amada patria.

Desde que salió de Londres no puede quitarse de la cabeza lo que le dijo el conde Duff el día de su despedida, tras relatarle los últimos acontecimientos:

–Todo lo que me cuenta es shakesperiano. En Shakespeare, muchas de las cosas importantes suceden fuera del escenario. Uno solo oye hablar de ellas. Me temo, mi estimado amigo, que hay otras tramas tejiéndose a sus espaldas.

Una y otra vez analiza las conductas de Rivadavia, Sarratea y Cabarrús, los encuentros con Lord Strangford, Manuel García y Contucci. Vuelve a leer cartas y oficios, revisa sus propios escritos buscando claves y revelaciones.

No tiene dudas de que esas tramas ocultas a las que aludió Duff existen. Le basta recordar la opacidad de sus compatriotas, sus vínculos fluctuantes. Por la mañana eran aliados y por la tarde, enemigos.

Pero entre tantas intrigas, también se da tiempo para otros recuerdos. El de los amores fugaces y las pasiones. Los rostros, los gestos y las siluetas de Marianne e Isabel lo visitan cada tanto. Su espíritu cristiano le reprocha el arrebato carnal, pero su corazón fervoroso le absuelve cada beso, cada emoción, incluso la lujuria.

La vuelta a su tierra lo ilusiona. Anhela reencontrarse con su familia y sus amigos. Gracias al Conde Duff se enteró de los últimos logros de su querido José de San Martín en Cuyo y sus progresos en la organización del Ejército de los Andes. Ansía colaborar con ese hombre al que tanto admira y compartir con él sus ideas, ahora más claras y ordenadas tras las largas semanas de navegación.

La estadía en Europa ha modificado su perspectiva. La lucha por lograr la independencia y la legitimidad del gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata es indeclinable. Pero mientras la situación en el Viejo Continente siga como hasta ahora, es del todo imposible la intercesión favorable de Inglaterra o de cualquier otra potencia ante España. Los sudamericanos deben abrazar sus propias raíces y no esperar nada de los de afuera. La independencia no se logrará con súplicas.

Después de mucho cavilar, y considerando el estado anárquico en que se encuentra el país, solo ve una opción viable: una monarquía constitucional similar a la inglesa, con un descendiente de la dinastía de los incas ocupando el trono. Un gobierno centralizado y fuerte, que asegure los derechos individuales y amengüe las tremendas disensiones internas.

Mientras tanto, en el Viejo Continente, la pugna entre Rivadavia y Sarratea continuaba.

Tal como estaba previsto, una semana después de la partida de Belgrano, Rivadavia se había trasladado a París, donde se entrevistó con Juan Manuel de Gandasegui para manifestarle su disposición a explorar una reconciliación entre las Provincias Unidas y su "legítimo rey". Desoyendo las advertencias que le había hecho Sarratea, Gandasegui intercedió a su favor y le consiguió una orden del primer ministro español, Pedro Cevallos, en la que se le indicaba presentarse en Madrid ante el monarca para tratar los asuntos de su comisión. Se le garantizaba, además, que su persona no sufriría ningún agravio, lo que lo libraba del riesgo de ser perseguido o encarcelado.

Con este respaldo, Rivadavia remitió la orden al gobierno de Buenos Aires y solicitó instrucciones, a sabiendas de que la respuesta no llegaría a tiempo. No le importaba, o quizás sí: el mero hecho de haberlas pedido le confería legitimidad a su representación y la demora previsible en recibirlas le otorgaba libertad para actuar de acuerdo a su criterio. En cualquier caso, todo le resultaba ventajoso.

Sin embargo, no contaba con la nueva artimaña que Sarratea había pergeñado para desacreditarlo y obstaculizar, una vez más, sus gestiones.

Anticipándose a su viaje a la península, Sarratea había enviado a Madrid a Cabarrús para que actuase en su nombre y se entrevistara con Cevallos. Su más eficaz mandadero cumplió al pie de la letra con sus órdenes y propuso al primer ministro español la creación de un reino independiente en el Río de la Plata y Chile, es decir, una monarquía constitucional.

La reacción de Cevallos no era difícil de prever: consideró que la propuesta era tan desatinada como insolente para la soberanía del rey y despachó a Cabarrús de inmediato.

El 20 de enero de 1816, cuando Belgrano desembarcó en Buenos Aires, se apresuró en entregarle al gobierno su detallado informe sobre la comisión diplomática. El Directorio tomó así conocimiento del fracasado asunto de Italia y se comprometió a exigirle tanto a Sarratea como a Cabarrús las explicaciones pertinentes. Pero también, gracias a las opiniones favorables que Belgrano vertió sobre Rivadavia, Álvarez Thomas le envió a este un oficio otorgándole amplios poderes para entablar todo género de relaciones con cualquier potencia.

Al llegar a Madrid a fines de mayo, Rivadavia aún no había recibido instrucciones. Sin embargo, se presentó ante Cevallos y le entregó un vergonzante escrito en el que afirmaba que los pueblos que representaba debían ser considerados por Su Majestad "como unos hijos extraviados por la fatalidad de las circunstancias", que recurrían a "un Padre generoso para poner término a las funestas consecuencias que puedan seguirse de tan desgraciada desunión". Suplicaba "la gracia, la clemencia y el perdón de Su Majestad", así

como “su Soberana protección” y se ofrecía a regresar a Buenos Aires como “delegado real” para difundir las pretensiones de la Corona. Concluía diciendo que estaba “dispuesto a todo con tal de probarle a mi Soberano Señor los leales sentimientos de dichos Pueblos y los míos propios”.

–¡Deberían ponerse de acuerdo antes de hacernos perder tiempo! –protestó Cevallos luego de leer el escrito.

Rivadavia sintió que las mejillas se le encendían y el sudor le perlaba la frente.

–No sé a qué se refiere, Vuestra Excelencia.

–Me refiero al conde Cabarrús, diputado de su compatriota Manuel de Sarratea. Hace pocos días me trajo una propuesta que ofende al rey. Pretende que Don Fernando acepte coronar a un familiar suyo para crear en las colonias de América una monarquía constitucional. ¡Habrase visto tamaño dislate! Debe agradecer que no haya elevado su proposición al rey, porque su cabeza estaría rodando por esta sala.

–El conde Cabarrús no representa a las Provincias Unidas.

–Pero Sarratea sí, y fue él quien lo comisionó. El Conde me ha presentado sus credenciales. Y este escrito –dijo levantando el oficio y devolviéndoselo a Rivadavia– no es una petición oficial de su gobierno, sino un pedido suyo para oficiar de delegado real.

Rivadavia se enredó con las palabras, tratando de despegarse de los dichos del ventrílocuo de Sarratea, pero Cevallos ya no estaba dispuesto a escucharlo.

Semanas más tarde, el Primer Ministro le envió un acta en la cual se le ordenaba retirarse del territorio español. Entre otras razones, se esgrimía la sospecha sobre la legitimidad de sus poderes porque, según había informado el doctor Sarratea, estos habían sido revocados y carecía de instrucciones específicas.

Las noticias tardaban meses en llegar, por lo que Belgrano continuaba estando ajeno a estas cuestiones, atento solo a lo que la patria le demandaba. Primero aceptó a regañadientes ser nombrado jefe del Ejército de Observación para combatir a los caudillos que se

habían levantado contra el gobierno central. Como se resistía a un enfrentamiento entre compatriotas, intentó llegar a una solución pacífica, pero el acuerdo no prosperó y eso determinó su separación del mando.

Luego Pueyrredón, nuevo Director Supremo tras la renuncia de Álvarez Thomas, le pidió que reemplazara a Rondeau como comandante del Ejército del Perú, que había sido derrotado por su odiado Pezuela. La recomendación de su nombramiento había venido de su amigo San Martín y de muchos otros.

"De todas partes, aún del mismo ejército lo aclaman por general, como único capaz de establecer el orden y la disciplina militar enteramente perdida", le había escrito Pueyrredón.

Pero Belgrano se negó a aceptar, alegando que le faltaban conocimientos y virtudes. Le informó que no asumiría el mando del Ejército del Perú, pero que iría a Tucumán como muestra de obediencia a sus órdenes.

En vistas de ello, Pueyrredón le propuso al Congreso reunido en esa ciudad que invitaran a Belgrano a participar de las sesiones, para aprovechar los conocimientos que sin duda había adquirido en su última misión en Europa.

Antes de partir hacia Tucumán, Belgrano despachó dos cartas. La primera a Martín Miguel de Güemes, pidiéndole que le hiciese el favor de enviar a un hombre de su confianza y con total reserva a Titirí para recuperar un paquete valioso que había dejado en custodia al párroco de la capilla, y que luego se lo hiciera llegar a Tucumán. "No se trata de monedas de oro ni de joyas", le aclaró, bromista, al gobernador de Salta, "sino de algo que para mí vale más que cualquier tesoro".

La segunda, a fray Juan de Dios Aranívar, avisándole que un soldado de Güemes iría a buscar el precioso bien que le había confiado y que esperaba todavía conservara.

El día que Belgrano llegó a Tucumán, le avisaron que lo estaban esperando. Cuando salió al patio, el soldado, nomás verlo, se cuadró. Era un muchacho joven, de piel oscura y ojos brillantes.

Su casaca estaba cubierta por un polvo grisáceo y, al moverse, cientos de partículas volaron a su alrededor.

–Disculpe, mi General –dijo el joven, avergonzado–. El camino estaba muy seco y he venido a matacaballos sin tomar descanso.

–No se preocupe.

–Aquí le traigo su encargo –añadió, extendiéndole una bolsa de arpillera atada con varios tientos.

A diferencia del soldado, la bolsa estaba limpia.

–Muchas gracias –dijo Belgrano, conmovido, al tomarla.

El joven notó su emoción.

–El general Güemes me hizo no sé cuántas prevenciones y también el cura, así que yo sabía que era algo importante. Puede estar tranquilo que el paquete no ha salido ni un segundo de mi morral y ni una palabra se ha escapado de mi boca.

Belgrano sonrió.

–Sí, es algo muy importante. Ya puede descansar, muchacho. Ha prestado un gran servicio a la patria y a mí me acaba de dar una gran alegría.

Esa misma tarde Belgrano recibió una invitación del Congreso para participar de una sesión secreta.

El 6 de julio los congresales le hicieron varias preguntas y Belgrano les contó de Europa, de Inglaterra, de la corte portuguesa y de las mezquindades de España. No debían esperar nada de ningún país extranjero.

Luego comenzó a hablarles de la infeliz situación del país y, ganado por la emoción, les reveló su más suspirado proyecto: crear una monarquía constitucional y hacer justicia restituyendo a un inca al trono que le había sido arrebatado. El candidato era nada menos que Juan Bautista Túpac Amaru, hermano del líder revolucionario y descendiente directo de los incas que purgaba una injusta e interminable condena en una cárcel española en África.

La voz de Belgrano se quebró. Algunos lanzaron vivas. Otros lloraron. Si hubo oponentes, no supo o no quiso verlos, porque no había más tiempo para diferencias.

Era ahora. Debían unirse para romper las malditas cadenas y proclamar con coraje la anhelada independencia.

–¡Viva la patria! –exclamó.

Debajo de su camisa, pegada a su corazón, latía la bandera.

¿CÓMO SIGUE ESTA HISTORIA?

DOMINGO CABARRÚS GALABERT

Tras la descabellada y fracasada misión de "el asunto de Italia", Domingo Cabarrús pasó un tiempo en Gibraltar –enclave británico en territorio español–, desde donde procuró darles una mejor dirección a sus negocios. Años más tarde, se instaló en la Península Ibérica, en donde tejió alianzas con lo más selecto de la sociedad española y logró unir en matrimonio a su hija Paulina con Diego Martínez de Rosa, miembro de la nobleza, consejero real y hermano de Francisco Martínez de Rosa, político, poeta y dramaturgo que llegaría a ser director de la Real Academia Española y a conducir los destinos de España como presidente del Consejo de Ministros.

Sus estrechos vínculos con la élite política y social le allanaron el camino para acceder a cargos de relevancia. Fue gobernador civil en Palencia y Valladolid. Murió en el palacio de Torrelaguna, el 9 de febrero de 1842 a la edad de sesenta y siete años.

FRANCISCO DE PAULA DE BORBÓN

Se dedicó a la carrera militar para cumplir con los cargos y distinciones que le otorgó su hermano, Fernando VII, a quien siempre –al menos de manera pública– se mantuvo leal. En 1818 regresó a España y fue nombrado consejero de Estado e investido con el hábito de las órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza y protector de la Sociedad Económica de Amigos del País

de Madrid. El 12 de junio de 1819 contrajo matrimonio con su sobrina, la princesa napolitana Luisa Carlota de Borbón y las Dos Sicilias, hija del rey Francisco I y de su hermana María Isabel de Borbón, con quien tuvo once hijos.

En 1827 volvió a ser protagonista de otro fallido proyecto monárquico en América: ser coronado emperador de México. Su hermano Fernando se opuso de manera terminante.

Francisco enviudó de Luisa Carlota en 1844 y en 1852 se casó en secreto con Teresa de Arredondo, una bailarina, con quien tuvo un único hijo.

Si bien su postura política fue más moderada que la de su hermano Carlos, un absolutista sin grises, no puede afirmarse que haya sostenido ideas liberales. Aunque no existen datos certeros que lo avalen, fue vinculado con la masonería española. Por otro lado, aunque se le atribuyen un sinnúmero de intrigas políticas, lo cierto es que pasó más tiempo de su vida dedicado al arte –era músico y pintor aficionado–, que a los asuntos de gobierno. El frustrado rey del Río de la Plata, Chile y Perú murió el 13 de agosto de 1865 en Madrid. Sus restos se encuentran en El Escorial, a cincuenta y siete kilómetros de Madrid.

ISABEL PICHEGRU

Luego de su despedida, Manuel Belgrano la recordará como una amante más. Sin embargo, para Mademoiselle Pichegru la relación con el general americano había dejado su marca y, algunos años después, decidió ir a buscarlo al convulsionado Río de la Plata. Llegó a Buenos Aires a mitad de 1817 en momentos poco auspiciosos para la comunidad francesa, que era vista con recelo e incluso desprecio.

Por entonces, Belgrano se encontraba en el Norte, al frente del Ejército Auxiliar del Perú. Isabel pasó algún tiempo en el campo y más tarde se instaló en la ciudad, en la calle San Martín, cerca de la Catedral, decidida a esperarlo. Pero el encuentro con Manuel no tuvo lugar, y pronto el supuesto amor dio paso a la decepción. Cuentan

que, escopeta en mano, la despechada Isabel se entretenía cazando a tiros las palomas de los canónigos que anidaban en la cúpula y las cornisas del templo.

En contacto con los franceses residentes de la ciudad, se vio involucrada en conspiraciones contra el gobierno. Por esos días el Director Supremo, José Rondeau, le ordena salir de la ciudad y embarcarse a Montevideo el 7 de julio de 1819.

Desde la capital oriental, el 23 de septiembre le escribirá una extensa carta a su amado Manuel en la que le reclama por su indiferencia y le encarga el equipaje que ha dejado en Buenos Aires al ser expulsada, quejándose "por la manera miserable en que sus conciudadanos eran tratados". En la misma misiva, y haciendo referencia a las "virtudes" de José Gervasio Artigas, agrega: "Si usted tuviese sus virtudes con los conocimientos que usted tiene, sería protector de toda esta América e incluso haría temblar a los jefes brasileros hasta tirar su silla curul. Pero perdone, General, esta última reflexión de una francesa que siente verdadero interés por usted", para despedirse irónicamente con un: "Tengo el honor de saludarlo. I Pichegru".

CARLOS IV y MARÍA LUISA DE PARMA

El monarca solo pudo regresar a España después de su muerte. A fines de 1818 se trasladó a Nápoles para visitar a su hermano Fernando IV, también llamado Fernando I de las Dos Sicilias.

La relación entre Carlos IV y su esposa siempre fue conflictiva debido a las constantes infidelidades de la reina, que incluso fueron denunciadas por Fernando IV en cartas a su padre, en las que esgrimía la posibilidad cierta de que Francisco de Paula e Isabel fueran hijos de Manuel Godoy. A punto de pedir la anulación papal de su matrimonio, el 13 de enero de 1819 Carlos recibe la noticia de que María Luisa había muerto en Roma, en brazos de Godoy, unos días antes. Dispuesto a regresar a España, la enfermedad de gota que lo afectaba hacía tiempo le produjo una crisis de la que no pudo

recuperarse. Falleció el 19 de enero en Nápoles, apenas diecisiete días después que su esposa. Fernando VII, el mismo que en vida les había prohibido regresar, ordenó la repatriación de los restos de sus padres que fueron trasladados a España en la fragata Sirena de la Real Armada Napolitana para ser depositados en El Escorial.

MANUEL GODOY

Luego de la muerte de sus padres –Carlos IV y María Luisa de Parma–, Fernando VII siguió con la persecución a Godoy, a quien despojó de sus títulos y bienes. Una vez fallecida su esposa legítima, Godoy pudo finalmente oficializar su relación con Pepita Tudó y ambos se trasladaron a París, en donde intentaron dedicarse a los negocios. El mal manejo de los bienes de su esposo por parte de "La maja" lo dejó en la quiebra. En 1832, mientras estaba viviendo en París, el rey Luis Felipe de Orleans le concedió a Godoy una pensión que le permitió dedicarse a escribir sus valiosas memorias. Durante el reinado de Isabel II recuperó sus honores, pero su avanzada edad y su quebrantada salud le impidieron regresar a España. La muerte de quien en otro tiempo fuera una de las personas más influyentes de la política internacional pasó sin pena ni gloria. Falleció en París el 4 de octubre de 1851, a los ochenta y cuatro años. Sus restos descansan en el cementerio de Père-Lachaise.

FERNANDO VII

Continuó reinando hasta su muerte. Su gobierno fue absolutista, sostenido más en el poder personal y en el autoritarismo que en la planificación o la estrategia, y estuvo signado por numerosas luchas internas que llegaron a su apogeo durante la llamada Década Ominosa (1823-1833), en la que el monarca agudizó la persecución feroz a sus opositores liberales.

La cuestión sucesoria fue uno de los problemas más importantes con los que tuvo que lidiar. Fernando se había casado en tres oportunidades: con María Antonia de Nápoles (1802-1806) con quien no tuvo hijos; con su sobrina María Isabel de Braganza, hija de su hermana Carlota Joaquina y del rey Juan VI de Portugal, con quien contrajo enlace en 1816 y tuvo una hija, María Luisa Isabel, que murió a los pocos meses; y en 1819 desposó a María Josefa Amalia de Sajonia, con quien tampoco tuvo descendencia. La situación dejaba el esenario político apto para que su hermano, el infante Carlos María Isidro, que contaba con sus partidarios, aspirara legítimamente al trono. Sin embargo, en 1829 Fernando se casó con su sobrina María Cristina de Borbón y las Dos Sicilias, con quien tuvo dos hijas, Isabel y Luisa Fernanda. Meses antes del nacimiento de la primera, el rey publicó una Pragmática Sanción, que derogaba la ley sálica que regía desde 1713 e impedía a las mujeres heredar el trono. De esta manera, cuando el 29 de septiembre de 1833 Fernando VII murió a los cuarenta y ocho años a causa de una apoplejía, su hija Isabel II, de solo tres años, se transformó en la reina de España bajo la regencia de su madre.

CARLOTA JOAQUINA DE BORBÓN

Cuando en 1820 se produjo la revolución de Oporto, la infanta de Borbón Carlota Joaquina y el rey de Portugal Juan VI decidieron regresar a Portugal. Sin embargo, su hijo, Pedro, que por ser el mayor de los varones estaba destinado al trono, decidió quedarse en Brasil, proclamar la independencia y, no conforme con esto, coronarse como emperador. En oposición a su marido, Carlota Joaquina tomó partido por su hijo Miguel, quien seguía en la línea sucesoria. Al tanto del nuevo escenario, Juan decide recluirla y aislarla de la vida política en un claro intento por evitar el despliegue de las ya habituales intrigas de su mujer. En marzo de 1826 el rey murió de forma repentina y no fueron pocos quienes vieron en este desenlace imprevisto las manos sospechosas de Carlota y Miguel.

La infanta de España, reina consorte de Portugal y depositaria, al menos durante algún tiempo, de las esperanzas de algunos de los revolucionarios del Río de la Plata, falleció en el palacio de Queluz, a cincuenta kilómetros de Lisboa, el 7 de enero de 1830.

JUAN BAUTISTA TÚPAC AMARU

Sin dudas, el frustrado rey inca para el Río de la Plata propuesto por Manuel Belgrano en el Congreso de Tucumán, en 1816, tenía méritos mucho más dignos de destacar que el "infante" Francisco de Paula.

Había nacido en Tungasuca en 1747, provincia de Tinta, Perú, y participó, como toda su familia, en la extraordinaria rebelión de su hermano José Gabriel en 1780, la más grande que se recuerde en la historia del continente. La comandancia revolucionaria lo destinó a cargo de la artillería en Paucartambo y de la administración de los obrajes en Pomacanchi, liberando así de su trabajo esclavo y semiesclavo a centenares de artesanos y trabajadores indígenas que, de acuerdo a las nuevas reglas, pasaban a trabajar en beneficio propio y el de su comunidad.

Fue apresado en 1783, y llevado esposado y a pie junto a otros miembros de su familia desde Cusco hasta Lima, en donde fue encerrado en la fortaleza del Real San Felipe del Callao. En el camino vio morir a su esposa y a un pequeño sobrino. De los setenta y ocho prisioneros –veintséis hombres, treinta y cinco mujeres, la mayoría ancianas, y diecisiete niños– que partieron de la histórica capital del imperio inca, solo unos pocos sobrevivieron.

De la oscura prisión peruana fue deportado a Cádiz para ser encerrado en las mazmorras del Castillo de San Sebastián por tres años. En 1788 las autoridades carcelarias españolas del "ilustrado" Carlos IV decidieron su traslado al penal africano de Ceuta donde iba a quedar detenido por treinta y cinco años. Fue allí que en 1815 conoció y trabó una fuerte amistad con Juan Bautista Azopardo, el marino maltés que había militado en las filas de la Revolución Francesa y participado en más de veinticuatro combates terrestres y

navales a las órdenes de Napoleón, y que se convertiría luego en uno de los pioneros de armada nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

En 1820, el alzamiento liberal encabezado por el general Rafael del Riego liberó a los prisioneros políticos, entre ellos a Azopardo y a Juan Bautista. Invitado por el marino maltés, Túpac Amaru llega a Buenos Aires en 1822. El gobierno porteño le concederá al descendiente de los incas una pensión de treinta pesos, una vivienda y le encargará la redacción de sus memorias que se publicarán en la imprenta de los niños expósitos con el título de *El dilatado cautiverio bajo el gobierno español de Juan Bautista Túpac Amaru, quinto nieto del último emperador del Perú*.

El frustrado rey inca de las Provincias Unidas, murió en Buenos Aires el 2 de septiembre de 1827 a los ochenta y ocho años. Sus restos descansan en una tumba desconocida en el cementerio de la Recoleta.

CARLOS MARÍA DE ALVEAR

Al conocerse en Buenos Aires y las provincias las negociaciones ordenadas por Don Carlos María y llevadas adelante en Río de Janeiro por Manuel José García, Alvear debió renunciar y huyó a Brasil. A poco de llegar a Río, pidió reunirse con el embajador español, Andrés Villalba –en quien encontró un aliado–, y le entregó valiosos documentos con información militar secreta del ejército patriota. Su traidora actitud con el gobierno del Río de la Plata fue premiada por la corte portuguesa, que lo "invitó" a instalarse en Montevideo poco después de que las tropas lusitanas ocuparan la capital de la Banda Oriental. Allí trabó amistad con el histórico enemigo de San Martín, el chileno José Miguel Carrera. Juntos llevarán adelante una intensa campaña de desprestigio contra el Libertador, Pueyrredón y O'Higgins con intenciones de volver a ocupar puestos destacados en la política local.

La ocasión se presentará luego del derrumbe del poder central y la caída del Directorio. En 1822 Alvear logró regresar a la escena política bajo el amparo de la Ley del Olvido que impulsaron sus correligionarios, el gobernador Martín Rodríguez y su ministro de Gobierno, Bernardino Rivadavia, y fue enviado en misión diplomática a Inglaterra para negociar el reconocimiento británico a la independencia.

Llegó a Londres en junio de 1824, poco después del arribo de San Martín, e hizo circular de manera premeditada la versión de que la presencia del Libertador en Europa se debía al intento de establecer monarquías en las nuevas naciones latinoamericanas. Instalado en Inglaterra, Alvear dedicó buena parte de su tiempo a redactar un panfleto en contra de San Martín, que finalmente sería publicado en 1825 como una supuesta "autobiografía" del Libertador. En adelante, todas las acciones destacadas de San Martín son presentadas como actos de cobardía, traición, ambición de poder y de riqueza en una clara campaña de descrédito hacia su figura.

Durante la breve presidencia de Bernardino Rivadavia, Alvear fue nombrado ministro de Guerra y Marina. Su actuación en la guerra contra Brasil fue controvertida. Más tarde, Juan Manuel de Rosas lo designaría ministro plenipotenciario en los Estados Unidos. Murió en Nueva York el 3 de noviembre de 1852.

Sus restos fueron repatriados en 1854 en un barco comandado por el almirante Guillermo Brown y descansan en el cementerio de la Recoleta en la bóveda familiar diseñada por el arquitecto Alejandro Christophersen.

MANUEL DE SARRATEA

Tras el fracaso de "el asunto de Italia", regresó al Río de la Plata en donde no tardó en enfrentarse al Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón. Su adhesión a la oposición federal lo mantendría apartado de Buenos Aires, pero regresaría triunfal en 1820, tras la batalla de Cepeda, para ocupar el flamante puesto de gobernador y

capitán general de la provincia de Buenos Aires. Sarratea firmó el Pacto del Pilar con los caudillos Estanislao López y Francisco Ramírez –ambos representantes de la Liga Federal–, pero debió abandonar la provincia a poco de asumir en medio de los vaivenes políticos del convulsionado año de 1820.

Amparado por la Ley del Olvido de 1821, más tarde regresaría a Buenos Aires. Rivadavia, su viejo compañero de aventuras en Europa, lo designaría representante ante Gran Bretaña con la misión de obtener la mediación del gobierno inglés en la guerra con el Brasil. En virtud de estas gestiones fue la diplomacia británica la que logró uno de sus grandes objetivos: la independencia de la Banda Oriental, creando un "estado tapón" entre Brasil y Argentina. Un tiempo después, Juan Manuel de Rosas lo designó enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante Brasil y, en 1841 embajador en Francia. Morirá en Limoges, el 21 de septiembre de 1849 en el ejercicio de sus funciones.

Sus restos llegaron a Buenos Aires el 12 de julio de 1850.

BERNARDINO RIVADAVIA

Permaneció en Europa hasta 1820, de donde regresó cautivado por el progreso de Inglaterra y con la misión de replicar ese modelo en el Río de
la Plata. En 1821 asume como ministro de Gobierno, bajo el mando de Martín Rodríguez, y da comienzo a su cruzada reformista.

En la provincia de Buenos Aires procuró reorganizar la administración, fortalecer la educación y reformar el poder eclesiástico. Fundó la Universidad de Buenos Aires, instauró el sistema lancasteriano en las escuelas primarias y confiscó propiedades religiosas. Pero su carácter altivo y sus ideas rupturistas le granjearon enemigos que no tardaron en motorizar conspiraciones.

Uno de sus proyectos más controvertidos fue el empréstito con la casa Baring Brothers, un préstamo que tenía por objeto el

financiamiento de obras públicas, entre ellas la construcción de un puerto. Pero el crédito fue un fiasco financiero que el Estado nacional recién pudo cancelar en 1904.

En 1826 se convirtió en el primer presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cargo desde el que se propuso consolidar su visión unitaria. Sin embargo, su intento de centralizar el poder y aprobar una Constitución fue rechazado por las provincias. La oposición de los caudillos y la guerra con Brasil terminaron por horadar las bases de su gestión y lo llevaron a presentar su renuncia apenas un año después de haber asumido.

Derrotado políticamente, Rivadavia se exilió en Francia en 1829, dejando a su familia en Buenos Aires. En París vuelve a su oficio de traductor. En 1834 decide regresar a Buenos Aires, pero el gobierno de Viamonte le impide desembarcar. Su mujer y su hijo Martín, que lo esperaban en el puerto, suben al barco y se suman a su exilio. Los hijos mayores, Benito y Bernardino, tienen otros planes: han abrazado la causa federal y están luchando para que Juan Manuel de Rosas asuma definitivamente el poder.

Los Rivadavia se instalan primero en Colonia y luego pasan a Brasil. Martín volvió a Buenos Aires para unirse a sus hermanos y Rivadavia decidió, a fines de 1842, partir hacia Cádiz, donde se instaló junto a dos sobrinas, Clara y Gertrudis Michelena, en una modesta casa del barrio de la Constitución.

El 2 de septiembre de 1845 murió pidiendo que su cuerpo "no volviera jamás a Buenos Aires". Su entierro no pudo concretarse en tiempo y forma porque el padre de sus sobrinas, Juan Michelena, lo acusó de ser responsable de la independencia de las colonias del Sur generando tumultos en torno a la casa del difunto. Contra su voluntad testamentaria, sus restos fueron repatriados en 1857 y enterrados en la Recoleta, cementerio fundado por él mismo. En 1932 fueron trasladados hacia su destino final, el mausoleo levantado en su honor en la popular Plaza Miserere diseñado por el notable escultor Rogelio Yrurtia.

MANUEL BELGRANO

Regresó a Buenos Aires a principios de 1816, justo a tiempo de partir hacia Tucumán para participar como informante del célebre Congreso. Pese a los sinsabores que le dejó su misión europea, las enseñanzas de aquel viaje germinarían dando luz a un sueño, una quimera: la monarquía incaica que propuso frente al Congreso. Su idea de coronar a un descendiente de los incas no solo se ajustaba al clima de restauración monárquica del que Belgrano había sido testigo en Europa, sino que era también una jugada estratégica para atraer a la causa patriótica a los habitantes del Alto Perú, en su mayoría indígenas, y cerrar las heridas de siglos de opresión. Sin embargo, su propuesta fue recibida con desdén. "¿Un rey de la casta de los chocolates?", se burlaba Tomás Manuel de Anchorena, un viejo amigo convertido en detractor.

Una vez más, Belgrano fue designado jefe del Ejército Norte, una fuerza que procuraba mantener bajo la órbita del poder central a aquellos territorios que pujaban por lograr su autonomía. Las Provincias Unidas estaban atravesadas por un sinnúmero de conflictos, y el general cargaba con la responsabilidad de reorganizar el ejército en medio de las más apremiantes penurias materiales. "Estoy sin un recurso, temiéndome todos los días que los hombres se empiecen a desgranar y se vayan en bandadas a donde les den algo por el trabajo", le escribía a Miguel de Güemes con amargura, llegando a donar su propio sueldo para cubrir las necesidades de sus soldados.

En medio de las crecientes dificultades, Manuel encontró espacio para el amor. En julio de 1816, tras la declaración de la Independencia, se organizó un gran baile en Tucumán, donde conoció a María de los Dolores Helguero, una joven de ojos negros. La chispa entre ellos fue inmediata. Su amor, aunque breve, le dio fuerzas en uno de los momentos más difíciles de su vida. El 4 de mayo de 1819, Dolores Helguero dio a luz a una niña a la que bautizaron Manuela Mónica del Corazón de Jesús.

Belgrano no solo enfrentaba enemigos externos, sino que debía hacer frente a las luchas internas que tanto lo habían obsesionado.

Ya en 1810 había señalado que la desunión era la causa principal de la extinción de los pueblos. Diez años habían pasado y Buenos Aires se encontraba una vez más sumida en una profunda crisis política. Aquel 20 de junio de 1820, en un mismo día, Buenos Aires tuvo tres gobernadores y la noticia de su partida pasó casi inadvertida.

Belgrano enfrentó su muerte como había enfrentado la vida: con dignidad y entrega. En medio de la más absoluta pobreza, alcanzó a decir: "Yo espero que los buenos ciudadanos de esta tierra trabajarán para remediar sus desgracias. Ay, patria mía". Sus restos descansan en el mausoleo levantado en el patio de la iglesia de Santo Domingo en el barrio porteño de San Telmo.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

